

EL PRECIO DE ESTAR A TU LADO



Una novela de
LEIRE CASCÓN

LEIRE CASCÓN

EL PRECIO DE ESTAR A TU LADO

Ilustración de la cubierta: Alberto Gamarra

I

Tan solo era una niña cuando comprendí que la vida no era fácil. Y, aunque en mi familia nunca tuvimos problemas económicos, otras adversidades tocaron a nuestra puerta...

Mi padre, Edward John Lake, procedía de una de las familias más poderosas del país y con el tiempo, llegaría a convertirse en el director de una importante banca comercial, dando paso así a una época de esplendor y magnificencia en la familia que, sin saberlo, pronto se vería truncada.

Según las historias que oí contar, siendo aún una niña, la hermana pequeña de mi padre, mi tía Diana, se casó con un joven teniente del ejército inglés que pasaba la mayor parte del tiempo fuera del país. Sin embargo, y a pesar de las constantes ausencias de mi tío Albert, fruto del matrimonio nacieron mis dos únicos primos, Samuel y Emily. El colegio que Diana había elegido para sus pequeños retoños estaba demasiado lejos de la casa como para que dos criaturas tan pequeñas pasaran el día yendo y viniendo, y tampoco la idea de un internado agradaba a mi tía, ya que decía que sin Albert y sin los niños en la casa su depresión sería inminente, de manera que la única solución viable parecía ser contratar a una buena institutriz. Para ello, se colgó un anuncio en el periódico solicitando los servicios de una señorita amable y bien preparada a la que pudiera interesar inculcar una buena disciplina a un par de niños rebeldes. Poco tiempo después y respondiendo a la publicación, se presentó en la casa una hermosa y elegante muchachita de origen parisino que respondía al nombre de Amelie Benoet, mujer que, tras una dura y áspera entrevista por parte de Diana, pasaría a formar parte del amplio personal de la familia de los Lake.

Con el paso de las semanas, la sonrisa y simpatía de Amelie fue ganándose el aprecio y cariño de todos los que vivían en la casa y muy especialmente el de mi padre que, casi sin darse cuenta, había ido albergando en su interior un sentimiento muy especial hacia la señorita Benoet, sentimiento que también anidó en el corazón de Amelie. Sin embargo, cuando ambos hicieron al fin

público su cariño, la familia se opuso a tal relación, ya que consideraban a Amelie como una buena institutriz, pero no como la distinguida esposa que mi padre merecía. Al fin y al cabo, el abuelo John era un hombre cuyas creencias estaban cimentadas en el más estricto y austero conservadurismo y no podía evitar considerarla como una mera sirvienta de los Lake. Por su parte, mi padre, que había heredado el carácter rígido y tenaz de mi abuelo, no estaba dispuesto a permitir que la familia se inmiscuyera en su vida personal. Advirtió su intención de marcharse y abandonarlo todo con tal de permanecer junto a su querida institutriz. La familia, temerosa de que toda la fortuna de los Lake fuera a parar a las torpes y derrochadoras manos de Diana y su desagradable marido, no tuvo otro remedio que acceder a sus exigencias y permitir que mi padre y Amelie se casaran poco después en Londres.

Años después la casa se tornaría en júbilo y alegría con el nacimiento de su primer y único heredero, una niña a la que llamaron Ann. Ese es mi nombre: Ann Lake Benoet, y los recuerdos que tengo de aquellos maravillosos y efímeros años de infancia están guardados en el lugar más recóndito de mi alma.

Tras la boda, mi madre, la, entonces ya, señora Amelie Lake, en contra de los deseos del abuelo John, continuó siendo la institutriz y profesora de los primos Emily y Samuel, ya que sus obligaciones en la casa eran mínimas y el tedio ocupaba la mayor parte de su tiempo. Pero muy a pesar de los esfuerzos que hacía por tratar de integrarse en la familia, ella no era capaz de conseguirlo del todo, motivo por el cual escribió a París pidiéndole a su hermana pequeña, mi querida tía Sofía, que la acompañara durante una temporada en la mansión de los Lake, petición que se vería cumplida pocos días después. La llegada de Sofía a nuestro hogar, Red Hill, una señorial y maravillosa villa ubicada junto a la costa sureste del país, y a unas pocas millas de la ciudad de Nolfork, fue tomada con buen agrado por todos y cada uno de los miembros de la familia, tanto fue así que, lo que en principio iba a ser una breve visita, terminó siendo una estancia indefinida hasta que, finalmente, y tras muchos ruegos por parte de mis padres, la tía Sofía acabó fijando de manera definitiva su residencia habitual en nuestra casa.

Las semanas y los meses se sucedían con tranquilidad en la gran mansión

de los Lake mientras los niños crecían y tía Diana pasaba la mayor parte del día añorando los brazos de su querido y amado Albert. Sin embargo, y debido a un inesperado cambio de destino que el ejército impondría al teniente, la situación de la casa se vio trastocada de la noche a la mañana de un modo definitivo. Mis primos, junto con sus padres, se trasladaron a vivir al norte del país, y muy poco o nada sería lo que sabríamos de ellos durante años. Con su marcha la tristeza y añoranza por los dos pequeños inundaría la regia mansión de los Lake, pues la casa estaba más tranquila y silenciosa que nunca, algo que había dejado de ser habitual en los últimos años.

Mientras mi padre y el abuelo trabajaban día tras día en sus negocios y operaciones bancarias, mamá y yo pasábamos prácticamente todo el día juntas. Ella, al igual que había hecho años atrás con Emily y Samuel, me enseñó, con solo unos pocos años, a leer y a escribir, y, algunos años después, también ella me instruyó sobre geografía, astronomía, matemáticas, ortografía y todo un sinfín de materias y conocimientos. Fue ella quien me inculcó el gusto por la buena literatura y mi amor hacia la poesía, algo que nunca le agradeceré lo suficiente. Al término de mis clases, jugábamos o salíamos de paseo por los enormes jardines que rodeaban la mansión, a veces pasábamos tardes enteras junto al lago. Otras, en cambio, podábamos los rosales, plantábamos nuevas flores en el invernadero e incluso ayudábamos a Rose en la cocina... Cualquier actividad estaba bien con tal de que el aburrimiento no llegara nunca. Así fui creciendo y viviendo, día a día, una nueva y gratificante experiencia siempre de la mano de mi madre. Sin embargo, a finales del verano de 1894 ella contrajo unas extrañas fiebres que el Doctor Cole, médico y amigo de la familia, no pudo controlar. Pasarían solo unas semanas desde la primera de sus crisis hasta su muerte. Poco antes de que sucediera, mi madre hizo que fuera a su habitación para hablar conmigo. Cuando entré en su cuarto, mi madre estaba sola. Yacía, débil y visiblemente desmejorada, sobre la cama. Alzó con dificultad la cabeza y, al verme aparecer, dos frías lágrimas recorrieron, presurosas, sus mejillas. Pronto un fino hilo de voz alcanzó a decirme:

—Tienes que ser muy fuerte, mi pequeña —me pidió.

—No llores, mamá. Te pondrás bien —le dije cogiéndola de la mano.

—¿Ann, has sido feliz a mi lado? —me preguntó ardiendo en fiebre.

—Mamá, ¿Por qué dices eso? —dije yo extrañada.

—Ann, quiero que me perdones si no he sido una buena madre —dijo delirando.

—Mamá... No hay nada que perdonar. Cálmate, por favor, la fiebre está hablando por ti... —le respondí.

—Ann, perdóname por esto que te estoy haciendo... Tendrás que ser fuerte, muy fuerte, mi pequeña... Quiero que me prometas que sonreirás cuando yo ya no esté aquí, que serás feliz, aunque me haya ido...

—No hables más, ya es suficiente. Todo está bien, tranquila... duerme un poco, te vendrá bien descansar —seguí diciéndole en un intento por conseguir calmarla.

—No quiero dormir, Ann... Me queda tan poco... —susurró sabiendo que su final estaba cerca.

—Ya tienes prácticamente catorce años, eres una mujercita y puedo hablarte como lo haría con una persona adulta —Me dijo —La vida es efímera. Querida Ann, aprovecha tu tiempo. Sé tú quien tome siempre las riendas de tu vida, mi pequeña —me aconsejó.

—¡Mamá, no vas a morir! —le grité asustada.

—¡Claro que sí, pequeña! Todos lo hacemos... Yo no le temo a la muerte: sé que será un momento muy dulce, descansaré al fin... —me dijo ahora serena —Ann escúchame. Tengo algo para ti. —Y abriendo la palma de mi mano colocó sobre ella una bonita caja de música. —Ábrela —me dijo en un hilo de voz. —Al abrirla, una pequeña bailarina de madera empezó a danzar al son de una música melodiosa y dulce.

—Cariño, —me dijo —quiero que conserves siempre esta cajita de música. Tu abuela Elizabeth me la regaló cuando yo tenía más o menos tu edad.

—Es muy bonita, mamá —respondí— ¿Por qué me la das? Papá ya me regaló una el invierno pasado...

—Sí, lo sé. Pero esta es especial. Cada vez que la abras y la música suene me llevará hasta donde estés, así, pase lo que pase, siempre estaremos juntas, tú y yo —replicó ella agarrándome de la mano.

—No me gusta que digas esas cosas. ¿Acaso piensas abandonarme? — pregunté atemorizada y sin ser consciente de lo que iba a ocurrir apenas solo unas horas después.

—No mi pequeña, yo jamás te abandonaré —respondió llorando —pero hay veces en las que uno debe hacer cosas que no desea... Y ahora, ten — continuó diciendo, visiblemente debilitada, mientras sacaba de la caja un par de pendientes en forma de trébol de cuatro hojas.

—¡Son los pendientes que te regaló papá por tu último cumpleaños! — exclamé al verlos. —Nunca dejas que nadie los toque... —susurré— ¿Acaso vas a regalármelos también, mamá? —pregunté extrañada mientras ella extendía hacia mí su mano con ellos en su interior.

—Sí, Ann, quiero que los tengas tú. Estoy segura de que estarás muy guapa con ellos —me dijo— Y ahora abrázame y llama rápido a tu padre —dijo con una voz cada vez más sofocada y débil.

Una vez más, obedecí a sus palabras y salí apresurada del cuarto en busca de mi padre. En aquel momento no fui del todo consciente de sus intenciones ni tampoco de lo que debió sentir tratando de mantenerse serena, al tiempo que se despedía para siempre de su pequeña. Pero lo cierto es que, tras aquel breve momento juntas, nunca volví a verla, ni viva ni muerta.

Aquel 18 de noviembre, mientras todos dormíamos, mi madre se marchaba de puntillas para siempre: Lo hizo con la luz del alba, sola y casi sin avisar.

La mañana se despertó triste o, al menos, eso me pareció a mí, porque aquella funesta noticia atravesó de lado a lado todo mi ser. De repente, fue como si todos los relojes del mundo se hubieran parado. Como si el planeta entero hubiera detenido por un instante su frenética carrera. A partir de aquel instante maldito, comencé a vivir en blanco y negro.

Tras el funeral y de vuelta del cementerio, mirando por la ventana del coche que habría de llevarnos de regreso a Red Hill, vi llover como lo había hecho tantas otras veces... Una mujer corriendo mientras el agua caía sobre su cuerpo, un perro que ladraba a nuestro paso, unos niños riendo ajenos a su propia existencia. “Todo sigue igual”, pensé. “Nada ha cambiado ahí fuera”. Pero en lo más profundo de mis entrañas una vocecita interior me desgarraba el alma susurrándome una y otra vez: “Jamás volverás a ser la misma”.

Todos los recuerdos que se agolpan en mi cabeza sobre los meses posteriores a aquel 18 de noviembre me devuelven a largos días de angustia e interminables noches de insomnio. La muerte de mi madre perjudicó seriamente mi salud e indudablemente hizo mella en mi alma y en mi estado de ánimo. No me apetecía salir a ninguna parte, ni comer e incluso estuve semanas sin hablar. Únicamente deseaba estar sola para así poder escuchar, hora tras hora, aquella dulce melodía que salía de mi caja de música y que así, mi madre volviera a mí. La fría y oscura soledad que sentía en lo más profundo de mi ser, a pesar de los intentos frustrados de mi padre por hacerme comprender que él estaba a mi lado, era infinita. Tan sólo la tía Sofía parecía aportar algo de luz y calma a mi espíritu torturado, no solo porque compartiera mis ideas, sino porque con ella pasaba horas y horas dialogando acerca de mi madre, de la vida, de la existencia y de la muerte, lo cual, al menos me ayudaba a desterrar algo de la gran cantidad de ira que tenía acumulada en mi interior.

—Vamos, Ann, —decía ella— piensa que Amelie estará mejor donde está ahora...

—¿Y dónde se supone que está ahora? ¿Puedes explicármelo? —le respondí furiosa —Y no me digas que está en el cielo... Te lo advierto, tía Sofía, no puedo soportar esas tonterías ni un minuto más —le dije con tono amenazador —Dime, dime qué cosa tan terrible hemos hecho para que vuestro Dios nos quite así a mamá. Cada día me convenzo más de que no hay Dios alguno, no hay nada, tan solo un vacío enorme aquí dentro —le dije poniendo mi mano derecha extendida sobre mi pecho —Si al menos pudiera creer que ella está viéndome ahora mismo... La vida no es más que una broma pesada, solo eso —seguí diciendo visiblemente herida mientras Sofía me miraba apesadumbrada al ver lo mucho que yo estaba sufriendo.

—El verdadero mal de la humanidad es su conciencia —continué con mi discurso— Si el hombre no la poseyera viviría más tranquilo, sin miedos ni temores, sin preocupaciones, sin penas ni dolor... La muerte sería para nosotros tan natural como lo es para un ciervo que se resigna a ser alimento y mascada de su enemigo. Ellos viven, simplemente viven sin cuestionarse nada, conformándose con lo que la naturaleza les ofrece. Tía, convéncete, la vida no

es más que un paréntesis de absurda existencia entre dos espacios de tiempo dominados por la nada.

—¿De dónde sacas esas cosas, Ann? Estás empezando a preocuparme que tengas esos pensamientos, no son propios de una niña de tu edad —me replicó ella.

—¿Es que nadie en esta casa se ha dado cuenta aún de que ya no soy una niña? —pregunté enfadada —Tía Sofia, tengo ya casi catorce años, ¡Dejad todos de tratarme como a una niña pequeña!

—Entonces no te comportes como tal. ¿Tan egoísta eres que de veras piensas que sólo a ti te afecta la muerte de Amelie? Ha sido un golpe duro para todos, Ann, no creas que tu dolor es mayor solo porque es el tuyo —me dijo mi tía visiblemente enfadada— Y basta ya de discusiones, esto es lo que menos necesitamos en este momento. Será mejor que te acuestes y descanses; seguramente mañana verás las cosas de otra manera. ¡Rose! —gritó llamando a la que era mi nana y también mujer de confianza de todos los que habitábamos aquella casa.

—Dígame, señorita Sofia —respondió ella.

—Rose, prepara una infusión bien caliente y llévala al cuarto de mi sobrina, por favor. Yo la ayudaré a acostarse.

—Enseguida, señorita Sofia —siguió diciendo mi nana.

—¡Ah, Rose!, por favor, que nadie la moleste. Ann necesita descansar —terminó de decirle Sofia.

—Como usted diga, señorita.

Mi tía Sofia estaba convencida de que, si dormía y descansaba, todos aquellos “extraños pensamientos —como ella los llamaba— desaparecerían de mi cabeza, pero no fue así. Mis miedos aumentaban día a día al igual que mi sentimiento de soledad. La muerte de mi madre produjo en mí una profunda crisis que se tradujo en meses de recuerdos y depresiones, porque, a pesar de todos los que me rodeaban, me sentía profundamente sola, devorada por la nostalgia y la soledad. Mis días eran grises y anodinos. Más bien, me parecía estar atrapada en una inmensa prisión desempeñando, día tras día, la misma tarea insufrible. Tan sólo mis lecturas y mis paseos con mi nana me reconfortaban. De entre todos ellos, quizá por la sinceridad con la que ambas

nos hablamos aquel día, recuerdo uno con especial nitidez.

Aquella hermosa tarde de abril, mientras tomábamos el aire en el jardín, Rose y yo vimos como empezaban ya a salir las primeras rosas de la primavera.

—¡Me encantan estas rosas, huelen tan bien! —exclamé acercando mi nariz a sus purpúreos pétalos. —Mi madre plantó las primeras, ¿verdad?

—Sí, así fue —dijo ella.

—Rose, cuéntame algo sobre mi madre, —le pedí —tú la conocías bien.

—¿Y qué quieres que te cuente que no sepas ya? —me replicó con una leve sonrisa en sus labios.

—No sé... lo que quieras. Háblame de ella, por favor... De cuando yo era pequeña —le insistí.

—Cuando tú naciste tu madre era una mujer alegre y con unas enormes ganas de vivir —respondió ella.

—¿Fue feliz? —seguí preguntando.

—Sí hija, ya lo creo. Mucho —afirmó ella con rotundidad.

—Yo recuerdo haber visto una infinita tristeza en su mirada en sus últimos meses de vida, nana, y a veces me pregunto qué la cambió...

—No lo sé. Supongo que la enfermedad —siguió ella diciéndome.

—¿Tú crees que ella sabía que iba a morir? —quise saber.

—Sí, Ann. Amelie lo supo desde el principio... —me respondió.

—¡Maldita enfermedad que me ha dejado tan sola! —exclamé— Siento que esta soledad forma parte de mí como lo hacen mis manos, mi boca o mis ojos. Nunca se irá de mí. Me acompaña de día y de noche —dije cabizbaja y totalmente resignada a que así sería siempre.

—¡Muchacha insensata! —exclamó Rose ¡No tienes derecho a decir eso! —continuó diciendo enfadada.

—Nana... —alcancé a decir realmente sorprendida por su reacción.

—¿Por qué dices que estás sola? Eres muy injusta, Ann —continuó diciendo con voz mucho más serena —Tu padre se desvive por ti, y más desde la muerte de tu madre. Sabes que eres su vida entera. Y yo he dedicado toda mi vida a cuidarte, tanto, que eres como una hija para mí.

—Lo sé Rose y te lo agradezco —le contesté con dulzura. —También tú

sabes que eres como una segunda madre para mí, pero ninguno de vosotros me entendisteis jamás como lo hacía ella... Comprendo que soy difícil de llevar, pero si supierais lo que llevo aquí en mi pecho... Mi padre siempre tan ocupado con sus negocios, jamás he podido tener una charla tranquila con él. Sus prisas y ocupaciones me lo roban constantemente. Apenas aparece por casa durante el día, sin embargo, lo veo cada noche asomarse a mi cuarto mientras finjo estar dormida... Lo cierto es que ese es el único momento en que siento a mi padre realmente cerca de mí.

Sofía, por su parte, vive por y para la pintura. Ese es su mundo, su vida, no yo; Y tampoco puedo ser tan egoísta, nana... no voy a pedirle que renuncie a sus sueños por preocuparse de mí. No, no puedo hacerle eso; el hombre sin ilusiones no es nada, y si no, mírame a mí, Rose, ¿en qué me he convertido? Me he transformado en lo que nunca desee ser. Ya no sé hacia dónde encaminar mis pasos, he perdido el rumbo de mi vida porque he perdido toda mi fe.

—Pero ¿qué barbaridades estás diciendo? —preguntó ella realmente asombrada. —¡Aún eres una niña y ya hablas como una anciana! La fe es algo que no debe faltarte jamás—repuso ella.

—Es demasiado tarde, Rose, mi fe se ha extinguido —le confesé.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella preocupada.

—Porque todas aquellas creencias acerca del Dios amable, del Dios amigo y del Dios padre murieron el día que enterramos a mi madre. No puedo entender que me la haya quitado... Ni tampoco perdonárselo... —le respondí totalmente segura de mis palabras.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó ella mientras se persignaba —¡Deja de blasfemar, Ann! —continuó —Dios lo es todo. Es Él quien nos ayuda a seguir adelante, quien consigue que jamás nos rindamos ante las dificultades de la vida. Si no hubiera sido por Él ¿qué habría sido de mí?, yo que, tras perder a mis padres, dejé mi casa con catorce años por necesidad. ¿Y tú hablas de soledad? Casi toda mi vida la he pasado alejada de la poca familia que me quedaba para dedicarme al cuidado de cuantos han vivido en Red Hill. Y al cabo de tantos años aquí, yo sí que estoy sola en el mundo, porque después de todo, veo que tan solo soy una criada más en esta casa —replicó

mi nana.

—Pero Rose... Para nosotros tú formas parte de la familia —le dije con franqueza.

—Pero no lo soy —dijo ella tristemente —Aunque no debes preocuparte ni pasarlo mal por mí, mi Dios me ayuda y escucha mis males...

—Dices que ese Dios tuyo te ayuda a mantenerte en pie y no es cierto. Tu fuerza interior es la que hace que no te rindas, lo que pasa es que tú no te das cuenta de eso... —continué diciéndole.

—A mi edad ya no puedo cambiar nada, Ann, y aún mucho menos mi pensamiento. Así es como me educaron —me contestó resolutiva

—Eso que dices es mi muy triste, Rose —le dije.

—Más triste es ver como una niña de catorce años se marchita como si fuera una anciana —me replicó. —Ahora deja que esta vieja te dé un consejo: si ya no hay esperanza para ti, al menos ten fe en los que siempre te hemos querido. Ten fe en tus sueños, en las frías noches de invierno, en la lluvia... No olvides la tierra en cuyo seno un día descansarán tus cansados huesos, cree en la aurora y en las ilusiones del hombre, pon tu esperanza en la sonrisa de los niños, en las miradas cómplices de los enamorados y comprenderás, querida, que hay cosas en la vida por las que merece la pena vivir...

—Eso es muy bonito, Rose —musité sin poder evitar abrazarla ni reprimir las lágrimas.

Muchos son los años que han pasado desde que Rose y yo tuvimos aquella conversación, y, sin embargo, aún hoy siguen resonando con fuerza en mi cabeza aquellas palabras. Y lo cierto es que, por extraño que parezca, fue justo a partir de ese momento cuando un cierto sentimiento esperanzador comenzó a poblar mi alma.

En los días posteriores, la tranquilidad y armonía internas que tanto anhelaba parecían asomarse a mi vida. Poco sabía yo entonces que esa anhelada paz no tardaría mucho en volver a ser solamente un espejismo...

II

La fascinación que mi tía Sofía sentía por la pintura le venía desde muy pequeña. Quizá, se vio, de algún modo, influenciada por los cuadros que mi abuela Elizabeth solía pintar cuando mi madre ni tan siquiera había nacido.

Su rebeldía y terquedad hicieron que mi abuelo, quien ya tenía planes para ella, desistiera en su empeño con lo que, finalmente, Sofía terminó dedicando toda su vida profesional a esta disciplina, y no con poco éxito, pues su esfuerzo y terquedad la llevaron hasta *Ámsterdam*, lugar donde acabó exponiendo algunos de sus cuadros en una de las más prestigiosas galerías europeas.

Durante su larga ausencia, la casa sin ella se me antojaba inmensamente vacía mientras sentía que había perdido al único familiar que me quedaba, pues, olvidada por mi padre, estaba convencida de que, antes o después, Sofía se alejaría de mi vida definitivamente.

Las semanas se fueron sucediendo lenta y pausadamente y, tras un verano interminablemente caluroso, el otoño y la caída de las hojas regresaron a Red Hill.

A medida que los días pasaban y, puede también que alertado por mis constantes crisis y “extraños pensamientos”, mi padre fue reduciendo sus actividades laborales al ámbito familiar, de manera que organizaba la mayor parte de su trabajo, ya no desde su despacho del banco sino desde el estudio que había junto a la biblioteca de la casa familiar. Sin embargo, lejos de tranquilizarme, su presencia en la casa por razón de mi salud, me producía una desagradable sensación de impotencia. De ningún modo deseaba trastocar las vidas de los demás habitantes de la casa y, sin embargo, esto era algo que hacía constantemente con mi actitud derrotista e inconsolable.

Y así, una tarde tras llegar a la casa, mi padre hizo que Rose fuera a llamarme a mi habitación donde yo, ensimismada, escuchaba la dulce melodía que fluía de aquella cajita de música que, junto a unos pendientes de plata y un broche de oro en cuyo interior se escondía un retrato de mi madre conmigo en

sus brazos, era para mí la más valiosa de mis posesiones...

—Ann, —dijo Rose abriendo la puerta tras un golpe breve y seco en la misma —Tu padre te espera en el salón. Creo que tienes visita.

—No quiero ver a nadie. —Respondí categórica y sin hacer mucho caso a las palabras de mi nana.

—Lo siento niña, son órdenes de tu padre —insistió ella.

—Está bien, —contesté resignada y sabiendo que no tendría más remedio que acatar la orden de bajar al salón. —Ahora mismo bajo —terminé de decir.

Rose cerró la puerta mientras yo continuaba mirando la caja. La cogí de la mesilla en la que la había colocado anteriormente y la guardé con extremo cuidado en mi armario, tras lo cual salí de la habitación al pasillo. Caminé por él hasta la escalera principal. Mientras bajaba los escalones escuché una voz nueva para mí. Al llegar al salón mi sorpresa fue absoluta. Ante mí, las figuras de mi padre y de una joven de facciones suaves y cabellos despeinados. La miré a los ojos. Tampoco sus ojos brillaban, más bien descubrían el dolor por la pérdida de algún ser querido. En realidad, fue como verme a mí misma reflejada en un espejo.

—Ann, —exclamó mi padre con voz dulce. —Esta es Sarah. A partir de este mismo momento quiero que la trates como tú sabes hacerlo. Estoy seguro de que pronto seréis muy buenas amigas —terminó de decir él.

Aquella extraña que se encontraba en mi salón y yo, perplejas, miramos a mi padre. Incluso creo que hubo un ínfimo momento en el cual nuestras miradas se cruzaron, pero ese mínimo instante se vio bruscamente interrumpido por las palabras de mi padre quien con voz firme al tiempo que tranquila dijo:

—Sarah viene del Orfanato de Saint John. A partir de este momento, será un miembro más de la familia Lake y como tal ha de ser tratada. Ahora, Ann, quiero que la acompañes hasta tu habitación. Rose lo arreglará todo para que podáis dormir juntas.

—¡Pero papá! —exclamé exaltada —¡Es una desconocida y la casa es muy grande... puede dormir en cualquier otro cuarto!

—¡Ann Lake! —gritó él enfadado —No seas mal educada y no me discutas. He dicho que dormiréis juntas y así será. Después le enseñarás el

resto de la casa junto a los jardines y el invernadero, ¿está claro, jovencita? —preguntó él con un tono nada amistoso.

—Sí, señor —respondí con resignación y muy poco convencida.

—Muy bien, Ann. Eso está mucho mejor —afirmó él mientras salía del salón dando por concluida la conversación.

Tras las estrictas órdenes de mi padre, Alfred, nuestro chófer y mayordomo, llevó las paupérrimas pertenencias de Sarah a mi habitación. Yo, por mi parte, procedí a cumplir, pacientemente, los deseos de mi padre.

—Acompáñame —le pedí a nuestra nueva inquilina sin apenas mirarla. Ella tan solo lo observaba todo a su alrededor. Miraba tapices, alfombras, cortinas y lámparas con profusa expectación, lo cual me hizo comprender que aquella pequeña desconocida jamás había estado en un lugar como Red Hill.

—Esta es mi habitación —dije al llegar al dintel de la puerta de mi cuarto —bueno, al parecer, ahora también será la tuya...

—No es mi propósito causarte incomodidades —murmuró Sarah con un hilo de voz. —Lo siento. Tampoco a mí me gusta esta situación.

—¡Vaya!, —exclamé—. Al menos tenemos algo en común —le dije irónicamente. Sarah se quedó estática mirándome muy seria y sin responderme. Un silencio atronador se instaló entonces entre las dos. Sin mediar una palabra, y tal y como había dispuesto mi padre, terminé de entrar en la habitación y comencé a hacer un hueco en mi armario dejando libres algunos de mis cajones para que ella pudiera acomodar lo poco que tenía. Poco después, Rose nos llamaría para informarnos de que a partir de entonces Sarah y yo almorzaríamos y cenaríamos solas, sin la compañía de los adultos de la casa, medida que nunca llegué a comprender, pues, de repente, era como si mi padre se hubiese propuesto alejar mi melancolía a fuerza de obligarme a permanecer con alguien a quien apenas conocía. ¿Acaso creía que la compañía de un ser desconocido para mí haría que se desvanecieran todos mis fantasmas? Se me antojaba algo tan sumamente absurdo...

Mientras tanto, yo, lejos de ver en Sarah a una amiga, solo la consideraba como un “nuevo inconveniente” en mi vida, un ser que, muy a su pesar, únicamente había llegado a Red Hill para incomodarme e importunarme siempre y en todo momento.

III

Evidentemente, con la llegada de Sarah a la casa todo cambió. De algún modo, la lástima hacia ella se apoderó de todos los habitantes de Red Hill, lo que desembocó en el intento por parte de todos de que nuestra nueva inquilina sintiera que era un miembro más de la familia. Y, a pesar de mis constantes quejas, nunca se hicieron distinciones entre ella y yo, de hecho, no sólo comíamos, dormíamos y pasábamos la mayor parte del día juntas, sino que, además, recibíamos la misma educación. Tras la muerte de mi madre, se había contratado una nueva institutriz en Red Hill, la señorita Summerswood, quien la sustituyó como profesora de matemáticas, gramática y latín, entre otras materias, aunque no sabía ni una sola palabra de francés... ¡Cómo extrañaba las clases de francés de mi madre!

Además, la señorita Summerswood era una mujer muy recta y disciplinada. Su religiosidad llegaba al punto de obligarnos a rezar una oración al comienzo y final de cada clase. Mientras, yo, absorta en mis pensamientos y ensoñaciones, me sentía como si estuviese encerrada en un monasterio capitaneado y conducido por una congregación de monjas crueles y déspotas, a cuya cabeza se encontraba esta horrenda instructora. Por otra parte, tenía la esperanza de que, más tarde o más temprano, Sarah terminaría marchándose de Red Hill y de nuestras vidas para siempre, con lo cual, todo volvería a ser, más o menos como antes. Ese era un momento que anhelaba desde su llegada. Cegada por mis celos, no dejaba de repetirme a mí misma que ella no era más que una intrusa. Sin embargo, con el paso de los días y, más aún, de las semanas, mis esperanzas de que Sarah abandonara la mansión disminuían más y más hasta que, finalmente, acabé resignándome a pensar que tendría que compartir con aquella extraña todo lo que un día había sido únicamente mío y que no había sabido valorar, por culpa de mis miedos absurdos e irracionales.

Para nadie en la casa era un secreto mi rechazo hacia Sarah, incluida ella misma. Nuestras charlas y conversaciones habían sido de lo más escasas y se

limitaban únicamente a lo que era estrictamente necesario. Pero cierta noche eso habría de cambiar. Recuerdo aquella noche con nitidez. Ambas estábamos ya acostadas en la cama cuando Sarah se atrevió a preguntarme de manera repentina por cómo había muerto mi madre.

—¡Eso es algo que no te incumbe! —le contesté con frialdad y visiblemente enfada por su intromisión en mi vida personal.

—Mis padres también murieron. En un accidente... —prosiguió ella como si no hubiera oído mis palabras.

—No te he preguntado —respondí más fría aún.

—Dijeron que vendrían pronto... —continuó a pesar de mi displicencia. De pronto noté como su voz se quebraba. Pronto cayeron las primeras lágrimas. —Sabía que iba a ocurrir algo, lo presentía. Pero ellos no quisieron escucharme. —Gimió entre sollozos. —Decían que eran cosas más y que no había nada que temer... pero ocurrió.

—¿Qué ocurrió? —pregunté con curiosidad al tiempo que me giraba en la cama.

—La abuela Abbot murió —respondió ella.

—¿Quién era la abuela Abbot?, —inquirí con insistencia.

—Era la madre de papá. Vivía sola, al norte. Nunca llegué a conocerla. Papá decía que vivía demasiado lejos como para ir de visita. Un día llegó a casa una carta... La abuela había muerto y mi padre dijo que él no podía faltar al funeral. Mi madre no quiso dejarle ir solo, así que dejaron a mi hermana al cargo de todo en su ausencia...

—¿Tienes una hermana?, —pregunté extrañada.

—Se llama Beth, —dijo ella.

—Y si tienes una hermana ¿qué haces aquí? ¿Por qué no estás con ella? —quise saber.

—Cuando mis padres murieron, una mujer vino a por nosotras. Decía que no podíamos vivir solas. Nos preguntó si teníamos algún pariente, o si conocíamos a alguien que quisiera hacerse cargo de nosotras. —Respondió Sarah con evidentes síntomas de tristeza.

—¿Y qué pasó?, —continué preguntando con insistencia.

—Ni Beth ni yo conocíamos a nadie más. Nos llevaron a un orfanato.

¿Sabes qué es eso? —preguntó desgarrada.

—Por supuesto que lo sé —le contesté.

—Allí están todos los niños huérfanos o que han sido abandonados —me replicó —Los adultos no se dan cuenta pero, en realidad, es como una cárcel para niños. A ninguno de los adultos que están allí les importábamos nada..., —siguió diciendo ella absorta en sus pensamientos.

—Sigo sin entender por qué te separaron de tu hermana —volví a insistir.

—Cuando llegamos al orfanato, me di cuenta de que las niñas que había allí eran todas mucho más mayores que yo. Les oí decir que yo era demasiado pequeña, y que no podría quedarme con mi hermana. Enseguida entendí que aquella mujer nos iba a separar. Les supliqué que no lo hiciera, pero nadie me escuchó... —se explicó ella.

A medida que Sarah relataba su triste historia, las lágrimas manaban de sus ojos cada vez con más fuerza. Era como si, una vez más, Sarah volviera a revivir aquel horrible momento de su pasado.

—¡Beth, Beth! —gritaba al tiempo que lloraba desesperadamente en nuestra cama compartida— ¡Nos separaron, Ann, no sé dónde está! —exclamó mientras comenzaba a zarandearme totalmente fuera de sí. En aquel momento, su histeria me asustó. Mi mente se quedó en blanco y lo único que se me ocurrió fue darle una bofetada en la cara. Los gritos cesaron al instante.

—¿Estás bien?, —le pregunté con recelo.

—Me llevaron al Orfanato de Saint John's —prosiguió sin responder a mi pregunta, pero ahora ya mucho más calmada. —No he vuelto a ver a Beth desde aquel día. No sé cómo está. Meses después llegó el señor Lake. Oí decir que buscaba una niña para que le hiciera compañía a su hija. Cuando me vio dijo que era muy bonita a pesar de mis ojos tristes, y que él se encargaría de devolverme la sonrisa. Luego me trajeron aquí...

—¡Oh, Sarah! —exclamé sintiéndome profundamente culpable —Siento mucho todo lo que te he hecho pasar en estas últimas semanas. —dije interrumpiéndola —Perdóname, Sarah. He sido muy egoísta —afirmé comprendiendo la situación.

—No tengo nada que perdonarte. Estás en tu casa y puedes hacer lo que quieras —me respondió con dureza. —Yo sólo soy una extraña que te está

robando el cariño de todos.

—¡Eres injusta! —le grité —Nadie en esta casa te ha tratado jamás como a una extraña. Desde que llegaste todos han tratado de que seas una niña feliz.

—Excepto tú, Ann —respondió con pesar. —De todas formas, tú tienes razón: no sois mi familia y nunca lo seréis. —Sus palabras resonaron en mis oídos como un enorme reproche.

—Intentaremos serlo, te lo prometo —le dije tratando de consolarla.

—No quiero promesas que nunca podrán cumplirse —contestó resuelta dándose la vuelta en el interior de la cama. —Hasta mañana, Ann, que duermas tranquila. —terminó de decir dando por concluida la conversación.

¿Dormir tranquila? ¿Cómo podría hacerlo después de todo lo que había escuchado esa noche? Un sentimiento de honda culpabilidad invadió mi ser. Yacía en la cama junto a una niña abandonada y golpeada no solo por la vida sino también por mi egoísmo e indiferencia.

Aquella noche se me hizo eterna imaginando cómo había sido la vida de Sarah al mismo tiempo que la comparaba con la mía. Sí, era cierto que tampoco yo lo había pasado nada bien desde la muerte de mi madre, pero, al menos yo tenía una familia. Ella lo había perdido todo. Las preguntas acerca de qué habría sido de mí si algo así me hubiera ocurrido comenzaron a agolparse en mi cabeza hasta que, agotada, me quedé dormida. No sé cuánto tiempo llevaba dormida cuando el sueño trajo a mi mente la desaparición de todo lo que amaba. De pronto no quedó nada, tan sólo una hermosa mansión suspendida entre sombras. Sus jardines estaban llenos de rosales de bellas flores rojas. El perfume de alhelíes y jacintos envolvía el aire con una suave fragancia. Pronto vi que en la parte delantera de la casa había un sendero pedregoso que conducía hasta la puerta principal. Me acerqué y comencé a caminar hacia aquel lugar que se me antojaba mágico. A medida que caminaba, contemplé cómo a ambos lados del sendero habían sido plantados toda clase de árboles frutales: perales, higueras, manzanos, almendros, cerezos...

Al llegar a la mitad del camino, sentí que algo en aquel lugar me resultaba familiar. Miré al frente. Ante mí, se dibujó nuevamente la imagen de aquella mansión ensombrecida que había visto antes. Entonces me di cuenta: ¡Estaba en Red Hill! Entré en la casa. No había duda: me hallaba en mi propio hogar,

aunque notaba ciertos cambios... De repente, oí la voz de mi padre y me apresuré hacia el salón.

—¡Papá, soy yo, Ann!, —grité, pero nadie respondió. Corrí hasta el salón anhelando abrazar a mi padre. Solamente vi al abuelo sentado en su sofá.

—¡Hola, abuelito!, —le saludé alzando mi mano derecha, pero él pareció no escucharme. Le volví a llamar. Nada. No me oía. Decidí salir de allí cuando otra voz conocida resonó en mis oídos. Repentinamente, una niña entraba en escena: ¡Era yo! Pero ¿cómo, si yo ya estaba allí? La confusión me invadió y salí disparada hacia el jardín, lugar favorito de mi madre. Ella fue siempre quien se encargó de podar los rosales y desde el funesto día en que se marchó, aquel había pasado a ser un lugar muy especial para mi padre y para mí.

Al llegar, no había nadie. Me quedé a solas recordando cuando pronto escuché pasos. La figura de mi padre se acercaba. Salí como loca hacia él con la firme intención de abrazarle, pero al llegar a él descubrí que no podía abarcarlo... Su cuerpo se desvaneció entre mis brazos para aparecer de nuevo, al tiempo que proseguía su paseo hacia los rosales de mamá.

—¿Qué ha ocurrido? —me pregunté —Ha sido como ver un fantasma. ¡Dios mío!, ¿Dónde estoy?

—¡Eh, tú!, —dijo alguien. Me giré, pero no vi a nadie.

—¡Tú! —insistió la voz.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás?, —pregunté desconfiada.

—Aquí abajo, —respondió.

Miré hacia abajo, pero solamente vi una pequeñísima mata de adelfas.

—¿Hola?, dije ciertamente prevenida —Pero, ¿Qué estoy haciendo? —murmuré en alta voz— ¡Me he vuelto loca! Las adelfas no hablan. Será mejor que salga de aquí.

—Nada es imposible, Ann —exclamó nuevamente aquella inquietante voz mientras, ante mis ojos, se erguía un majestuoso olivo.

—Pero ¡Es imposible! Tiene que ser una alucinación —me repetía a mí misma.

—Todo está en tu mente, Ann. El poder de la mente es fabuloso —advirtió una voz que procedía del árbol que se hallaba ante mí.

—¿Quieres decir que sólo eres una proyección de mi mente? —le pregunté extrañada.

—Pronto estarás sola, igual que yo —respondió.

—¿Sola?, no sé a qué te refieres. Yo no estoy sola. Tengo a mi padre, a Sofía, a los abuelos, a Rose y ahora también a Sarah...

—¿Estás segura? —inquirió la voz.

—¡Claro que sí!, —contesté enfadada.

—Gírate y observa, pequeña, —me ordenó.

El miedo, alojado en mí, hizo que por un momento vacilara en seguir sus indicaciones, pero finalmente obedecí la orden. Mi ser no podía creer lo que estaban viendo mis ojos: ¡Todo estaba ardiendo! Las llamas devoraban Red Hill entre los alaridos de mis familiares. Sus gritos retumbaban en mis oídos mientras aquella ronca voz repetía:

—¡Sal de aquí. ¡Vete, aléjate, Ann Lake!

—¡No, no!, —gritaba desesperadamente —¡Papá, no me dejes, no! ¡Tú también, no, por favor! ¡Me portaré bien con Sarah, lo prometo! —seguí gritando.

En ese instante una mano fría sacudió mi cara y abrí los ojos. A mi lado Sarah me zarandeaba pidiéndome que despertara.

—¿Estás aquí?, ¿Eres real? —pregunté profundamente asustada.

—Ann, ¿Estás bien? —inquirió ella extrañada.

—¡Ha sido un sueño!— exclamé aliviada —¡Sólo ha sido un sueño! —repetí abrazándola.

—Sólo un sueño, solo un sueño —grité mientras saltaba sobre la cama.

La perplejidad de Sarah era más que evidente por su forma de mirarme. Jamás supo que, aunque hubiera sido solo por un instante, también yo había experimentado el dolor de la soledad más absoluta y la pérdida de todo lo que realmente amaba. La miré y me senté sobre la cama:

—¡Todo va a cambiar, Sarah!, —le dije totalmente esperanzada. Estaba realmente dispuesta a cambiar, a tratarla como a un miembro de la familia Lake. Se lo debía por toda la indiferencia y frialdad con las que la había tratado durante semanas.

—Lo sé —me respondió resignada y sin terminar de creerme —Lo sé...

IV

Al despertar nuevamente, ya por la mañana, cientos de rayos de luz atravesaban el cristal de la ventana iluminando así la habitación. Cuando me giré en la cama, descubrí que Sarah ya no estaba, y sin saber por qué, algo en mi interior se quebró. Me levanté precipitadamente mientras alguien tocaba en la puerta:

—¿Señorita Ann? —dijo una voz tras la puerta.

—Puedes pasar Lucía —respondí totalmente convencida de que era ella quien se encontraba al otro lado de la puerta.

—Vaya, hoy ya se ha levantado —replicó la camarera. —Estos últimos días me ha costado despertarla. Debe darse prisa. La señorita Sarah ya está abajo esperándola.

—Sí, enseguida voy. Y mi padre, ¿dónde está?, —pregunté con decisión.

—Su padre salió muy temprano. Creo que tenía algún cliente que visitar. Por favor, no se demore, señorita —dijo saliendo de la habitación.

—Está bien. Gracias, Lucía —contesté mientras terminaba de vestirme.

Cuando, por fin, me vestí, bajé al comedor donde Sarah, con sus grandes ojos verdes, me esperaba para desayunar.

—¡Vamos, dormilona! —dijo ella nada más verme entrar por la puerta. — Llevo un buen rato esperándote.

—¿Por qué no me has despertado?, —pregunté sonriendo.

—No quise molestarte. Parecías tener un sueño muy placentero —repuso ella.

—¿Ya no quedan más galletas?, —inquirí mientras veía como Sarah untaba mantequilla en las suyas.

—Lo siento mucho, señorita Ann —contestó Rose temiendo mi reacción. —Mucho me temo que son las últimas. Esta mañana no me ha dado tiempo a hacer más.

—No importa Rose, no será necesario —dije amablemente.

—Si quieres, puedo darte la mitad de las mías, —afirmó Sarah con su

dulce voz.

—No te preocupes. Además, esta mañana me he levantado con muy poco apetito. Tómalas tú, que te estás quedando muy delgadita —repuse más afectuosa que nunca.

Tanto Rose como Lucía nos miraban perplejas al ver el comportamiento que Sarah y yo estábamos teniendo la una hacia la otra. Ninguna de las dos salía de su asombro mientras trataban de entender qué era lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. ¿Cómo era posible que dos niñas que apenas se hablaban el día anterior, pudieran tratarse con tal deferencia en tan solo unas pocas horas, en las que, además debíamos estar durmiendo? Parecía que, después de todo, el plan de mi padre estaba empezando a dar sus frutos. También él, al igual que el resto de los habitantes de la casa, se alegró de ver que Sarah y yo, por fin, comenzábamos a entendernos.

Los días posteriores fueron memorables para mí, porque sin previo aviso y sin esperarlo, la tía Sofia regresaría desde Praga a Red Hill, y esta vez, según le había oído decir, era para quedarse. Además de semejante gran noticia, parecía que cada semana que pasaba Sarah y yo estábamos más unidas. Aquella niña rubia de ojos verdes se convirtió en un auténtico bálsamo para mí. Sin embargo, no todos recibieron nuestra complicidad del mismo modo, ya que, si había alguien en Red Hill que tendría que sufrir nuestra amistad, esa sería nuestra institutriz: la señorita Summerswood.

Ni Sarah ni yo soportábamos sus crueles métodos. La odiábamos, tanto a ella como a sus clases. Al fin y al cabo, no es fácil para una niña entender las razones que llevan a su profesora al maltrato. Por su puesto, mi padre jamás supo de la dureza con la que la señorita Summerswood nos trataba. En realidad, creo que, de no verlo con sus propios ojos, mi padre jamás lo habría creído, motivo más que suficiente por el que ni Sarah ni yo dijimos nunca nada al respecto. Nosotras teníamos otros planes. Anhelábamos que aquella mala mujer abandonara nuestras vidas para siempre. Y lo cierto es que hicimos toda clase de travesuras y fechorías para alcanza tal objetivo. Esto llevó a la institutriz a hablar seriamente con mi padre acerca de nuestro comportamiento nada agradable. Pero a pesar de sus constantes quejas y de los duros castigos que mi padre nos imponía, nosotras estábamos decididas a terminar con la

estancia en Red Hill de aquella mujer que se nos antojaba cruel y arrogante. Finalmente, cierta tarde, nos las arreglamos para colocar un cubo de agua con harina y plumas de oca sobre una de las puertas de la biblioteca. Tanto Sarah como yo sabíamos que la señorita Summerswood pasaba las tardes allí leyendo y preparando las clases del día siguiente, y teníamos previsto que aquella no iba a ser una tarde más. Pronto se escucharon sus gritos en toda la mansión, a lo cual todos acudimos en tropel. Ante nosotros, la señorita Summerswood, totalmente enfangada de agua, harina y plumas, y sintiéndose profundamente ultrajada, no dejaba de chillar y patalear mientras profería insultos y palabras malsonantes. Cuando quisimos darnos cuenta, Sarah y yo nos encontrábamos en el salón siendo fuertemente sermoneadas no sólo por mi padre, sino también por el abuelo. Aún hoy, apenas puedo evitar sonreír al recordar a la señorita Summerswood cubierta de aquella extraña masa que se había creado tras unirse agua y harina mientras totalmente indignada exclamaba:

—¡Sr. Lake, esto es inadmisibile! No puedo tolerar semejante trato hacia mi persona. Desde que se amigaron estos dos pequeños diablos han tratado de hacerme la vida imposible.

—Le pido perdón en su nombre —dijo mi padre tratando de dar así una disculpa —En cualquier caso, le prometo que esto no se volverá a repetir, —continuó, sintiéndose totalmente avergonzado por nuestro comportamiento.

—¡Por supuesto que no! —aseguró ella sin dejar de lado su habitual orgullo.

—Además, tanto Ann como Sarah recibirán un castigo ejemplar, se lo aseguro.

—¡Es lo mínimo que merecen esos dos demonios! —seguía diciendo ella.

—No lo dude, señorita Summerswood, —insistió mi padre.

—Sea como sea, desde este preciso momento le informo, Sr. Lake, de que no puedo permanecer un instante más en esta casa —afirmó la institutriz con rotundidad.

—¿Significa eso que nos deja?, —preguntó con recelo mi padre.

—¡Por supuesto! ¿Es que acaso lo duda? No tengo por qué soportar semejante humillación —contestó con desdén la institutriz —y no se moleste

en tratar de convencerme —dijo moviendo su mano con desprecio ¡No lo lograré! Buenas tardes, señor Lake —terminó de decir dirigiéndose hacia la puerta, mientras dejaba caer sobre Sarah y sobre mí una penetrante mirada en la que se reflejaba su más profundo odio y rencor hacia nosotras. Tras esta, otra mirada mucho más dura y severa estaba a punto de caer sobre ambas. En los ojos de mi padre se veía la más honda y profunda decepción de cuantas había visto hasta aquel mismo instante.

—Señoritas, —comenzó diciendo —me siento profundamente avergonzado de vuestro comportamiento. Si lo que pretendíais era humillar a la señorita Summerswood, enhorabuena, lo habéis conseguido, aunque con ello también hayáis tenido que ponerme a mí y nuestro apellido en evidencia.

—Papá..., —me atreví a balbucear.

—¡Silencio! —gritó él profundamente enfadado. —Estoy hablando yo. ¿Ya ni tan siquiera a mí me respetas? —preguntó irónicamente. —¿Qué clase de educación se supone que te he dado durante estos años? —prosiguió con su interrogatorio. Lo cierto es que esa pregunta era demasiado comprometida como para atreverme a contestarla, por lo que guardé un silencio que, al parecer, mi padre también consideró ofensivo hacia él:

—¡Te he hecho una pregunta, Ann! ¡Contesta! —me ordenó.

—La mejor, papá —respondí sin pensar.

—¿La mejor?, ¿Estás segura?, pues realmente no lo parece, Ann. Y tú —prosiguió dirigiéndose a Sarah —¿Qué tienes que decir al respeto?

—Lamento mucho lo ocurrido, Edward —respondió ella llorando.

—¿Así agradeces la acogida de esta familia? —inquirió mi padre hondamente dolido.

—No volverá a ocurrir, lo prometo —repetía Sarah tirada de rodillas en el suelo entre sollozos.

—Por supuesto que no. De ahora en adelante dormiréis en habitaciones separadas —afirmó él severamente.

—Pero papá —me atreví a interrumpir —No puedes separarnos ahora, eso no es justo.

—¿Y qué es justo, Ann? —preguntó él —¿Acaso es justo lo que le habéis hecho a vuestra institutriz?

—Pero papá, ahora todo ha cambiado, Sa ...

—¡Claro que todo ha cambiado! —exclamó mi padre sin dejarme terminar de hablar —¡Y más que van a cambiar! —gritó enfurecido —te lo aseguro — prosiguió con tono amenazador —Tanto el abuelo como yo hemos procurado que siempre tengáis lo mejor. La mejor ropa, los mejores juguetes, la mejor educación. Incluso hemos consentido que una institutriz se instalara en esta casa para evitaros a Sarah y a ti la molestia de tener que ir al colegio, pero vosotras no habéis valorado nada en absoluto. Pues muy bien, a partir de ahora iréis hasta allí a pie, así aprenderéis lo que cuesta tener una buena educación.

—Pero papá, son casi dos millas... —dije quejándome.

—Así aprenderéis a valorar lo que tenéis —siguió diciendo mi padre —Y además lo haréis en turnos distintos. Tú asistirás a las clases del turno de la mañana y Sarah lo hará por la tarde.

—Pero... —me dispuse a decir.

—¡Pero nada, Ann! —repuso él —estoy mucho más que decepcionado con las dos... Ahora cada una a su habitación y no quiero escuchar ni una sola palabra más, ¿entendido?

—Entendido —susurró Sarah que aún seguía llorando —pero... es que yo no sé cuál es mi habitación. Siempre he dormido con Ann... —terminó de decir profundamente triste y arrepentida.

—Lucía preparará un nuevo cuarto para ti. Ella te dirá dónde es. —Le contestó él fríamente. —¡Ah!, Y dado que estáis castigadas, doy por supuesto que imaginaréis que tenéis totalmente prohibido salir de vuestros cuartos hasta nueva orden —afirmó mientras salía del salón.

Más o menos resignada, le hice un gesto con la cabeza a Sarah para advertirle de que lo mejor sería obedecer la orden de mi padre y marcharnos. Después, ya a solas en mi cuarto, mi mente repetía sus duras palabras: “Me siento profundamente avergonzado...” “Estoy mucho más que decepcionado...” eran palabras que retumbaban en mi cabeza una y otra vez. Comprendí entonces lo herido que mi padre se había sentido y pensé que no sólo le había fallado, sino que, además, nunca podría llegar a recobrar su confianza nuevamente, lo cual me sumió en una honda tristeza.

V

A pesar de lo disgustado que veía a mi padre debido a mi comportamiento, por mi mente nunca llegó a pasar la idea de que mi vida iba a cambiar a partir de ese momento. No temía el hecho de tener que ir a un nuevo colegio y mucho menos aún el tener que hacerlo de un modo tan duro como había avanzado mi padre. Lo cierto es que, en todo momento, creí que no se trataba más que de un montón de amenazas para atemorizarme y hacerme reflexionar, que se quedarían simplemente en palabras. Sin embargo, y muy a mi pesar, en esta ocasión las cosas no se sucedieron como yo creí que lo harían. Así, unos pocos días después de nuestra desafortunada travesura, Lucía, obedeciendo estrictamente las órdenes de mi padre, apareció en mi cuarto a primera hora de la mañana. Aún era de noche y la temperatura era heladora.

—Señorita Ann, —susurró Lucía con su dulce voz —Debe levantarse. Es su primer día de colegio en el Liceo de Westville. —Un grupo de palabras sonó terriblemente mal en mis oídos: “Primer día de colegio.”

—¿Pero, qué dices, Lucía?, tan solo son las seis de la mañana —contestó mi sueño por mí.

—Son órdenes de su padre señorita, debe levantarse —replicó ella insistente —además tiene que darse prisa, de otro modo perderá el tren de cercanías que la llevará a Westville.

—¿Tren? —dije espantada incorporándome —¿Qué tren? ¿De qué estás hablando? —En ese momento sentí auténtica desesperación y frustración. Al parecer, esta vez las amenazas de mi padre iban en serio. Tendría que ir al Liceo de Westville a estudiar en vez de hacerlo en casa tal y como estaba acostumbrada desde pequeña. Aunque, al menos, no iría a pie. Mi padre se había compadecido y me dejaba tomar el tren, al fin y al cabo, yo tenía algo de razón: papá no podía ser tan duro conmigo.

—Tiene que ir hasta Nolfork para coger un tren que pasa por la estación de Four Seasons a las siete y diez y que la llevará hasta Westville. Sus clases comienzan a las ocho en punto de la mañana, así que debe darse prisa —

continuó Lucía mientras sacaba de mi armario la ropa que tendría que ponerme.

—¿Cómo? ¿Tengo que ir caminando hasta Nolkfort? —inquirí sin poder creer lo que la camarera estaba diciéndome —¿Estás segura? No puedo ir caminando hasta allí... Estoy convencida de que mi padre no puede haberte dicho eso. Debes estar confundida, Lucía.

—Mucho me temo que no, señorita. En cualquier caso, puede ir usted misma y hablar con su padre si no me cree —respondió la criada con cierto desaire.

Miré por la ventana. El tiempo, tal y como era de esperar en noviembre, se mostraba desapacible. El viento golpeaba con furia los cristales y comenzaban a caer las primeras gotas de lo que, sin duda, sería un fuerte aguacero. Mi auténtico castigo no había comenzado aún y ya me sentía desfallecida. Me vestí sin ganas y, refunfuñando, bajé la escalera.

En el salón estaban mi padre y su cuñada, la tía Sofía, quien trataba de convencerlo para que reconsiderara su decisión de hacerme ir sola hasta el Liceo. Sin duda alguna, la tía Sofía me adoraba. Recién llegada de Praga, ella, que tanto había viajado por Europa, tenía una mentalidad abierta y despierta muy distinta a la de todos los que habitábamos la casa. De trato agradable y costumbres extremadamente refinadas, la tía Sofía era, después de mi madre, la persona más afectuosa y divertida que habían contemplado los muros de Red Hill.

—¿No crees que te estás excediendo, Edward? —le decía a mi padre sin darse cuenta de que yo estaba entrando en la habitación. —Piénsalo bien, aún es muy pequeña. Deberías reconsiderar tu postura —continuaba ella mostrando su nerviosismo.

—Ann va ya camino de los quince años, no es ninguna niña —le replicaba mi padre —Y, Sofía, no pretendo ser grosero, pero te pido que, por favor, te mantengas al margen de mi decisión. Yo sé muy bien cómo he de educar a mi hija —terminó de decir.

Estaba claro: Mi padre no creía que debiera reconsiderar nada, más bien estaba convencido de que si daba un paso atrás en su decisión lo único que conseguiría era que yo le respetase aún menos. Ante su negativa, dolida y

enfadada, rehusé a saludarle. Lo cierto es que no me apetecía hablar con él. Después de todo, no iba a conseguir nada, así que salí del salón rumbo a la cocina con la firme intención de tomar un buen desayuno que me diera las fuerzas que, sin duda alguna, iba a necesitar después...

En la cocina, Rose y Lucía también hablaban del asunto. Al parecer, yo era el centro de todas las conversaciones aquella mañana, lo cual me incomodaba.

—Pobre, mi niña —decía Rose con auténtico pesar —este castigo es desmedido. Hacerla caminar sola hasta Nolfork con este frío...

—Pues yo creo que el señor Edward sabe muy bien cómo debe educarla. La verdad es que el comportamiento de la señorita Ann en los últimos meses está siendo de un egoísmo colosal. —afirmó Lucía con rotundidad.

—Es interesante eso que dices... —dije interrumpiendo su amistosa charla al tiempo que las dos mujeres se giraron sorprendidas sin prever que yo estaba entrando en la cocina.

—¡Señorita Ann! — exclamó Lucía sobresaltada —No sabía que usted escuchaba tras las puertas.

—¡Muchacha, no seas descarada! —prorrumpió la fiel Rose dirigiéndose a Lucía.

—No importa, Rose. Ahora tan solo deseo desayunar. Por favor, hazme unas tostadas con mantequilla... —le pedí visiblemente molesta por los comentarios de Lucía.

—Por supuesto, niña. Debes desayunar rápido si no quieres perder el tren —respondió mi nana.

—¡Perder el tren! —pensé. Por supuesto que lo deseaba, pero no podía hacer tal cosa si no quería empeorar las cosas...

Tras mi presuroso desayuno, cogí todas mis cosas y le pedí a mi madrina, la tía Sofía, que me explicara qué debía hacer para llegar caminando y sin problemas hasta Four Season y así, poder coger un tren que, sin haber visto jamás, ya odiaba con todas mis fuerzas. Mientras ella, con su afecto y ternura habituales, me indicaba el camino, yo sentía que, sin duda alguna, mi tía era, además de Sarah, la única aliada que me quedaba en Red Hill.

El camino hasta Nolkfort se me hizo interminable. Ya clareaba y comenzaban a despuntar los primeros rayos de luz, aunque aún estaba algo

oscuro y el frío era intenso.

Caminaba paso tras paso hacia mi destino como un autómatas pensando únicamente en mi padre de quien, ni tan siquiera me había despedido. El desprecio que me había mostrado la noche anterior me había dolido demasiado. Pensaba también en Sarah. La envidiaba imaginándola placenteramente dormida entre el calor de sus mantas y sábanas. ¿Por qué había tenido que ser yo quien asistiera a las clases de la mañana? Sin duda, tal turno era mucho más duro. Era injusto, pero después de todo, pensé que quizá mi padre me había castigado más duramente porque me había considerado la cabecilla de todas nuestras diabluras, lo cual era totalmente cierto.

A medida que iba caminando sentía un frío cada vez más intenso. El dolor de mis pies era penetrante e incluso llegó un momento en que tuve la impresión de que ya no podían moverse más. No respondían a mis intentos por avanzar. Poco después comencé a divisar las primeras casas de Norfolk y pensé que el lugar en que debía tomar aquel endiablado tren estaba cada vez más cerca. Un sentimiento de alivio me inundó, por fin llegaría a mi destino. Sin embargo, pronto esa emoción se transformó en un estremecimiento mayor provocado por mis dudas y temores sobre cómo sería Westville y qué tipo de gente encontraría allí...

VI

A mi regreso a Red Hill la tía Sofía y mi padre esperaban impacientes en el salón, pero solamente mi tía parecía preocupada por la posibilidad de que me hubiera ocurrido algo, o, al menos, así me lo hicieron creer. Eran más de las tres de la tarde cuando llegué a casa y, al entrar y verlos allí reunidos esperándome, me quedé ciertamente muy sorprendida, pues tras la actitud fría y áspera de la noche anterior por parte de mi padre, no esperaba tal recibimiento.

—Buenas tardes —saludé apesadumbrada al entrar en la habitación.

—Hola, mi muñeca —respondió cariñosamente mi tía.

—¡No me llames así, tía, ya no soy un bebé! —le repliqué airada.

—No te enfades, Ann, sabes que te lo digo con cariño —respondió ella tan dulce como siempre. —¿Qué tal te ha ido en el Liceo? —preguntó con gran interés.

—¿Y qué más da, tía? —contesté indiferente.

En ese instante sentí cómo una mirada de enfado por parte de mi tía se ceñía sobre mi padre; sin duda, Sofía le acusaba de ser el causante de mi indiferencia y frialdad, lo cual no era del todo cierto...

—Ann, tu tía te ha hecho una pregunta de manera educada —dijo mi padre acrecentando la tensión acumulada en el ambiente —creo que lo mínimo que debes hacer es responderle con la misma cortesía, ¿no te parece? —Sus ojos se habían clavado en mí y en ellos veía enojo y enfado, pero apenas percibía ya la decepción que me habían transmitido el día anterior. Ocultaban otra cosa...

—Claro —respondí —perdóname tía. Siento haber sido tan grosera. —me disculpé dirigiéndome a Sofía —El día no ha estado mal —terminé de decir.

—Espero que sea cierto, Ann —profirió mi padre con su firmeza habitual de las últimas horas —porque tendrás que acostumbrarte a ese colegio por las buenas o por las malas. Cuando antes lo aceptes, mejor para todos.

—¿Puedo retirarme ya? —pregunté indignada.

—Puedes —afirmó él con voz fría.

Una vez más, dolida ante su actitud distante e impassible, salí del salón decepcionada y herida con la firme intención de encerrarme para siempre en mi cuarto, pero mientras subía la escalera oí la voz de mi tía llamándome desde la parte baja de la misma.

—Ann, no se lo tengas en cuenta —dijo —está muy dolido por las actitudes que estás mostrando últimamente. Debes comprenderlo, no juzgarlo.

—Está siendo demasiado duro, tía Sofía. ¡Ojalá mi madre estuviera aquí! —le grité con desesperación. —¡Todo sería diferente! La echo tantísimo de menos... —susurré mientras mis ojos comenzaban a humedecerse presos de mi honda tristeza.

—Lo sé, pequeña, lo sé —dijo ella mientras me abrazaba —También tu padre la extraña y lo pasa mal. Él te quiere mucho, Ann. Piensa que ahora mismo eres lo único que le queda de Amelie.

—Pero, tía...

— Sí, Ann, en realidad, tu padre solo te tiene a ti. Para él siempre serás su pequeña...

—Pues yo he llegado a pensar que ha dejado de quererme —le confesé absolutamente dolida ante la actitud que mi padre estaba tomando para conmigo.

—¡Claro que no! —afirmó con rotundidad —¿Cómo puedes pensar eso?

—Porque últimamente lo único que recibo de él son órdenes y castigos — repliqué.

—Es que, últimamente, tu actitud tampoco está siendo la de siempre —me reprochó ella —Ann, conozco a Edward desde hace muchos años y sé perfectamente que eres lo más importante para él. Jamás podría dejar de quererte.

—¿Estás segura? —pregunté incrédula.

—Completamente —afirmó mi tía con rotundidad— pero también tú tienes que comprometerte a comportarte como una señorita y dejar de lado las trastadas y malas actitudes que estás teniendo últimamente. No son propias de ti, Ann. Prométeme que tu conducta va a cambiar, prométemelo, Ann —me pidió.

—Está bien, tía, trataré de portarme mejor —dije con voz más serena.

De ninguna manera podía negarme a la petición de Sofía. Su dulzura y comprensión habían calado en mi corazón; mi propósito de ser la niña cordial y afable que todos deseaban era firme y auténtico: tenía que hacerlo, aunque sólo fuera para recuperar la tranquilidad que siempre había imperado en Red Hill.

Las semanas siguientes transcurrieron sin mayores incidencias. Al principio, continué yendo hasta el colegio tal y como lo había hecho desde que mi padre me impusiera tal castigo, es decir, una pequeña parte del camino a pie y la otra en tren, lo cual fui superando a medida que pasaba el tiempo. En el colegio, pronto entablé amistad con Mary Scott, una joven de cara pálida y trenzas pelirrojas que parecía comerse el mundo con su vitalidad y optimismo. Poco a poco, y gracias a la inestimable ayuda de la tía Sofía, mi padre también se fue ablandando con respecto a su decisión y, finalmente, permitió que Sarah y yo volviéramos a nuestras clases conjuntas, aunque eso sí, ya no en casa bajo la supervisión de institutriz alguna, sino en Westville, hasta donde Albert nos llevaba en nuestro coche particular. Así, mis idas y venidas al colegio eran de lo más divertido. El tiempo pasaba entre charlas, bromas y diversiones con Sarah y Mary. Nunca se había respirado tanta jovialidad en Red Hill como en aquellos días.

Tras una ajetreada mañana en el colegio, Sarah y yo regresábamos tranquilas y divertidas a casa un diecinueve de octubre de 1896 sin presagiar que una gran sorpresa nos esperaba en Red Hill.

Al bajar del coche y entrar en la casa, Rose y Sofía salieron a recibirnos con una extraña actitud. Una vez más, y como hacíamos diariamente al llegar a casa, acudimos al salón en busca de mi padre donde solía esperarnos leyendo el periódico o fumando uno de sus habanos, pero en esta ocasión no estaba solo. Una hermosa mujer rubia lo acompañaba.

—¡Ya estáis aquí!, —exclamó mi padre— Habéis tardado más que de costumbre. Ven aquí, hija —me pidió —voy a presentarte a alguien. Tú también Sarah, en realidad tú eres la más interesada en esto —dijo.

Sarah y yo nos miramos extrañadas y, sin mediar una sola palabra, nos acercamos a la chimenea junto a la cual estaban sentados.

—Claire, —continuó mi padre mientras me agarraba suavemente de la mano —te presento a mi hija Ann.

—Encantada de conocerte —respondió ella con amabilidad.

—Y esta jovencita tan guapa es Sarah —prosiguió él acercándola con cuidado a aquella invitada para nosotras desconocida.

—¿Tú eres Sarah? —preguntó ella sorprendida —¡Al fin te encuentro! ¡Cuánto te he buscado!

—¿La conoces? —dije dirigiéndome a mi pequeña amiga.

—No la he visto en mi vida —respondió Sarah totalmente absorta.

—Sarah —interrumpió mi padre —Ella es tu tía Claire. Ha venido expresamente desde Frankfurt para buscarte.

—¿Qué? —dije —¡No puede ser, papá!. ¿Vas a permitir que esta mujer se lleve a Sarah? No sabemos quién es.

—Ann, por favor, no empieces una de tus escenas —me pidió mi padre — Claire es su tía, está más que comprobado que lo es. Sarah debe marcharse con ella y así será.

—Pero papá...— respondí asustada e incrédula ante lo que estaba a punto de ocurrir —¿De verdad vas a consentir que Sarah se marche con esa mujer? ¡No puedes separarnos! ¡No es justo! —le grité totalmente indignada.

Mientras yo trataba de convencer a mi padre con argumentos desesperados para conseguir que Sarah se quedara con nosotros, Claire agarró del brazo a quien decía ser su sobrina y le preguntó:

—¿No te gustaría venir conmigo a Frankfurt?

—No lo sé —respondió Sarah con una dulzura aún mayor— Es que no te conozco. No sé quién eres, tan sólo quien dices ser...

—¿Tu madre jamás te habló de mí? —le preguntó. Sarah sacudió la cabeza para indicar con ello una respuesta negativa.

—Mi nombre es Claire. Soy la hermana pequeña de tu madre. Si nunca nos hemos visto antes no ha sido porque yo no lo deseara, sino porque la distancia geográfica no me lo ha permitido, pero siempre supe tanto de tu existencia como de la de Beth gracias a las cartas que mi hermana Madelaine me enviaba regularmente. Cuando supe de su muerte comencé a buscaros. ¡Llevo tanto tiempo buscándote! Y al fin te he encontrado. ¿Vendrás conmigo? Te prometo

que no tienes nada que temer, pequeña —le aseguró la mujer.

—¿Y también estará con nosotras Beth? —quiso saber Sarah.

—Sí —afirmó Claire —Ella también vendrá con nosotras a Frankfurt. Ahora que he dado contigo podemos ir al orfanato a por ella.

—Tengo muchas ganas de volver a verla —susurró Sarah como absorta en su pensamiento.

—Pues eso ocurrirá muy pronto si te vienes conmigo. ¿Lo harás? —inquirió su tía.

—Sarah sacudió una vez más su cabeza, pero en esta ocasión el gesto era afirmativo.

Claire agarró de nuevo de la mano a su sobrina y se acercó hasta nosotros enérgica y decidida:

—Muy bien Sr. Lake, gracias por todo. Sarah y yo nos iremos en cuanto su maleta esté preparada —dijo ella.

—¡Sarah! —grité inquieta por el cariz que estaban tomando los acontecimientos —¿Vas a irte? ¿Acaso también tú vas a dejarme? —le pregunté llena de angustia.

—Ann, compréndelo ¡Voy a ver a mi hermana Beth! —exclamó ella henchida de emoción —¡Voy a verla... otra vez!

¡Oh, Sarah! —exclamé sabiendo que no había nada que hacer. El brillo que sus ojos desprendían mientras ella imaginaba a su hermana me hizo comprender de inmediato que la había perdido irremediablemente. No había nada en el mundo que yo pudiera hacer o decir para que Sarah cambiara de opinión y se quedara en Red Hill. Su deseo de volver a abrazar a su querida Beth era lo que había conseguido que continuara levantándose cada mañana y, de repente, iba a volver a encontrarse con ella. Muy en el fondo, y a pesar de conocer a Beth únicamente por los relatos de mi amiga, también yo me sentía emocionada al pensar en ellas dos juntas de nuevo. Una certeza absoluta de que no volvería a ver a Sarah se apoderó de mí y fue en ese preciso instante cuando me acerqué a ella y abrazándola le susurré:

—Debes darte prisa. No hagas esperar más a tu hermana... Dale un abrazo muy fuerte cuando la veas...

—Lo haré —respondió ella mientras dos lágrimas descendían por sus

mejillas.

—Te echaré de menos —alcancé a decir.

—Y yo —contestó escuetamente.

—¿Me escribirás desde Frankfurt? —le pregunté sin poder evitar que las lágrimas llegaran a mis ojos. —Yo lo haré todas las semanas, lo prometo, y esperaré tu respuesta. —Sarah no hacía más que llorar. Sus lágrimas, que eran ya una mezcla de tristeza por su partida de Red Hill y de la felicidad que le producía la idea de volver a ver a su hermana, manaban incesantemente de sus ojos verdes.

—Bueno, creo que ya es la hora —dijo Claire interrumpiéndonos y cogiendo la maleta que Rose se había preocupado de preparar mientras nosotras hablábamos en el salón.

—Espera un segundo, por favor. —Dije refiriéndome a Sarah. —Quiero regalarte algo... He de subir a buscarlo a mi habitación. Será solo un momento... —dije apresuradamente y dirigiéndome a Claire, quien parecía estar impaciente por marcharse ya.

Subí corriendo la escalera principal en dirección a mi cuarto. Al llegar allí, abrí el armario y saqué la cajita de música que mi madre me había regalado. En su interior estaba el broche de oro y sus pendientes. Aquellos con forma de trébol que ella misma me entregó poco antes de morir. Los cogí y bajé corriendo la larga escalera que daba al salón. Ya allí, me dirigí una vez más hacia Sarah y cogí su mano enseñándoselos:

—Tú sabes que mi caja de música y estos pendientes son la única herencia realmente valiosa que tengo de mi madre —le dije con pesar —Quiero que tú te quedes con uno de estos pendientes, yo guardaré el otro. Así estaremos siempre juntas a pesar de la distancia. Prométeme que algún día nos encontraremos de nuevo y los volveremos a reunir.

—Te lo prometo, Ann —respondió Sarah absolutamente convencida de que así sería.

—No me olvides —le pedí.

—No lo haré —dijo ella mientras Claire tiraba de su brazo impaciente por sacarla de la casa. Justo en ese preciso instante, mi padre tomó mi mano y juntos nos dirigimos hacia el exterior de Red Hill. Una vez fuera, Sarah soltó a

su tía y salió corriendo de vuelta hacia nosotros.

Se queda con nosotros —pensé deseando con todas mis fuerzas que así fuera —No se irá...

—Gracias por todo, Sr Lake, pensaré también en usted. —Dijo Sarah mientras se echaba en los brazos de mi padre. —No le olvidaré, se lo prometo.

—Tampoco yo a ti, pequeña —respondió él. —Y ahora vete. No hagas esperar más a tu tía —terminó de decir.

De repente, mi pequeña esperanza de que Sarah permaneciera con nosotros en Red Hill se desvaneció por completo. Súbitamente, el coche en cuyo interior se hallaba la única verdadera amiga que había tenido en toda mi vida, comenzó a moverse y yo, sin poder evitarlo, eché a correr tras el vehículo gritando desgarrada:

—¡Sarah , Sarah...! ¡Te echaré de menos! ¡No me olvides, por favor...!

Pronto el coche se perdió en el horizonte y yo me sentí, una vez más, sola, vulnerable y abandonada...

VII

Tras la marcha de Sarah, los días pasaban lentos y aburridos en Red Hill. Habían sido demasiados los golpes que había recibido por parte de los seres a los que yo, de un modo u otro había querido, y comencé a pensar que no merecía la pena querer a nadie, pues todos aquellos a los que les abría mi corazón, acababan abandonándome irremediablemente.

El ambiente en la casa estaba enrarecido y no era capaz de olvidarme de mi amiga, ni tan siquiera cuando Mary me visitaba.

Una vez más, mi padre, alertado por mi estado de ánimo y preocupado ante la posibilidad de que mi salud pudiera sufrir una recaída, comenzó a concebir una nueva solución.

—Ann, —me llamó sin yo esperarlo desde su despacho mientras yo, aburrida, fingía leer un libro en la biblioteca contigua —¿Puedes venir un momento, por favor? Tenemos que hablar.

—¿Y tiene que ser ahora? —pregunté sin ganas de charla.

—Sí. Ahora. Ya. —Respondió en monosílabos y con voz dictatorial.

—De acuerdo —contesté resignada. Apesadumbrada y consumida me levanté de la mecedora en la que estaba sentada y me dirigí con paso lento a su despacho. Toqué la puerta, que estaba entreabierta, y entré en la habitación sin que a él le diera tiempo a permitirme pasar.

—¿Me llamabas, papá? —pregunté retóricamente.

—Sabes que sí —dijo él. —Siéntate. Tenemos que hablar de algo importante.

—Tú dirás —le respondí mientras me sentaba en una de sus enormes butacas.

—Estoy preocupado por ti, Ann —me dijo con voz calmada y dulce. —Desde que Sarah se marchó ya no eres la misma muchacha traviesa e inquieta de antes.

—No me estarás diciendo que echas de menos mis travesuras, ¿verdad? —le dije.

—No es eso, Ann, y tú lo sabes. Es solo que ni tan siquiera cuando viene Mary pareces estar feliz.

—¿Y qué esperabas, papá? —pregunté realmente enfadada. —Primero me obligas a convivir con una extraña, una niña a la que no conozco de nada y a la que, sinceramente, llegué a detestar y cuando, por fin, nos hacemos amigas y se convierte en una de las personas de esta casa a la que más quiero, permites que una mujer, venida de pronto de no sé dónde, se la lleve como si tal cosa. ¿Cómo quieres que me sienta? ¡No es justo lo que me haces!

—Ann, sé que estás enfadada, pero...

—¿Enfadada? ¿Eso es lo que crees? ¡Tú no sabes lo que siento! —exclamé —No estoy enfadada, papá, es mucho más que eso. Me siento sola, triste y vacía... Sarah ha sido la única amiga verdadera que he tenido en toda mi vida. Es como una hermana para mí, pero tú eso no puedes comprenderlo.

—¿Por qué presupones que no puedo entenderte? —respondió él airado.

—Si hubieras comprendido mínimamente lo que sentía no habrías permitido que Sarah traspasara los muros de Red Hill —le respondí agitada.

—¡Tú, tú, tú y siempre tú! —exclamó él molesto —¿Por qué has de ser tan egoísta, Ann?. Solo piensas en ti.

—Sí, papá, supongo que es cierto, pero es que debo pensar en mí porque hace tiempo que en esta casa ya nadie lo hace... —le grité exaltada.

—¡Por el amor de Dios, Ann!, ¡No me puedo creer que seas tan injusta y egoísta! ¿Acaso crees que a mí no me duele que Sarah se haya marchado? ¿Piensas que estoy hecho de mármol? Yo la acogí en esta casa como a un miembro más de nuestra familia, Ann, pero Claire es su tía, su verdadera familia, ya no podíamos retenerla aquí por más tiempo... Además, ella ha sido quien ha tomado la decisión final de marcharse y yo simplemente he respetado su voluntad. ¿Es que tanto te cuesta comprenderlo?

—No —repliqué en voz baja y sin ganas de continuar con la conversación.

—De todos modos —continuó diciendo él ya mucho más calmado —no te he llamado para hablar de las razones que me impulsaron a dejar que Sarah se fuera, eso ya no tiene razón de ser. Es otro el motivo por el que deseo hablar contigo. Se trata de un asunto que te concierne directamente, razón por la cual he de pedirte tu opinión de manera forzosa.

—¿Y qué es eso tan importante? —quise saber.

—Lo he meditado mucho, hija, y creo que te vendría bien cambiar de aires. No parece

que el ambiente que se respira en Red Hill te ayude a pasar esta nueva crisis y, lo

cierto es que me da miedo que vuelvas a tener una recaída similar a la que te produjo

la muerte de tu madre.

—Entiendo —repuse yo —¿Y qué has pensado hacer ahora? ¿Acaso vas a enviarme a un internado o algo así? —contesté irónicamente mientras me hacía a la idea de que pronto estaría encerrada en algún colegio extranjero y excesivamente disciplinado.

—No Ann. Creo que sería bueno para ti, y para todos, que pasaras una temporada en París, con tu abuela Elizabeth. Lo he hablado con ella y estaría encantada de que así fuera.

—¿A París? ¿Con la abuela? ¿Lo dices en serio, papá? —pregunté asombrada y sin terminar de creerlo. —Eso sería maravilloso. Sabes que adoro a la abuela..., y cuando mamá murió uno de mis mayores deseos fue ir a vivir con ella. ¿Pero por qué razón quieres que vaya ahora a París? Otras muchas veces te he pedido ir y nunca me lo has permitido...

—Lo sé, Ann. Y si ahora te lo consiento es únicamente porque no soporto seguir viéndote tan triste y deprimida. Además, debes saber que, la verdadera artífice de todo esto, ha sido tu tía Sofía. Es a ella a quien realmente debes agradecersele.

—Claro, tía Sofía —dije pensando que era lógico que la idea de marcharme a París no hubiera salido de la cabeza de mi padre.

—Sí. Sofía fue quien me sugirió que te dejara ir con ella y con su madre a pasar una temporada a París. Y ya sabes lo persuasiva y obstinada que puede llegar a ser. Me resultó imposible poder negarme. Así que si quieres marcharte con ellas, tienes mi consentimiento —replicó él.

—Gracias papá —dije emocionada levantándome de un salto de mi butaca. —No te arrepentirás, te lo prometo —le dije dándole un enorme

abrazo. —¡Será maravilloso!

Sin pensarlo un instante salí corriendo del despacho de mi padre hacia el jardín en busca de mi tía. Allí estaba ella ayudando a Rose a regar un gran número de plantas y macetas.

—¡Tía!, ¡Tía Sofía! —la llamé mientras corría feliz y sobreexcitada hacia ella —¡Tía, me marcho a vivir contigo y con la abuela a París!

—¿De veras, mi muñeca? —dijo ella aún más emocionada que yo —Eso es maravilloso. Pero, ¿Tú estás segura de que quieres venir? —preguntó de repente, como con dudas —mira que una vez que estemos allí vamos a tardar mucho en regresar. ¿No echarás de menos a tu padre?

—¡Claro que sí, tía! —exclamé —por supuesto que le echaré de menos y también a Rose y a Mary pero necesito marcharme de esta casa. Papá lo entiende y está de acuerdo.

—Muy bien, querida, en ese caso debes ir pensando en hacer tu equipaje; salimos en tres días. Rose y yo te ayudaremos. ¡Qué contenta se va a poner tu abuela cuando te vea! —dijo abrazándome.

Tres días después partíamos rumbo a París. La despedida fue más dura de lo que en un primer momento yo misma había presagiado, especialmente cuando tuve que despedirme de mi padre cuyos brazos parecían no querer soltarme. Junto a él también se quedaron viéndonos partir, desde la cancela de Red Hill, Rose, quien no podía dejar de llorar, Alfred y Lucía. A pesar de que sabía que no me resultaría nada fácil vivir en París sin todos ellos, en lo más profundo de mi ser anhelaba hondamente estar ya en la capital francesa con mi querida abuela Elizabeth. Tal y como mi padre me había apuntado días antes, yo necesitaba un cambio lejos de los muros de Red Hill y estaba totalmente dispuesta a que mi vida cambiara de norte a sur.

El viaje, aunque largo y ajetreado debido a la distancia geográfica, también fue beneficioso para mí, pues mi curiosidad y personal interés por conocer lugares y gentes nuevas proporcionaba a mi estado emocional un bienestar y una satisfacción que pocas veces en mi vida había tenido hasta ese momento.

Nada más llegar a la ciudad, la tía Sofía se apresuró a avanzarme la cantidad de lugares a los que me llevaría: Notre Dame, la Saint Chapelle, el

Louvre y, por supuesto, la Ópera, la famosa Ópera parisina...

Una vez ya en la casa, mi abuela pronto ejerció como la maravillosa anfitriona que siempre había sido indicándome dónde estaba cada habitación, incluida, por supuesto, la que durante un amplio período de tiempo sería mi dormitorio, y presentándome también al personal de la casa, puesto que, a pesar de estar viuda desde hacía ya varios años y de que mi madre y la tía se habían marchado a Inglaterra, ella no vivía sola. Méderic y Adele vivían también en la casa.

Méderic era un hombre fiel y servicial, digno de la confianza del abuelo. Había sido el chofer de la familia Lafranque durante años, mientras que Adele, por su parte, era una joven muchacha llegada desde Le Mans que, además de realizar las tareas de la casa, se preocupaba de cubrir todas las necesidades de la abuela o de la Señora Elizabeth, como ella la llamaba.

Con el paso de los días y las semanas, mi estancia en la casa transcurría del modo más apacible y sereno que hubiera podido imaginar. Realmente marcharme de Red Hill parecía haber sido mi mejor medicina, aunque echaba constantemente de menos a mi padre, pero la bohemia ciudad de París había resultado ser el soplo de aire fresco que mi alma necesitaba. Por otra parte, y tal y como había prometido, escribía a Sarah todas las semanas y a pesar de que no siempre recibía contestación a mis cartas yo le enviaba mis mejores deseos semana tras semana. Y así, le contaba lo feliz que era en Francia, la gran cantidad de lugares nuevos que visitaba, lo maravillosa que era la Ópera, lo mucho que había mejorado mi francés desde mi llegada y lo muchísimo que aprendía gracias a mi nueva institutriz, la señora Bourcet, una entrañable y afectuosa viuda de mediana edad a la que, casi sin darme cuenta, tomé un gran cariño y afecto.

Mientras, el apego hacia mi abuela se incrementaba día a día, debido, entre otras cosas, a las conversaciones y charlas amistosas que manteníamos, muchas de ellas referidas a mi madre. Pronto me di cuenta de que, a diferencia de mi padre, la abuela Elizabeth disfrutaba recordando a su “pequeña Amelie”. Decía que así la sentía más cercana. Papá, por el contrario, sufría al hablar de ella, pues sus evocaciones de aquellos otros tiempos más felices y ya lejanos le traían también a la cabeza el hecho terrible de que mi madre

estaba muerta.

Nadie como la abuela para hablar de mamá. Ella me contó sus orígenes ingleses, su historia de amor con el abuelo y cómo juntos acabaron viviendo en París. También gracias a ella supe cómo mi madre llegaría muchos años después a Red Hill para ser la institutriz de los que acabarían siendo mis primos Samuel y Emily, hijos de la tía Diana, la mayor de las hermanas de mi padre. Supe cómo mis padres se enamoraron y cómo, a pesar de la oposición de la familia, debido a que mi madre era, según el abuelo John, un mal partido para su adorado Edward, se casaron prácticamente en secreto. Lo que mi abuelo John no sabía es que mi madre en París, también pertenecía a una familia acomodada, no tan rica y notable como lo eran los Lake, pero sí con el dinero suficiente como para vivir de manera tranquila y holgada. Mi madre había partido hacia tierras inglesas, a pesar de no tener el beneplácito de sus padres, únicamente porque deseaba sentir que también ella podía ser libre e independiente.

Y así, entre las charlas memorables con la abuela, las nuevas amistades, las clases de la señora Bourcet, mis idas y venidas por la ciudad con la tía Sofía y las cartas que escribía semanalmente a Sarah y a mi padre pasaron, sin apenas darme cuenta, casi tres años y medio de mi vida... Visto desde la distancia, ahora entiendo por qué un día, de repente, con diecinueve años cumplidos, sentí la imperiosa necesidad de regresar a casa. Así fue. Algo en mi interior me gritó que había llegado la hora de volver a Red Hill...

VIII

En el mismo instante en que comprendí que mi lugar no estaba en Francia, sino en Inglaterra junto a mi padre, supe también que mi abuela Elizabeth no encajaría bien tal noticia. Pasé días y noches pensando cuál sería el mejor modo de comunicarle mis deseos sin causarle disgusto alguno. Yo sabía que mi regreso a Red Hill era algo que mi abuela no aprobaría. Ella consideraba que París era ya mi verdadero hogar, mientras que el ambiente de Red Hill sólo me enfermaba y provocaba conflictos internos. Y yo, a pesar de que temía provocar algún tipo de reacción negativa en ella, en lo más profundo de mi alma deseaba regresar a casa con mi padre; motivo por el cual, finalmente, decidí hablar con ella lo antes posible. No tenía sentido demorar más una conversación que tendría que producirse irremediablemente si quería salir de aquella casa.

Esa misma noche antes de acostarme no pude evitar acercarme a la habitación de mi abuela. Era absolutamente necesario para mí hablar con ella.

—Abuela, soy Ann ¿Puedo pasar? —pregunté mientras golpeaba suavemente su puerta.

—Claro, hija. —me respondió.

—Necesito explicarte algo. Es importante. —continué mientras entraba ya en el dormitorio —He de contarte algo que he decidido en estos últimos días...

En la habitación junto a ella, en una butaca, estaba también mi tía Sofia ayudándola a desenredar unos ovillos de lana.

—¿Ah sí? —preguntó la abuela, curiosa —Pues tú dirás... Pero siéntate, querida —me pidió con su habitual amabilidad.

—Antes de decir nada más, quiero que ambas sepáis que he sido muy feliz junto a vosotras en esta casa —continué— Os agradezco mucho todo lo que hacéis por mí —dije mientras brotaban las lágrimas en mis ojos.

—Pero muñeca ¿qué ocurre? —replicó Sofia atemorizada.

—Es que... Bueno... —respondí dubitativa.

—¡Venga, niña! Di lo que tengas que decir —exclamó mi abuela ya impaciente.

—Es acerca de Inglaterra que os quiero hablar... —conseguí decir.

—¿Le ha pasado algo a Edward? —inquirió Sofía con preocupación.

—No, tía. Mi padre está bien, pero creo que ya ha llegado el momento de que yo vuelva a casa —me atreví por fin a decir.

—¿Cómo a casa? —preguntó nerviosa mi abuela —¿Acaso no es ésta tu casa? —prosiguió ella exaltada.

—Sí, abuela pero mi verdadero hogar está en Red Hill. Quiero volver. Cuando vine a vivir a París con vosotras siempre estuvo en mi mente la idea de regresar definitivamente a Inglaterra... con mi padre.

—Le echas de menos, ¿verdad, mi muñeca? —dijo Sofía.

—Sí, tía. Mucho. Necesito verle y estar con él. Sé que está allí solo y si le pasara algo no me perdonaría... no haber estado a su lado durante todo este tiempo. Abuela, entiéndeme —le pedí.

—Pero yo creí que con las estancias breves que has estado pasando allí durante el último año era suficiente para aplacar tu nostalgia —repuso mi abuela —además, cada vez que regresas a Inglaterra entras en un ambiente de depresión que no es bueno para ti ni para ninguno de los que te rodeamos.

—Lo sé abuela —contesté —pero eso era antes, cuando tan solo era una niña y no sabía que la vida también puede darte cosas maravillosas. Ahora quiero volver, lo necesito —le insistí.

—No, no estoy de acuerdo con esa decisión —dijo mi abuela muy seriamente.

—Pues lo siento mucho, abuela —le respondí yo más seria aún y totalmente decidida sobre qué era lo que debía hacer —Perdóname si te ofendo, pero no te estoy pidiendo permiso para volver a Inglaterra, simplemente te estoy comunicando una decisión que está ya más que tomada y que voy a llevar a cabo con o sin tu consentimiento.

—Ya veo —alcanzó ella a decir —entonces si mi opinión no cuenta para ti no entiendo por qué has venido a consultarla. Está claro que no hay más que hablar acerca del tema —aseveró con firmeza.

—Madre, no tienes derecho —dijo de repente mi tía. —No tienes derecho

a hacerla sentir mal. Ann tiene razón. Su hogar, por mucho que nos duela, no es éste. Su hogar está en Red Hill.

Tú no te preocupes, mi muñeca —dijo mirándome —si tu deseo es volver, debes hacerlo. Nosotras apoyamos tu decisión, ¿verdad madre? —preguntó Sofía sin recibir contestación por parte de la abuela Elizabeth

—Tú no te preocupes por nada, querida, ya sabes cómo es de terca tu abuela —me dijo sin dejar de mirar con cara de enfado a su madre, quien fingía estar ajena a nuestra conversación —ahora debes irte a la cama, Ann. — continuó diciéndome mi dulce tía —A partir de mañana comenzaremos a preparar tu viaje de vuelta. Son muchas las cosas que hay que organizar y debes estar bien descansada.

—Sí, tía —respondí levantándome de la silla en la que estaba sentada. — Hasta mañana —dije suavemente mientras salía de la habitación sintiéndome feliz al pensar que pronto volvería a abrazar a mi padre. Sin embargo, a pesar de aquella alegría inicial, apenas pude conciliar el sueño aquella noche. Cientos de ideas se agolpaban en mi cabeza. Por fin le había comunicado mis intenciones de regresar a Inglaterra a mi abuela y en contra de lo que creía en un principio, no me sentía mejor. Sabía que ella no solo estaba en desacuerdo con mi decisión, sino que además creía que la estaba abandonando lo cual hacía que un sentimiento de culpa me devorara. Pero, por otra parte, algo me decía que tampoco podía permanecer en París más tiempo. Sabía que debía regresar y así lo hice, muy a pesar de mi abuela.

Mi viaje de regreso a casa, a mi verdadera casa, me resultó mucho más monótono, largo y aburrido que el que había hecho años atrás cuando, feliz e ilusionada, viajaba junto a mi tía Sofía rumbo a París. Atrás habían quedado ya los años de goce y encanto que había vivido en Francia, pero también aquellos otros de tristeza y soledad que había pasado en Red Hill durante parte de mi niñez. Me sentía plena y feliz, deseosa de volver junto a mi padre, a quien tanto había echado de menos en los últimos meses y estaba convencida de que, a su lado, momentos maravillosos y felices me aguardaban en mi añorado Red Hill.

IX

Cuando, después de horas y horas de viaje, por fin vi las colinas que rodeaban Red Hill, una extraña sensación de paz y seguridad invadió todo mi cuerpo. Fue entonces también cuando algo en mi interior me hizo sentir que, después de tanto tiempo y, al fin, estaba de nuevo en casa. Al ver los campos y el lago que rodeaban Red Hill, como en años anteriores, pensé por un instante que el mismo olor a campo y la misma lluvia de siempre parecían haberse aliado para recibirme a mi llegada. Nada había cambiado, nada excepto yo, que había dejado de ser una niña para convertirme en toda una mujer. Los árboles frutales, las moreras y los rosales que un día había plantado mi madre seguían allí. Todo parecía permanecer exactamente igual que cuando me fui. Incluso la propia Rose, a quien vi repentinamente en el jardín. Al principio, pensé que era una ensoñación, pero pronto me di cuenta de que sí, era ella: mi querida Rose... Ella se giró dejándome justo en el centro de su campo de visión.

—Niña, ¿eres tú? —preguntó asombrada.

—Sí, Rose, es que ¿acaso ya no reconoces a tu pequeña Ann? —le respondí cariñosa.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Cómo? ¿Has vuelto?, no entiendo... ¡Pero dame un abrazo, pequeña! —prosiguió ella abrazándome y sin poder llegar a creer del todo que era yo quien estaba allí hablando con ella.

—Sí, he regresado, he regresado para quedarme, nana —le respondí una vez que estaba ya en sus brazos.

—Pero... déjame que te vea —dijo separándome de su cuerpo —¡Pero qué guapa estás, Ann! ¿Y por qué esta sorpresa? No te esperábamos hasta la semana que viene...

—Lo sé, pero os echaba de menos, Rose, necesitaba volver a casa cuánto antes —le dije ¿Dónde puedo estar mejor que aquí? Además, dentro de dos días es el cumpleaños de mi padre, no podía faltar.

—Ya sabes que ésta es tu casa, querida y yo estaba segura de que algún día

volverías para quedarte. A pesar de que todos decían que Red Hill solo te hacía daño, yo siempre supe que acabarías espantando tus fantasmas —me confesó ella.

—Eso era antes, nana, ahora ya me he liberado. Creo que esta casa me tiene reservados aún muchos momentos buenos. Después de la experiencia de París he entendido muchas cosas —le dije.

—Me alegra comprobar que has madurado. ¡Qué alegría, pequeña, que estés otra vez con nosotros!, casi no puedo creerlo —prosiguió ella cogiéndome de las manos.

—¿Y mi padre? —pregunté —Estoy ansiosa por verle.

—Creo que está en su despacho trabajando, como siempre. Ahora mismo le aviso de que has llegado antes de lo esperado.

—No, Rose. Déjame a mí. Será una sorpresa —le susurré.

Emocionada y sobreexcitada me dirigí hacia el despacho de mi padre. Tampoco en el interior de la casa parecía haber cambiado nada. El mismo portón de entrada, la misma escalinata que subía hacia las habitaciones, los floreros llenos de camelias y jazmines con su dulce olor, el mismo retrato de mi madre presidiendo el salón... Sí, sin duda, estaba en casa.

Una vez tras la puerta de la oficina de mi padre, nerviosa e inquieta, golpeé dos veces la puerta con mis nudillos temblorosos. Estaba hablando por teléfono con algún cliente:

—Ahora no, Rose, estoy ocupado —contestó tras escuchar el golpe que yo había dado en la puerta. Persistente, volví a tocar.

—¿Es que no me has oído? Ahora no puedo atenderte, vuelve en otro momento —dijo.

—Está bien, papá —dije mientras asomaba la cabeza por la puerta— volveré cuando estés más tranquilo.

—¿Ann? —preguntó él extrañado colgando de golpe el teléfono —¿Eres tú?

—continuó diciendo al tiempo que abría la puerta. Y allí estaba, de pronto y frente a mí, mi padre.

—Creo que sí, que soy yo, papá, y la persona a la que has colgado el teléfono va a estar muy enfadada contigo cuando volváis a hablar —respondí

sonriéndole.

—¡Mi pequeña Ann!— exclamó en un susurro estrechándome entre sus brazos tal y como solía hacerlo cuando yo era pequeña. ¡Qué maravilloso sentimiento de seguridad aquel que me poseyó en aquel momento! Jamás lo olvidaré...

—¿Pero cuando has llegado, hija? —preguntó ansioso. Sus ojos pequeños y nobles me miraban obnubilados e incrédulos.

—Hace un momento, papá —respondí escuetamente.

—¿Y por qué no nos has avisado de que llegabas hoy? Habría mandado a Alfred a recogerte a la estación.

—No pasa nada, papá, tampoco era necesario. Ya sé arreglármelas por mí misma y además quería darte una sorpresa —le repliqué.

—¡Pues vaya si me la has dado, la mejor sorpresa de mi vida, hija! ¡Y qué alta y qué guapa estás...! Pero cuéntame cómo ha ido el viaje y cómo están tu tía y tu abuela.

—Están muy bien papá, aunque la abuela se quedó un poco disgustada por mi inesperado regreso a Inglaterra... Creo que no ha entendido mi necesidad de volver a casa —le comenté algo apesadumbrada.

—Bueno. No te preocupes, hija, ya sabes cómo es tú abuela. Se le pasará —replicó él tratando de consolarme.

—Eso espero, papá —le dije deseosa de que así fuera.

Las horas posteriores a mi llegada a Red Hill transcurrieron entre los saludos de bienvenida y el cariño de todos los miembros de la casa. No sólo mi padre y Rose parecían felices de mi regreso, sino que también la servidumbre e incluso el abuelo John, poco propenso a manifestar sus sentimientos, me mostró su más sincero afecto y alegría por mi regreso.

Una vez ya todos debidamente saludados, y también junto a Rose y a los demás empleados, me sentía tan llena de energía y vitalidad que, sin dar prácticamente tiempo a nada, me dispuse organizar y preparar la fiesta de cumpleaños de mi padre. Me había perdido los cumpleaños de mi padre en los años anteriores, y decidí que aquel año, más que cualquiera de los anteriores, debíamos celebrarlo por todo lo alto. Estaba segura de que mi madre, allá donde estuviera, estaría feliz de que así fuera... Y lo cierto era que teníamos

mucho por hacer, pues todo debía estar correctamente dispuesto y arreglado en menos de cuarenta y ocho horas.

Al despertar la mañana del veinticinco de marzo de 1900, el aire parecía frío y especialmente húmedo fuera de la casa. Aún no me había levantado de la cama, cuando escuché la voz de mi padre que, entrando en mi habitación, me decía:

—Vamos, dormilona, ¿aún no te has levantado? El abuelo y yo te estamos esperando en el comedor para desayunar.

—Lo siento, papá, pero es que entre el viaje y todo el trabajo que nos ha conllevado tu fiesta de cumpleaños, anoche caí rendida en la cama. Bajaré enseguida.

—Muy bien, Ann. No tardes. Tengo una sorpresa para ti que creo que te gustará. —dijo él, tras lo cual, salió de mi cuarto. Mientras, yo comencé a vestirme y asearme rápidamente para hacerlos esperar el menor tiempo posible. Cuando llegué al comedor, el abuelo, ya con su café sobre la mesa, leía el periódico y mi padre, sin oírme llegar, le pedía a Rose que fuera a buscar “el regalo de Ann”.

—¿Me has comprado un regalo? —le pregunté cariñosa mientras terminaba de entrar en la habitación. —¿No se supone que hoy es tu cumpleaños? —continué —Soy yo quien debe regalarte algo a ti y no al revés.

—¡Ah, querida, estabas ahí! No te había oído entrar. Por favor, hija —me pidió —No me quites la satisfacción de poder hacerte un regalo. Al fin y al cabo, han pasado más de tres años desde el último regalo decente que te he hecho —replicó él —Tómalo como un regalo de bienvenida.

—Está bien, papá, pero sabes que no era necesario —le indiqué.

—Bueno, bueno... No protestes más y ábrelo de una buena vez a ver qué te parece —respondió él poniendo en mis brazos la enorme caja de cartón que Rose había depositado sobre la mesa.

—¿Un vestido?, papá, ¿Me has comprado un vestido? —pregunté sorprendida mientras tocaba con mis dedos un precioso terciopelo de color rojo.

—Espero que te guste, y que sea tu talla —dijo él casi más emocionado que yo —Rose me ayudó. La verdad es que sin ella no habría sido capaz de

comprarlo.

—¡Es precioso! —exclamé —Rose, ¿Esto es terciopelo auténtico? —pregunté complacida.

—Sí, lo es. Estoy segura de que te sentará estupendamente —me respondió ella.

—Muchas gracias, papá. Pero no tenías que haberte molestado... —dije totalmente encantada por el maravilloso regalo que acababa de recibir.

—¿Molestia?, no digas tonterías, hija, bien sabes que estoy feliz de poder regalártelo. Con él estarás preciosa esta noche en mi cumpleaños —dijo mi padre totalmente convencido de sus palabras —¡No habrá nadie más guapa que tú! —exclamó acercándose para darme un beso.

Y sí, es muy probable que no resultara ser la mujer más hermosa del evento, y que aquellas palabras de mi padre simplemente se debieran al amor incondicional que un padre siente por su hija; y es también muy posible que fuera solo curiosidad lo que hizo que nuestros invitados se fijaran en mí aquella noche, pero lo cierto es que cuando, horas después y con mi imponente vestido rojo, bajaba por la enorme escalinata que daba al salón de la casa, la mayor parte de los invitados que ya habían llegado a Red Hill, giraron sus cabezas para ver cómo bajaba por las escaleras Ann Lake, la hija del dueño del lugar.

Cuando hice mi aparición, el cóctel previo a la cena ya había comenzado. Tras echar una rápida mirada entre toda aquella gente, la mayoría desconocidos para mí, pude distinguir entre la multitud la figura de mi padre junto a un alto y apuesto caballero cuya identidad me resultaba también desconocida. Aquel extraño de porte elegante y cabello claro produjo en mí una nueva e inexplicable sensación que jamás había experimentado. Pronto mi padre me reclamó a su lado sin otro objetivo más que el de presentarme a aquel hombre de ojos verdes que había llamado profusamente mi atención.

—Querida, ven un momento, por favor —me pidió mi padre nada más verme aparecer en el salón. —Deseo presentarte a alguien —continuó mientras nos acercábamos a él.

—Éste es el señor Víctor Adams, es mi asesor legal —me dijo mi padre —Víctor, —continuó con la presentación —ésta es mi hija Ann.

—Encantada de conocerle —dije cortésmente al tiempo que le extendía de manera educada mi mano derecha.

—El gusto es mío, señorita —replicó él con refinada educación —¿Así que usted es la famosa Ann Lake? —preguntó. —Su padre me ha hablado mucho de usted, sin duda, es usted mucho más hermosa de lo que él me había comentado.

—Gracias —contesté tímidamente. —¿Y qué ha sido del señor Smith? —dije preguntándole a mi padre mientras con una rápida mirada me aseguraba de que todo el mundo se estaba divirtiendo —Él ha sido tu abogado y asesor durante los últimos quince años ¿acaso ya no estás conforme con su gestión? —seguí preguntando.

—Albert se jubiló hace más de un año, —dijo mi padre respondiendo a mi pregunta —exactamente, el tiempo que Víctor y yo llevamos trabajando juntos.

—Ya veo —respondí —parece que después de todo sí que han cambiado algunas cosas desde que me marché a Francia —dije con cierta ironía.

—Víctor es joven aún y, si bien no posee la experiencia de Albert, todos estos meses me han hecho comprobar que es un hombre realmente brillante —siguió diciendo mi padre.

Justo en ese momento, Rose nos indicaba que la cena estaba dispuesta y servida. Cuando llegamos al comedor, una enorme mesa repleta de comida y bebida se encontraba instalada en el centro de la estancia. Los invitados comenzaron a sentarse en torno a la mesa siguiendo el orden que previamente había sido establecido. Junto a cada cubierto, un pequeño rótulo de papel mostraba el nombre de todos y cada uno de los invitados, así como cuál era el lugar que debíamos ocupar cada uno en la mesa. Curiosa e inesperadamente para mí, a mi lado vino a sentarse el señor Adams cuya amabilidad y galantería le acompañaron a la mesa durante toda la velada.

Todo parecía estar saliendo tal y como esperábamos. Los comensales se mostraban complacidos por la comida, la bebida y el buen hacer de la servidumbre mientras contaban sus menudencias y anécdotas entre risas y bromas.

Tras el copioso y divertido banquete, nos dispusimos a regresar al salón donde estaba previsto que diera comienzo un pequeño baile en honor a mi

padre. Pronto comenzaron a sonar los primeros compases de un hermoso y antiguo vals. El primero de mis bailes estaba reservado, sin ninguna duda, para el hombre al que más quería sobre la faz de la tierra: Edward Lake, mi padre. Los siguientes, se repartieron entre el abuelo y alguno de los amigos más queridos de mi padre, caballeros todos ellos a los que prácticamente conocía desde que tenía uso de razón. Pero cuando cansada de la música me disponía a salir al jardín para tomar el aire, imprevisiblemente el señor Adams se acercó a mí.

—¿Serás tan amable de concederme este baile, Ann? —preguntó con su elegancia y cortesía ya tan habituales para mí. —Espero que no estés demasiado cansada para un baile más, porque he esperado pacientemente a que terminaras de bailar con todos los amigos de Edward, y creo que mi paciencia debería verse recompensada —añadió sonriendo.

—Por supuesto que sí —dije sin atreverme a rechazar su invitación. De repente y de una manera insospechada para mí, me encontré encerrada entre sus brazos al tiempo que comenzábamos a danzar al son de la música. Mientras bailábamos, sentía mi corazón palpar como nunca antes recordaba. Allí, bailando sin cesar y sin cruzar una sola palabra, estábamos aquel perturbador ser y yo. Me sentía insólitamente acalorada sin saber a ciencia cierta cuál era el motivo de mi nerviosismo.

Una vez finalizada la danza, el señor Adams insistió en que lo acompañara al jardín donde, entre frutales y a solas, dimos un pequeño paseo.

—¿Y qué tal te fue en París? —preguntó él repentinamente mientras caminábamos bajo una imponente luna que se hallaba en fase menguante.

—Ya veo que mi padre le ha informado de todo..., —contesté de manera rotunda.

—Pero no te molestes, Ann. Es cierto que tu padre me ha contado un sinfín de cosas acerca de ti, pero lo hizo solo porque te echaba mucho de menos, eso es todo.

—Espero que no le haya contado nada inconveniente —respondí algo molesta por la indiscreción de mi padre.

—Por supuesto que no. No tienes de qué preocuparte —dijo él. —Pero aún no me has contestado respecto a cómo fue tu estancia por tierras parisinas.

—Lo cierto es que no pude estar mejor —repliqué —París es una ciudad maravillosamente hermosa y cautivadora.

—Sí, estoy del todo de acuerdo contigo —repuso él asintiendo con la cabeza. Sería maravilloso que en este momento pudiésemos estar paseando por los Campos Elíseos, ¿No te parece, querida? —dijo él con una pícaro sonrisa en sus labios.

—¿Acaso has estado en París? —pregunté intrigada.

—Sí. Viví allí durante casi dos años por asuntos de trabajo.

—¡Vaya! —exclamé —me da la sensación de que eres toda una caja de sorpresas.

—Muy cierto, Ann y espero que, con el tiempo, descubras todas y cada una de ellas —dijo mirándome fijamente con una cautivadora mirada. —¿Te has fijado en que hemos comenzado a tutearnos de repente? —preguntó sonriendo.

—Bueno, supongo que es normal entre dos personas jóvenes como lo somos nosotros... —le repliqué.

—Tengo entendido que una vez allí vivías con tu abuela ¿es así? —siguió preguntando.

—Con ella y con mi tía Sofía. Son dos personas encantadoras —terminé de decir.

—Estoy seguro de ello, querida. ¿Y piensas volver? —inquirió él.

—No, al menos por el momento. Creo que pasará mucho tiempo hasta que yo vuelva a pisar las hermosas calles de París —dije con total convencimiento.

—¿Y eso por qué, Ann? —prosiguió él.

—Bueno, acabo de regresar a Red Hill, creo que lo menos apropiado sería volver a marcharme. Además, cuando me fui lo hice por motivos de salud, no porque realmente deseara abandonar mi hogar.

—¿Por salud, dices? Vaya, Edward nunca me habló de ello...

—Tampoco yo lo haré —le dije nerviosa y de manera contundente. —Creo que ya es hora de volver a la casa. Seguramente mi padre me echará en falta, además ya empieza a hacer frío y estoy muy cansada. Imagino que aún llevo encima cierto cansancio por el viaje. ¿Me disculpas? —le dije amablemente mientras me dirigía a la casa. —Me apetece acostarme. Ha sido un largo día

y...

—Sí, Ann. Será mejor que volvamos ya —concluyó él sin dejar que yo terminara mi frase —te acompañaré dentro —terminó de decir.

Apenas media hora después de aquella conversación con el señor Adams, yo estaba en mi habitación a punto de meterme en la cama. El día había sido realmente agotador y difícil y, a pesar de que estaba deseando poder conciliar el sueño y descansar, lo cierto es que pasaron horas hasta que pude conseguir quedarme dormida. Aquel apuesto y nuevo hombre al que había conocido, así como nuestra conversación eran examinados por mi cerebro una y otra vez en mi cabeza, pues algo en mi interior me decía que el señor Adams sería, para todos en Red Hill, mucho más que un mero asesor legal...

X

La mañana siguiente se despertó oscura y algo tormentosa. Apenas había podido dormir pensando en Víctor Adams. Nuestra conversación, nuestro baile, su sola compañía me inquietaban... y mucho más aún el hecho de tener tal sentimiento hacia una persona que apenas conocía. En cualquier caso, lo cierto era que ardía en deseos de volver a ver al joven y apuesto señor Adams. Me sentía totalmente seducida...

Una vez ya vestida y aseada, tras aplacar ciertas ideas en torno a Víctor que se me antojaban incómodas, me dirigí hacia el salón para desayunar, como un día más, con la familia, pero para mi sorpresa nadie me esperaba allí. La casa estaba inusualmente vacía y silenciosa; tan solo en la cocina parecía existir un poco de vida. Un maravilloso olor a algo que se me antojaba similar al de las galletas recién hechas salía de allí; sin duda, Rose debía de estar preparando otra de sus especialidades culinarias.

—Buenos días, niña —dijo Rose al verme atravesar la puerta de la cocina. —¿Quieres alguna galleta para desayunar? Están recién hechas, esta vez las he hecho de chocolate.

—Tienen una pinta estupenda, Rose —respondí realmente hambrienta. —¿Sabes dónde está todo el mundo? No he visto ni siquiera a Alfred, dije mientras cogía con cuidado una galleta de la bandeja de horno que ella aún sostenía.

—Alfred y Lucía se han tomado el día libre, tu padre se levantó muy generoso esta mañana.

—¿Ah, sí? —dije extrañada —¿Y él?. ¿Sabes dónde está? —le pregunté.

—Sí. Se marchó al romper el día de cacería con el señor Adams —siguió diciéndome Rose al tiempo que iba colocando las galletas sobre una bandeja de porcelana.

—¿De cacería? ¿Con Víctor Adams? —pregunté aún más extrañada. Pero si mi padre no ha vuelto a salir de caza desde que murió mamá.

—Pues ya ves, hija. Para allá que se ha ido y bien tempranito —repuso

ella.

—La verdad es que es una afición que ha tenido siempre, pero después de que mi madre nos dejara pensé que no volvería a coger una escopeta de caza, —dije pensando en voz alta. —¿Y desde cuándo va a cazar con el señor Adams, Rose? —seguí preguntando con curiosidad.

—Que yo sepa, esta es la primera vez. Lo cierto, querida, es que tu regreso a Red Hill le ha hecho muy bien a tu padre. Necesitaba tanto verte... Eres lo que él más quiere y necesita. Y la verdad, sin ti, esta casa no es la misma —me confesó.

—Gracias, Rose... Pero fue él quien me dijo que me fuera con la abuela a París, de lo contrario, yo nunca le habría dejado aquí. También yo le necesito, ¿sabes?

—Lo sé, querida, pero él solo quería y quiere lo mejor para ti, aunque eso signifique renunciar a verte o a estar físicamente a tu lado, por eso te envió con la señora Elizabeth; porque consideró que, en aquel triste momento, esa era la mejor opción para ti. Tu padre te adora, Ann. No lo olvides nunca —me aconsejó.

—No lo haré, Rose —le contesté abrazándola —Ni a ti tampoco, te lo prometo —dije guiñándole un ojo mientras ella me sonreía y yo cogía otra de sus sabrosas galletas.

Horas después, Víctor y mi padre llegaron a casa. Para entonces la lluvia y la tormenta ocupaban mucho más que los alrededores de Red Hill. Un cielo de un gris oscuro plomizo parecía desplomarse sobre nosotros y una tromba de agua caía sin cesar de unas nubes sombrías y amenazadoras que parecían querer mantenerse, tal cual, por mucho tiempo.

Ambos chorreaban agua desde la cabeza hasta los pies cuando entraron en la casa, aunque tal circunstancia no parecía importarles demasiado a juzgar por el semblante de sus caras y por la abundancia en que se encontraban sus respectivas perchas. Estaba claro que la jornada cinegética había sido más que productiva. Pronto percibí que, entre ellos, había mucho más que una simple relación laboral. Estaba más que claro que entre mi padre y el señor Adams existía ya una buena amistad.

—¡Vaya día! —Decía mi padre al entrar absolutamente empapado en el

salón de la casa — ¡Ha sido espectacular! —proseguía emocionado.

—Sí, Edward. La verdad es que Canela es una maravilla de animal. Tiene un gran olfato —decía el señor Adams.

—Y no sólo olfato, Víctor. Esa perra trabaja como ninguna otra que puedas haber visto. Rastrea toda una tierra sin dejar un solo hueco libre, y además no necesita a ningún otro perro, ella solita se basta para hacer todo el trabajo. Es una gran cazadora —replicó mi padre.

—Ya lo creo. Si no hubiera sido por ella, con esta lluvia tan intensa, habríamos dejado la mitad de las piezas en el campo. A última hora, yo ya no veía nada —continuó diciendo Víctor.

—Pobre animal... Estaba deseando que la volviera a sacar al campo. Hacía años que no lo hacía, Víctor, ¿te lo puedes creer? —le decía mi padre.

—Imagino que desde que murió tu mujer ¿no es así? —preguntó Víctor con voz tibia.

—Pero ¡Cómo venís! —exclamé yo en ese preciso momento mientras entraba en la habitación sin dejar que la conversación entre ellos llegara a más. —Vais a pillar un buen resfriado. Será mejor que os deis un baño de agua tibia y os cambiéis de ropa. Cuando volváis, Rose y yo os habremos preparado algo caliente para tomar.

—No querría abusar —respondió Víctor haciendo gala de su normal cortesía —será mejor que me vaya. Ya tomaré un baño cuando llegue a casa.

—De eso ni hablar —dijo mi padre, sin pensarlo un solo segundo —en lo que llegas a casa y te cambias, ya habrás pillado la gripe. Tú te quedas aquí —le ordenó.

—Además no ha parado de llover aún —dije yo ayudando a mi padre para que Víctor se quedara con nosotros. —Y tampoco parece que vaya a hacerlo próximamente.

—Está bien —respondió el joven —si insistís, me quedaré.

Con la ayuda de las muchachas de servicio que quedaban en la casa, Rose y yo pusimos a calentar el agua para que tanto mi padre como el señor Adams pudieran tomar el baño que su cuerpo tanto necesitaba. Poco después, estábamos los tres almorzando en el comedor. El abuelo John llevaba ya algunos días sintiéndose ciertamente cansado y debilitado y apenas bajaba de

su habitación. Cuando el doctor vino a visitarle, por su forma de hablar, todos entendimos sin demora de tiempo, que, debido a su avanzada edad, al abuelo le quedaban ya pocos días entre nosotros. Era algo inevitable.

El almuerzo transcurrió entre observaciones y divertidos comentarios. Mientras estaba sentada a la mesa, con mi padre sentado a mi derecha y al señor Lake enfrente, un embrollado cúmulo de sensaciones amalgamaron en mi interior, aunque pronto comencé a sentirme más tranquila, pues repentinamente, mi ser comenzó a sentir una fuerte sensación de seguridad y protección. Estaba totalmente convencida de que en cualquier situación que pudiera presentármeme, tanto mi padre como Víctor me protegerían a como diera lugar, incluso con su propia vida si fuera necesario.

¡Qué extraña sensación! —pensé. —¡Es como si conociera al señor Adams de toda la vida! Y en realidad, es un extraño para mí. Un hombre al que conozco solo desde hace unas horas...

—Ann, ¿me escuchas? —Acerté a oír repentinamente mientras permanecía absorta en mis pensamientos acerca del señor Adams.

—¿Qué, papá?, ¿me decías algo? —respondí casi mecánicamente.

—Querida, Víctor te estaba invitando a pasar una tarde juntos en el lago.

—¿Ah, sí? —dije totalmente descolocada.

—Pero tendrá que ser otro día. Hoy no parece que vaya a dejar de llover en toda la tarde —dijo Víctor mientras sonreía.

—Sí, por supuesto. Para mí será un placer —respondí.

—A pesar del tiempo que llevamos trabajando juntos —continuó mi padre —nunca le he llevado a ver el lago, y lo cierto es que me lo ha dicho en infinidad de ocasiones. Aunque, en realidad, ahora me alegro de no haberlo hecho —dijo mi padre rotundo.

—Pero papá... ¿y tus modales? —pregunté asombrada por sus palabras.

—La verdad, hija, es que me parece que pasará un rato mucho más agradable e interesante si va contigo... —dijo mi padre con cierta picardía inusual en él.

—¡Papá! —acerté a exclamar avergonzada.

—Ciertamente, Edward, ir contigo sería algo divertido y agradable, pero la compañía de una mujer bonita no puede cambiarse por nada, —dijo Víctor

mientras posaba sus ojos sobre mí y se disponía a beber de su copa.

—Estaba seguro de ello, mi querido amigo. Y ahora, si me disculpáis — dijo mi padre levantándose de la mesa —voy a acostarme un rato; el día de hoy ha sido francamente agotador.

—¿No vas a tomar postre o café? —le pregunté.

—No, hija. Prefiero irme a la cama cuanto antes; tengo los huesos molidos. ¡Ah! —exclamó dándose la media vuelta cuando estaba ya casi a punto de salir por la puerta —Ann, no se te ocurra dejar marchar a Víctor si sigue lloviendo de esta manera ¿de acuerdo? Estoy seguro de que en lo que llegara a su casa ya habría cogido una buena pulmonía.

—Descuida, papá. Vete a dormir tranquilo —respondí complaciente.

Mientras mi padre se iba a descansar, Víctor y yo nos levantamos de la mesa con dirección al salón. La tormenta no parecía disminuir su fuerza y mostraba su ira mediante unos terribles relámpagos cuyo fulgor resplandecían tras los ventanales de la estancia, al tiempo que un torrente de lluvia caía incesantemente sobre todo el condado de Sad Willows.

—Creo que la lluvia será nuestra compañera durante un buen rato más, — dije mientras me asomaba por uno de los ventanales. Víctor asintió con la cabeza sin dejar de mirarme.

—No sabía que te gustara la caza, ha sido toda una sorpresa —afirmé.

—Mi padre también era cazador —contestó él —así que estoy acostumbrado al campo y al mundo de la caza desde que era un niño. Él me inculcó el amor por este maravilloso deporte.

—Comprendo —acerté yo a decir. —La verdad es que me alegro de que hayas sido capaz de llevarte a mi padre contigo. No había vuelto a salir al campo desde que mi madre...

—Sí, lo sé —se apresuró él a decir sin dejarme terminar —No hablemos de cosas tristes, Ann —prosiguió —Tú sabes que con quien realmente me gustaría salir es contigo, ¿verdad? —preguntó él de manera totalmente directa y sin rodeos.

—Bueno, si hay algo que reconocer es que no te andas por las ramas — contesté sin pensar.

—No me gusta perder el tiempo, Ann, considero que es muy valioso. ¿Y

bien? sigues sin responderme —insistió.

—Claro, Víctor —repliqué con naturalidad —además ya antes quedamos en que algún día de estos te llevaría a visitar el lago y debes saber que soy una mujer de palabra —repuse.

—No lo dudo, querida —se precipitó a decir —y por eso, para ayudarte a que cumplas tu palabra, yo creo que mañana sería un buen día para que ese lago del que tanto escucho hablar últimamente recibiera nuestra visita. ¿No te parece?

—Creo que ante tu insistencia no podría negarme, aunque quisiera, así que me parece que no tendré más remedio que acceder a tu petición, siempre y cuando esta lluvia tan persistente no nos eche a perder el día —dije mientras sonreía.

—Esperemos que para entonces toda esta borrasca ya esté muy lejos de aquí, —dijo él cogiéndome la mano derecha. —En cualquier caso, pasaré a por ti a mediodía —continuó —creo que si el día sale como yo espero podríamos incluso llevar un pequeño picnic para comer, ¿verdad?

—Sí, el lago es un lugar muy tranquilo y apacible y puedo decirle a Rose que nos prepare algo para comer. Estoy segura de que te gustará —le dije.

—Seguro—afirmó él convencido.

No mucho después de que mi padre se marchara a descansar, la tormenta amainó, pero no ocurrió lo mismo con la lluvia, la cual nos acompañó insistentemente durante el resto del día, motivo por el cual mi padre dispuso que Víctor se quedara esa noche en la casa a cenar y dormir con nosotros en Red Hill. La velada fue intensa y sugestiva. Los ojos de Víctor se clavaban en mí. Y yo no sabía qué era, pero había algo en él que me atraía y se apoderaba de mí irremediamente. Un sentimiento interno que me devolvía a él continuamente y que me hizo pensar en su voz, su cara y sus gestos durante toda la noche mientras yo me hallaba ya en mi cama. Al amanecer, y con los primeros rayos de sol, me levanté con cierto recelo para mirar por mi ventana y comprobar si aún llovía. Todo estaba en calma. La lluvia al fin había dejado paso a un cielo azul y limpio de nubes. —Parece que hoy saldremos después de todo —me dije a mi misma con seguridad. Horas después Víctor y yo nos encontrábamos en el salón más que dispuestos para dar nuestro deseado paseo.

Tras media hora de excursión a pie, ante nosotros emergía un maravilloso paisaje. Las aguas cristalinas del lago con los rayos del sol fulgurando sobre ellas se extendían sobre una gran planicie en torno a la cual sobrevenía una frondosa vegetación. Amapolas, clavelinas, jazmines, magnolias y otro sinfín de olorosas flores de mil tonalidades y colores brotaban de una hierba verde y espesa entre hermosos abedules e imponentes robles y hayas rojizos.

—¡Mira! —exclamé —¡Es aquí! ¡Ya hemos llegado! ¿Qué te parece? ¿Te gusta? —le pregunté emocionada por la belleza del paisaje.

—Es precioso Ann, —dijo él sin dejar de mirar a su alrededor.

—Sabía que este lugar era bonito pero ya no me acordaba de que lo fuera tanto —susurré fascinada —¡Cómo me alegro de estar de vuelta en Red Hill! —exclamé nuevamente. —Pero, vamos, acerquémonos más al lago —le insté.

—Sí, llévame, Ann —dijo él.

—El agua parece tan tranquila y apacible —dije —Dan ganas de darse un baño, ¿verdad?

—Y que lo digas —respondió él con decisión. —Pero creo que eso tendremos que dejarlo para otro día, a no ser que quieras que nos bañemos desnudos.

—Ya veo que sigues sin perder el tiempo, ¿verdad?, mi querido Víctor —dije sonriendo sarcástica.

—Creo que este es un buen lugar para comer, ¿no te parece? —le pregunté disponiéndome a extender una manta sobre buena parte de la hierba que se encontraba a la sombra de un par de espléndidos hayas rojos.

—El mejor —dijo él sin dejar de mirarme.

—¿Por qué me miras así? —me atreví a preguntar intrigada por su mirada, mientras él dejaba una cesta repleta de comida en el suelo.

—Por nada en especial —dijo él sin apartar sus ojos de los míos. —¿Te resulta incómodo?

—No, —respondí tratando únicamente de ser amable —tan solo lo he preguntado por curiosidad.

—Eres una mujer fascinante, Ann —continuó él.

—No opino lo mismo, creo que te equivocas —le contradije.

—No, querida, no lo hago. Tienes algo tan... tentador —siguió diciéndome

él.

—¿Tentador? —pregunté retórica —No sé por qué dices eso, Víctor.

—¿No tienes miedo de estar aquí conmigo, a solas? —indagó él.

—No sé por qué habría de temer algo, ¿acaso eres peligroso? —dije riéndome.

—¿Y si lo fuera? —dijo él.

—Si lo fueras dudo mucho que mi padre confiara en ti como lo hace o que te hubiera elegido como su mano derecha —respondí convencida sacando algunas de las tarteras con comida de la cesta que unos instantes antes él había asentado en el suelo.

—Confías mucho en tu padre, ¿no es así? —siguió diciendo él.

—Sí, plenamente —le confirmé —Mi padre goza de mi total y absoluta confianza. Nunca me ha dado motivos para no hacerlo; además es un hombre inteligente y la vida le ha enseñado lo suficiente como para ser capaz de elegir de quien debe rodearse.

—Uno nunca aprende lo suficiente, querida... ¡Mmm!, —exclamó de repente al empezar a comer —¿Esta tarta de queso está realmente deliciosa! —dijo mientras cambiaba el tema.

—Es una de las especialidades de Rose —repliqué.

—Recuérdame que la felicite cuando lleguemos a la casa —me respondió —¿Tú sabes por qué quería venir contigo al lago, Ann? —me preguntó dando un giro totalmente inesperado a nuestra conversación.

—¿Por qué? —pregunté intrigada y con ciertas sospechas.

—He de confesarte que ardía en deseos de estar contigo a solas. Desde el mismo momento en que te vi bajando por aquella escalera... he deseado poder abrazarte —dijo él con voz tibia y suave. —No quiero ser grosero, Ann ni tampoco pretendo incomodarte, pero creo que me conoces lo suficiente como para saber que soy sincero y no me gusta perder el tiempo en cosas que no me llevarán al fin que yo deseo, así que, si no tienes interés alguno en mí, por favor, dímelo y no volveré a molestarte nunca más.

—No, no, Víctor, por favor, —me apresuré a decir exaltada —¿Cómo habrías de molestarte? Eres un hombre amable y encantador. Me gusta estar en tu compañía; me haces sentir... protegida.

—Así es, querida, yo siempre te protegeré —dijo con voz tibia acariciando mi cara con suavidad.

—Hay algo en ti, Víctor, algo en ti... —susurré mientras miraba como hipnotizada la inmensidad verdosa de sus ojos.

—Ya no digas nada —suspiró mientras acercaba su boca a la mía. En ese instante, repentino y mágico, emergió un beso. Sus labios suaves y húmedos se posaron sobre los míos produciendo en mí un sentimiento de ardor y deseo que jamás antes mi ser había experimentado.

—Discúlpame, Ann, no he podido evitarlo —dijo él apartándose repentinamente de mí mientras me miraba con aspecto arrepentido —un caballero no debe...

—No importa, Víctor —le interrumpí —si ha ocurrido es porque ambos lo deseábamos, yo no me siento en absoluto ofendida ni nada parecido. No tienes por qué ser tan extremadamente correcto y galante conmigo —respondí sonriendo dulcemente.

—¿Entiendes ahora por qué me estoy enamorando tan rápidamente de ti? —contestó —eres tan dulce y delicada... —murmuró al tiempo que se acercaba para besarme nuevamente.

Aquella tarde se grabó para siempre en mi memoria. Su beso, su abrazo anidaron en lo más profundo de mi alma sin yo poder hacer nada por impedirlo. Los días posteriores se sucedieron entre idas y venidas, paseos y encuentros con él, siempre con él. Su cara, sus manos, su risa, su voz, su manera de besarme... estaban siempre rondando en mi cabeza.

Las semanas pasaban y Víctor y yo, con la inmediata aprobación de mi padre, afianzábamos día a día nuestra relación. Así, una soleada y hermosa mañana de mayo, mientras desayunaba en la cocina con Rose, Alfred entró en la estancia y, con su acostumbrada cortesía y corrección, se dirigió a mí al tiempo que soportaba en sus brazos un ramo de rosas cuyo color rojo encendió mi ánimo.

—Señorita, han traído esto para usted —dijo escuetamente dirigiéndose a mí.

—¿Para mí? —pregunté haciéndome la sorprendida —¿Son preciosas! ¿No te lo parecen, nana?

—Desde luego —dijo ella asintiendo con la cabeza.

—Además traían esto —siguió el mayordomo mientras tendía su mano hacia mí dándome un pequeño sobre.

—Es de Víctor —dije emocionada al ver su letra mientras me disponía a leerla.

Querida mía, —comenzaba—

Sé que te extrañará esta carta, pero hoy tenía que escribirte. Este sentimiento interno que habita aquí en mi pecho me pide que lo haga.

No sé cómo, pero consigues sacar todo lo bueno que hay en mí. Contigo a mi lado me siento el dueño y señor del mundo, porque sólo tú puedes darme todo lo que le pido al cielo: una vida amable y tranquila a tu lado. Eres la única persona en quien realmente confío. Tú alientas y animas mi corazón.

Ann, mi único deseo en este instante es tenerte aquí para poder abrazarte, y sentirme así, el hombre más afortunado del mundo por tener entre mis brazos a un ser cuyo amor me protege y me guía...

Te esperaré a las cinco en la laguna...

Siempre tuyo,

Víctor.

—Además también ha llegado esto para usted, señorita Ann —dijo Alfred apenas terminé de leer la carta.

—Parece un telegrama y está remitido desde Francia —prosiguió él.

—¿De Francia? —pregunté sorprendida —Dámelo, Alfred. —Le ordené inquieta. Nada más que el telegrama cayó en mis manos, me dispuse a leerlo sin más, algo me decía que traía noticias que no resultarían inadvertidas en Red Hill.

—Es de mi abuela Elizabeth, ¡Llegan en tres días de París! —exclamé emocionada y llena de alegría.

—Pero ¿Quiénes, niña? —preguntó Rose sin entender muy bien a quién me refería.

—¡La abuela y mi tía Sofía, nana, vienen a visitarnos y llegan en tres días!, —contesté feliz. —Esto tengo que decírselo a mi padre, tiene que saberlo cuanto antes. ¿Te imaginas, nana?, mi tía y mi abuela aquí, en Red Hill, las

echaba tanto de menos... ¿Dónde está mi padre, Rose? —inquirí con inquietud e impaciencia.

—Pues creo que a esta hora debería de estar en su despacho, pero quizá esté reunido —dijo Rose casi a voces, dado que mientras que ella pronunciaba las últimas palabras de la frase yo ya me apresuraba a salir de la habitación sin poder esperar a contarle la buena noticia a mi padre. Era tan maravilloso poder pensar que en unas pocas horas iba a volver a ver a la abuela y a Sofía, esas dos mujeres que tanto me habían dado y protegido durante los últimos años de mi vida... ¿Cómo no habría de desear volver a verlas y a abrazarlas y a hablar con ellas? Estaba impaciente y nerviosa porque llegara ya ese momento. Mientras avanzaba por el pasillo, las ideas y los sentimientos se agolpaban en mí, y casi de repente, me di cuenta de que ya estaba frente a la puerta del despacho de mi padre.

—¡Papá! —exclamé mientras abría la puerta sin esperar a nada—¡No puedes imaginar qué gran noticia tengo! —le dije.

En ese momento, frente mí no sólo se encontraba mi padre sino también un joven apuesto, de tez y cabellos morenos que, ante mi brusca y repentina presencia, quedó sorprendido mirándome.

—Perdón, papá —acerté a decir ciertamente avergonzada —no sabía que estabas reunido...

—¿Pero se puede saber qué es lo que pasa, Ann? —dijo mi padre ciertamente confundido por aquel proceder tan brusco y precipitado.

—Discúlpame, papá, yo, yo... —balbuceé avergonzada y sin poder dejar de mirar a aquel desconocido.

—Bueno, ya que has venido, pasa, no te quedes ahí —me ordenó mi padre —Y ahora dime, ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar a que yo termine mis negocios con el señor Alberdi? —quiso él saber.

¿Alberdi? ¿Había dicho Alberdi?, qué extraño apellido, sin duda extranjero, pensé.

—No es nada, papá, de verdad, puede esperar —dije —discúlpame y discúlpame usted también señor Alberdi —dije educadamente —de más está decir —afirmé dirigiéndome de nuevo a mi padre —que si hubiera sabido que estabais reunidos, de ninguna de las maneras os habría molestado y menos de

tan ruda manera —me excusé.

—Yo creo que, en realidad, me alegro de que así haya sido —dijo el joven misterioso.

—Bueno, creo que, dada la situación, debería presentaros —afirmó mi padre. —Querida, éste es el señor Marco Alberdi, un nuevo cliente, y ella, señor Alberdi, es mi hija Ann.

—Es un verdadero placer conocerla, señorita Lake —dijo él muy educadamente.

—El placer es mío, señor, y, una vez más, discúlpeme por mi torpe intromisión —me excusé de nuevo.

—El señor Alberdi posee entre otras cosas, importantes viñedos en el norte del país y desea realizar algunos negocios con nosotros. ¿No es así? —dijo mi padre mirando a su cliente.

—Así es, señor Lake. Lo cierto es que deseo comprar algunas nuevas tierras y mejorar ciertas técnicas de cultivo para lo cual necesito una importante suma de dinero, que, sin duda, su entidad bancaria podría proporcionarme.

—Estoy seguro de que llegaremos a un buen acuerdo —afirmó mi padre tendiéndole la mano.

—Bueno —me atreví a decir en mitad de su conversación —creo que será mejor que me vaya y os deje hablar de vuestros asuntos financieros —dije tratando de salir de allí de la forma más educadamente posible.

—Sí, hija, pero antes dime lo que venías a contarme. Por tu impaciencia debe de ser algo importante—repuso mi padre.

—¡Ah, sí! —exclamé —la abuela Elizabeth y la tía Sofía vienen a pasar unos días con nosotros. Llegarán en tres días, pero ya después lo hablamos, papá —concluí dirigiéndome a la puerta, la cual estaba a escasos dos metros de mí.

—Vaya, tenías razón, Ann, sí que es una buena noticia —replicó él —pero está bien, hija, luego hablamos. Hasta luego, preciosa —dijo él con voz cariñosa.

—Sí, hasta luego papá —le respondí —Y hasta pronto, señor Alberdi —dije cortésmente —Me alegro de haberlo conocido. Que pase un buen día.

—Lo mismo digo, señorita Lake —se limitó él a decir.

Sin más salí del despacho de mi padre extrañada, sorprendida y ciertamente avergonzada por la situación que acaba de provocar. Algún tiempo después lo supe, pero en aquel momento no llegué ni a sospechar siquiera que aquel muchacho de apellido extranjero y aspecto sereno daría un giro total a las vidas de todos los que habitábamos Red Hill, y muy especialmente, a la mía.

XI

Aquella misma tarde, tal como habíamos quedado a través de su carta, Víctor y yo nos vimos en la laguna. Mis deseos por verle nuevamente habían estado revolviéndose en lo más profundo de mi ser durante todo el día, y, sin embargo, ahora, tras mi encuentro con aquel apuesto desconocido, había algo en mí que me hacía retroceder mentalmente una y otra vez al preciso instante en que mis ojos habían visto a aquel joven extranjero por vez primera. No podía dejar de pensar en él y en quién sería. Por más que lo intentaba, no podía. Absorta como estaba en mis pensamientos, Víctor no tardó mucho en darse cuenta de que yo no era la Ann de siempre.

—¿Te ocurre algo, querida? —me preguntó ciertamente desconcertado ante mi estado de distracción.

—No, nada —respondí casi automáticamente —¿Por qué habría de ocurrirme algo? —pregunté insidiosa.

—No sé, Ann. Estás como evadida ¿Seguro que no pasa nada? —insistió —¿No habrás discutido con Edward?

—No, claro que no, ¡qué cosas tienes! —exclamé. Es solo que...

—¿Qué? —preguntó él con curiosidad.

—¿Tú conoces a Marco Alberdi? —quise saber.

—¿Marco Alberdi? —repitió —No, no me suena de nada. —¿Por qué habría de conocerlo? ¿Has tenido algún incidente con ese hombre? —dijo preocupado.

—No, no, en absoluto —dije con rapidez —Es solo que hoy lo conocí por casualidad en el despacho de mi padre y... pensé que quizás tú también lo conocías, eso es todo.

—¿Estaba hablando con tu padre en su despacho? —continuó preguntando sin ninguna intención por esconder su enorme curiosidad por saber más.

—Sí, al parecer quiere pedir un préstamo o algo así para comprar unas tierras y financiar unos viñedos que ha comprado. ¿No sabías nada de nada? —insistí.

—No, pero tampoco veo por qué habría de saberlo; solamente soy el asesor legal de tu padre, no conozco a la mayoría de sus clientes, solo sus cuentas. ¿Pero por qué me lo preguntas?, Ann, estás un tanto extraña —dijo con cierta desconfianza.

—Bueno, tú te has convertido en uno de los mejores amigos de mi padre, simplemente pensé que podría haberte comentado algo, pero es igual, no es nada —dije tratando de quitarle importancia al asunto.

—Y ese tal señor Alberdi ¿cómo es? ¿Es joven? —continuó preguntándome él.

—Sí, no creo que tenga más de veinticinco o veintiséis años —dije respondiendo a su pregunta.

—Y ¿es guapo? —inquirió desconfiado.

—¿Cómo me preguntas eso, Víctor? ¿Acaso el señor Adams está celoso de un desconocido? —pregunté alegremente.

—¡Y del mismo sol que te acaricia con sus rayos! —exclamó, —celoso de todo y de todos, querida. Porque ya no concibo la vida sin ti, Ann —dijo abrazándome cariñoso. —Dime que no me dejarás...

—Claro que no lo haré —respondí tratando de serenarle.

—¿Qué has hecho de mí, Ann Lake? —me preguntó mientras levantaba mi cara para besarme. —¡Si tan solo pudiera detener el tiempo en un beso...! —susurró tras besarme suavemente.

—Víctor, no tienes por qué preocuparte. Yo siempre voy a estar aquí, a tu lado. Te lo prometo —dije convencida tras besarle nuevamente.

—Lo sé, querida. No podrías encontrar a nadie mejor que yo —respondió él, tras lo cual una lluvia de ardientes besos cayó sobre los dos...

La tarde en la que llegaban mis familiares desde París, Red Hill se transformó en un hervidero de nervios e inquietud. La llegada de la abuela y de Sofía se había convertido en más que un acontecimiento en la mansión y absolutamente todo debía estar correctamente listo y preparado para darles la bienvenida que ellas merecían. Cuando ambas llegaron a la casa, la felicidad y el júbilo me inundaron. Con ellas en la mansión sabía que todo sucedería con mayor tranquilidad. Ahora con toda la familia reunida, sin duda, tendría la paz y el equilibrio que mi corazón tanto necesitaba.

Ciertamente, desde su llegada a Red Hill las horas y los días pasaban con una calma y sosiego poco habituales en la vieja mansión. Mi relación con Víctor seguía su curso normal, y nuestros paseos y salidas juntos eran cada vez más frecuentes, ya que, a su lado, yo sentía una protección que, a lo largo de toda mi vida, solamente la figura de mi padre había sido capaz de darme. Sin duda alguna, Víctor se había convertido casi sin darme cuenta en mi refugio.

Por su parte, mi padre había conseguido establecer una estupenda relación con el señor Alberdi, debido en gran medida a la prosperidad que sus negocios y actividades conjuntas habían cosechado con el paso del tiempo. Así, poco a poco, la presencia del señor Alberdi o de Marco, como ya mi padre le llamaba, se había ido haciendo habitual en la casa. Él, mi abuela, Sofia, mi padre y yo compartimos mesa en la cena anual que los Lake celebrábamos en Red Hill cada 5 de noviembre con motivo de la conmemoración de la noche de Guy Fawkes, en que se conmemora la captura del mismo y el fracaso del complot que, con él a la cabeza, tenía como objetivo asesinar al rey Jaime I.

—Hija, ¿por qué no nos acompaña Víctor esta noche a la mesa? —me preguntó mi abuela Elizabeth mientras Rose comenzaba ya a servir la cena.

—Se encontraba algo indispuesto, abuela, y ha decidido quedarse en casa guardando reposo. Manda sus más sinceras disculpas y un saludo para ti y para mi padre.

—Pues es una verdadera lástima, la verdad, lo habríamos pasado bien con él. Siempre tan amable y caballeroso —comentó mi abuela.

—Otra vez será, abuela —repuse.

—Y bien, señor Alberdi —dijo de repente Sofia curiosa —¿Cómo van esos negocios suyos? Deben ir muy bien pues mi cuñado Edward y usted pasan mucho tiempo juntos encerrados en esa oficina.

—Sí, señorita Benoet lo cierto es que no puedo quejarme. Y por favor, llámeme por mi nombre de pila: Marco. Creo que aún soy joven para que me traten de usted.

—Bien, Marco —prosiguió ella —Me alegra mucho ver que todo esté saliendo como lo deseas; a pesar de no saber muy bien de qué se trata ese gran negocio suyo.

—Sofía, —interrumpió mi abuela —creo que tu curiosidad para con nuestro invitado está siendo un tanto... excesiva, ¿no te parece, querida?

—No, por favor, señora Benoet, no me molesta en absoluto —replicó él —Lo cierto es que he comprado algunos viñedos en el norte y deseaba poder comprar algunas tierras más para poder crear mis propias bodegas —se explicó.

—Vaya, parece muy interesante —dijo Sofía realmente atraída por sus palabras. —Y entonces imagino que usted sabe bien de vinos, ¿no es así?

—Bueno, algo sé —respondió él con modestia. —Cuando vivía en Italia mi familia tenía grandes viñedos y todo lo que sé lo aprendí de mi padre.

—Así que es usted italiano... —dijo Sofía

—Bueno, no exactamente y por favor, de tú —pidió él nuevamente.

—Ya me parecía a mí que ese apellido no era precisamente inglés —contestó ella con cierta ironía —pero yo creía que era español, no italiano..., aunque, bueno, la verdad es que no parece existir mucha diferencia entre unos y otros, ¿verdad? —dijo entre risas.

—Pues se equivoca, señorita Benoet, existe y mucha, se lo aseguro —continuó Marco con gesto serio y distante.

—¡Oh, discúlpame!, ¿Mi comentario te ha molestado? En ningún momento he pretendido ofenderte, Marco —dijo mi tía con voz suave. —Tan solo era un comentario sin mala intención.

—No, no estoy molesto —dijo él —únicamente respondía a tu comentario, nada más.

—Así que... ¿tu padre era italiano? —pregunté yo con cordialidad.

—Sí así es, pero yo nací en España, mi madre era española y cuando se casaron ellos se establecieron allí, aunque después por cosas de la vida, tuvieron que emigrar a La Toscana italiana.

—España...—dije embelesada —He oído decir que es un país con lugares de indescriptible belleza.

—Así es, Ann —me respondió con voz suave.

—Sí, sin duda algún día Marco tendrá que llevarnos a hacer una visita por tierras españolas —apuntó mi padre repentinamente.

—Por supuesto, Edward. Para mí será todo un placer. Pero antes debo

hacerles otra invitación —añadió él.

—¿Y cuál habría de ser, querido amigo? —preguntó mi padre afablemente.

—El próximo jueves será mi cumpleaños y estaría feliz de que todos acudierais a la cena que voy a ofrecer en mi casa. Además, después habrá también una pequeña fiesta con música. Solamente estarán unos pocos amigos y conocidos de por aquí, así que no acepto una negativa por vuestra parte — señaló Marco.

—Por supuesto —dijo mi padre sin pensarlo dos veces —allí estaremos. Además, creo que tal evento merece un brindis anticipado. —¡Por Marco! — exclamó mi padre poniéndose en pie y alzando su copa.

—Y por sus buenos negocios —dije yo mirando a Marco.

—¡Salud, Ann! —me respondió él haciendo un movimiento ascendente con su copa.

La velada transcurrió tranquila y sin incidentes. Pronto anocheció y la mayoría de nosotros nos fuimos a descansar esperando el nuevo día que nos aguardaba a la mañana siguiente. Tan solo mi padre y Marco se quedaron hablando y charlando sobre sus asuntos en la biblioteca hasta que, por fin, el joven italiano decidió que era una hora más que razonable para regresar a su espléndida mansión, la cual se encontraba no muy lejana a Red Hill.

Y precisamente allí, en la hermosa casa de Marco Alberdi, era donde nos encontraríamos casi una semana después mi padre, Sofía y yo celebrando, tal y como nos había avanzado días atrás, su cumpleaños. A pesar de mi negativa a asistir al evento, debido no sólo a que mi abuela se encontraba un tanto indispuesta, sino también a la no invitación por parte de Marco para con Víctor, mi padre empeñado en no faltar a su palabra con Marco, insistió en que debíamos ir en calidad de amigos, y yo, que huía de las discusiones, y muy especialmente las que se habían de producir con mi padre, no pude negarme.

Cuando llegamos al evento, un buen número de personas estaban ya en la casa. Se trataba de una magnífica construcción de la época colonial decorada de manera sobria y con un exquisito gusto. Las cortinas, alfombras y tapices que adornaban suelos y paredes, junto a los muebles y demás aderezos hacían de ella un lugar agradable a la par que acogedor. Apenas entrar en el umbral del salón pude observar cómo Marco, agarrado por el brazo de una hermosa y

jovencísima mujer, iba saludando cortésmente a todos sus invitados. Pronto llegó también nuestro turno, pero cuando lo hizo, la mujer cuya presencia parecía haber sido requerida en alguna otra estancia de la casa, se soltó del brazo de Marco y dándole un beso en la mejilla se dispuso a salir de la habitación.

—Buenas noches —dijo él amable y felizmente mientras se dirigía hacia nosotros. —Muchas gracias por venir.

—Felicidades, mi querido amigo —dijo mi padre —No podíamos faltar. Soy un hombre de palabra —añadió mientras le daba un sincero y cordial abrazo.

—Felicidades, Marco —continué yo —Ya ves que tal y como prometió mi padre, asistimos a tu celebración, a pesar de que hayas omitido invitar a alguno de nuestros mejores amigos —dije sin poder evitar el reproche.

—Gracias por tu felicitación —Ann —dijo él escuetamente —. Buenas noches a ti también Sofía. Estás radiante esta noche.

—Tú siempre tan amable —replicó ella.

—Y ahora si me disculpáis, —dijo nuestro anfitrión —debo ir a saludar al resto de invitados. Después estaré nuevamente con vosotros.

—Claro —dijo mi padre —Ve tranquilo.

Minutos después, distribuidos en distintas mesas, debido al enorme volumen de personas que allí nos encontrábamos, nos disponíamos a cenar. Tras la opípara comida, algunos de los caballeros se agruparon en una de las estancias de la casa con el objetivo de jugar unas manos de póquer y de bridge. Mientras, el resto de hombres y mujeres nos dirigimos hacia un enorme salón lleno de espejos donde habría de tener lugar un pequeño baile. La música era dulce y agradable. Apenas había empezado a bailar con mi padre, cuando Marco se acercó a nosotros.

—¿Sería posible que me la prestaras solamente un baile, Edward? —preguntó él con sus ojos clavados en los míos.

—Por supuesto, la verdad es que yo ya no estoy para estos trotes, —respondió mi padre sonriendo.

—¿Y tú, Ann? ¿Me concedes este baile? —me preguntó.

—¿Podría negarme? —repliqué algo molesta y sin olvidar que Víctor no

había sido invitado.

Sin mediar ni una sola palabra más, él me rodeó con sus brazos y un instante después, nuestros cuerpos se movían al compás de la música.

—Te he dejado un pequeño obsequio con la servidumbre —dije de manera educada.

—No tenías que haberte molestado, la verdad es que no era necesario —dijo él.

La música continuaba armónica y cadenciosa mientras ambos guardamos un silencio que vino a ser interrumpido por sus palabras:

—Sigues molesta, ¿no es así? —dijo él con voz firme y segura.

—¿Por qué habría de estarlo? —respondí con indiferencia dirigiéndome hacia una zona ajardinada de la casa en la que no había nadie.

—Ann, estás molesta porque no he invitado al señor Adams, ¿no es así? —preguntó seriamente siguiendo mis pasos.

—No puedo negar que tu actitud me ha resultado de muy mal gusto —repliqué fría y distante.

—¿Tan seria es ya vuestra relación?, no me lo había parecido —añadió él.

—¡No seas grosero! —exclamé —Tus suposiciones están fuera de lugar.

—No me has contestado, Ann. ¿Tan seria es vuestra relación como para exigir que sea invitado a los eventos a los que tú acudes? —continuó él.

—Nos estamos conociendo, nada más. —Dije nerviosa mientras me escapaba de él por el jardín tratando de evadir aquella conversación que se me antojaba incómoda e inapropiada.

—¿Sólo eso, Ann? —insistió siguiéndome.

—Sí, solo eso y además no entiendo por qué me preguntas con tal insistencia. ¿Por qué debo darte explicaciones a ti? Al fin y al cabo, también tú estás...comprometido —le dije —No deberías estar preocupándote por mis asuntos personales, más bien tendrías que estar al lado de tu mujer, tu novia o lo que sea... Sí, es con ella con quien tienes que estar ahora y no aquí, conmigo —dije exaltada y nerviosa debido a que podía sentir su cuerpo cada vez más cerca del mío.

—¿Mujer? ¿De qué hablas, Ann? —preguntó extrañado.

—¿De tu mujer! —le grité sin saber muy bien por qué lo hacía.

—¿Yo no tengo ninguna mujer! —dijo él gritando aún más fuerte.

—¿Ah, no? ¿Y quién era esa mujer que te abrazaba y te besaba mientras saludabais a los invitados? —pregunté ciertamente celosa.

—¿Jimena? ¿Te refieres a ella? —me preguntó extrañado.

—Sí, ella, Jimena o como Dios quiera que se llame, ella, sí —concreté.

De repente, Marco soltó una carcajada.

—No le veo la gracia. ¿De qué te ríes, descarado? —pregunté ciertamente enfadada —¿Te ríes de mí?. Eres un ser vulgar y grosero —dije mientras me giraba con la firme intención de marcharme de aquel lugar.

—Ann, —me llamó agarrándome fuertemente del brazo —Jimena es mi hermana pequeña.

—No tienes que darme explicaciones, Marco, no las necesito —respondí y soltándome de él me marché sin cruzar una sola palabra más.

Nada más salir del jardín, me dirigí al salón de baile para pedirle a mi padre que por favor volviéramos a Red Hill inmediatamente. A pesar de no conocer los motivos de mi repentino deseo por marcharme, mi padre cumplió mi deseo y me llevó sin más de vuelta a la mansión de los Lake. Una vez allí y ya en mi cama, abrazada a mi almohada, no podía dejar de rememorar una y otra vez las imágenes sobre la situación que había vivido esa noche con Marco en el jardín. Sus palabras resonaban en mi cabeza constantemente y no entendía cuáles habían sido mis motivos para reaccionar tal como lo hice. ¿Por qué le he reprochado nada? —me decía a mí misma —¿Por qué me afectó verlo abrazado a otra mujer?, ¿Por qué me sentí tan insegura a su lado? — ¡Dios mío! ¿Qué es este sentimiento interno que no me permite estar tranquila?

Me puse celosa, sí eso es, —me decía en mi conversación interior —pero ¿Por qué? ¿Por qué? Cuando vi a aquella mujer abrazándole fue como una punzada interna, y qué tranquilidad sentí al oírle decir que era su hermana, ¡su hermana! Pero... ¿Y Víctor? ¿Por qué no me acordé de él mientras discutía con Marco? No, no, yo no puedo... Él no se lo merece y además lo más probable es que todo esto solo sea que tengo los sentimientos revueltos. Esto es una confusión, nada más, Ann, nada más. Marco no significa nada. Eso es, nada. — Me repetía una y otra vez, tratando de engañarme a mí misma.

Aquella noche fue de las más largas que recuerdo. La pasé en vela pensando, dando vueltas en mi cama tratando de auto—convencerme a mí misma de que todo había sido un malentendido emocional, nada más. Y sí, más o menos, lo logré. Me convencí de ello, o eso trataba de creer, porque lo cierto, lo realmente cierto es que, en los sucesivos días, yo no pude matar del todo el gusano que provocaba en mí la necesidad de saber qué era aquella sensación y por qué había nacido en mí aquel extraño sentimiento hacia Marco Alberdi...

XII

A la mañana siguiente, apenas bajar las escaleras que me llevaban al salón principal, y de manera inesperada para mí, encontré nuevamente a mi padre acompañado por Marco. Un sentimiento de opresión y ahogo invadió mi pecho.

—Buenos días, Ann, ¿Qué tal has dormido hoy, hija? —preguntó mi padre con excelente humor.

—Bien, papa —acerté a responder sin poder obviar la presencia de Marco en mi salón.

—Hola, Ann —se limitó él a decir.

—Buenos días, señor Alberdi —dije con una voz firme que escondía mi falta de serenidad.

—¿De nuevo hemos vuelto al tratamiento de señor? Pero Ann... —me dijo él apesadumbrado negando con la cabeza.

—Veo que no podéis dejar de lado el trabajo ni un solo día —apunté con cierto sarcasmo.

—No, hija, Marco no está aquí por mí. Ha venido por ti —me informó mi padre.

—¿Por mí...? —pregunté con asombro.

—Perdona por mi indiscreción y por no habértelo comentado, hija, pero la otra noche estuvimos hablando sobre caballos y sobre lo mucho que te gusta montar, y le animé a que te invitara a dar un paseo a caballo —continuó mi padre.

—Siempre que estés de acuerdo, claro —dijo Marco.

—Yo... Bueno, lo cierto es que estoy algo cansada y además tendría que cambiarme porque con esta ropa no puedo montar adecuadamente... —dije tratando de evadir la invitación.

—Bien, entonces te esperaré. No tengo mayor inconveniente —respondió él zanjando cualquier posibilidad de negativa por mi parte.

Al escuchar tales palabras y casi de un modo mecánico, volví a subir la

escalera que aún no había terminado de bajar del todo, para dirigirme, nuevamente, a mi habitación donde habría de ponerme una ropa más adecuada para la montura. Al fin y al cabo, sabía muy bien que no existía posibilidad alguna de escapar de tal situación, y una posible discusión con Marco o con mi padre tampoco parecía la solución más acertada.

Media hora después, mientras paseábamos juntos y ya a lomos de Dominó, mi yegua pía negra, me di cuenta de que, tal y como yo temía, el objetivo de Marco aquella mañana era aclarar mi comportamiento de la noche anterior y muy especialmente mi huida, aparentemente irracional, de su casa.

—¿Por qué te marchaste así, Ann? ¿Te ofendí? —preguntó él claramente intrigado por la respuesta que habría de salir de mis labios.

—No lo sé —respondí con absoluta sinceridad.

—¿No lo sabes? —insistió —¿Cómo que no lo sabes? ¿Quieres que te lo diga yo, Ann? —Me dijo convencido de que él sabía la respuesta. Justo en ese momento, el tiempo se detuvo por un instante.

—Por celos, Ann —susurró Marco mientras yo bajaba mi cabeza constatando que él estaba en lo cierto.

—Sé que estabas celosa. Solamente una mujer celosa sería capaz de reprochar a un hombre cuyo nexo de unión es una mera amistad, su posible relación con otra mujer. —Dijo él muy seguro —En cualquier caso, —continuó —debo decir que estoy encantado de que me celes, Ann. Es todo un honor para mí que una mujer como tú se haya...enamorado así de mí.

—¿Enamorada? —dije con indignación —¡Yo no estoy enamorada de ti! —exclamé furiosa

—¿Cómo te atreves ni siquiera a pensar algo así? ¡Presuntuoso! —grité llena de ira.

En ese preciso momento avergonzada y alterada por la situación que nuevamente se había producido junto a Marco, y sin pensar en nada más, espoleé fuertemente a mi yegua con la firme intención de escapar de él, de sus preguntas y de ciertas afirmaciones suyas que, por otra parte, no estaba muy segura de si eran ciertas, lo cual a su vez producía en mí una desazón y exaltación internas contra las que no sabía muy bien cómo luchar. Pero

desafortunadamente para mí, el pequeño plan surgido dentro de mi cabeza casi en décimas de segundo, fracasaría estrepitosamente al poco tiempo. Al verme huir a lomos de mi yegua, Marco subió a su caballo y me siguió a pesar de que existía ya cierta distancia entre ambos. Al galope y sin dejar de espolear al animal que llevaba bajo sus piernas, pronto se colocó a mi altura.

—Ann, por favor —me suplicó mientras cabalgábamos a toda velocidad —Baja, tenemos que hablar. Tengo que decirte algo importante.

—¡Yo no tengo nada que hablar contigo! —le grité.

—¡Ann! —volvió a decirme.

—¡No! —exclamé girando la cabeza hacia donde él estaba para que me escuchara mejor a lo cual no hallé respuesta alguna.

—¿Marco? —dije extrañada al mirar y no encontrarle. Pronto lo vi tirado en el suelo. Se había caído del caballo y yacía inmóvil sobre la hierba.

—¡Marco! —exclamé llena de preocupación mientras hacía que Dominó diera la vuelta para dirigirme al lugar en el que él se encontraba.

—Marco, ¿estás bien? —le pregunté estando ya en el suelo y junto a su cuerpo, a pesar de que él no parecía oírme.

—¡Marco, contéstame, por favor! —le pedí mientras ponía su cabeza en mi regazo —¡Despierta, despierta! —proseguí ya con las lágrimas a punto de brotar de mis ojos, pensando que había ocurrido lo peor.

—¡Marco, Marco. Tienes que despertarte, no me hagas esto, por favor, abre los ojos, dime algo... —volví a insistirle.

.¡Te engañé! —dijo abrazándome repentinamente mientras yacíamos los dos sobre la hierba.

—¡Mentiroso! —exclamé enfadada tratando de escapar de sus brazos. —¿Sabes el susto que me has dado? ¿Cómo te atreves, insolente? ¿Tú siempre haces las cosas así? —le pregunté realmente enfadada.

—No. Las hago así... —y sin mediar media palabra más me besó.

—Al parecer, no soy el único que lo deseaba —dijo él tras besarme dulcemente —creo no equivocarme al afirmar que tú anhelabas este beso tanto como yo.

—¡No digas tonterías! —exclamé aparentemente indignada —Creo que lo mejor será que olvidemos este desagradable incidente y regresemos a casa, ya

es tarde —dije con frialdad.

—Sí, creo que será lo mejor. Regresemos, pues —replicó él ciertamente molesto tras mis palabras.

Apenas una sola palabra salió de nuestras bocas de vuelta a Red Hill. Un silencio incómodo nos acompañó durante todo el camino. Algo me embargaba y no sabía muy bien que era. Pero a pesar de haberle dicho a Marco que aquel beso había sido un desagradable incidente, no podía engañarme a mí misma. Yo sabía que no era así. Sabía que algo muy grande estaba naciendo en mí, y eso me inquietaba, pues temía no ser capaz de seguir correspondiendo el amor de Víctor.

XIII

Una vez ya en Red Hill, y sin querer entrar en la mansión, Marco se marchó tras una despedida fría e indiferente. Dejó a Dominó en los establos y, apenas poner un pie en el interior de la casa, Lucía me informó de que había tenido visita durante la mañana.

—¿Y quién ha venido a verme?, si puede saberse —le dije a la criada con bastante mal humor.

—El señor Adams —replicó ella.

—¿Víctor?, ¿Víctor ha estado aquí? —le pregunté.

—Sí, señorita Ann —dijo Lucía.

—Pero ¿qué quería? —pregunté nerviosa.

—Quería verla, señorita.

—¿Y tú qué le has dicho? —continué preguntando con los nervios en el estómago.

—Pues yo le dije la verdad, señorita, que usted había salido con el señor Alberdi a dar un paseo a caballo. ¿He hecho mal, señorita Ann? —preguntó la criada con cierta preocupación.

—Y ¿qué hizo o qué te dijo él cuando le dijiste eso? —volví a inquirir.

—Nada. Simplemente me dio las gracias y se marchó —replicó ella.

—¿Y no dejó ningún recado para mí? —añadí.

—No, ninguno —contestó Lucía.

—¿Estás segura? —le insistí.

—Por supuesto, señorita Ann —me respondió.

—Está bien, Lucía. Muchas gracias, puedes retirarte ya —le ordené mientras me dirigía hacia la escalera que habría de llevarme a mi habitación. De camino hacia allí pensaba en Víctor, en qué habría pensado al saber que yo había salido con otro hombre sin haberle dicho nada, quizá creería que todo había sido una burda y sucia mentira por mi parte, que lo había engañado...y Marco, también él estaba molesto conmigo, decepcionado más bien y eso era algo que me producía una fuerte intranquilidad. Pero ¿por qué? ¿Por qué

habría de preocuparme lo que Marco pensaba o sentía si después de todo tan solo era un amigo más de la familia o, mejor dicho, un cliente de mi padre?

Mientras estaba absorta en mis pensamientos, me di cuenta de que no solo había llegado a mi estancia, sino de que, además, estaba ya tumbada sobre mi cama recapacitando acerca de todo lo que me había ocurrido en los últimos días... Pronto alguien al otro lado, golpeó en la puerta pidiendo ser recibido:

—¿Puedo pasar? —dijo una voz femenina.

—Claro, adelante —respondí sin saber a ciencia cierta de quien se trataba.

—Hola mi muñeca —dijo la voz mientras abría la puerta.

—¡Ah, tía!, eras tú —exclamé con cierta alegría al ver que era ella quien venía visitarme a mi cuarto —Entra y cierra la puerta, por favor —le pedí.

—Solamente quería comentarte que tu querido Víctor ha estado aquí esta mañana preguntando por ti —me comentó ella.

—Sí, tía, ya Lucía me ha informado —dije con baja voz.

—¿Y esa cara, mi muñeca? No te entristezcas por no haberlo visto, pequeña —dijo ella tan cariñosa como siempre —tu padre le ha invitado a comer con nosotros mañana.

—Eso no lo sabía... —contesté interesada en sus palabras —entonces viene mañana...

—Así es, querida. Pero por tu gesto deduzco que no te hace especial ilusión. Yo creía que manteníais una relación con miras a un futuro próximo y no parece que te emocione mucho saber que quien podría ser tu marido venga a comer con todos nosotros en familia mañana.

—No es eso tía, es que... —repentinamente dejé de hablar.

—Es que ¿qué? —preguntó ella intrigada —¿Qué ocurre, Ann?. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—Claro que sí, tía, pero es que... —dudé.

—¿Qué, Ann? Acaba tu frase, por favor —dijo Sofia ya algo alterada.

—Antes estaba tan emocionada por la relación entre Víctor y yo, me sentía tan afortunada... —seguí diciéndole.

—¿Debo deducir por tus palabras que ya no es así? —me preguntó ella.

—No lo sé, tía, estoy confundida —respondí.

—Confundida, ¿Por qué, pequeña? ¿Acaso ha ocurrido algo que yo no sepa? Porque no entiendo nada de lo que me quieres decir —me replicó.

—Hoy en mi paseo con Marco, bueno, con el señor Alberdi... él me besó, tía —acabé por decirle.

—¿Te besó? —dijo ella asombrada

—Sí, me besó y ahora me siento culpable, ¿entiendes tía? —le pregunté

—Pero fue él quién te besó a ti, no tú a él, ¿no? —quiso ella saber.

—Sí, pero... yo me sentí bien cuando él lo hizo, no pensé en Víctor. No pensé en nada, solo en él y en mí y... —paré de hablar.

—¿Y...? —dijo ella para terminar de sacarme el resto de la información.

—Y de un tiempo a esta parte, estoy sintiendo cosas extrañas hacia el señor Alberdi que creo que no debería sentir —terminé de decirle.

—¿Por qué no, Ann? —me preguntó.

—Porque son una ofensa para Víctor —respondí con determinación.

—Ann, te estás castigando por algo de lo que no eres culpable. Es posible que estés empezando a enamorarte de Marco, querida, y la verdad ¿quién no lo haría? —preguntó de manera retórica —Es un caballero realmente encantador —siguió diciendo divertida.

—¡Tía! —exclamé avergonzada.

—No es nada malo, Ann —aseveró ella —Los sentimientos son libres, ellos no saben de reglas ni de moral... —continuó diciéndome tratando de serenarme.

—Pero ¿cómo puedo estar enamorándome de alguien a quien no conozco, tía? —le pregunté desconcertada.

—¿Y es que acaso a Víctor lo conoces mucho mejor? —replicó ella.

—Bueno, puede que no del todo, pero he pasado mucho más tiempo con él, además es la mano derecha de mi padre y... —respondí.

—Y solo por eso tú ya consideras que es un buen hombre y el marido adecuado para ti, ¿no es así, Ann? —dijo Sofía.

—No sé... Yo... estoy muy confundida, tía —acerté a decirle.

—Sigue mi consejo, querida, a las personas hay que conocerlas por uno mismo, no por lo que los demás cuentan de ellas.

—Pero entonces, ¿qué debo hacer? —dije inquieta.

—Deja libre a tu corazón... él te guiará, Ann. Es solo que aún no te has parado a escucharlo —me dijo levantándose para dirigirse hacia la puerta.

—Gracias, tía —le dije sin saber si realmente me había ayudado o mi confusión era ahora mayor.

—De nada, querida. Y ahora duerme un poco, te hará bien —dijo mientras se marchaba.

Sí. Quizá después de todo, Sofía estaba en lo cierto y yo estaba exagerándolo todo en exceso. Quizá solo debía tranquilizarme y, poco a poco, todo habría de volver a su cauce. Y así, pensando en serenarme y recuperar mi equilibrio emocional, pronto caí en un pesado y profundo sueño.

El día siguiente transcurrió con normalidad en Red Hill. La mansión se me antojaba tranquila y serena, justo tal y como necesitaba que estuviera. A mediodía, exactamente como me había dicho mi tía el día anterior, Víctor llegó temprano para comer con nosotros. De ninguna de las maneras, cabía en su pensamiento poder rechazar la invitación que tan amablemente mi padre le había hecho. ¿Dónde quedarían sus modales si lo hubiera hecho?, aunque, en realidad, su actitud y comportamiento, especialmente para conmigo, revelaban que, si había aceptado tal invitación, había sido, únicamente, por mero compromiso. Apenas se dirigió a mí durante toda la comida.

Su mirada indiferente y herida se cebaba en mí, lo cual me producía una profunda culpabilidad, aunque no sabía muy bien a qué se debía. Después de todo, tampoco yo había hecho nada de lo que debiera avergonzarme ¿o sí? Marco me había besado, pero en ningún caso yo había propiciado tal hecho y, de todos modos, es que ¿acaso Víctor conocía ese dato? Y si era así, ¿cómo? o más bien, ¿quién se lo había contado? En Red Hill solamente Sofía lo sabía y yo estaba segura de que ella era incapaz de traicionar mi confianza... Las preguntas y las dudas se agolpaban en mi cabeza mientras el resto de comensales que tenía a mi alrededor, ignorantes de mis divagaciones mentales, disfrutaban del almuerzo. Mientras yo, ajena a todos ellos, seguía en mi mundo paralelo de frustraciones, miedos y temores.

Apenas habíamos terminado de comer cuando mi padre, tras ofrecernos sus disculpas, se levantó de la mesa con la intención de regresar al trabajo, pues según decía, en esos días tenía algunos negocios entre manos que no

podía descuidar. Por su parte, Víctor aprovechó tal circunstancia para hacer lo mismo y así poder salir de Red Hill, que era lo que había deseado desde el mismo momento en que, un par de horas antes, había puesto un pie en la mansión.

—Muchas gracias por la invitación —dijo Víctor levantándose de la mesa —Estaba todo delicioso. Mis felicitaciones para Rose, como siempre. Pero, si me disculpáis, creo que al igual que Edward, también yo debería regresar a mis obligaciones laborales.

—¿Y es que acaso piensas hacerlo sin pararte a hablar conmigo al menos dos minutos seguidos? le dije sin rodeos y delante de todos mientras él se dirigía al resto de los presentes.

—¿Perdón? —dijo él realmente sorprendido y sin perder su habitual cortesía.

—Digo, querido Víctor, que te espero en un minuto en la biblioteca. Hay cosas de las que, sin duda, debemos hablar —afirmé con una rotundidad a la que muy pocos en la casa estaban habituados.

—No sé muy bien a qué puedes referirte, Ann —afirmó él irónico —pero como deseas. Si nos disculpan —dijo él excusándose nuevamente con los demás.

—¿Puede saberse qué es lo que te ocurre? —le pregunté desconcertada y sin rodeos mientras entrábamos en la biblioteca.

—Qué curioso —exclamó él irónico —yo pensaba hacerte exactamente la misma pregunta.

—¿Qué? —dije —Víctor, tu actitud para conmigo durante toda la comida ha sido... intolerable. ¡Me has ignorado totalmente!

—¿Y acaso debo entender que eso te importa, querida? —continuó él sereno e impassible sentándose en una de las butacas acomodadas en la biblioteca.

—¿Y cómo no habría de hacerlo? —le pregunté indignada.

—¿Cómo no habría de hacerlo?" Interesante cuestión —expuso él sin dejar de lado la ironía que le estaba acompañando desde el inicio de la conversación. —Quizá, querida, prosiguió —del mismo modo en que te importó que el señor Alberdi me ninguneara al convertirme en el único de

vuestro círculo social que no fue invitado a su estúpida y pomposa fiesta de cumpleaños, lo cual, muy a mi pesar, no evitó que tú asistieras a dicho evento. No podías faltar, ¿verdad? —afirmó él con sarcasmo. —Aunque pensándolo bien, mejor aún debió de ser vuestro romántico paseo a caballo... ¡Mientras yo, aquí como un estúpido...!

—Pero Víctor, las cosas no son como parecen. Mi padre me obligó a asistir a la cena del señor Alberdi —dije excusándome.

—Sí, efectivamente —dijo él —Olvidaba que tú padre es de ese tipo de personas frías y autoritarias que obligan a sus hijos a realizar, única y exclusivamente, aquellos actos que ellos consideran más oportunos, ¿verdad? ¡Por el amor de Dios, Ann! No insultes mi inteligencia, por favor. Es posible que Edward deseara que asistieras al evento del señor Alberdi debido a que eso beneficiaría sus negocios, pero de ninguna de las maneras puedo creer que te forzara a ir. Estoy seguro de que la decisión final fue tuya —siguió diciendo él evidentemente molesto.

—Lo siento, Víctor. No creí que te fuera a molestar tanto... —le dije tratando de disculparme.

—Lo único que quiero saber es la verdad, Ann —me respondió.

—La verdad es que no me atreví a contradecir a mi padre. No quería causarle ninguna contrariedad ni tampoco discutir con él. Entiéndeme, Víctor, por favor, he pasado demasiado tiempo alejada de él. Soy prácticamente una recién llegada a Red Hill y no quería tener un conflicto con él nada más llegar, por muy pequeño que éste fuera. Pero tampoco fui a gusto a la fiesta del señor Alberdi, de hecho, le reproché su falta de decoro por no haberte invitado. Yo nunca pretendí faltarte al respeto ni nada parecido. Créeme. Ésa es la verdad —le dije

—¿Y por qué te fuiste con él a montar a caballo? ¿O es que acaso eso también fue un deseo de tu padre? —preguntó él insidioso.

—No, Víctor —le dije —La propuesta real fue del señor Alberdi, pero de alguna manera, mi padre estaba pidiéndome a gritos que no rechazara la invitación. Habría sido algo grosero y descortés por mi parte. Fue pura cortesía, nada más y tú más que nadie debería entender eso.

—¿Estás segura de que solamente fue por cortesía, Ann? —dijo con cierto

temor.

—Por supuesto que sí —repliqué decidida.

—¿Y qué ocurrió? —continuó él interrogándome.

—¿Cómo que qué ocurrió? Pues nada ¿qué habría de suceder? —expuse tratando de averiguar si él conocía la auténtica verdad.

—No lo sé, Ann. Pasasteis mucho tiempo los dos juntos y solos en la arboleda... —siguió diciéndome.

—Simplemente estuvimos hablando. Me preguntó acerca de la vida aquí, nuestras costumbres y poco más —dije tratando de ocultarle la verdad.

—Ann, no me mientas —suplicó él.

—No lo hago. —Dije intentando olvidar aquel beso entre Marco y yo, mis celos y nuestra discusión de la noche anterior...

—Discúlpame, querida —dijo entonces Víctor mientras se acercaba a mí y me cogía la mano sin yo esperarlo. Perdona mis celos, por favor —me pidió.

—No, eres tú quien debe perdonarme. Debí ser más considerada contigo —respondí con total sinceridad.

—Está bien, Ann. No discutamos más. Creo que será mejor dar por zanjada esta cuestión. Lo mejor será que lo olvidemos, ¿no te parece, querida? —me dijo.

—Estoy totalmente de acuerdo —le dije abrazándolo con dulzura y pensando que, después de todo, parecía que la tormenta había pasado, y no había sido tan fuerte como habría sido de esperar. Víctor parecía haber entendido mis argumentos, parecía comprenderme a la perfección y eso era, precisamente lo que más me gustaba de él, que podíamos hablar y arreglar los problemas dialogando. Pero mi culpabilidad interna seguía ahí. Y no sólo no había desaparecido, sino que sentía que ahora había crecido aún más. Le había mentado. Sí, cierto que lo había hecho para no torturarlo, para no hacerle sentir mal; cierto también que deseaba estar con él, o ¿más bien deseaba desear estar con él? Mis sentimientos estaban nuevamente revueltos. Mi cabeza me decía que habría sido inútil contarle toda la verdad, porque al fin y al cabo ¿qué había ocurrido? ¿Acaso un beso, un único beso entre Marco y yo era algo tan significativo y trascendental como para darle tanta importancia? Y entonces lo entendí... Lo importante no era el beso en sí, sino lo que había sentido en ese

momento. Era una inmensa necesidad de volverlo a sentir. Era un deseo inconmensurable por volver a ver a Marco lo que me inquietaba. El problema no era lo que mi cabeza me decía, sino lo que mi corazón me gritaba.

XIV

Los días posteriores transcurrieron sin mayores sobresaltos ni sorpresas. Todo estaba en calma. Únicamente hallaba intranquilidad en lo más interno de mi alma, aunque trataba de ocultar tal sentimiento y no mostrárselo a los demás, especialmente a Víctor, pues, si bien era cierto que sentía algo especial hacia él, también lo era el hecho de que ese amor había comenzado a disiparse, o más bien, a transformarse, al menos, así era desde que Marco Alberdi se había colado en nuestras vidas. Y a pesar de que no parecía haber vuelta atrás, yo seguía debatiéndome en mi foro interno conmigo misma. Me negaba a ser una de esas impávidas y frías mujeres que abandonan a su compañero sentimental para salir corriendo a los brazos del primer hombre apuesto que se cruzara en sus vidas. Y en realidad, no me daba cuenta de que, con mi obstinación y mi falta de sinceridad, podía herirle aún mucho más.

Los días pasaban en Red Hill y con ellos las semanas y también los meses. Nada había cambiado para mí. Yo seguía, tal y como me había propuesto, al lado de Víctor, lo cual no me había resultado demasiado difícil, especialmente en las últimas semanas, puesto que, durante ese tiempo apenas había visto a Marco. Al parecer, y según había contado mi padre en casa, el señor Alberdi había salido hacia Italia por tiempo indefinido en viaje de negocios, lo cual para mí era un alivio. Saber que estaba lejos, que no entorpecería mi relación con Víctor, me tranquilizaba sobremanera. Por el contrario, verle o saber que estaba cerca de mí, era algo que producía en mí un gran desconcierto.

Mientras él estaba fuera, todos en Red Hill nos afanábamos para conseguir que aquella fuera la mejor de las Navidades en la mansión de los Lake.

Una vez más y tras más de tres años de ausencia, volvería a celebrar junto a mi familia nuestra tradicional cena de fin de año. Pero esta ocasión era muy especial. No solamente estaría junto a mi padre, como en los viejos tiempos, sino que también se encontraban en Red Hill la abuela y la tía Sofía, además de mi querida Rose. Y junto a ellos, mi padre había invitado a algunos de nuestros amigos más cercanos entre los que, por supuesto, no podía faltar

Víctor. Todo estaba listo y preparado. Nada podía fallar.

A las nueve en punto y fiel a su cortesía y puntualidad habituales, Víctor hizo su aparición en Red Hill aquel 31 de diciembre de 1900.

—Tú tan puntual como siempre, querido —le dije tras abrirle la puerta.

—Uno nunca debe perder las buenas costumbres, ¿no te parece? —respondió él sonriéndome.

—¿Ha llegado alguien más? —preguntó él curioso.

—No, aún no. Parece que tú eres el único puntual de la región —bromeé.
—Puedes pasar al salón.

—Mi padre está allí esperándoos.

—¿Esperándonos? —repitió él.

—Sí, esperándoos a vosotros, sus invitados —dije tratando de explicarme.

—¡Vaya, qué lástima! ¡Solo soy un invitado más! Y yo que creía ser ya uno más de la familia, o al menos, si debía ser invitado de alguien, serlo tuyo —dijo él bromeando también.

—¡Qué tonto! —exclamé —Siempre estás con tus cosas —le respondí mientras entrábamos ya en el salón.

—Buenas noches, Edward —saludó Víctor.

—Hola, Víctor. Siéntate, por favor —le pidió mi padre.

—¡Qué mal acompañado te veo! —prosiguió Víctor sin dejar de bromear.

—Gracias por la parte que me toca —repliqué.

—No, querida, no lo decía por ti, sino porque veía muy solo a tu padre —se explicó él.

—Sí, es cierto, quizá deberías sentarte conmigo y ayudarme a ahuyentar esa soledad —le respondió mi padre.

—Ann, tráele un whisky a Víctor, vamos a tomar algo mientras esperamos a que lleguen los demás —me dijo mi padre.

—Sin hielo, ¿verdad? —le pregunté refiriéndome al whisky.

—Por supuesto —respondió Víctor.

—Buenas noches, caballeros —dijo repentinamente mi abuela mientras entraba en la estancia acompañada de mi tía.

—Buenas noches, señora Benoet —le respondió Víctor levantándose cortésmente de su asiento. —Es un placer volver a verla.

—Lo mismo digo —respondió ella.

—Parece que usted nunca pierde su gentileza y amabilidad, señor Adam —apuntó Sofía haciéndose un hueco en la conversación.

—¿Y acaso habría de hacerlo, señorita Benoet? —le replicó él.

—No seré yo quien le diga lo que debe usted hacer, querido, pero sí le informo de que a veces tanta galantería y corrección pueden resultar algo un tanto... ¿cómo lo diría?, monótono —le comentó mi tía.

—¿Me está llamando aburrido? —preguntó él sarcástico.

—Nada más lejos de mi intención —replicó Sofía —solamente trataba de decir que en la vida también es necesario un poco de naturalidad y permisión, al fin y al cabo, estamos en familia, ¿o no? ¿A ti que te parece, querida? —dijo ella mirándome.

—A mí me parece que Víctor no ofende a nadie con su amabilidad y diplomacia, es más, no sabía que te molestara tanto, tía —respondí ciertamente molesta por su comentario.

—Creo que no me has entendido, Ann; bueno, en realidad, por vuestras caras me parece que ninguno de los presentes ha comprendido mis palabras.

—Déjalo ya, Sofía —le ordenó mi abuela —Tus comentarios están fuera de lugar y son tan inoportunos como siempre.

—¿Perdón? —dijo mi tía con cierta indignación en su voz. —¿Puedes repetirlo, madre?

—Lo que oyes, Sofía —le contestó mi abuela.

—Disculpen —murmuró Lucía interrumpiendo de manera inesperada la discusión —pero el resto de invitados ya han llegado. Los hemos hecho pasar al comedor; Rose dice que la cena está lista para ser servida cuando los señores lo indiquen.

—Muchas gracias Lucía —le respondió mi padre. —Habéis hecho muy bien en llevar a mis invitados al comedor y dile a Rose que puede comenzar a servir la cena en cinco minutos; nosotros ya vamos para allá.

—Está bien, señor, se lo diré ahora mismo —replicó ella.

—Gracias Lucía —volvió a decirle mi padre antes de que saliera de la habitación.

—En fin, señores, creo que no habrá más tiempo para discusiones

estúpidas —se atrevió mi padre a decir —es hora de cenar y pasarlo lo mejor posible. Recordad que estamos en Navidad. He estado esperando esto durante tres años y espero que nadie me estropee la velada... —dijo mirando a mi tía y a mi abuela.

—Perdona, hijo —apuntó mi abuela —tienes toda la razón.

—Tranquila Elizabeth, los de casa ya conocemos las continuas discusiones entre las dos, pero, por favor, esta noche no —les pidió sonriendo.

—Está bien, Edward, pero a pesar de todo creo que todos habéis malinterpretado mis palabras, pues no estaba en mi ánimo descalificar ni avergonzar a nadie. Le pido disculpas, señor Adam, si mis palabras le han molestado —dijo Sofía tratando de excusar su comportamiento.

—Por supuesto, Sofía, todo ha sido un malentendido —le respondió Víctor tratando de dejar atrás lo ocurrido.

—Muy bien, pues ya habéis oído a Lucía. Todos al comedor, es la hora de la cena —indicó mi padre.

Tan sólo faltábamos los Lake cuando llegamos al refectorio. Todos nuestros amigos e invitados estaban ya oportunamente sentados esperando nuestra llegada.

Aquella noche la recuerdo intensamente como uno de los momentos más felices y bonitos de mi vida. Estar allí sentada a la mesa junto a mi padre, mi tía y mi abuela, la única familia verdadera que me quedaba sobre la faz de la Tierra, se me antojaba el mayor y mejor de los regalos posibles. Era imposible que nadie me regalara nada mejor por Navidad.

La cena resultó ser un éxito. Una vez más, Rose había conseguido embelesar los paladares de todos sus comensales. Las alabanzas y felicitaciones no se hicieron esperar.

—Esta Rose tiene unas manos prodigiosas —dijo el señor Cole, médico y amigo de la familia desde hacía ya años. —No había probado unas codornices estofadas como estas en mi vida. Creo que deberías dejar que me la llevara a casa durante una temporada, amigo Edward —comentó despertando la risa en los demás. —Mis felicitaciones —prosiguió.

—No es a mí a quién debes felicitar, sino a Rose —le indicó mi padre.

—Por supuesto que lo haré —replicó él —muchacha —dijo llamando a

Lucía que se encontraba a escasos metros de él —¿serías tan amable de decirle a la cocinera que venga al comedor? —le pidió muy amablemente el señor Cole. Lucía miró a mi padre buscando su autorización a lo cual mi padre accedió con un leve asentamiento de cabeza.

—Sí, señor —respondió la criada de manera inmediata tras ver la aprobación de su patrón. Un instante después Rose hacía su aparición en el comedor.

—¿Me había llamado señor Edward? —dijo ella acercándose a mi padre.

—Yo no, querida —respondió él con el habitual afecto con la que la trataba. —Es Samuel quien requería tu presencia. Creo que tiene algo que decirte —la informó.

Rose, tras las palabras de mi padre, absorta y algo asustada, dirigiéndose hacia el señor le preguntó:

—Disculpe, ¿me llamaba, señor? ¿Estaba todo a su gusto? —quiso saber mi nana.

—Sí, Rose —respondió él con cara afable y bonachona. —Atención, por favor, atención todos —gritó mientras se levantaba y golpeaba su copa con una cucharilla de café —He de decir que esta noche, gracias a Rose, he podido disfrutar de la mejor comida que he probado en mi vida. Mis más sinceras felicitaciones, Rose. Pero por favor, démosle un aplauso. Se lo merece. No todos los días comemos así —aseguró nuestro peculiar invitado.

—¡No, por Dios! —dijo ella sin poder evitar que el aplauso se llevara a cabo. —No era necesario, de verdad... —continuó Rose avergonzada pero ciertamente complacida y visiblemente emocionada por el gesto.

—Yo creo que sí lo era —le dijo mi padre con voz suave y cariñosa.

—¿Puedo volver ya a la cocina? —le preguntó ella impresionada por lo que le acababa de suceder.

—Claro, Rose, como desees —le contestó él.

Y así, acostumbrada a cocinar y servir a los demás sin ningún tipo de reconocimiento ni compensación emocional a cambio, mi nana salió del comedor casi tan discretamente como había entrado en él para volver a su cocina y sus fogones de siempre. Pero esta vez las lágrimas asomaban en sus ojos. Al verla salir así, no pude evitar levantarme de la mesa y seguirla.

—Rose, ¿por qué lloras? —le pregunté abrazándola —¿Acaso no te ha gustado el homenaje que te hemos hecho ahí fuera?

—Claro que sí, no es eso, niña —repuso ella.

—Entonces, dime ¿qué es? —le dije cariñosamente.

—Es que nunca había tenido un reconocimiento así... Los Lake siempre me habéis mostrado vuestro cariño y afecto, y gracias a eso yo me he sentido parte de esta familia —dijo.

—Y me alegro de que lo hagas, Rose, porque así es, tú formas parte de esta familia —afirmé yo interrumpiendo su explicación.

—Gracias, mi niña. Pero esta noche ha sido tan... Seguro que todo ha sido cosa del señor Edward —supuso ella.

—Te aseguro que no, nana. Todos comentaban lo magnífica que estaba tu comida; lo único que ha hecho mi padre ha sido procurar que se elogiara a quien realmente lo merecía, que eras tú.

—Tu padre es siempre tan bueno conmigo...— murmuró ella sin dejar de sollozar.

—Por algo será, Rose, ¿no te parece? —le respondí con dulzura.

—Perdón, señorita Ann —dijo Lucía interrumpiendo la conversación por segunda vez en la noche.

—Dime, Lucía —respondí dándome la vuelta para poder mirarla, pues estaba detrás de mí.

—La requieren en el comedor, señorita —me informó ella.

—¿A mí? ¿estás segura? —pregunté extrañada.

—Sí, señorita, a usted. Su novio, el señor Adam me ha pedido que le diga que la necesita en el comedor lo antes posible —siguió diciéndome.

—Gracias, Lucía, voy enseguida —le dije —Y tú, mi nana querida —dije girándome nuevamente hacia Rose —ya no quiero que llores más ¿me lo prometes? —le pedí.

—Claro que sí —me contestó —pero ahora vete al comedor. No le hagas esperar. Puede que sea algo importante.

—¿Importante, nana?, ¡Qué cosas tienes! Seguro que simplemente se siente un poco desplazado y por eso requiere mi presencia —le comenté sin darle mayor importancia.

—Ve, niña, yo sé lo que me digo —me susurró ella, tras lo cual guiñó su ojo derecho.

Al entrar en el salón, todas las miradas estaban fijas en mí. Parecían estar esperando algún acontecimiento que yo desconocía.

—Ven, querida —me instó Víctor —ponte a mi lado.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? —dije tratando de averiguar algo.

—Esta es una noche muy especial, Ann. Para mí lo es y espero que en breve lo sea también para ti —continuó él.

—Víctor no entiendo, ¿se puede saber qué ocurre?, estás empezando a incomodarme —le advertí.

—¿Te sientes incómoda, querida? —preguntó él

—Y ¿cómo no habría de estar incómoda con todo este número de personas mirándome de modo extraño? ¿Qué es lo que está pasando? —quise saber.

—Ann, es ya considerable el tiempo que llevamos juntos y creo que ha llegado el momento de que esta relación avance y suba al siguiente nivel, de modo que... Ann Lake, ¿Quieres casarte conmigo? —me pidió.

—¿Qué?, ¿casarnos? —dije totalmente descolocada por la inesperada petición —¿Debo contestarte ahora? —le pregunté.

—Sí, en la medida de lo posible —me respondió él algo apesadumbrado —aunque si lo deseas puedes tomarte tu tiempo, no es mi deseo abrumarte. Comprendo que es algo inesperado para ti.

—No, Víctor —dije yo —no tengo que pensarlo. Ya tengo una respuesta...

—¿Y bien? —preguntó él hondamente preocupado y ante todos.

—Sí, Víctor, me casaré contigo —le dije.

—¿De veras, querida? ¡Me haces el hombre más feliz de la tierra! —exclamó abrazándome y besándome después.

—¡Vivan los novios! —escuché mientras Víctor y yo nos fundíamos en un beso.

—¡Enhorabuena, hija!, espero que seas muy feliz junto a Víctor. Sé que es un buen hombre —me dijo abrazándome.

—Gracias, papá —le dije abrazándole yo también a él —Tú lo sabías, ¿verdad? —le pregunté —De eso era de lo que estabais hablando cuando os vi a los dos solos en el salón...

—Sí, Ann, por supuesto que estaba al corriente de lo que Víctor tenía en mente —me respondió mi padre sonriendo.

—De ninguna de las maneras podría haberte pedido en matrimonio de no haber sido porque sabía de antemano que tenía la autorización de tu padre para hacerlo —dijo mi ya prometido con su habitual cortesía.

—Vosotros dos sois un par de tramposos —bromeé —¡Lo teníais todo pensado!

—Espero que hagas muy feliz a mi hija —dijo mi padre refiriéndose a Víctor. Cuídala mucho —le pidió mi padre mientras ambos estrechaban sus manos —Es mi más preciado tesoro —Terminó de decir.

—Puedes estar seguro de que así lo haré, Edward —le contestó mi prometido —pero ahora, si nos disculpas, si nos disculpáis todos —dijo refiriéndose a todos los invitados que estaban allí reunidos observándonos, —desearía hablar a solas con mi futura esposa.

—Claro —respondió mi padre —es toda tuya.

—Creo que el jardín es un buen lugar para hablar, ¿no te parece querida? —me preguntó el que habría de ser mi marido.

—Como desees —me limité a decir.

—¿Estás contenta, querida? —me inquirió Víctor una vez ya en el jardín.

—Claro —le contesté —¡Soy muy feliz, Víctor! —le confirmé.

—Dime una cosa Ann, ¿realmente deseas que nos casemos o tu respuesta ha sido afirmativa solamente porque te veías comprometida ante tanta gente? —quiso él saber.

—No voy a negarte que habría preferido algo más íntimo... —le confesé —Habría deseado que me lo pidieras a solas, como estamos ahora: solo tú yo, en vez de delante de una multitud. Pero si no estuviera convencida del paso que voy a dar, mi respuesta final habría sido “no”, sin importarme quien hubiera estado delante —le dije.

—¿Quieres decir que estás segura de que quieres casarte conmigo? —volvió a repetir —Perdona mi insistencia, Ann, pero quiero estar seguro de que es lo que realmente deseas; yo no quiero que te veas forzada a nada y...

—Sí, Víctor —le dije tapándole la boca con un dedo —estoy segura. Quiero casarme contigo, y, es más, quiero que sea lo antes posible —le

aseguré. Y sin mediar una palabra más cerré los ojos y le besé con toda la pasión que encerraba mi alma.

XV

Tras dos semanas de intenso trabajo por tierras italianas, Marco Alberdi decidió que ya era hora de regresar a Inglaterra.

Mi relación con Víctor parecía afianzarse cada día más. Mis sentimientos de afecto hacia él aumentaban con el paso de los días, lo cual me hacía pensar que, sin ninguna duda, sería capaz de amarle realmente. Mientras, el ambiente en Red Hill era inmejorable. Todo el mundo estaba feliz con la noticia de nuestro futuro enlace y en la casa se había instalado un ambiente de tranquilidad y estabilidad que me eran muy necesarios. Las horas pasaban sin apenas darme cuenta. Ayudaba a Rose a hacer sus galletas. Podaba y arreglaba el jardín. Leía con avidez viejas novelas en francés que mi madre tenía guardadas, la rememoraba tocando su olvidado piano...

Paseaba a diario con Víctor junto al lago. Íbamos a eventos, reuniones y bailes en la ciudad. Mi vida en Inglaterra nunca había sido más apacible y feliz. Víctor parecía el más maravilloso de todos los hombres habidos y por haber. Siempre tan amable y educado; siempre tan pendiente de mí y de todo lo que me rodeaba... Estaba segura de que mi elección había sido la correcta.

Y así, una noche mientras divagaba sola pensando en cómo habría de ser mi futura vida junto a aquel hombre, mi padre apareció de repente y sin previo aviso en la estancia en la que yo me encontraba.

—¿A dónde vas, papá? —Le pregunté dándome cuenta de que él no me había visto.

—¡Ah, hola, hija! —exclamó él sorprendido por mi presencia en la habitación. —¿Qué haces a estas horas y sola en la biblioteca? No te había visto.

—Nada. Solamente estaba leyendo un poco —respondí suavemente —¿Y tú? inquirí.

—Voy a mi despacho. Pero me alegra encontrarte aquí, así ya no tengo que esperar hasta mañana para darte algo que tengo para ti —dijo él.

—¿Para mí? —pregunté con curiosidad —No me habrás comprado otro de

tus regalos, ¿verdad? No era necesario que... —proseguí.

—No, no, no es ningún regalo y tampoco es algo mío —dijo él interrumpiendo mi discurso.

—Toma —me dijo extendiendo su brazo hasta mí y entregándome un sobre.

—Y esto, ¿qué es? —dije sin dejar de preguntar.

—Ábrelo —me ordenó mi padre —es una invitación de Marco Alberdi para que asistas a la reunión que tendrá lugar mañana por la noche en su residencia habitual.

—¿Y por qué motivo me invita a mí? —seguí preguntando con una curiosidad aún mayor ¿Acaso tú no estás invitado? —quise saber.

—No te preocupes, hija. También yo estoy invitado. Incluso parece que soy el homenajeado —dijo sonriendo y realmente complacido por el gesto del señor Alberdi

—¿Perdón? —dije yo sin entender absolutamente nada.

—Marco ha preparado una reunión con amigos comunes para darme las gracias por haberle ayudado en sus inversiones. Parece que, gracias a mi intervención, ha hecho buenos negocios por tierras italianas —me informó mi padre.

—Pues francamente, papá, no creo que yo deba asistir... —repliqué.

—¿Y por qué no? —quiso saber. —Has de ir, Ann —terminó de decir con determinación.

—¿Yo? —volví a preguntar ¿y por qué motivo? Al fin y al cabo, en realidad, no es más que una reunión de negocios; no entiendo por qué habría de asistir a tal evento.

—Ann, sabes que además de cliente, Marco Alberdi es un buen amigo de esta familia. No podemos despreciar su invitación —me advirtió.

—No desprecio nada, papá. Pero ahora soy una mujer comprometida. No puedo asistir a un evento si quien lo organiza no se ha tomado la molestia de invitar también a quien será mi futuro esposo. Además, es ya la segunda vez que lo hace y de ninguna de las maneras me parece adecuado ni correcto —respondí yo.

—¡Tonterías! —exclamó él —Eso no son más que convencionalismos de sociedad. La cena se organiza en mi honor, es lógico que tú, que eres mi hija,

asistas a la misma en calidad de mi acompañante. ¿Cómo no va a estar la hija del homenajeado? Además, estoy seguro de que Marco no tenía noticia de tu compromiso cuando mandó hacer las invitaciones, y tampoco Víctor tiene por qué ofenderse o preocuparse, pues asistirás conmigo. ¿Quién te va a proteger mejor que tu padre? —dijo él sin darme opción a negación alguna.

—Está bien, papá iré por ti —dije resignada —pero si Víctor se molesta, tú serás el único responsable —le advertí.

—Por supuesto, hija. A Víctor, déjame a mí. —contestó mientras me abrazaba.

Mi padre no había salido aún de la habitación cuando yo ya me sentía totalmente arrepentida de haberle asegurado que le acompañaría a aquel dichoso evento de Marco Alberdi. Estaba del todo segura de que Víctor no tomaría nada bien mi asistencia al mismo, y que aquella reunión, que ya se me antojaba incómoda y desagradable, no me traería nada bueno... No sé muy bien cómo ni por qué, pero mi prometido no tardó en saber de mi asistencia a la fiesta del que, él en su interior, ya consideraba su peor enemigo y, tal y como yo me temía, su reacción no se hizo esperar:

—¿Y por qué has de ir sin mí, Ann? —me gritó lleno de ira e indignación.

—Mi padre cree que no ir sería ofender al señor Alberdi —me excusé.

—Y el hecho de que tú vayas sola me ofende a mí, querida —prosiguió él.

—¡Pero no voy a ir sola! —exclamé yo —Mi padre irá conmigo.

—¡Pero yo debería ser tu acompañante! —dijo él más enfadado aún —
¡Yo, Ann!

—Bueno, en realidad mi padre no es mi acompañante, más bien soy yo quien lo acompaña a él —respondí tratando de serenarlo.

—No estoy de acuerdo, Ann —siguió diciendo Víctor —estás pisoteando mi orgullo por contentar a tu padre... y a un extraño —me respondió visiblemente dolido.

—No es un extraño, Víctor y lo sabes —le contesté.

—No, claro, para ti no es ningún extraño, ¿verdad, Ann? Más bien eso es lo que debería ser, pero sé muy bien que no lo es... —Y sin decir nada más, Víctor se dio la media vuelta y se marchó sin que yo fuera capaz de reaccionar en modo alguno. ¿Acaso sabía Víctor algo más de lo que yo creía? ¿Tendría

noticia de aquel beso? Las dudas y los miedos volvieron a mí, una vez más. Y con el miedo, regresaron también las inseguridades. A pesar de todo, yo había decidido asistir a la reunión de Marco, no solo porque mi padre me lo pidiera sino porque algo en mí interior me gritaba que necesitaba ir. Necesitaba verlo, aunque no supiera muy bien el porqué.

Pocas horas después de aquella discusión entre Víctor y yo, me encontraba dialogando apaciblemente con Jimena Alberdi en su jardín. Se trataba, sin duda, de una mujer de extraordinaria belleza y educación. Se notaba que procedía de buena familia, aunque también sus facciones parecían mostrar que la vida no había sido del todo generosa con ella.

—Tengo entendido que pasó tres años en París, ¿no es así? —dijo ella en un momento determinado de nuestra conversación.

—Sí, así es —dije yo respondiendo brevemente a su pregunta.

—Nunca he tenido el placer de viajar hasta allí. He oído que es una ciudad increíble —prosiguió Jimena apurando la copa de vino blanco que llevaba en su mano derecha.

—Sí, es fascinante —repliqué.

—Sí, no en vano, es la ciudad de la luz —continuó ella.

—Eso dicen —respondí yo con una sonrisa en los labios.

—Y ¿No la echas de menos? —preguntó ella —una ciudad así no debe ser fácil de olvidar.

—Sí, a veces —le confirmé —París es muy distinta a todo lo que puedas ver o encontrar aquí, y también sus gentes..., pero aquí está mi verdadera familia. Este es mi hogar. Le pertenezco a este lugar —respondí con cierta añoranza.

—Pero allí tampoco estuviste sola, ¿no es así? —siguió ella preguntando.

—No, vivía con mi abuela y mi tía materna, pero aquí estaba mi padre. Tenía que volver —le dije totalmente convencida de mis palabras.

—Entiendo —musitó ella como pensativa.

—¿Y tú? —pregunté yo —Vosotros no sois ingleses. ¿Cómo es Italia? —dije con curiosidad.

—Es un país... maravilloso —respondió con notable nostalgia. —Yo sí lo extraño mucho.

—¿Y dónde vivíais? —pregunté tratando de averiguar el origen de Marco.

—Mis padres tenían importantes viñedos en el centro del país y gracias a esas tierras crearon sus propias bodegas y amasaron una importante fortuna.

—Por eso Marco regresó a Italia, para comprar más tierras, ¿no es así? —pregunté.

—Sí, él sigue queriendo continuar la tradición familiar, además disfruta mucho con ello. Siempre dice que no tenemos que olvidar nuestras raíces ni lo que somos.

—Estoy completamente de acuerdo con eso... —musité —La viticultura parece algo apasionante —continué.

—De hecho, lo es —replicó Jimena —aunque también es cierto que se trabaja mucho. Hay que ser muy constante para sacar la cosecha adelante...

—¿Y cómo murieron vuestros padres? —pregunté con cierta indiscreción.

—Ése es un tema espinoso —respondió visiblemente afectada por mi pregunta.

—Discúlpeme Jimena —me apresuré a decir —No quería inmiscuirme y aún mucho menos hacer que se sintiera mal...

—No, tranquila —dijo ella con una leve sonrisa en sus labios y poniendo con ternura su mano sobre mi brazo —Me cuesta hablar de ello, pero no me importa que me pregunte. En realidad, me hace bien hablar sobre el tema. Me ayuda a aceptar ciertas cosas... —siguió diciendo. Sin apenas darnos cuenta, en nuestro caminar, habíamos llegado a una pequeña zona muy bien acomodada y vestida con muebles de jardín de un gusto exquisito. Jimena dejó la copa, que aún sostenía en su mano, sobre una pequeña mesita, y se sentó en una de aquellos bonitos sofás de exterior.

—Mis padres murieron en un incendio —comenzó a decir mientras yo me sentaba a su lado —La Casa Grande de nuestra hacienda se incendió con mis padres dentro y... no pudimos hacer nada para ayudarles. Fue algo traumático tanto para Marco como para mí...

—Lo lamento mucho —respondí —y discúlpeme, por favor, por mi intromisión. No debí preguntarle —dije con pesar.

—No se preocupe, Ann. No es culpa suya. Tampoco usted sabía nada... Tengo entendido que también usted sabe lo que es perder a uno de sus padres,

¿no es así, querida? —preguntó.

—Sí. —afirmé yo —Perdí a mi madre en plena adolescencia. También para mí ha sido algo muy difícil de superar. En realidad, esa fue la verdadera razón por la que me marché a París. Necesitaba cambiar de aires. Aquí ya me asfixiaba.

—Comprendo —dijo ella— ¿Y por qué ha decidido regresar tras tanto tiempo? —preguntó insistente.

—Como ya le dije anteriormente, comprendí que yo le pertenezco a estas tierras. Además, echaba mucho de menos a mi padre. Simplemente, era hora de volver.

—También nosotras deberíamos volver a la casa, comienza a hacer frío, ¿no le parece? —dijo Jimena sonriendo —sin darnos cuenta, creo que nos hemos ausentado demasiado tiempo del resto... Probablemente, ya estén echándonos de menos, al menos a usted, querida Ann.

—Sí, tiene razón —respondí —deberíamos volver a entrar en la casa. Mi padre estará preguntándose dónde ando metida.

De vuelta a la mansión de Marco y justamente antes de entrar en la casa, se encontraba una enorme terraza donde estaba el mismísimo Sr. Alberdi. Parecía preocupado oteando el horizonte y buscando algo o a alguien con su mirada. Al subir la pequeña escalinata que daba acceso al mirador, él preguntó:

—¿Se puede saber dónde os habíais metido, Jimena?

—Solamente hemos ido a dar un paseo. Estábamos cansadas de escucharos hablar de negocios y de dinero todo el tiempo, ¿verdad, Ann? —afirmó dirigiéndose indiscutiblemente a mí.

—Así es, querida —repliqué.

—Está bien, hermana, no pasa nada. Es sólo que ya estaba empezando a impacientarme. Habéis tardado mucho en volver y el ambiente no está para que estéis en la calle conversando. Además, ya ha oscurecido mucho... —dijo él visiblemente preocupado.

—Pero Marco, ¿Qué podría habernos pasado? Estábamos en nuestras tierras y, además, apenas nos hemos alejado de los jardines. Creo que estás exagerando, querido hermanito...

—Está bien, Jimena, no vamos a discutir... Me gustaría hablar un momento

con la señorita Lake —dijo él cambiando el tono de su voz.

—¿Conmigo? —pregunté extrañada.

—Sí, contigo Ann. Así que, si nos permites, querida hermana —le pidió —te agradecería mucho que nos dejaras un momento a solas, si no es molestia para la señorita Ann —se explicó mirándome.

—Bueno, yo no sé, en realidad... —balbuceé sorprendida.

—Solo será un momento —insistió él —y tu padre ya está al tanto de que estarás conmigo.

—En ese caso, supongo que no puedo negarme —respondí.

—No, no puedes negarte, querida —terminó de decirme.

—¿Y bien? Usted dirá de qué quería hablarme —dije una vez Jimena nos había dejado completamente a solas.

—Ese usted no me gusta nada, Ann —dijo él sin dejar de mirarme a los ojos.

—Está bien. Te tutearé si eso te hace sentir más cómodo —le dije

—Sí, eso está mejor, querida —replicó.

—¿Vas a dejarte de rodeos y a decirme de una vez a qué se debe esta conversación? —insistí con cierta preocupación y mayor extrañeza.

—Vas a tener que disculparme, Ann. Pero se trata de un motivo puramente personal. Me han llegado noticias de que próximamente vas a casarte, ¿es eso cierto? —preguntó.

—¿No me dirás que el motivo de esta conversación es saber si estoy prometida o no, verdad? —le dije aún más asombrada.

—Sí, así es —afirmó él.

—No puede ser —dije incrédula —¿Y por qué tengo que darte explicación alguna? Esta conversación es del todo inadecuada —le dije.

—¿Es cierto, Ann? ¿Vas a casarte con Víctor Adams? —siguió preguntando como si no hubiera escuchado nada de lo que yo le acababa de decir.

—¿Por qué quieres saberlo? —le pregunté seria y resuelta —Ahora no vas a decirme que es por pura curiosidad, ¿o sí?

—No, Ann. No estoy acostumbrado a mentir, y aún mucho menos a una dama como tú —respondió él.

—Entonces, ¿Cuál es el motivo? Porque evidentemente, ha de existir una razón para que me hagas semejante pregunta y, dado que tú has iniciado esta conversación, yo quiero saber cuál es esa dichosa razón.

—¿Y de verdad no lo sabes, Ann? —dijo él con cierta ternura.

—No, lo cierto es que no lo sé, Marco... —repliqué casi en un susurro — Además no sé por qué debería importarte a ti si me voy a casar o no y con quién. Y el hecho de que me lo preguntes así me parece de una total indiscreción...

—¿Pero es que acaso aún no te has dado cuenta de lo mucho que te quiero? —me interrumpió él repentinamente estrechando mis manos —Que muero de celos pensando en que estás con cualquier otra persona que no sea yo mismo —continuó diciéndome.

—¡Qué estás diciendo! —exclamé realmente absorta e incrédula —No, no puedo seguir escuchándote —dije con ánimos de escapar de allí.

—No, Ann, por favor, espera —me pidió agarrándome de un brazo y sin dejarme ir —No te vayas. Quédate conmigo... —Me pidió estrechándome entre sus brazos. Mi corazón palpitaba con fuerza haciendo que la sangre fluyera rápida y estrepitosamente por todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo. Podía sentir también como la respiración de Marco se tornaba más y más calmada mientras seguía abrazado a mí. Algo extraño se apoderó de mí en ese momento. Cerré los ojos y sentí la paz que desde años había ansiado y que hasta ese instante no había encontrado del todo en nada ni en nadie. Fue entonces cuando me dejé llevar por un cálido y extraño sentimiento que había embargado cada centímetro de mi piel... Algo que me había calado hasta los huesos y de lo que me negaba a prescindir. Y así, sin pensar en Víctor, sin pensar en nada ni nadie, y sin apenas darme cuenta, sonó un beso. Un beso mucho más profundo y templado que aquel otro que había tenido lugar entre ambos hacía ya tiempo. Y tras éste, otros nuevos llegaron de pronto y sin previo aviso... La calidez del momento se incrementaba y yo no era capaz de desprenderme de sus labios, de su abrazo, de su calor... Sin embargo, repentinamente, algo en mí surgió como un relámpago y, sin que ninguno de los dos lo esperáramos, le aparté de mí con brusquedad; le miré por un instante y comencé a correr en dirección contraria a través del jardín. Inmediatamente,

Marco inició su persecución tras de mí. En esta ocasión, y sin caballos de por medio, me alcanzó con mucha mayor rapidez y menos violencia, y una vez ya atrapada de nuevo entre sus brazos, me pidió:

—No me dejes, Ann, por favor, no.

—No puedo, Marco, no puedo, perdóname... —le respondí con lágrimas en mis ojos— Esto no está bien. Estoy prometida. Voy a casarme, ¿lo entiendes? ¡Voy a casarme! —le grité.

—¡Pero tú no le quieres! —exclamó. Todo tu cuerpo me lo dijo hace un momento.

—¡Tengo que hacerlo! ¡Tengo que casarme con él! —seguí gritándole totalmente fuera de mí.

—¡No, no lo entiendo! —gritó también él— Y me niego a ayudarte en esa farsa. Tú me necesitas tanto como yo a ti y es absurdo negar eso. ¿Por qué habrías de casarte con él sin amarlo? ¿eh?, ¡Contéstame! —me ordenó.

—Porque he dado mi palabra, Marco y no puedo hacerle esto a Víctor, que siempre se ha portado tan bien conmigo. Se lo debo...

—¡No le debes nada! —insistió —Y a mí... ¿A mí no te importa hacerme daño? —me rogó.

—Basta, por favor. No me hagas esto... quiero irme a casa, Marco, por favor —le pedí.

—Está bien, Ann. Pero te advierto de que no voy a permitir que cometas una locura. —Y sin decir una sola palabra más, me llevó hasta su mansión, donde mi padre me esperaba para regresar a Red Hill.

XVI

Apenas pude dormir aquella noche pensando en lo que había ocurrido unas pocas horas antes. Cientos de preguntas e interrogantes se agolpaban en mi cabeza. Me preguntaba si algún día sería capaz de sentir por Víctor algo remotamente similar a lo que había sentido hacia Marco esa noche y pensaba si, en el hipotético caso de que no lo hiciera, podría ser feliz con él.

Recordaba a Marco, su abrazo, sus besos, su olor... y, sin apenas darme cuenta, todo mi ser se estremecía. ¿Cómo habría de poder mirar al día siguiente a Víctor? ¿Y qué iba a pasar ahora? ¿Eran ciertas y sinceras las palabras e intenciones de Marco? ¿Acaso importaba que así fuera? ¿Debía casarme? Interrogantes que no cesaban de bullir en mi mente y que me hacían sentir desesperadamente culpable...

Nada más despuntar el día, me levanté. Era absurdo continuar en el interior de mi cama sin poder dormir ni descansar. Lo único que conseguía tumbada allí era acrecentar mi angustia y ansiedad. Por otra parte, tampoco estaba muy segura de cuál sería mi reacción al ver a mi prometido de nuevo. Me aterraba pensar que se daría cuenta de que algo había ocurrido tal y como un tiempo después supe que él temía... Sin embargo, y a pesar de que solía hacerlo a diario, aquella mañana no fue a visitarme, y mis dudas y temores se acrecentaron aún más ante su ausencia en Red Hill.

Mientras leía o, más bien, mientras intentaba concentrarme para leer en la biblioteca, Rose entró en la habitación.

—Niña, ha llegado esto para ti —dijo acercándose a donde yo estaba.

—¿Qué es? —le dije sin alzar la vista de mi libro.

—Pues no lo sé a ciencia cierta, querida. Es un sobre y parece una carta —respondió con su habitual serenidad.

—¿Una carta? —seguí preguntando ahora sí con la vista puesta en Rose.

—Sí, niña, una carta —me replicó.

—¿Pone quien la envía? —volví a inquirir.

—Pues no. La trajo un chiquillo hace un momento y dejó dicho que te

debía ser entregada a ti —dijo ella alargando el brazo para dármela.

—Está bien, Rose. Gracias, puedes irte. Imagino que será de Víctor explicándome por qué no ha venido esta mañana a visitarme.

—Muy bien, niña. Si me necesitas para algo, estaré en el jardín de la parte de atrás —me informó ella.

—De acuerdo, gracias, nana. —terminé de decirle.

Completamente convencida de que se trataba de una carta de Víctor, me dispuse a abrirla mientras Rose salía con dirección al jardín. Una vez abierta pude leer:

Querida Ann:

No he podido dormir pensando en lo acontecido anoche... De ninguna de las maneras deseo que te sientas preocupada o angustiada, pues me reafirmo en cada una de las palabras que te dije.

Mis intenciones son absolutamente sinceras y tengo un irrefrenable deseo de que el mundo entero sepa qué alberga mi corazón.

Llevo guardado este sentimiento hacia ti durante demasiado tiempo para comportarme como si no pasara nada... es algo que me niego a contener por más tiempo. Y aunque respeto tu decisión, sabes que no la comparto y me niego a perderte sin luchar. Por eso te pido que te reúnas conmigo esta tarde; solo una vez más...

Te esperaré al atardecer en el lago, si no acudes a nuestra cita daré por hecho que lo que ocurrió anoche tan solo fue un sueño y no te molestaré nunca más.

Tuyo siempre...

Marco

Doblé la carta y me quedé pensativa. Marco había sido capaz de escribirme la carta más hermosa que jamás había recibido. Pero, ¿debía ir a nuestra cita, o por el contrario debía ignorarlo y mantenerme quieta en casa? Algo en mi interior me pedía asistir. Ardí en deseos de verle... pero y si Víctor iba a verme y no me encontraba en la casa, ¿qué diría? Me pediría explicaciones después y en tal caso, ¿sería capaz de mentirle de nuevo? ¿Y cómo podía ser capaz de estar pensando en ir a aquella cita? Eso era engañar premeditadamente al pobre de Víctor. La culpabilidad volvía a invadirme... no

me dejaba pensar con claridad. Decidí sin más, hablar con Sofía y contarle la verdad. Necesitaba decírselo a alguien. Tener un confidente que me ayudara a soportar la carga, a pesar de lo que pudiera pensar de mí. No podía más con tanta incertidumbre y tantas preguntas resonando en mi cabeza. Y estaba segura de que, si había alguien en Red Hill en quien yo podía confiar sin reservas, esa, sin duda, era Sofía.

Cuando fui a buscarla, la encontré cortando rosas en el jardín. Con solo mirarme, Sofía supo que algo me ocurría. Sin duda alguna, era hermana de mi madre... tenían tantas cosas en común. Y el saber cuándo me pasaba algo, era una de ellas.

—¿Qué ocurre, muñeca? —me preguntó con su habitual dulzura.

—Tía, tenemos que hablar. Es algo muy serio que me está volviendo loca...

—Me estás asustando, Ann. ¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a tu padre? —dijo preocupada.

—No, no, tía, tranquila. Papá está bien —repliqué —Está en la banca trabajando como siempre.

—Entonces, ¿qué es lo que ocurre, querida? —volvió a preguntar ciertamente extrañada.

—Aquí no, por favor, que alguien puede oírnos. Vamos a mi cuarto —le pedí entre susurros.

—Está bien —dijo ella —Tienes una actitud muy rara, Ann... me estás empezando a preocupar.

—¡Venga, vamos! —insistí con prisa.

Una vez en mi habitación y sentadas sobre mi cama me dispuse a contarle lo que había ocurrido. Le expliqué cada detalle sobre la conversación entre Marco y yo. Nuestros besos, y la posterior persecución y discusión... incluso le enseñé la carta que acababa de recibir, y mi tía, lejos de sentirse escandalizada, me miró y dijo:

—No sé por qué no me extraña nada de lo que me cuentas, Ann. Es algo que se veía venir.

—¿Qué se veía venir? —le pregunté absolutamente absorta. —¿Quién lo veía venir, tía? Porque yo desde luego no. No puedo estar ya más sorprendida

y pasmada con lo que ha ocurrido.

—Ann, no te engañes. ¿Por qué sigues empeñada en negar la evidencia?

—¿Qué evidencia, tía? —le pregunté.

—Pues la evidencia de que no quieres a Víctor. Tú no estás enamorada de él. Si lo estuvieras no habría ocurrido nada de lo que me estás contando —me confirmó ella.

—Es cierto que no amo a Víctor, Sofía, pero sé que puedo hacerlo en el futuro —afirmé con rotundidad.

—¡Pero por el amor de Dios!, ¡Qué tonterías estás diciendo! —exclamó ella. —¿Cómo podrías enamorarte de Víctor estando ya enamorada de otro hombre?

—¿Y quién ha dicho que yo esté enamorada de nadie? —le dije

—Muñeca, no hace falta que lo digas, ¿es que no lo ves? Estás deseando estar con Marco, le necesitas... Todo eso que dices haber sentido revela que estás enamorada de él. Solo por eso no fuiste capaz de apartarlo de ti mientras te besaba... Eres una mujer, Ann, y el hecho de serlo no significa que debas reprimir lo que sientes, querida. ¿Qué sientes? Dímelo sin miedo —me ordenó.

—No lo sé, tía —le dije con voz decaída.

—Sí, Ann, sí lo sabes. Vamos, dilo. Sincérate contigo misma. ¿Quieres ir al lago y ver a Marco Alberdi? Responde sin miedo —me ordenó ella con firmeza.

—Sí, tía —respondí con la misma firmeza con la que ella me había preguntado —Quiero ir y verlo. Y quiero abrazarlo fuerte contra mi pecho. Y quiero mirarle a los ojos y pedirle que no me abandone nunca...

—Pues si eso es lo que deseas, querida, hazlo —me ordenó —hazlo y no pienses en nada ni en nadie más. Víctor tendrá que entenderlo y si es un verdadero caballero, que lo es, lo aceptará.

—Pero y si Víctor llega a la casa y ve que no estoy o sospecha algo... —seguí diciéndole a mi tía.

—Ve tranquila, querida. Cuando Víctor llegue a la casa, le diré que has salido a dar un paseo con Jimena Alberdi y otras muchachas. No cuestionaré mi palabra.

—¿Y mi padre? ¿También a él le dirás lo mismo? No sé si te va a creer...
—Le dije sin estar del todo convencida de hacer lo que ella me estaba aconsejando.

—Tu padre no llegará hasta la noche. No tienes por qué preocuparte por él. Ve al lago y ten esa conversación con Marco que ambos tanto necesitáis. Pero no tardes en volver, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, tía. Sabía que podía confiar en ti —le dije totalmente convencida de mis palabras.

—Sabes que eso siempre —respondió con una suave caricia en mi cara.

Salí de la habitación en dirección a las caballerizas. Los nervios se habían adueñado de todo mi ser. Mis piernas temblaban sin poder remediarlo y un extraño e infinito sentimiento daba vueltas interminables dentro de mi estómago.

—Hola preciosa —le dije a Dominó acariciándola en la frente. Me monté sobre su lomo, cerré los ojos durante un instante. No sé muy bien si lo todo lo que veía en la oscuridad de mis ojos cerrados era producto de mi nerviosismo o de mi deseo, pero la única imagen que podía alcanzar a ver era la mirada de Marco. Abrí los ojos nuevamente, respiré profundo en un intento por serenarme a mí misma y salí hacia el lago, donde me esperaba el amor de mi vida...

XVII

Cuando llegué al lago, Marco estaba esperándome impaciente... Los nervios seguían controlando mi cuerpo, especialmente mis piernas cuyo estremecimiento sentía incesantemente.

Miré al frente y allí estaba él, erguido, de espalda a mí y esperando mi llegada. Me acerqué lentamente hacia él. Respiré hondo y sin apenas darme cuenta, se giró justo frente a mí. Su mirada ciertamente melancólica me poseyó:

—¿Has venido! —exclamó— Sabía que vendrías...

—He estado a punto de no hacerlo —respondí mirándole a los ojos y con absoluta sinceridad.

—¿Por qué, querida? —preguntó él alarmado mientras hacia un ademán para acariciar mis mejillas.

—Porque esto no está bien, Marco. Y yo me siento culpable... —le confesé.

—¿Culpable de qué? —insistió él.

—Culpable de estar aquí contigo mientras sigo prometida a otro hombre. ¿Acaso te parece que no habría de estarlo? —le pregunté molesta.

—Y si es así, Ann, ¿por qué has venido entonces? —siguió él preguntando —Si crees que esto va a provocarte problemas, quizás no deberías estar aquí. Ya te dije en mi carta que, si no venías hoy, daría por hecho que no querías saber de mí y no volvería a molestarte nunca más. Era muy sencillo... De hecho, puedes marcharte ahora mismo si así lo deseas...

—No, Marco. Sabes que no voy a marcharme ahora —repliqué con rotundidad —Me ha costado mucho decidir venir y entender qué era lo que me estaba pasando y ahora que, por fin, lo sé no voy a echarme atrás. Voy a acatar mi decisión hasta el final y pase lo que pase. Yo lo único que quiero es estar contigo —le advertí mirándole a los ojos.

—¿Estás segura, Ann? —dijo él.

—Nunca he estado tan segura de nada en vida como lo estoy de esto... —le

respondí. En ese momento Marco me abrazó con fuerza y una apasionada lluvia de besos comenzó a caer sobre los dos.

—No puedo quedarme mucho más, Marco —le dije poco tiempo después —Solamente he venido para aclarar las cosas entre los dos, pero tengo que volver... Pueden darse cuenta de que no estoy en la casa y sería complicado explicar de dónde vengo...

—Está bien —me replicó él mientras aún estaba entre sus brazos —pero prométeme que nos veremos pronto si no, no dejaré que te vayas...

—Te lo prometo —le dije soltándome de entre sus brazos y yendo hacia mi yegua —¡Mañana! —le grité subiéndome a la grupa de Dominó.

—¡Recuerda que eres una mujer de palabra! —me respondió él mientras me veía partir ya a lomos de Dominó, a lo cual le hice un ademán de complicidad con la mano.

De regreso a casa, las imágenes y emociones sobre lo que acaba de pasar entre Marco y yo se agolpaban en mi interior. Dentro de mi cabeza se repetían una y otra vez cada una de nuestras miradas, nuestros besos, nuestras caricias... Nunca me había sentido tan segura de qué era lo que debía hacer como en aquel instante. Sin lugar a dudas, debía ser sincera y contarle a mi prometido la verdad. No era justo ni leal mentirle como lo estaba haciendo, y menos aún después de las mil atenciones que él me había proferido. Estaba claro qué era lo que debía hacer: Acabar mi relación con él, por mucho que le doliera. No podía continuar engañándolo por más tiempo...

Al llegar a casa, encontré a Víctor en el salón visiblemente nervioso y alterado. Sudaba y caminaba de un lado a otro de la estancia sin control, de modo que pensé que algo grave había ocurrido. ¿Sabrá ya la verdad?, me pregunté en ese instante...

—¿Qué te ocurre, Víctor? —pregunté nerviosa y con terror a su respuesta.

—¡Al fin llegas! —exclamó él —Es importante que hablemos, querida. Algo ha sucedido...

—¿Qué ha pasado? ¿Es mi padre? ¿Está bien? —pregunté asustada.

—No, no, tranquila —Se apresuró él a decir cogiéndome de las manos para tranquilizarme...—Tú padre se encuentra perfectamente. No es eso, Ann.

—¿Entonces? —Seguí preguntando —¿A qué se debe tanto misterio?

—Te lo diré enseguida, querida, pero debes sentarte primero, por favor...
—me pidió. Su voz se entrecortaba a causa de su preocupación.

—Está bien, me sentaré —me limité a decir.

—Querida, quiero que hablemos de algo que... Es sobre Marco Alberdi.
—Lo sabe, —pensé en ese momento —Sabe toda la verdad...

—No sé muy bien cómo abordar este tema... —prosiguió Víctor mientras se sentaba a mi lado. Mi mente se encontraba ya completamente convencida de que sabía la verdad de mi relación con el señor Alberdi.

—¡Víctor, dime lo que sea! —exclamé de manera repentina y alterada—
Me estás poniendo muy nerviosa con tanto rodeo.

—Bien, querida —respondió él ya con cierta calma —Lo diré sin más...
Marco Alberdi no es quien dice ser.

—¿De qué estás hablando? —dije extrañada.

—El señor Alberdi en realidad se llama Miguel Albéniz. Es mi hermano pequeño, Ann, al igual que Jimena, ambos lo son —terminó de decir.

—Pero, ¡Qué estás diciendo! — exclamé incrédula —No puedo creerlo...

—Es así, Ann —me confirmó él.

—¿Y por qué lo has callado hasta ahora? —le reproché.

—¡Porque no lo sabía! —exclamó Víctor —Es decir, yo nunca había visto a ese tal señor... Alberdi o como sea que se hace llamar mi hermano... Os había oído hablar de él constantemente, sí, pero no le vi jamás. Ni una sola vez hasta hoy...

—¡No puedo creerlo! —continué exclamando totalmente noqueada y absorta —¿Y por qué lo has visto justamente hoy? —Pregunté elevando la voz.

—¡Porque he ido hasta su casa para pedirle que te dejara tranquila! —me gritó ya fuera de sí.

—¿Qué? ¿Qué has ido a su casa? —Seguí gritándole presa de mis nervios.

—Sí —respondió categóricamente —He ido a su casa a buscarlo y ajustarle las cuentas —dijo sin dejar de gritar y visiblemente airado.

—¡No es posible! —dije levantándome y dándole la espalda, mientras me echaba las manos a la cabeza.

—Sí, estaba celoso —continuó mientras me agarraba de un brazo y me ponía frente a él —Estaba tremendamente celoso, Ann —siguió diciendo —Y

si lo estaba es porque tú me has dado motivos suficientes y no lo niegues —me advirtió —Fui a ver a Marco para instarle a que dejara de frecuentarte, y cuando entré en la casa del famoso señor Alberdi, para mi sorpresa, me encontré con que la señora de la casa, la famosa señorita Jimena Alberdi, no era otra que mi hermana pequeña.

—¡Qué vergüenza! —exclamé —Estaba convencida de que no eras de ese tipo de hombres...

—¿De ese tipo de hombres? —repitió él enfadado —Creo que como tu prometido que soy, tengo derecho a defender lo que es mío o ¿acaso no es así, Ann? ¡Respóndeme! —me exigió zarandeándome.

—Yo, yo... Yo no sé qué decirte, Víctor. Todo esto es demasiado para mí... —susurré tapando mi cara con ambas manos. —Lo siento, pero no puedo creerte... —le dije.

—Y si te enseño esto, ¿me creerás? —me preguntó mientras extendía su mano con unas fotos de ellos...

—¿Qué es esto? —pregunté extrañada cogiéndolas.

—Míralas —respondió él —Son fotos mías y de mis hermanos. Ahí somos mucho más jóvenes, pero si te fijas bien, se ve perfectamente que somos nosotros. Y mira por detrás —continuó diciendo mientras extendía su mano nuevamente —¿Ves? Pone: “Alfredo y Miguel, abril de 1884 —siguió diciéndome.

—¡Es cierto! —exclamé —No cabe duda... Pero, entonces tampoco tú dices quien dices ser. Tú verdadero nombre es Alfredo Albéniz —le dije.

—No, Ann, en realidad ese es mi nombre antiguo. Mi nombre ahora es Víctor Adams. Lo cambié ya hace tiempo y lo hice legalmente —replicó él.

—¿Y puedo saber por qué razón hiciste algo así? —le pregunté atónita ante tanta nueva información.

—Es muy sencillo, querida —me dijo él —Cuando mis padres murieron y mis hermanos me abandonaron, decidí empezar de nuevo, pero sentía que en España no iba a ser capaz de hacerlo. Inglaterra era un país que siempre me había maravillado, así que decidí instalarme aquí y cambiar mi apellido por otro de origen inglés para pasar más desapercibido y que, así, el inicio de mi vida en un nuevo país me resultara más fácil. Eso es todo, querida. Lo que

realmente me preocupa ahora es el miedo que tengo por ti —prosiguió.

—¿Por mí? ¿Y por qué habrías de hacerlo? —seguí preguntando.

—Tú no conoces a mi hermano. Si ha venido aquí es solamente para vengarse de mí.

—¿De qué me estás hablando, Víctor? —quise saber.

—Es una larga historia, querida —dijo él acercándose a la ventana y mirando a través de ella. Su mirada quedó perdida por un breve espacio de tiempo.

—Cuéntamela —le pedí— Necesito saber qué es lo que está pasando.

—Está bien, Ann. Te contaré todo, pero debes tranquilizarte —me pidió mientras se acercaba a mí— Miguel quedó prácticamente desheredado por mi padre y yo fui el mayor heredero de sus bienes... Él piensa que yo fui el responsable de que eso ocurriera así... —empezó a explicarme.

—¿Y eso es cierto? ¿Tiene razón? —le pregunté con rotundidad.

—¡No! —exclamó él bruscamente —Te lo juro —me respondió mirándome a los ojos —Si existe algún culpable en todo este embrollo, ese es él mismo. Siempre fue un perdido, un mujeriego y un jugador. Despilfarraba sin escrúpulos todo el dinero que mi padre y yo ganábamos con nuestro sudor en los viñedos y en las tierras de la familia... Él nunca supo qué es el trabajo ni el esfuerzo; vivía muy cómodamente a expensas de todo lo que los demás trabajábamos para él, mientras él, siempre rodeado de mujeres a las que no dejaba de agasajar con caros regalos y caprichos para obtener su particular beneficio, gastaba a manos llenas el dinero de la familia.

—¡No puede ser! —exclamé totalmente desencajada y herida.

—Y a pesar de todo, yo no podía dejar que quedara desamparado, Ann —continuó él ya casi mecánicamente —Así que me las apañé para que nuestro padre cambiara el testamento y le dejara una sexta parte de todas nuestras posesiones.

—¿Solamente eso le dejó? —pregunté extrañada.

—No pude conseguir más para él; mi padre se negó en rotundo. Pero te aseguro que era dinero más que suficiente para que pudiera vivir muy cómodamente el resto de su vida. Y así me lo paga...

—¿Y Jimena? ¿Acaso ella no tenía derecho a nada? —seguí inquiriendo.

—Jimena quedaría bajo mi tutela y protección, de modo que nunca le iba a faltar de nada.

—Sí, pero ella no está a tu lado... Se marchó con él y no puedo entender cuáles han podido ser sus motivos para tomar tal decisión si Marco es tan mal hombre como dices que es...

—Mi hermanita siempre ha sido una niña caprichosa y consentida, acostumbrada a tener todo lo que ha querido. Miguel y ella siempre estuvieron muy unidos desde pequeños, mientras que yo era el hermano mayor y mis responsabilidades eran bien distintas a las suyas. Cuando nuestros padres murieron, yo tuve que hacer de padre y madre... y fui demasiado estricto según ellos, aunque yo solamente deseaba su bienestar y protección. Jamás me entendieron, ni tuvieron en cuenta todos los sacrificios que tuve que hacer por los dos...

Una noche discutimos, y Miguel decidió marcharse de la casa, prometiéndome que algún día volvería para quedarse con todo lo que legalmente me pertenecía... Pero lo que realmente me dolió es que, a pesar de todo, Jimena decidiera marcharse con él y abandonarme también...

—¿Y por qué no la retuviste? —le pregunté.

—Porque no habría servido de nada, Ann —me replicó él —Mi hermana iba a cumplir su mayoría de edad en apenas unos meses y yo estaba seguro de que se habría marchado igualmente... No quise obligarla a hacer algo que no deseaba, por eso la dejé marchar.

—Víctor, no sé qué decirte, la verdad... Todo esto ha debido de ser tan duro para ti... —respondí abrazándole.

—Sí, lo ha sido, querida. Y hoy, cuando tenía a Jimena frente a mí, y después de tantos años, y a pesar de todo... He sentido que siguen siendo mis hermanos, que siempre lo serán y que debo protegerlos, Ann, especialmente a Miguel, porque él no está bien... —afirmó él aparentemente apesadumbrado.

—¿Cómo que no está bien? ¿A qué te refieres? —insistí —No entiendo...

—Sé que quizá no debería decírtelo porque no quiero asustarte, Ann, pero al fin y al cabo eres mi prometida y pronto serás mi esposa, lo cual me hace sentir que no debo ocultarte nada...

—Y yo te lo agradeceré —le dije complacida.

—Mi hermano me ha amenazado de muerte en varias ocasiones —dijo él sin reservas.

—¿Cómo es posible? ¡Oh, Dios mío! —exclamé.

—Así es Ann, si yo muero él podrá reclamar toda la herencia de los Albéniz y continuar esa vida de perdición a la que tan acostumbrado siempre ha estado... Pero no quiero que te preocupes ni que temas nada por mí. Yo estaré bien. En realidad, es él quien necesita ayuda...

—¿Y qué piensas hacer? —musité sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Voy a marcharme —me dijo— debes disculparme, amor, pero he de marcharme. Se me ha hecho ya muy tarde y tengo mil cosas por hacer.

—Pero... Víctor, no puedes dejarme así. ¿Y si te ocurre algo? —dije con verdadera preocupación y algo aturdida por la gran cantidad de información recibida en tan breve espacio de tiempo.

—¿Y qué podría ocurrirme? No tienes por qué preocuparte, querida —respondió él dulcemente y cogiendo mis manos —Estaré bien, te lo prometo. Tú cuídate y mañana sin falta nos vemos. —Y dándome un suave y tierno beso en la boca salió apresuradamente de la habitación.

Allí quedé yo mientras, inmóvil y sola en medio del salón. No podía creer lo que mis oídos acababan de oír. Víctor y Marco, quien en realidad se llamaba Miguel Albéniz, eran hermanos. Y no solamente eso, sino que, al parecer, Marco era un jugador compulsivo, un hombre de laxa moral, además de un mujeriego empedernido y un sinvergüenza que nos había engañado a todos sin ningún tipo de escrúpulo... No podía creerlo. No era posible que aquello fuera cierto; pero de no ser así, ¿por qué Víctor habría de mentirme tan vilmente? ¿Cuál podría ser su propósito para hacer tal cosa?; Si ni tan siquiera había un atisbo de sospecha sobre mí por su parte...

Cuando conseguí sobreponerme, me dirigí a las caballerizas y le pedí al mozo de cuadras que ensillara y preparara mi caballo nuevamente. Tenía que hablar con Marco, Miguel o como Dios quisiera que se llamara aquel hombre, que en realidad era un desconocido para mí, y aclarar todo aquello cuanto antes. Al fin y al cabo, nos había mentido a todos. Se había burlado de nuestra confianza y de la alta estima en que todos lo teníamos. Y si nada de lo que había dicho y hecho hasta entonces era cierto, ¿por qué había de ser verdadero

el amor que decía sentir por mí?

Monté a lomos de Dominó y me dirigí sin más dilación hacia su casa. De camino en mitad del llano y, con el viento soplando y acariciando mi rostro, entendí que era inútil ir hasta allí. Después de todo, ¿Qué iba a decirme? ¿Qué me iba a responder? ¿Acaso iba a decirme que todo era una falsedad por parte de Víctor? En tal caso, yo sabría que me estaba mintiendo y solo empeoraría la situación... o ¿es que iba a admitir que todo era cierto?; lo cual yo ya sabía de sobra... Ese hombre no valía nada... Ni tan siquiera merecía mis reproches... Solamente merecía el más oscuro y absoluto de los desprecios por mi parte. Me sentí tan hundida y sola como un náufrago en medio del más embravecido de los océanos. Engañada. Abatida. Tiré de las riendas de mi yegua para frenarla, a lo cual ella obedeció al instante. Pronto comenzaron a manar las primeras lágrimas. No podía ser cierto. Apenas habían pasado unas horas desde su último abrazo... Tan confortable, tan cálido... Aún podía sentir sus manos en mi cintura. Sus rizos en mis mejillas; sus ojos color miel mirando fijamente a los míos...

—¡No! —grité sacudiendo violentamente la cabeza. —¡No! —volví a decir esta vez en voz baja y con la carita empapada —¡Ni una más, ni una...! —dije al tiempo que me sentía la mujer más ridícula y estúpida del mundo por haber creído una sola de las palabras de ese desconocido que, en realidad, era Miguel Albéniz.

—Nunca más... —volví a repetir limpiando con rabia las lágrimas que empapaban mis mejillas. —Y sin más, me di la vuelta y cabalgué a toda velocidad en pos de Red Hill...

XVIII

Cuando llegué a casa, mi padre y Sofía ya conocían la increíble noticia y estaban hablando sobre ello en el salón.

—¿De dónde vienes, hija? —quiso saber mi padre nada más verme aparecer en la habitación —Mírate, ¡Estás empapada!

—Solo fui a dar un paseo, papá y me sorprendió la lluvia —me limité a decir ciertamente malhumorada y triste.

—Iré a por una toalla —dijo Rose tan atenta como siempre al verme en semejante estado.

—Víctor ya me ha contado lo referente al señor Alberdi, o quizá debería decir, el pequeño de los Albéniz. Jamás lo hubiera imaginado...

—¿Y qué es lo que te ha contado exactamente? —pregunté.

—Me ha explicado la relación de parentesco que le une con el señor Alberdi. ¿Es que hay algo más que deba saber? —inquirió él.

—No, papá —respondí

—Yo no termino de creer esa historia —dijo de repente mi tía —Hay algo que no acaba de encajarme, no sé... No estoy convencida.

Pero, tía... —me apresuré a decir tomando de manos de mi nana una toalla que me acababa de traer para que pudiera secar algo de la humedad que traía encima— yo misma vi los documentos que acreditan su verdadera identidad, y no solo la suya sino también la de su hermana Jimena. Incluso vi fotos de los tres juntos... No hay duda, tía, son hermanos...

—Yo no pongo en duda que sean hermanos, mi muñeca —me replicó Sofía —pero sí dudo del resto de la historia... No puedo creer a Víctor; Marco siempre se ha comportado como un verdadero caballero. Su actitud siempre ha sido correcta, adecuada y no solo eso, sino que ha demostrado tener sentimientos que yo considero que son verdaderos. No puedo creer que todo fuera fingido... simplemente, no lo creo.

—También a mí me cuesta creerlo, tía, pero es cierto. Todo lo que dijo Víctor es verdad... Marco Alberdi no es más que un farsante que nos ha

engañado a todos —le dije sintiéndome ciertamente dolida y humillada.

Sin decir una sola palabra más, salí de la estancia con la firme intención de dirigirme a mi dormitorio para cambiarme aquellas ropas mojadas por otras más secas y cómodas y poder, así, dormir del tirón hasta el día siguiente. Quería olvidar todo lo ocurrido. Simplemente dormir y olvidar...

Sin embargo, apenas habría transcurrido un cuarto de hora desde que entrara en mi habitación, cuando alguien tocó mi puerta.

—Quiero estar sola, por favor. Voy a acostarme ya —dije a la persona que estaba al otro lado de la puerta.

—Muñeca, ¿Estás bien? —dijo la voz de mi tía Sofía.

—Sí, estoy bien —mentí mientras me dirigía hacia la puerta con la intención de abrir.

—Me gustaría charlar contigo, por favor... —continuó diciendo ella.

—Está bien —repliqué abriendo mi puerta —Pasa —le dije a Sofía con cierta resignación.

—A mí no puedes engañarme, mi muñeca... Sé que no estás bien... ¿Quieres contarme lo que está pasando por esa cabecita pensante? —me preguntó con su habitual mirada dulce y serena.

—Pues estoy pensando que Marco es un mentiroso que se ha reído de mí y yo, como una niña tonta... ¡Le creí! —exclamé furiosa —Y nada era cierto, tía. He estado a punto de romper mi compromiso de boda con un ser maravilloso como es Víctor, de herir a gente, de olvidarme del resto del mundo por él... Y él... Él es una mentira...

—Ann, es cierto que su nombre verdadero no es el que nos dijo a todos... pero eso no significa que sus sentimientos hacia ti sean también falsos, mi pequeña. ¿Acaso has hablado con él? ¿Le has preguntado o le has dado la más mínima oportunidad de explicarse o de darte su versión de lo ocurrido? —preguntó ella con dulzura.

—Sabes que no, tía. No tiene sentido que vaya a pedirle ningún tipo de explicación a Marco. Todo está muy claro... Se ha burlado de mí; simplemente he sido un instrumento más con el que jugar y así poder hacer daño a Víctor.

—No lo dices en serio —prosiguió ella.

—Claro que sí, Sofía —repliqué totalmente convencida de lo que estaba

diciendo. —Es que ¿no lo ves? —la inquirí —Todo es evidente. Miguel odia a Víctor y ha venido hasta aquí solo para ajustar cuentas y hacer daño a mi prometido, tía. Si se acercó a mí, fue únicamente porque sabía que a través de mí podía herir a su hermano, no porque me amara. Todo fue un engaño, un vil y sucio engaño. Y yo como una estúpida caí en su maldita tela de araña...

—Ya veo que no voy a poder convencerte de que, al menos, hables con él antes de juzgarle tan duramente, mi muñeca. Tú ya tienes edad suficiente para tomar tus propias decisiones y yo no voy a inmiscuirme en tus asuntos... pero es mi obligación decirte cómo creo que deberías actuar y que pienso que estás sacando conclusiones precipitadas. —me dijo ella.

—Gracias, tía. Sé de tus buenas intenciones; no tienes por qué justificarte... —le dije abrazándola fuertemente. —¿Te he dicho ya lo mucho que te quiero, tía? —le pregunté con ternura.

—Creo que hoy no, querida —respondió ella sonriéndome.

—Pues te quiero mucho, tía. No sé qué haría si tú no estuvieras en Red Hill... —le confesé.

—Más aún te quiero yo a ti, mi muñeca —replicó ella envolviéndome en un nuevo abrazo.

—Tía, ¿me disculpas si te digo que deseo irme a dormir...? —le dije desde el interior de su confortable abrazo —Estoy muy cansada y solo quiero descansar... ¿Me perdonarás?

—Por supuesto, tranquila, que ya me voy —contestó con voz juguetona —pero antes de irme, toma —dijo mientras sacaba un sobre de uno de los bolsillos de su falda.

—¿Y esto qué es? —Es una carta de Marco. Bueno, de Miguel... ¡Ya no sé cómo llamarle! —bromeó —La trajeron esta tarde, pero como no estabas la guardé para dártela cuando regresaras a casa.

—No la quiero, Sofía —le contesté airada —puedes tirarla al fuego.

—Ya te he dicho que no me voy a meter en tus cosas, querida. Si deseas quemarla, tendrás que hacerlo tú misma —me respondió al tiempo que dejaba suavemente la carta sobre mi cama— Trata de descansar. Mañana hablamos, mi muñeca —terminó de decir ella acercando su cara a la mía para darme un beso de despedida.

—Está bien, tía, mañana hablamos. Que descanses tú también —me limité a responder.

Apenas Sofia había salido de la habitación, yo cogí la carta que había dejado sobre mi cama. La miré. En letras mayúsculas podía leerse: *Para la Srta. Ann Lake*. Indudablemente, esa era la letra de Marco. Podría reconocerla en cualquier lugar del mundo.

—No —me dije— no debería leerla. ¿Para qué voy a hacerlo ya? —me pregunté a mí misma arrojándola al interior de mi chimenea, a pesar de que aún no había llamas en ella. —Pero... —volví a pensar para mí —¿Y si me dice algo importante? ¿Algo que debería saber?... Quizá Sofia tenga razón y debería leerla antes de tirarla —continué diciéndome en mis pensamientos — ante lo cual me agaché y recogí la carta de donde la había tirado. —Sí, voy a leerla. Será lo mejor —pensé.

Al abrirla, un suave y dulce olor me embriagó. Sin duda, yo conocía esa fragancia... Me trajo la imagen de Marco a la cabeza... Sentí un vuelco en mi corazón. Pronto comencé a leer:

Querida mía,

Ya sé que hace apenas unas horas desde nuestro último encuentro, pero no puedo refrenar lo que siente este loco corazón, al igual que no puedo dejar de decirte que me he sentido infinitamente feliz al verte llegar hoy al lago...

Ardo en deseos de que anules tu compromiso con el Sr. Adams y podamos, por fin, hacer público nuestro amor. Que todos conozcan y sepan lo mucho que te necesito es mi mayor anhelo, Ann. Ahora tan solo espero a que llegue ese dulce momento en que mis brazos puedan estrecharte nuevamente...

Tuyo siempre,

Marco.

Cuando terminé de leer aquella carta, noté cómo una fría lágrima recorría mi mejilla derecha... Arrugué el papel entre mis manos, y lo tiré con rabia al interior de la chimenea... ¿Cómo era posible que aquellas palabras tan hermosas se me clavaran tan profundamente y me dolieran como lo hacían...? ¿Cómo podía un ser aparentemente tan dulce herir de semejante manera? Me

acosté en mi cama totalmente abatida, pero, lejos de que ocurriera lo que en un principio pronosticaba, mi cuerpo y mente entraron en un sueño largo y profundo. Supongo que, simplemente, necesitaba descansar... Descansar de tanta mentira, descansar de tanto miedo, descansar de tanta vergüenza y dolor... simplemente, descansar...

XIX

Cuando desperté a la mañana siguiente, nada había cambiado. El mismo dolor, la misma rabia, el mismo sentimiento de impotencia oprimiendo mi pecho... Todo seguía exactamente igual en Red Hill y también en mi interior.

No respondí a la carta de Miguel. Ni a esa ni a otras muchas que me escribió a lo largo de los días posteriores intentando averiguar qué había ocurrido para que, en tan poco tiempo, se hubiera ganado mi más absoluto olvido. Mientras, yo no podía creer que fuera tan ingenuo como para no caer en la cuenta de que su hermano había venido a mí para contarme todo lo sucedido entre ambos... Y así, tenues y monótonas, pasaban las horas en la vieja mansión de los Lake mientras mi compromiso de matrimonio con Víctor seguía en pie. Casarme con él era algo que tenía ya más que decidido y que estaba totalmente dispuesta a realizar. Después de todo, me sentía protegida a su lado, y estaba convencida de que jamás me abandonaría, él no...

Cierta tarde, justamente después de almorzar, mientras yo trataba de distraerme leyendo a Dickens en la biblioteca, Sofía me propuso que la ayudara a preparar un brownie, según una vieja receta de su abuela.

—Venga, muñeca, ayúdame... Últimamente, no hacemos nada juntas... Además, necesito que me acompañes a Norfolk... —dijo ella.

—¿Quieres ir ahora a la ciudad, tía? ¿Para qué? —pregunté curiosa.

—No tengo chocolate suficiente y tampoco hay nueces... y ¡un brownie sin nueces no es un brownie! —exclamó —¡Venga! —dijo tratando de espabilarme —te vendrá bien que te dé el aire. En los últimos días no has querido salir para nada de estas cuatro paredes, y eso tampoco es bueno —siguió ella diciendo.

—Está bien, tía. Iré contigo a la ciudad y después te ayudaré con ese pastel —respondí resignada a pasar la tarde entre harina y azúcar.

—¡Perfecto! —volvió a exclamar —Voy por mis cosas y nos vamos —terminó de decir.

Tres cuartos de hora después estábamos entrando en la ciudad. Grandes

aglomeraciones de gente se veían por todas partes mientras nos dirigíamos a la pastelería de Julie Arlinton. Julie era una gran pastelera. Una mujer robusta y encantadora cuyas gruesas manos hacían los mejores crumbles de toda la ciudad.

—¡Buenas tardes, Julie! —saludó Sofia al entrar.

—¡Pero a quién tenemos aquí! —exclamó ella —ni más ni menos que a las señoritas Lake Benoet. Mucho tiempo sin veros —prosiguió la pastelera —Me teníais abandonada... —dijo bromeando.

—Es cierto, Julie —le respondí sonriente —Tienes toda la razón, hacía ya tiempo que no pasábamos por aquí; debes perdonarnos por ello, pero últimamente hemos estado atareados en Red Hill —le mentí.

—Bueno, bueno —dijo ella —algo voy a tener que hacer para evitar que vuelva a suceder lo mismo, ¿no te parece querida Sofia? —siguió bromeando al tiempo que desplazaba su mirada hacia mi tía.

—Quizá si nos regalaras de vez en cuando alguna de tus maravillosas tartas, vendríamos con más frecuencia... —replicó mi tía esbozando una sonrisa.

—Si es todo lo que he de hacer para veros más a menudo, cuenta con ello —respondió Julie entre risas.

—Necesito chocolate, Julie —dijo Sofia dando un giro absoluto a la conversación.

—Pues entonces has venido al lugar indicado, querida —respondió la señora Arlinton —¿Y qué tipo de chocolate quieres? Ya sabes que aquí tengo una gran variedad...

—Quiero uno que sea bueno de verdad... Lo quiero para hacer un brownie —se explicó Sofia.

—¡Ajá! — exclamó Julie —¿Alguna celebración especial? —quiso saber la pastelera.

—No, ninguna —repliqué yo —A mi tía hoy le ha dado por cocinar un postre, ya sabes cómo es... —dije sonriendo y mirando a Sofia de reojo.

—Voy a daros uno que es de una gran calidad —dijo Julie mientras buscaba tras el mostrador.

—Mirad, mirad cómo huele este chocolate —continuó diciendo mientras

nos acercaba un poco.

—Mmmm, sí, esto sí que es auténtico chocolate —afirmó mi tía oliéndolo —ponme el que creas necesario para hacer un buen brownie, Julie.

—Por supuesto —contestó ella —¿Necesitáis algo más para vuestro maravilloso pastel? —siguió preguntando.

—Pues necesitamos nueces —me apresuré a decir.

Justamente en ese momento, la puerta de la tienda se abrió. Un nuevo cliente entraba en la pastelería, cosa que no era de extrañar, pues era de las más concurridas de la ciudad. Giré la cabeza con curiosidad para ver quién era y la volví inmediatamente al comprobar que se trataba de Jimena, la hermana de Miguel. Ni tan siquiera la saludé. Simplemente, no creía que debiera hacerlo ya nunca más. Al fin y al cabo, también ella, y no solo Marco, nos había mentido y engañado con su falsa identidad.

—Buenas tardes —dijo ella muy educadamente al pasar al interior de la tienda.

—Buenas tardes —le respondió mi tía con cortesía.

—Hola, Ann ¿Cómo va todo por Red Hill? —dijo acercándose a mí.

—Buenas tardes, señorita Alberdi. Aunque, quizá, más bien debería decir “señorita Albéniz —le contesté con visible antipatía —Creo que será mejor que te espere fuera —dije girándome y refiriéndome a mi tía.

—Está bien —me replicó Sofía con una voz ciertamente molesta y enfadada por mi actitud ante Jimena —Enseguida voy.

Sin más diligencias y tras despedirme de Julie con rapidez, me dirigí a la salida y, posteriormente, a nuestro coche.

—¿Y la señorita Sofía? —quiso saber el chófer, al verme subir sola al automóvil.

—Ahora viene, Albert —le respondí escuetamente y sin darle mayores explicaciones, a lo que el conductor, ajeno a lo que había ocurrido en el interior de la pastelería, ni se inmutó. Pocos minutos después, mi tía hacía su aparición. Albert, se dirigió hacia ella para ayudarla con la compra y abrirla la puerta del coche, como era su costumbre. Una vez ya en el interior del automóvil, el enfado de Sofía para conmigo era más que evidente:

—¡Estarás contenta! —exclamó ella con tono sarcástico dirigiéndose

inevitablemente a mí.

—No mucho, la verdad —le respondí más irónica aún...

—Ann, lo que has hecho ahí dentro denota una absoluta falta de compostura y madurez por tu parte —replicó ella.

—Muy bien tía, tú dale la razón a ella... —respondí.

—Y la contestación que acabas de darme, muestra una inmadurez aún mayor —continuó ella sermoneándome.

—¿Ah, sí? —le respondí indiferente.

—Sí, querida —siguió ella. Su voz se elevaba cada vez denotando que estaba mucho más que enfadada por mi comportamiento y posterior actitud...

—He sentido vergüenza, Ann. ¿Cómo te has atrevido a hablarle así a Jimena? Y encima, delante de más gente... ¿Y tus modales dónde han quedado, Ann? —preguntó ella sin dejar de mover las manos y gesticular.

—¿Mis modales? —le pregunté retórica —¿Y su desfachatez al mentirnos durante todo este tiempo? ¿De eso no dices nada? —le reclamé a mi tía —¡Ah, claro! —exclamé —Se me olvidaba que hay que guardar las apariencias, tía ¿No es eso? Debo callar todo lo que siento, ahogar esta rabia que llevo por dentro y actuar como si nada hubiera ocurrido... Actuar con hipocresía y falsedad, tal y como se acostumbra en los círculos de la alta sociedad en los que nos movemos, ¿verdad, querida tía? —le repliqué con evidente sorna e ironía —Pues olvídale, no pienso hacerlo.

—No me hables así, jovencita —me advirtió —No te atrevas, Ann...

—Lo siento mucho, Sofia —le respondí —pero prefiero parecer una mujer maleducada y grosera a los ojos de los demás que una muchacha fría, falsa e hipócrita a los míos propios...

—Ann —me dijo ella con voz mucho más suave y serena —Ya sé que todo este asunto te ha hecho daño, que te sientes engañada y dolida por lo que ambas sabemos —continuó ella sin querer desvelar más ante la presencia de nuestro chófer, quien a pesar de ir conduciendo, sin duda, iba también atento a nuestra conversación —pero eso no te da derecho a tratar así a Jimena y lo sabes —terminó de decirme.

—Pero tía, ¡También ella nos ha mentido! —exclamé.

—Ann, ¿Acaso te has parado a pensar que quizá esto tenga otra razón de

ser? Yo sigo estando segura de que todo tiene una explicación lógica y que te estás precipitando al juzgarlos sin saber...

—¿Pero qué más necesitas saber para convencerte de que nos han estado engañando durante todo este tiempo? —le pregunté. —Nos han mentido, y eso es lo único cierto...

Sofía balanceó la cabeza suavemente de lado a lado mostrando con ello su disconformidad mientras yo abría la puerta del coche, puesto que ya estábamos nuevamente en Red Hill.

Avanzamos hasta la entrada sin dejar de hablar sobre el tema, aunque el enfado en Sofía ya había desaparecido. Ciertamente, era una mujer con un carácter muy afable y poco gruñón. Apenas entrar en la casa, escuchamos voces que provenían del salón de invitados. Sin ninguna duda, teníamos visita en casa. Sofía y yo nos miramos y sin decir nada, nos dirigimos hacia allí.

Al entrar en la habitación, observé que, sentado en uno de nuestros sillones, se encontraba un joven moreno y bien parecido cuyos impresionantes ojos negros se fijaron en ambas apenas nada más aparecer.

—Joseph, —dijo mi padre dirigiéndose al caballero —le presento a mi hija y mi cuñada. Ellas son Ann y Sofía.

—Mucho gusto en saludarlas a ambas —respondió el joven levantándose de su sillón y tomándonos la mano en un ademán de caballerosidad y buenos modales.

—Encantada de conocerlo —respondí yo con la misma cortesía.

—Lo mismo digo —comentó Sofía.

—¿Y a qué debemos el honor de su visita? —siguió diciendo mi tía.

—El señor Joseph Stapeltom ha venido para hablar contigo, Ann —dijo mi padre.

—¿Conmigo? —pregunté extrañada. No puede ser —afirmé con rotundidad —Yo no lo conozco de nada —dije mirándolo fijamente mientras trataba de recordar si lo había visto anteriormente en algún lugar.

—A mí no, pero sí conociste a mi prometida —dijo él con voz seria y mirada algo triste.

—¿Su prometida? —seguí preguntando extrañada —¿Y quién habría de ser ella?

—Sarah Abbot —contestó secamente.

—¿Sarah? ¿Conoces a Sarah? —dije rápidamente en un intento por saber sobre ella.

—Sí, por supuesto que la conozco —respondió —Nos prometimos.

—¡Entonces imagino que sabrás dónde está! —dije emocionada —¡Papá, sabe de Sarah!

— exclamé —¡Nuestra Sarah!

Hacía tanto tiempo que no la veía y que no había vuelto a saber de ella... Por alguna extraña razón, sus cartas de repente dejaron de llegarme e imaginé que era por cuestiones del correo. Después de todo, el correo nunca llegaba bien a Red Hill... Y ahora de pronto, sabría de ella. Qué había hecho, dónde estaba, con quién... ¡Y se había prometido! ¿Por qué no me habría dicho nada al respecto? Bueno, quizá y después de todo, me lo había contado en alguna de esas cartas que no me llegaron jamás...

—¿Y dónde está? —le pregunté inquieta —Quiero verla y abrazarla. Hace tanto tiempo que no la veo que... ¡Seguramente estará guapísima! —exclamé sonriente imaginándola. El joven que estaba ante mí me miraba sin hacer ningún tipo de ademán y sin decir ni palabra. Simplemente, permaneció estático.

—Porque sabe usted dónde está, ¿verdad? —me atreví a decirle ante su extraño comportamiento.

—Sí, claro que lo sé —respondió con la mirada casi ida.

—¿Y dónde está? ¿La ha traído con usted? —seguí diciéndole inquieta y emocionada ante la posibilidad de abrazar a mi querida Sarah.

—¡Sarah, Sarah! —comencé a gritar llamándola por todo el salón pensando que, en un intento por darme una sorpresa, ella podría estar escondida tras algún enser o mueble de la casa.

—No, querida —me dijo mi padre tratando de serenarme —Sarah no está aquí. Joseph no ha podido traerla.

—¿Pero dónde está, papá? Quiero verla... —dije.

—Mucho me temo que no va a ser posible, señorita Ann —dijo el joven.

—¿Y por qué no? —quise saber.

—Sarah se encuentra en el cementerio de Saint Andrews, señorita —dijo

él de manera totalmente imprevista y a boca jarro.

—¿Qué? —dije retrocediendo unos pasos y absolutamente incrédula —
¿En el cementerio? Pero eso significa que... —susurré sin ser capaz de
terminar la frase, como si el hecho de no terminarla pudiera salvarla.

—Sí, señorita Lake —dijo rotundamente Joseph —Eso significa que mi
Sarah está muerta.

Una cuchillada fría y punzante atravesó mi cuerpo de lado a lado. ¡Sarah
muerta! ¡No era posible! Simplemente, mi consciencia no podía aceptarlo. De
inmediato pensé en todas las cartas de Sarah que tanto tiempo esperé y que
nunca habían llegado hasta mí. ¿Cómo habrían podido hacerlo? ¡Si ni siquiera
habían sido escritas! Imaginé en ese instante a mi Sarah, mi pequeña y dulce
Sarah, inerte y sin vida... Esperé un momento a que el llanto me invadiera,
pero me sentía tan noqueada que nada llegó a mí. Ni una sola lágrima acudió a
mi llamada. Me encontraba tan incrédula ante tal noticia que no podía llorar.
Un frío húmedo e intenso me abrazó. Un sentimiento helador cruzó mi ser y se
quedó instalado en mi pecho haciéndome sentir que algo en mí se había
quebrado para siempre. Me quedé inmóvil. Estática. Apenas podía pronunciar
palabra cuando me sentí desmayar y mi padre me sostuvo entre sus brazos.

—¿Estás bien, hija? —me susurró sin dejar de abrazarme.

—No —me limité a decir

—Llora, Ann, llora —me respondió él. —Llora todo lo que quieras, hija.
Te hará bien.

—No puedo, papá —le dije —Te juro que no puedo hacerlo —Mi padre
me abrazó más fuerte aún.

—Quizá deberías acostarte un rato, ¿no crees? —dijo él suavemente.

—No, papá —repliqué —Quiero saber qué es lo que le ocurrió a Sarah.
Por favor, dígame qué pasó. Necesito saberlo —dije soltándome lentamente de
mi padre y acercándome al señor Stapelton.

—Fue la pasada primavera —comenzó él a decir. —Sarah y yo estábamos
a punto de casarnos. Tan solo faltaban cinco semanas para nuestra boda
cuando supe que había caído enferma.

—¿De qué? —quiso saber Sofía.

—Tuberculosis, señorita —respondió él.

—No pude hacer nada... Su organismo estaba demasiado debilitado... No en balde tuvo demasiadas carencias durante mucho tiempo... —se explicó él.

—Entiendo... —dijo Sofía.

—Pero seguramente con las medicinas y el tratamiento adecuado habríamos podido hacer algo le repliqué.

—No, señorita —nada podía hacerse ya. Y la culpa en gran parte fue mía... —contestó pesaroso.

—¿Suya por qué? —preguntó mi padre.

—Las epidemias del sur eran cada vez más fuertes y supe que necesitaban médicos y enfermeras... Según mi juramento hipocrático tenía que ir, de modo que decidí marcharme a ayudar. Después de todo, esa también era mi obligación. Estuve fuera casi cinco meses y cuando regresé, los síntomas de la enfermedad de Sarah estaban ya demasiado avanzados. No pude hacer nada por salvarla... —dijo absolutamente desolado —Si yo no me hubiera ido, si hubiera estado a su lado, habría sabido que ella estaba enferma. No sé... Quizá lo habría detectado a tiempo y ahora estaría aquí conmigo...

—No se culpe —le dijo Sofía tratando de reconfortarlo —Nadie sabía lo que iba a ocurrir. Y dice mucho de usted el hecho de que se fuera a ayudar a esa pobre gente que tanto lo necesitaba, a riesgo de contraer usted mismo cualquiera de esas duras enfermedades...

—Pero yo la descuidé... —siguió diciendo él en su letanía.

—Ya eso no importa —repliqué —Ya Sarah no está... Y nadie supimos lo que le estaba ocurriendo... Quiero ir a verla —dije resuelta mirando a mi padre y a Sofía. —Tía, ¿Me acompañarás hasta Saint Andrews? —le pregunté inquieta.

—Claro que sí mi muñeca —me respondió ella al instante y acercándose a mí para abrazarme.

—Mañana iremos, me dijo

—No, tía —repliqué yo —Quiero ir hoy mismo. Esta misma tarde. Lo siento mucho, tía, pero yo ya no tengo ánimo para hacer ninguna tarta ni cocinar ni nada... Solamente quiero ir a ver a Sarah. Ya ha pasado demasiado tiempo sola... —le insistí.

—No te preocupes, pequeña —me dijo ella —Si quieres ir hoy, iremos

hoy.

—Gracias —le repliqué tenuemente agarrando sus manos.

—Y, usted, ¿Por qué ha venido justamente ahora y no antes a darnos esta noticia? Debimos saberlo en el mismo momento en que ocurrió —dijo mi padre refiriéndose al prometido de Sarah.

—Yo no sabía de su existencia, señor Lake. Sarah nunca me habló de ustedes.

—¡Eso no puede ser! —exclamé yo totalmente convencida de que nos estaba mintiendo. —¡Sarah nos quería tanto como nosotros a ella! Nosotros éramos su familia.

—Lo siento, señorita —respondió él —Pero es cierto. Yo supe de ustedes meses después de su muerte. Sarah no tenía a nadie. Estaba sola y me entregaron a mí todas sus cosas, incluidas las cartas que usted misma le escribió. Fue gracias a esas cartas que yo supe de la existencia de Red Hill y los que vivían aquí... Sé que quizá debí venir antes y no quiero excusarme, pero lo cierto es que no tuve fuerzas ni valor para hacerlo.

—Sarah me dijo que tenía una hermana que se llamaba Beth y de aquí se la llevó su tía, ¿Cómo puede decir usted que estaba sola? ¿Y sus parientes? ¿Qué pasó con ellos? —quise saber.

—Su tía se marchó a Lyon cuando Sarah cumplió los diecisiete años. Dijo que ya se había ocupado lo suficiente de ella y que era ya adulta para hacer su propia vida y vivir por su cuenta. De Beth, nunca supe nada...

—Mi pobre Sarah... —dije en voz baja —¡Qué sola has estado todo este tiempo! —exclamé mientras ahora ya sí, acudían las lágrimas a mis ojos. — Pero ¿Por qué nunca me dijo nada? —me preguntaba en voz alta. —¿Por qué no me pidió ayuda? No puedo entenderlo, papá.

—No lo sé, Ann, no lo sé —me respondió abrazándome de nuevo.

—Si me disculpan, creo que debo irme —afirmó el joven —no hay nada ya por lo que deba permanecer más tiempo en esta casa. Siento mucho tener que haberles dado tal noticia... —siguió diciendo el muchacho —pero sentía que debía hacerlo.

—Muchas gracias por haber venido —le dijo mi padre tendiéndole la mano. —Lamento haber tenido que conocerle en estas circunstancias.

—¿Se va a quedar en la ciudad? —quiso saber mi tía.

—Sí, he venido a trabajar. Ayudaré en lo que pueda en el dispensario que ha organizado el señor Alberdi.

—¿El señor Alberdi ha puesto un dispensario en la ciudad? —quise saber —No teníamos ninguna noticia de ello.

—Sí, así es. Ha organizado un pequeño hospital donde se atiende a las personas sin apenas recursos y que más lo necesitan, especialmente, a niños y mujeres —nos contó él.

—No lo sabíamos —afirmó Sofía —Ya sabía yo que a pesar de lo que dicen las malas lenguas, el señor Alberdi era una buena persona... —continuó mi tía mirándome mientras balanceaba la cabeza.

—¿Y dónde piensa quedarse? ¿Tiene ya alojamiento? —siguió preguntándole mi padre —Porque de no ser así y si lo desea, puede quedarse en Red Hill. Esta casa es enorme y hay sitio de sobra. Además, si usted era el prometido de Sarah, para nosotros es uno más de la familia.

—Muchas gracias, señor Lake. Le agradezco profundamente su hospitalidad y la confianza que demuestra depositar en mí, pero ya tengo donde alojarme. He rentado una pequeña casita en la ciudad. Estaré bien. No tienen por qué preocuparse —dijo él declinando el ofrecimiento de mi padre.

—En cualquier caso, si tiene algún problema, no dude en buscarnos —le insistió mi padre —aquí siempre será bienvenido.

—Sí, y no deje de visitarnos —comentó mi tía extendiéndole la mano para despedirse de él.

—Puede estar segura de que lo haré, señorita —respondió él amablemente al tiempo que tomaba la mano de Sofía.

—Señorita Lake, lo lamento mucho —dijo acercándose a mí. —Perdóneme, por favor, por no haber acudido antes a contarle lo que había ocurrido.

—Está bien —le respondí limpiándome las lágrimas de los ojos— No se preocupe. No hay nada que perdonar.

—Espero que nos volvamos a ver en otras circunstancias más agradables —dijo él.

—Lo haremos, señor Stapelton —dijo —Usted va venir de vez en cuando

a visitarnos, así que nos veremos de nuevo. Gracias por haber venido.

—No, gracias a ustedes por su comprensión y hospitalidad. Sin duda, mi Sarah tuvo suerte al conocerlos —afirmó él mientras se ponía su sombrero y se dirigía hacia la puerta para marcharse.

Tras la funesta noticia, yo sentí que, ahora que sabía dónde se encontraba, no podía permitir que pasara ni un solo día más sin visitar la tumba de mi querida amiga. Lo necesitaba. Así, tal y como le había pedido a mi tía, aquella misma tarde nos dirigimos hacia el cementerio en el que Joseph nos había informado que se hallaba el cuerpo sin vida de nuestra Sarah.

Las viejas y oxidadas puertas del camposanto, corroídas por la herrumbre y el paso del tiempo, chirriaron al abrirse, dándonos la bienvenida a un lugar lúgubre y solitario habitado únicamente por media docena de viejos cipreses y algunas palomas. Ante nuestros ojos un mar de mármol... No sabíamos dónde estaba Sarah. Tampoco si sus huesos reposaban en un nicho o en una tumba... Tan solo sabíamos que era allí donde debíamos buscarla. Colmadas de paciencia, mi tía Sofía y yo comenzamos a mirar y leer los nombres de los difuntos grabados en cada una de las cabeceras de las múltiples tumbas que allí había.... Una a una... El frío viento del norte nos acompañaba helando nuestras caras y meciendo los pétalos de las rosas y claveles que llevábamos en brazos.

—Mary Smith —susurró Sofía mientras leía las letras impresas sobre el inerte mármol de una de las lápidas —No, no es... —se decía a sí misma. —James Edison... Tampoco —continuó ella.

—¿Seguro que está aquí, mi muñeca? —me preguntó alzando la cabeza.

—Tiene que estarlo, tía —le respondí sin dejar de buscar en unas tumbas cercanas. —Eso nos dijo su prometido y no hay ninguna razón por la que debamos dejar de creerle. Sigue buscando. Tenemos que encontrarla —dije totalmente convencida.

—Ya... —replicó ella —pero quizá debimos decirle al señor Stapeltom que nos acompañara. No habríamos tenido tantos problemas...

—Sí, tía —afirmé —eso es cierto... Pero, bueno, ya que estamos aquí... vamos a seguir buscando. No puede estar muy lejos.

—¿Y si miramos en aquellos nichos? —me preguntó Sofía —después de

todo, Sarah no es que tuviera mucho dinero y tampoco creo que el señor Stapeltom pueda permitirse pagar una de estas lápidas...

—Bien pensado —le dije —Sí, vayamos allí —le pedí señalando con el dedo a una zona cercana.

—A ver aquí... —dijo mi tía —Silvia Jones, no, ésta tampoco es —le oía decir. —Philliph Donaldson; no... —continuaba ella murmurando.

—¡La encontré! —exclamé de repente con cierta emoción —¡Ésta es, tía! ¡Aquí está! —seguí exclamando.

De repente, al volver a leer su nombre, “Sarah Abbot”, y verlo allí escrito sobre aquel pedazo de mármol, toda mi momentánea alegría por haberla encontrado se esfumó en apenas medio segundo. Recordé su carita. Sus profundos ojos azules mirándome con complicidad en tantas y tantas travesuras que hicimos juntas. Nuestras confidencias. Las noches en que ella, aterrada por el sonido de la tormenta, venía corriendo a mi habitación, se acurrucaba a mi lado dentro de la cama y me abrazaba. Aún podía sentir sus manos peinando suavemente mi melena y ahora, de pronto, su cuerpo sin vida estaba allí, inmóvil y yerto dentro de una caja de madera. Comencé a llorar mientras un viejo sentimiento me recorrió de lado a lado. ¡Cuánto tiempo sin sentirme así y ahora nuevamente, la amargura y el dolor de la pérdida de un ser querido volvía a mí! La muerte, inexorable e inclemente, me golpeaba de nuevo.

Mil recuerdos invadieron mi mente... No pude evitar recordar a mi madre en su lecho de muerte. Sus últimas palabras y todo el tormento posterior... Dejé las flores en el suelo. Sarah no tenía ni tan siquiera un triste jarrón para depositar las flores que le pudieran llevar una vez muerta... Acaricié el duro mármol del nicho sintiendo la rugosidad de las letras sobre el mismo:

—Ya no volveremos a vernos, querida hermana —dije sin contener mi llanto —ya no...

—Sofía, que también había dejado ya las flores que llevaba entre sus brazos y se encontraba detrás de mí, me abrazó fuertemente.

—Está bien donde está ahora, mi muñeca —me dijo tratando de reconfortarme.

—Sí, tía, eso es lo que se dice siempre... —le repliqué —pero tú ya sabes

que yo no creo en esas cosas...

—Sí, lo sé, querida —me respondió —¿Pero acaso puedo hacer algo para aliviar tu pena?

—No, tía, no puedes —le dije escuetamente —Nadie puede...

XX

Con el paso del tiempo, una nueva estación llegó a la villa de Red Hill. Los campos comenzaban a verdear y los días eran ya mucho más largos. El lago estaba hermoso y en los jardines de la mansión empezaban a asomar tímidamente sus tallos los primeros jazmines y narcisos de la temporada. El frío había cedido su largo dominio a la lluvia y la humedad propia de finales del mes de marzo. Sin duda alguna, la primavera hacía su triunfal llegada como cada año por esas fechas. Y mientras la época estival llegaba, no pocos acontecimientos se habían producido entre los muros de nuestra antigua casa.

Mi compromiso con Víctor seguía su curso. Cada vez faltaba menos para que el día de nuestra boda llegara. No había vuelto a tener mayores noticias de Marco excepto las que venían del dispensario que había instalado en la ciudad, donde al parecer, se estaba llevando a cabo una gran labor y donde Joseph continuaba trabajando. Era precisamente él quién en sus visitas, cada vez más frecuentes, nos traía noticias acerca de lo que allí ocurría. Sin duda, se había convertido en alguien ya habitual en Red Hill. Un estupendo confidente de la familia, y mío propio, con quien, con el paso del tiempo, comencé a tener una fuerte relación de amistad.

Junto a todo esto, Rose, ante la incredulidad de todos los que habitábamos Red Hill, había comenzado una relación más que especial con un hombre cuya edad y procedencia nunca llegué a saber con exactitud. Se trataba de Gilbert James —o al menos así decía llamarse— un antiguo novio suyo que la había abandonado hacía ya más de veinte años y que, según él mismo decía, había regresado para buscarla. Sin embargo, para mí los motivos, tanto de su marcha como de su reciente regreso, no estaban del todo claros. Mi desconfianza hacia él era absoluta y lo único evidente era que Rose le había perdonado y que se había vuelto a establecer un vínculo especial entre ambos.

—Sé muy bien que Gilbert no es de tu agrado, Ann —me dijo de modo repentino cierto día que nos encontrábamos trasplantando margaritas en el invernadero.

—Lo único realmente importante es que tú te sientas a gusto con él —le respondí con mis manos metidas en una maceta —lo que pensemos los demás no importa.

—Claro que importa —replicó ella mirándome —las apariencias también son importantes, querida.

—No estoy de acuerdo —respondí. —Después de todo, la felicidad reside en nosotros mismos, Rose.

—No te entiendo, Ann —dijo ella absolutamente sorprendida.

—Da igual, nana... —le contesté tirando hacia arriba de la planta que tenía entre las manos.

—Me ha pedido que nos casemos —prosiguió ella.

—¿De veras? —pregunté extrañada y sin soltar la planta, mientras giraba la cabeza hacia ella.

—Sí, Ann —dijo escuetamente.

—Nunca lo habría pensado —musité.

—Es lógico que pienses que una vieja como yo, y más a esta edad, ya no pueda llegar a casarse ni formar una familia —replicó ella.

—No, Rose —me apresuré a decir —No quise decir eso... Lo siento de verdad, yo...

—No importa —dijo ella. Y sin más, salió del invernadero.

—Eres una bocazas insensible —me dije a mí misma —Siempre hablando de más. Es que no aprendes, Ann, ¡No aprendes! —continué sermoneándome a mí misma.

—¿Qué es lo que nunca aprendes? —dijo una voz tras de mí.

—Nunca aprendo a hacer las cosas como debería, querido —respondí al apreciar que se trataba de Víctor.

—¿Ha pasado algo que yo deba saber? —preguntó él agarrándome por la cintura.

—Nada especial. Es solo que... estoy un poco preocupada por mi nana. Ese tal Gilbert no me gusta nada. Me da mala espina... —le comenté.

—Bueno, Ann, creo que Rose ya es lo suficientemente mayorcita para tomar sus propias decisiones, ¿no te parece?

—Lo sé, lo sé... pero no puedo evitar desconfiar de él. Después de todo no

sabemos quién es —le dije preocupada.

—Pregúntale a Rose —me sugirió él.

—Ya lo he hecho, Víctor, y solamente me ha dicho lo que ya todos sabemos. Que lo conoció siendo apenas una muchacha, que se prometieron y que, de la noche a la mañana, él se marchó sin dejar rastro y sin dar señas de su paradero.

—Lo cierto es que es un hombre un tanto inquietante —se atrevió Víctor a decir.

—Sí, sí que lo es —le respondí girándome entre sus brazos en dirección a su cara.

—Pero no tienes por qué preocuparte, querida. Yo nunca te haré lo que Gilbert le hizo a Rose. Jamás te abandonaré —me dijo.

—¡Más te vale! —exclamé sonriendo.

—¿Te he dicho hoy lo mucho que te quiero, Ann? —me preguntó sumamente cariñoso y complaciente.

—Mmmmm... —murmuré juguetona —Creo que hoy no señor Adams.

—Pues la quiero señorita Lake y ardo en deseos de hacerla mi esposa —continuó él diciendo sin dejar de rodearme con sus cálidos brazos —aunque ya falta menos, querida...

—Sí, ya falta menos —le dije. Y sin añadir nada más, me besó cálidamente.

Tan solo tres semanas después de aquel beso, el júbilo y la alegría inundaron las paredes de la mansión de los Lake. Todo estaba preparado para nuestro enlace. Decenas de mesas y sillas habían sido acomodadas en el jardín donde habría de tener lugar la ceremonia. El catering, las flores, la tarta, el sacerdote, los invitados... absolutamente todo estaba ya listo.

—Es la hora, mi muñeca —me dijo Sofía mientras terminaba de colocarme el velo en mi habitación. —Todos están esperándote.

—¿Y Víctor? —pregunté nerviosa.

—Él ha sido el primero en llegar, querida.

—Bien, pues entonces creo que lo tengo todo —le respondí —Algo nuevo —dije refiriéndome a una pulsera que Sofía me había regalado esa misma mañana —algo azul —continué mientras pensaba en la liga que llevaba puesta

bajo mi vestido de novia —y algo prestado —dije tocando los pendientes en forma de trébol que mi madre me había regalado años atrás antes de morir. — Sí, —afirmé con rotundidad pensando en ella —Ya es la hora.

—Ann —me llamó Sofía justo cuando iba ya a salir por la puerta — Olvidas el ramo —me dijo.

—¡Qué haría yo sin ti, tía! —le dije guiñándole un ojo.

—Ahora sí, ya es la hora, pequeña —me contestó ella visiblemente emocionada.

Apenas puse uno de mis pies sobre el césped del jardín, la marcha nupcial comenzó a sonar. Ni uno solo de los invitados se mantuvo indiferente ante la llegada de la novia. Todos se giraron, aunque imagino que, la gran mayoría de ellos, lo hicieron con un único afán: comprobar cuán caro era mi atuendo... Avancé firme y enérgica hasta el lugar en que estaba esperándome mi padre, quien me alargó su brazo apenas llegué a su altura. La música no dejaba de sonar alta y magnánima. Miré al frente y pude ver al que habría de ser mi esposo. En ese instante, sentí un extraño temor mientras avanzaba. Recordé a Marco... Eso fue algo que no pude evitar... Seguí caminando hacia Víctor al tiempo que cientos de momentos se agolpaban en mi mente.

—Estás preciosa, querida —me susurró Víctor cuando mi padre me dejó a su lado.

—Gracias —acerté a decir.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó.

—Un poco, sí —respondí —¿Y tú? —quise saber.

—Estoy feliz, Ann —me dijo— ¡Es el día más feliz de mi vida! —exclamó él visiblemente emocionado.

Recuerdo aquel día como si fuera ayer... La ceremonia fue breve y sencilla. Apenas en quince minutos, me había convertido en la señora Adams... Y lo cierto es que, en contra de lo que yo misma había llegado a pensar en un primer momento, mis primeros meses de casada fueron realmente maravillosos... Víctor no podía ser más atento y complaciente de lo que lo era conmigo. Attendía absolutamente todos mis deseos y caprichos mientras yo me dejaba querer. Por aquel entonces, todos mis miedos y temores con respecto al posible fracaso de nuestro matrimonio parecían haberse ido disipando poco a poco. Ya apenas tenía noticia alguna sobre Marco Alberdi —curiosamente, a pesar de que sabíamos su verdadero nombre y apellido, todos, excepto Víctor, continuábamos utilizando su antiguo nombre —aunque no puedo negar que mi corazón seguía albergando un pequeño hueco para él, en el cual se encontraban depositados viejos sentimientos y recuerdos.

Joseph seguía visitándonos de manera regular, pero ya apenas se hablaba sobre el dispensario ni de sus actividades en dicho lugar, especialmente, cuando mi esposo se encontraba presente en tales conversaciones, lo cual era cada vez más a menudo.

Por su parte, Rose había estado preparando todo lo necesario para que su enlace con Gilbert tuviera lugar en una pequeña capilla a unas tres millas de Red Hill. Nunca sentí especial predilección o sentimiento alguno de simpatía hacia el señor Gilbert James. Siempre me pareció un hombre parco en palabras y muy poco confiable. Lo cual terminé de confirmar unas horas después de que se celebrara la boda entre ambos, puesto que el novio desapareció misteriosamente esa misma noche.

Mi nana estaba convencida de que, si había desaparecido, había sido porque algo poco bueno le había ocurrido, pero un sexto sentido me decía que Gilbert la había vuelto a abandonar, como ya hiciera veinte años atrás.

—Pero, ¿cuándo lo has visto por última vez? —le preguntaba yo a Rose en mi afán por tratar de averiguar qué estaba sucediendo.

—Hace unas tres horas y media —me respondió nerviosa y con evidentes signos de preocupación.

—¿Y qué es lo último que te ha dicho? ¿No te ha comentado nada acerca de dónde iba o con quién? —Insistí yo.

—Me dijo que salía un momento porque le había llegado un telegrama importante y que tenía que hacer algo urgente. Después cogió su sombrero, me dio un beso en la mejilla y se marchó apresuradamente —respondió ella más nerviosa aún.

—Es francamente extraño, la verdad —le contesté con sinceridad.

—Bueno, Rose, no tienes por qué impacientarte. Seguramente, haya encontrado a alguien conocido por el camino y haya perdido la noción del tiempo hablando o celebrando con él vuestra boda —dijo Sofía en un acto desesperado por tratar de tranquilizarla, y ganar algo de tiempo.

—Pero no es normal, señorita Sofía. Esta es nuestra noche de bodas. Él debería estar aquí conmigo y no por ahí haciendo quién sabe qué. ¿Y si le ha ocurrido algo? —preguntó Rose alterada.

—¿Qué le va a pasar? —le dije quitándole importancia al asunto. Ya verás cómo en un rato lo tienes aquí de vuelta. De todas formas, si lo deseas, puedo llamar a la policía ahora mismo y denunciar su desaparición, aunque creo que es demasiado pronto para hacer algo así y sacar conclusiones ahora mismo, la verdad...

—No, Ann, no es necesario que llames a nadie. Esperaremos a que amanezca —dijo Rose —Creo que lo mejor para todos ahora mismo es que nos acostemos y tratemos de dormir. Mañana ya será otro día.

—Está bien, nana, como tú quieras —le respondí —pero si cambias de parecer, no dudes en avisarme —terminé decirle dándole un beso en la mejilla.

—Vete tranquila a la cama, pequeña —me contestó —y muchas gracias por todo.

La mañana despuntó y Gilbert seguía sin aparecer. No había regresado a casa y tampoco teníamos noticia alguna, ni buena ni mala, sobre él o su paradero. Inmediatamente, llamé a la estación de policía para denunciar su desaparición, pero aparte de firmar un enorme número de papeles, poco más pudimos hacer en la comisaría.

—Hay que esperar —Fue todo lo que nos dijeron allí. Así que esperamos,

no nos quedaba más remedio.

Entre espera y espera, Víctor y yo nos mudamos de residencia. Mi esposo decía que no había motivo alguno para que ambos siguiéramos viviendo en Red Hill existiendo una casa tan grande como la que él tenía en posesión. Tras meses de interminable insistencia por su parte, y, puesto que él había satisfecho todos mis deseos hasta el momento, accedí a sus ruegos y peticiones, no sin saber que extrañaría enormemente los muros y a todos los que habitaban el que, hasta entonces, había sido mi hogar.

Tras mi mudanza a nuestra nueva casa, la casa de los Adams, yo no podía dejar de ir prácticamente a diario a Red Hill. No había gran distancia entre ambas casas y yo sentía una enorme necesidad de ver y estar en contacto con todos ellos, especialmente con mi padre.

Una de esas muchas tardes en que salí a visitarlos y ya en la casa, Sofía me comentó que pocos días después se iba a organizar una gran reunión en casa de los Sommers, una de las familias más populares de nuestro círculo social. El motivo no era otro que celebrar que, tras casi ocho meses de ausencia, el señor Sommers, por fin, regresaba, sano y salvo, del frente.

—Pues dicen que Brittany está organizando algo espectacular —me dijo Sofía —y al fin y al cabo es comprensible, querida —no todos los días puede una celebrar que tu marido regresa ileso del frente.

—Eso es cierto, tía —respondí —¿Y piensas asistir? —pregunté con cierta curiosidad. —Imagino que habrás sido invitada ¿verdad?

—Por supuesto que sí, querida —replicó ella.

—Ya veo... —dije sonriendo.

—Y tú también, mi muñeca, así que debes asistir. No puedes faltar —me dijo muy seria.

—No, Sofía yo no puedo ir. Ya sabes que Víctor ha salido de viaje y no va a estar en unos días. Dudo mucho que vaya a haber vuelto para cuando la fiesta se celebre, así que tendré que quedarme en casa —respondí yo con resignación.

—¿Pero por qué, querida? —quiso saber ella.

—Pues porque no me parece bien ir yo sola a una reunión social de ese tipo sin mi esposo. Es una falta de respeto hacia él y...

—¡Y nada, Ann! Tú te vienes conmigo. Tu padre no puede acompañarme porque sabes que lleva unos días resfriado, y yo no puedo dejar de asistir. ¡No puedes dejarme ir sola! —exclamó ella. Además, a Víctor no le va a importar si vienes conmigo. ¿Qué puede ocurrir?

—Sofía, no me parece bien ir dos mujeres solas... —le dije.

—Pero si solamente va a ser una reunión entre viejos amigos. ¿Qué tiene eso de malo? —insistió ella tratando de convencerme —Además, deberías salir un poco más. Desde que te casaste, apenas asistes ya a eventos sociales, querida y eso no te hace bien.

—Ya sabes cómo es Víctor, tía. No le gustan esas cosas —argumenté.

—Lo sé, Ann, y lo entiendo, querida, pero no va a pasar nada porque salgáis de vez en cuando —me aconsejó ella —Entonces, ¿vamos? —insistió.

—No vas a parar hasta conseguir convencerme, ¿verdad, tía? —le dije riéndome.

—¡Cómo me conoces, querida! —exclamó.

—Está bien, pero tenemos que volver pronto y nada de trucos ni cosas raras, que te conozco... —le advertí.

—No sé a qué puedes referirte, pequeña —me dijo con una pícaro sonrisa en sus labios.

—Lo sabes perfectamente —le repliqué echando una ojeada al reloj — ¡Qué tarde es! —exclamé —Me voy, tía. Mañana ven tú a visitarme, por favor —le pedí acercándome a ella para darle un beso de despedida.

—Lo haré querida —me respondió complaciente.

Todo estaba en silencio cuando llegué al que ahora era mi nuevo hogar. La casa se me hacía enorme sin Víctor en ella. Si bien era cierto que, en realidad, no estaba sola, puesto que dentro de la casa había múltiples empleados y doncellas además de Henry, el chófer, yo no podía evitar sentirme sola y deseaba ardientemente que mi marido regresara a mi lado cuanto antes.

Tumbada encima de la cama, no podía dejar de pensar en si había hecho bien al aceptar la invitación de la tía Sofía para asistir al evento de los Sommers. En cualquier caso, lo cierto era que ya estaba hecho y que, conociendo a mi tía, sabía muy bien que de nada iba a servir negarme a cumplir sus deseos. Lo mejor sería ir en calidad de acompañante, saludar a

nuestros conocidos y permanecer un tiempo prudencial en la reunión; así todos estarían contentos y yo podría regresar tranquila y sin contratiempos a casa. En ninguno de los casos, Víctor tendría que sentirse molesto por tal actuación.

Recuerdo que aquel día, cuando llegamos a la casa de los Sommers, encontramos una gran expectación. Muchas eran las personas que habían sido invitadas al evento, y un gran número de ellas conocidas por nosotros, la mayoría de las cuales se dieron cuenta de la ausencia de mi padre.

—No se encontraba muy bien y ha decidido quedarse reposando en la cama —respondía yo cada vez que me preguntaban dónde se encontraba él.

—¡Oh, espero que no sea nada grave! —afirmó la amable señora Rivers, quien llevaba un espectacular vestido en tonalidades de color negro y morado.

—No, no, tranquila —respondí —no es nada de importancia. Últimamente trabaja mucho y está algo resfriado, eso es todo. Pero gracias por preocuparse, Linda.

—Lo cierto es que es extraño no verlo por aquí —dijo, sin yo esperarlo, una voz femenina justamente detrás de mí —Es un hombre tan galante y educado, que es ciertamente raro que no haya acudido a este evento, aunque solo sea para corresponder a la invitación que se le ha hecho —continuó la voz mientras me giraba.

—Buenas noche, Ann —me saludó ella una vez ya frente a mí.

—Buenas noches, Jimena —respondí únicamente por no perder las formas ante el resto de los invitados con los que me encontraba hablando en ese momento.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos... Si no recuerdo mal fue en la pastelería de la señorita Arlington, aunque el encuentro no fue especialmente efusivo... —dijo ella visiblemente dolida ante mi desprecio.

—Todo tiene su razón de ser —le contesté —¿No está de acuerdo?

—Sí, eso es muy cierto, pero no lo es menos que hay ocasiones en las que hacemos juicios de valor sin tener todos los datos, lo cual nos lleva a desarrollar conclusiones equívocas y a tomar decisiones erróneas —prosiguió —Creo que tenemos una conversación pendiente, señora Adams y me gustaría que la tuviéramos hoy y en privado, si no tiene inconveniente alguno —me

pidió.

—No creo que sea el momento más adecuado —le respondí seria y distante.

—Ann, creo que Jimena tiene razón —me dijo Sofía —Ve —me ordenó.

—Está bien, tía —le dije sintiéndome realmente acorralada —solo espero que tú no tengas nada que ver con esto.

—Ha sido pura coincidencia. Te lo prometo —me respondió.

—Creo que deberíamos salir a dar un paseo —dijo la que ahora ya era mi cuñada —Aquí el ambiente está demasiado cargado.

—Muy bien —asentí con firmeza —Vamos, pues.

—Debo confesarte, Ann. Porque puedo seguir llamándote de tú como en los viejos tiempos, ¿verdad? —me dijo antes de comenzar la conversación.

—Sí, claro —respondí con indiferencia mientras salíamos de la habitación hacia la calle.

—Bien —dijo —Te decía que debo confesarte que me sentí profundamente dolida tras nuestro último encuentro.

—Pues lo lamento profundamente, Jimena, pero más dolida me sentí yo al saber que no erais quien decíais ser... Que tanto tu hermano como tú me habíais engañado, a pesar de que yo os había entregado mi total y absoluta confianza —le respondí visiblemente enfadada ante su reproche.

—¿Y qué es lo que tú sabes? —me preguntó abiertamente y sin dejar ambas de caminar bajo una enorme y hermosa colmena de estrellas.

—Sé lo suficiente, Jimena —repliqué molesta.

—No lo creo, querida —me contradijo ella.

—Sé que tanto Marco, cuyo nombre real es Miguel, como tú sois hermanos del que hoy es mi esposo. Sé que habéis utilizado un falso apellido para integraros en nuestro círculo social y tomar venganza de Víctor por algo de lo que él no es responsable... Sé que Miguel ha amenazado de muerte a mi marido...

—¿Eso es lo que te ha contado mi hermano Víctor? —preguntó ella impertérrita —Por tu comportamiento y actitud veo que, evidentemente, tú le has creído... —siguió diciéndome ella.

—¿Y por qué no voy a hacerlo? Es mi marido y siempre me ha demostrado

lealtad, cosa que no puedo decir de vosotros —le reproché.

—Las cosas no son como parecen, Ann. Ya sé que Víctor es tu esposo y que has de quererle si has decidido pasar el resto de tu vida a su lado, pero estás equivocada con respecto a nosotros. Miguel no quiere vengarse de él ni nada remotamente parecido... Si estamos aquí es simplemente para que nos devuelva lo que nos pertenece por derecho propio y legítimo.

—Pero Víctor no puede hacer nada —le dije.

—¡Claro que puede! —exclamó Jimena indignada —¡Puede y debe! Tiene que devolvernos todo lo que es nuestro y que hemos perdido gracias a él.

—No entiendo... —le contesté.

—Días antes del incendio que se produjo en la hacienda, Víctor convenció a nuestro padre para que modificara el testamento...

—Lo sé —le repliqué —gracias a él tenéis un techo y una parte de la herencia de vuestro padre, a pesar de que esa no era su verdadera voluntad... ¿Y así se lo pagáis? —seguí diciéndole.

—¿De dónde sacas semejante falsedad? —me preguntó absolutamente incrédula y enfadada.

—Tu hermano Víctor me lo contó todo, Jimena. No es necesario que me mientas más. —le advertí.

—Pero eso no es cierto, Ann —me dijo ella —Mi padre jamás nos habría dejado desprotegidos ni a Miguel ni a mí. Y especialmente a Miguel, al que adoraba y a quien consideraba su máximo orgullo.

—No creo que ningún padre, por comprensivo que sea, pueda sentirse muy orgulloso de un hijo que pasa el día despilfarrando dinero y gastándolo en mujeres y alcohol...

—¡Qué! —exclamó ella interrumpiéndome —¡No es cierto, Ann! Nada de lo que te ha contado lo es.

—Dame una buena razón por la que deba creerte a ti y no a mi marido, Jimena —le insté

—Ella te está diciendo la verdad —dijo una voz masculina entre las sombras. Era una voz dulce al tiempo que varonil. Una voz que aún y a pesar del tiempo, seguía grabada en mi memoria.

—¡Marco! —exclamé sin poder evitar sorprenderme al verle. Sus enormes

ojos color canela se posaron en mí. Pude sentir cómo su mirada seguía perturbándome y cómo mi corazón había comenzado a latir con fuerza a pesar de todo...

—Buenas noches, querida —dijo él —sigues tan hermosa como siempre.

—¡No puedo creerlo! —exclamé mirando a Jimena —habéis urdido todo esto para que él y yo nos volviéramos a encontrar, ¿no es cierto?

—No, Ann, no lo es —aseguró Miguel —Lo cierto es que todo ha sido causa y efecto del más puro azar. Yo tan solo venía a buscar a mi hermana. Hacía ya un buen rato que no la veía en la fiesta de los Sommers y decidí salir a buscarla porque estaba preocupado. Pero ni siquiera sabía que estaba contigo... Aunque si te soy sincero, he de decirte que me alegra mucho que el destino, el azar o lo que quiera Dios que sea, haya hecho que volvamos a vernos hoy. ¿Por qué nunca respondiste a ninguna de mis cartas, Ann? Necesito hablar contigo...

—No tenemos nada de qué hablar —le respondí fríamente dando media vuelta y con la más firme intención de marcharme de allí.

—Yo creo que sí —insistió él —mañana, ¿te veré en el lago? —me preguntó girándome suavemente hacia él.

—No cuentes con ello —dije sin dejar de lado mi conducta agresiva para con él.

—Por favor, Ann —me pidió —si de verdad deseas saber lo que sucedió entre mi hermano y yo, ve mañana al lago. No te molestaré más, lo prometo... Te esperaré a mediodía, por favor...— terminó de decirme sin dejar de mirarme a los ojos.

—Está bien —le respondí seria— pero quiero que seas consciente de que, si voy, es únicamente porque necesito estar en paz conmigo misma, y para ello tengo que escuchar las dos versiones. No quiero que de ninguna de las maneras te hagas absurdas ideas en la cabeza. Yo quiero a Víctor —le advertí.

—Está perfectamente aclarado —contestó él.

—Y ahora si me disculpáis, creo que debo volver al evento. Mi tía estará preguntándose dónde me he metido. Ya ha pasado mucho tiempo desde que salimos de la casa de los Sommers —repliqué.

—Te acompañaremos —dijo Jimena.

—No, no es necesario —le dije declinando su ofrecimiento —Tampoco es tanto lo que hemos recorrido y la verdad, prefiero estar sola —continué diciendo mientras daba la vuelta y comenzaba a caminar en dirección a la casa de los Sommers.

De regreso a la reunión, sola y únicamente abrigada por la noche, mi cabeza no dejaba de pensar en la conversación que acababa de tener con Jimena Albéniz. Según ella, Víctor era quien me había estado mintiendo, el verdadero impostor... ¿A quién creer? Parecía tan sincera en sus palabras que me hacía dudar... ¿Y cómo saber ahora a ciencia cierta quién decía la verdad y quién estaba mintiéndome? Mi corazón continuaba latiendo con fuerza, y un extraño sentimiento de nerviosismo se había apoderado de mí. Necesitaba saber la verdad. Ya no podría sentirme tranquila hasta no estar absolutamente convencida de que mi esposo había sido del todo sincero conmigo. Algo en mi interior me gritaba que, sin duda, debía acudir a la mañana siguiente al lago para conseguir dar algo de luz a toda aquella oscuridad.

XXI

—Necesito que me ayudes —le pedí al día siguiente a Sofía en Red Hill, sabiendo que, si existía alguien bajo la capa del cielo en quien podía confiar a ojos cerrados, ésa era ella.

—Claro, mi muñeca. ¿Qué es lo que necesitas con tanta urgencia? —quiso ella saber. —¿Ha ocurrido algo con Víctor? —preguntó preocupada.

—No, no... Todo está bien con él, o al menos eso espero... —respondí. —Necesito que me acompañes a mediodía al lago.

—¿Al lago? —dijo ella extrañada —¿Para qué? No entiendo, Ann...

—Tengo que ir al lago, tía. Marco, bueno... Miguel estará allí esperándome —le respondí.

—¿Miguel? ¿Te has vuelto loca, Ann? —dijo ella extrañada y sin darme tiempo a terminar de explicarle lo que estaba sucediendo

—No es lo que tú crees, tía —contesté rápidamente. —Anoche mientras paseaba con Jimena, hablamos sobre su falsa identidad, no pude evitar reprochárselo.

—Entiendo —musitó Sofía.

—Ella me aseguró que es Víctor quien está mintiendo y ya no sé qué o a quién debo creer —seguí explicándome— No sé qué es cierto y qué no lo es y así no puedo seguir... Necesito saber la verdad, tía. ¿Y si es cierto todo lo que Jimena dice y resulta que mi marido ha estado mintiéndome todo este tiempo? —le pregunté a Sofía.

—Eso cambiaría mucho las cosas, ¿verdad? —dijo ella.

—Sí, tía —le respondí. —Eso lo cambiaría todo...

—Claro, porque de haberlo sabido nunca te habrías casado con él, ¿no es cierto, Ann? —siguió ella preguntando.

—Sí, tía... es cierto. A ti no voy a negarte que de no haber sabido todo lo que Víctor me contó sobre su hermano, yo nunca me habría casado con él. De hecho, iba a romper nuestro compromiso el mismo día en que él me contó todo... —le dije sincerándome totalmente con ella.

—Pues a mí me parece que tal coincidencia es cuanto menos curiosa, ¿No crees, querida? —dijo Sofia irónicamente.

—¿Qué estás insinuando? —pregunté —¿Crees que Víctor sabía de mis intenciones y urdió toda esa mentira para desacreditar a Miguel?

—Sinceramente, Ann, a estas alturas de mi vida ya no me extrañaría nada —respondió ella.

—Tenemos que ir al lago, tía —le dije exaltada agarrándola de la mano y tirando de ella.

—Pero al lago ¿para qué? No me has explicado por qué al lago —dijo ella.

—¡Venga! —exclamé —Te lo explico por el camino.

Con el cielo plomizo y a punto de llover, Sofia y yo al galope nos dirigíamos al lugar en que debía reunirme con Marco. Las tormentas veraniegas eran abundantes en Red Hill, y la humedad se notaba en el ambiente, por lo que un fresco aroma a hierba mojada inundaba mis pulmones.

Me sentía inquieta por saber qué era lo que Marco tenía que contarme. Deseaba escuchar todas y cada una de sus palabras y me reprochaba a mí misma por qué había descartado la posibilidad de que fuera él y no Víctor quien estuviera diciendo la verdad.

—Aún no ha llegado —dije desmontando mi yegua cuando llegamos al lago.

—No creo que tarde mucho en hacerlo —respondió mi tía sin bajar de su caballo.

—Eso espero... —susurré.

—Parece que esta vez te me has adelantado —dijo él repentinamente y montado en un hermoso ejemplar bayo mientras se acercaba a nosotras por detrás. —Creí que vendrías sola o es que, ¿acaso me temes, Ann? —preguntó.

—Por supuesto que no —le respondí mirándolo fijamente.

—Si mal no recuerdo, no traías compañía la última vez que nos vimos en este mismo lugar —dijo él.

—Mucho han cambiado las circunstancias desde entonces —respondí.

—Si lo deseáis puedo retirarme —se apresuró Sofia a decir —Tan solo he venido porque ella me lo ha pedido —continuó diciéndole a Miguel —pero yo

nunca he dudado de tu integridad. Sé que eres todo un caballero y que no serías capaz de hacerle daño a mi Ann.

—Puede estar segura de ello, señorita Benoet —añadió Miguel.

—Está bien, tía, puedes marcharte —le dije —estaré bien. Más tarde iré a Red Hill.

—Te espero allí entonces, querida —respondió ella girando su caballo hacia la mansión.

—De acuerdo, tía —dije para despedirme de ella —Y bien —dije dirigiéndome ya hacia Miguel —Aquí me tienes. Habla. Veamos qué es todo eso que tienes que contarme, ya que al parecer es mi marido quién miente...

—Sí, Ann, así es. Pero antes de decir nada, quiero saber qué es lo que te ha contado —me respondió él.

—Eres su hermano pequeño ¿no es verdad? —le pregunté al tiempo que él bajaba de su caballo.

—Lo es, Ann. Víctor y yo somos hermanos, eso es algo que por más que quiera no puedo negar —me replicó él.

—¿Y por qué nunca dijiste nada? ¿Por qué has cambiado tu identidad? ¿Por qué me engañaste? ¡Dime por qué! —le grité.

—Tranquilízate, Ann, por favor —me pidió —Es cierto que mi identidad es otra bien distinta de la que te hice creer, pero yo nunca te engañé. Mi nombre es otro y también lo es mi apellido, pero mis sentimientos hacia ti son los que te he mostrado. En eso jamás mentí —me dijo sin apartar sus ojos de los míos.

—Sigo sin saber quién eres —respondí —Y si tanto me quieres como dices hacerlo, ¿por qué no confiaste en mí? —le pregunté —me mentiste como a todos los demás.

—Perdóname, Ann. No podía decirte nada —se disculpó él —además tampoco quería enredarte en todo esto... Sé que fue un error. Quizá debí hacer las cosas de otro modo, pero supongo que me dejé llevar por mi instinto...

—¿Tu instinto? —pregunté extrañada —¿De qué demonios me estás hablando?

—Empezaré por el principio. Será lo mejor —dijo él acercándose unos pasos a mí —Víctor, Jimena y yo vivíamos con nuestros padres en una enorme

hacienda en el norte español.

—Pero yo siempre creí que tus orígenes eran italianos no españoles — comenté extrañada.

—Lo sé, querida —replicó él —pero lo cierto es que los tres nacimos en España. Mi padre era dueño de importantes minas de wolframio en la zona norte del país. Poseía, además, grandes extensiones de terreno que dedicó al cultivo de cereal, lo cual le hizo aumentar su capital. Tuvimos suerte, fueron años de grandes cosechas...

—Creí que sabías de viñedos y de su cultivo —dije molesta, pensando que también eso era una más de sus mentiras.

—Sí, sí —respondió él —Con el paso del tiempo, mi padre terminó comprando enormes viñedos. Crecí entre esos campos, Ann, y poco a poco fue aflorando en mí la pasión por el mundo del vino.

—Entiendo... —susurré.

—Mi hermano Víctor era un hombre con un carácter rígido y austero. Pronto comprendí que su ambición aumentaba día a día, sin embargo, nuestro padre vio en tal ambición una buena actitud para los negocios y, debido a eso y al hecho de que él era el mayor de nosotros tres, le concedió el privilegio de ser su mano derecha en todos sus negocios y asuntos monetarios. Las cosas parecían transcurrir sin mayores sobresaltos excepto el hecho de que de vez en cuando, Víctor se tomaba ciertas atribuciones para con mi hermana y conmigo que no le correspondían... aunque aprendimos a vivir con ello —dijo con cierta resignación en su mirada.

—Continúa, por favor —le pedí con impaciencia por saber más.

—Cierta día, mi padre nos convocó en reunión familiar. El motivo de ésta no era otro sino hablar de nuestra herencia, Ann.

—¿La herencia? ¿Por qué? —pregunté sin entender —Pero si tu padre seguía vivo aún, ¿Por qué teníais que hablar de herencia alguna? —seguí preguntando.

—Siempre fue un hombre recto y con las ideas bien claras; y quería estar seguro de que nada nos faltaría el día en que no estuviera ya... —se explicó él.

—Sí, Víctor me contó algo... Te desheredó, ¿verdad? —dije convencida de que así había sido.

—¿Cómo? —preguntó él echándose a reír —¿Es eso lo que te ha contado mi hermanito? —dijo sarcásticamente —Nadie me desheredó jamás, Ann. Mi padre jamás habría dejado que ninguno de sus hijos pasara ningún tipo de calamidad. Lo que hizo fue informarnos de que a pesar de lo que nosotros pudiéramos creer, todas sus pertenencias se dividirían en tres partes exactamente iguales, de modo que cada una de ellas pertenecería a uno de nosotros.

—Entonces no comprendo cual era el problema —le dije.

—El problema era que mi querido hermano mayor consideraba injusto que a Jimena y a mí se nos concediera la misma herencia que a él, puesto que decía que él era quien más había trabajado para conseguir esas tierras y que, si el legado de nuestro padre era amplio, se debía en buena parte a él. De manera que consideraba que, a mayor trabajo y esfuerzo, mayor debía de ser el patrimonio entregado —siguió explicándome Miguel.

—Pero en cierto modo, tenía razón —respondí. Me parece bastante justo.

—Sí, y quizá lo fuera, Ann —añadió él —y sé que quizá suene a excusa, pero lo cierto es que si él se hizo cargo de todo fue única y exclusivamente porque mi padre le nombró a él para desempeñar tal cargo. También yo podría haberlo desempeñado y habría puesto toda mi alma en ello. Pero no fue así. Yo ayudaba en todo lo que buenamente podía, pero Víctor me ponía muy difíciles las cosas. Mis ideas y sugerencias jamás eran tenidas en cuenta, para él no era más que un mocoso que no tenía idea de qué estaba hablando. Y respecto a Jimena, mejor no hablar... Él no la consideraba más que una niña... Comencé entonces a encargarme de lo que es la propia tierra en sí. Había que sacar la cosecha adelante para poder devolver los préstamos que los bancos nos habían otorgado y no nos embargaran la hacienda, así que yo no dudé un momento en ponerme a sembrar, cosechar y recolectar junto a los jornaleros. Con el paso del tiempo, mi padre comenzaba a hacerse mayor y era mi hermano quien tomaba la mayor parte de las decisiones; se convirtió en un ser severo y dictatorial al que no se podía contradecir en nada.

—Pero Víctor no es en absoluto como tú lo describes —le dije —es un hombre bueno y cariñoso.

—Quizá contigo lo sea, Ann, pero cuidado porque su verdadero yo está ahí

dentro y saldrá más tarde o más temprano —me advirtió.

—¿Y por qué os fuisteis de la casa Jimena y tú? —continué preguntando dejando de lado su advertencia —¿Qué fue lo que ocurrió?

—Una noche, se produjo un extraño fuego en la hacienda. Alguien quemó la cosecha e incendió la casa familiar. La cosecha comenzó a arder y en pocos minutos todo estaba siendo devorado por las llamas —Mientras Marco hablaba, observé que estaba cambiando la expresión de su cara a medida que relataba el suceso —me desperté y solamente vi fuego a mi alrededor; escuché gritar a mi hermana que dormía en la habitación de al lado y salí corriendo a buscarla. La encontré aterrada y acurrucada en un rincón llorando. La cogí en brazos y la saqué como pude de allí.

—¡Santo Dios! —exclamé.

—Cuando estaba fuera de la casa, me di cuenta de que mis padres continuaban aún en su interior, pero ya todo estaba en llamas, y por más que intenté entrar, me fue imposible. Minutos después la casa entera se vino abajo con ellos en su interior...

—¿Y Víctor? —quise saber —¿Dónde estaba él?

—Es una pregunta cuya respuesta desconozco, Ann. Lo único que sé es que cuando lo vimos de nuevo, él no tenía ni un solo rasguño, es más ni tan siquiera llevaba la ropa quemada o ahumada...

—¿Qué estás queriendo decirme? ¿Que él lo tramó todo? —pregunté.

—Te seré muy sincero, Ann. Tanto Jimena como yo siempre hemos sospechado que él tuvo algo que ver en la muerte de nuestros padres —me respondió casi con lágrimas en los ojos —Es demasiada coincidencia que a él no le ocurriera nada, demasiada coincidencia que su ropa estuviera intacta y limpia. Su actitud fría y distante al vernos vivos. Su discusión con mi padre por el tema de la herencia horas antes de que todo aquello ocurriera... Siempre me he preguntado qué habría pasado esa noche de no haberse producido aquella reunión familiar... ¿Y sabes qué es lo más triste, Ann? —me dijo.

—¿Qué? —le respondí.

—Que tengo la certeza de que no habría ocurrido nada. Habría sido una noche como otra cualquiera. Y mis padres no habrían muerto así...

—¿Pero qué me estás intentando decir? —le dije ¿Quieres decir que

Víctor provocó el incendio buscando que toda su familia muriera aquella noche, y así quedarse él con toda la herencia? —le pregunté sin dar crédito a lo que Miguel me estaba relatando. —Pero eso es absurdo —dije respondiendo a mi propia pregunta —tú mismo has dicho que se quemó toda la cosecha junto a los muebles y demás pertenencias que estaban en la hacienda; era muy poco lo que le podía quedar.

—Te equivocas, querida Ann —respondió él. —La verdadera herencia de mi familia se encontraba custodiada en la entidad bancaria de mi padre, dentro de fuertes cajas de seguridad. Allí se habían depositado varios millones, además de joyas y de los títulos de posesión de las minas de wolframio y de los viñedos que distaban a muchas millas de nuestro lugar de residencia habitual. Todo ello estaba intacto, Ann y, de hecho, todo ello fue a parar a sus manos.

—Pero vamos a ver... no entiendo Marco —repliqué.

—Llámame Miguel —me pidió —ese es mi verdadero nombre.

—Bien, Miguel —dije sintiéndome más que extraña al referirme a él con tal nombre —No entiendo por qué os fue necesario pedir préstamo alguno al banco para hacer que la cosecha siguiera adelante con tal patrimonio. Con todo el capital que vuestro padre había depositado en su banco, teníais liquidez suficiente para poder correr con los gastos de la siembra y demás o ¿me equivoco?

—Sí, querida, te equivocas una vez más. Nuestro padre había dispuesto que todo el capital existente en las cajas fuertes del banco solo pudiera tocarse una vez que él hubiera fallecido. Esa era nuestra herencia y no quería, bajo ningún concepto, que se tocara antes —se explicó él —te vuelvo a repetir que su único deseo era que no nos encontráramos desamparados a su muerte.

—¿Y vuestra madre? ¿A ella no la protegió? —me interesé.

—Por supuesto que sí. Era condición indispensable que nos hiciéramos cargo de ella si queríamos heredar algo. De otro modo, solamente mi madre tendría derecho a administrarlo todo.

—Comprendo —le dije —pero sigo sin saber por qué os marchasteis sin pedir lo que os correspondía —le insistí y ¿dónde está todo ese patrimonio del que hablas?

—Nos marchamos porque aquella fatídica noche en que nuestros padres murieron, yo era un joven inmaduro e inocente que no sabía de leyes ni negocios y que ignoraba qué era lo que nos pertenecía por derecho propio. Nuestro hermano nos advirtió de que, si tratábamos de hacer algo, él mismo nos buscaría y nos mataría, Ann —me confesó — Yo era apenas un crío mientras que él era ya un hombre influyente que conocía a mucha gente importante y su palabra valía mucho más que la nuestra. Me sentí acorralado y, lo asumo, fui cobarde, así que decidí marcharme con mi hermana y comenzar de nuevo en otra parte.

—¿Y os fuisteis así, sin más? ¿Sin dinero? ¿Sin nada? —dije yo sin poder dejar de preguntar.

—No, tu marido fue generoso después de todo. Con tal de conseguir su propósito de hacernos desaparecer, finalmente nos entregó algo de dinero, no mucho eso sí, pero el suficiente para poder empezar en otro lugar. No fue fácil conseguirlo, pero con el dinero que Víctor nos dio junto con el que Jimena y yo teníamos ahorrado pude comprar unas tierras que, gracias a nuestro esfuerzo y a la voluntad de Dios, nos dieron muy buen rendimiento. A partir de ahí, tuve suerte, el negocio fue haciéndose cada vez mayor, y de hecho, ahora, tenemos nuestra propia bodega —dijo satisfecho de su logro —Algunos meses después supe que Víctor, al saber que estábamos muy lejos de él, nos había dado por muertos haciendo creer a todos los que nos habían conocido que, tanto mis padres como Jimena y yo, habíamos fallecido en el incendio — siguió contándome.

—Debisteis volver —advertí yo —Así la mentira de Víctor habría caído por su propio peso y todos habrían sabido que, en realidad, Jimena y tú estabais vivos.

—Quizá, Ann —replicó él —pero yo pensé que ése no era el momento. Simplemente, creí, y aún lo creo, que debía esperar.

—¿Y todo lo que vuestro padre dejó en las cajas fuertes? —continué preguntando.

—Todo aquello pasó a sus manos, querida —me explicó —Al desaparecer todos los miembros de la familia, él se convirtió en heredero universal.

—Pero Víctor no tiene nada de esa herencia —le respondí confusa.

—Por supuesto que lo tiene, Ann —replicó él —otra cosa es que no te lo haya hecho saber. Pero es dueño absoluto de varias minas y grandes viñedos españoles. ¿Dónde crees que está ahora mismo? —me inquirió.

—Víctor está en Manchester —le dije convencida —En viaje de negocios.

—No te ha dicho nada de España, ¿verdad? —preguntó él.

—No —dije escuetamente.

—Pues es allí donde hace sus negocios, Ann, y apostaría a que es donde se encuentra en este mismo momento —aseguró.

—No puedo creer lo que me estás contando —repliqué totalmente noqueada por toda la información que había recibido en los últimos minutos.

—Tienes que creerme Ann, es todo cierto. Te he dicho toda la verdad, lo juro —dijo Miguel sosteniendo mi mano y mirándome fijamente a los ojos. Su mirada se había clavado en mí una vez más. Era una mirada clara, sincera y transparente como las más limpia de las aguas. Veía en ella reflejada la verdad. Estaba segura de que no había ningún atisbo de mentira o falsedad en sus palabras.

—Te creo —le dije —claro que te creo...

—Necesitaba tanto escuchar esas palabras de tu boca —me contestó — Todo este tiempo sin ti ha sido una tortura, Ann. Y saber que Víctor te tenía lo ha sido aún mucho más.

Te he necesitado más que a nadie en el mundo. No he dejado de quererte ni un solo instante, ni uno solo —continuó diciendo él mientras sus labios se acercaban a los míos para besarme.

—Miguel... —susurré dejándome llevar y acercando mi boca a la suya.

Aquel beso, húmedo, ardiente, me estremeció de pies a cabeza. Tras él, otros muchos vinieron después, acompañados de suaves caricias y dulces arrullos que se produjeron ya no junto al lago, sino en la casa de los Adams, en la cama en la que Víctor y yo dormíamos noche tras noche...

Aquellos fueron momentos mágicos en los que no pensé en nada, simplemente, sentía un manantial de pasión que me envolvía total e irremediabilmente. Un torrente de emociones maravillosas y de infinitas sensaciones ante el que mostraba mi más absoluta sumisión. El contacto de Miguel con mi piel hacía vibrar cada uno de los poros de mi ser. No recordé a

mi marido y tampoco me importó el mundo exterior o lo que pudiera suceder después. Me sentía viva, plena. Me sentí más mujer de lo que lo había hecho jamás en toda mi vida. En ese instante, tan solo existíamos Miguel y yo en un abrazo cálido, cautivador, constante. Mi corazón palpitaba anhelando despertar a su lado aquella mañana y todas las del resto de mi vida...

—Vayámonos —me susurró Miguel al despertar.

—¿Irnos? ¿Cómo? Es una locura —acerté a decirle rodeada entre sus brazos.

—¿Y qué importa? —me insistió. —Vámonos, Ann, por favor. Empecemos de nuevo en otra parte, una nueva vida.

—Pero yo estoy casada —le dije.

—Eso no importa. Podemos marcharnos a otra parte donde nadie nos conozca. Víctor no nos encontrará —siguió él diciendo.

—¿Y mi padre? No puedo dejarle —le dije.

—Ann, tu padre estará bien. Y puedes escribirle desde donde estemos contándole todo. Es un hombre justo y comprensivo, lo entenderá.

—No puedo, Miguel, no puedo dejarle —volví a repetirle.

—¿Tú me quieres, Ann? —me preguntó girando mi cara hacia él.

—Por supuesto que sí, ¿cómo puedes dudarle después de lo que acaba de pasar entre nosotros? —le contesté molesta por su pregunta.

—Entonces, vámonos. Ya no tenemos nada que hacer aquí. Yo vine buscando a Víctor porque deseaba recuperar lo que era mío y cumplir la voluntad de mi padre, pero contigo a mi lado tengo mucho más de lo que él pueda darme. No necesito nada más —me respondió. —Con todos los negocios que tengo podremos vivir holgadamente el resto de nuestras vidas, no tienes de qué preocuparte. Te daré todo lo que te mereces y te trataré como la princesa que eres, Ann.

—Lo sé —le respondí tranquila y serena —No tengo ninguna duda al respecto, además el dinero es lo que menos me preocupa.

—Entonces ¿qué temes, querida? —quiso saber él.

—Nada, Miguel, a tu lado ya no temo nada —le contesté acariciando su cara —Necesito dos días para dejarlo todo listo, después nos iremos donde tú decidas —terminé de decirle totalmente resuelta a dejarlo todo atrás y

marcharme con él.

—Lo sabía —me dijo él besándome —Sabía que no me ibas a fallar. Te veré dentro de dos días en la playa. Te esperaré a las tres en punto.

—Allí estaré —le prometí —pero ahora vete, por favor, no es prudente que sigas aquí. El servicio puede llegar en cualquier momento.

—Te quiero, Ann —fueron las últimas palabras que escuche de su boca aquella hermosa mañana de primavera.

XXII

Las horas posteriores a aquel encuentro me sentía profundamente feliz. Sabía que junto a Miguel nada malo podría ocurrirme. Tenía la certeza de que juntos seríamos capaces de lograr cualquier meta o propósito que tuviéramos. Así, sin pensar en nada más, pronto comencé a hacer la maleta para marcharme junto a él sin mirar atrás. Cuando, ya estaba terminando de preparar mi equipaje, alguien tocó imprevisiblemente la puerta de la habitación.

—Un momento —grité asustada desde mi lado de la puerta —por favor — pedí agitada, terminando de recoger todo y escondiendo la maleta bajo mi cama.

—Puedes pasar —dije sin saber a ciencia cierta quién era mi interlocutor y al tiempo que me sentaba frente al tocador para fingir que estaba peinando mi cabello.

—Señora, el señor acaba de llegar —dijo una de mis más jóvenes camareras, tras abrir la puerta y entrar en el interior de la estancia.

—Gracias, Abbie —le respondí con falsa serenidad —puedes decirle al señor que ahora mismo bajo y estoy con él.

—Así lo haré señora —me contestó la muchacha saliendo de mi cuarto, mientras yo me levantaba ya para dirigirme al despacho de mi marido, pues estaba totalmente convencida de que él estaría allí.

—¡Querida! —exclamó él nada más verme bajar por la escalera que daba a su despacho —¡Qué ganas tenía de verte, Ann! —continuó exclamando dirigiéndose hacia mí para abrazarme.

—También yo a ti, Víctor. Te extrañé —le mentí.

—Ya no veía la hora de volver a casa y estar con mi adorada mujercita — continuó diciéndome.

—¿Y tus negocios? ¿Cómo te fue? —le pregunté al tiempo que me sentaba lentamente sobre sus piernas.

—¡Mejor imposible! —dijo él —todo ha salido como esperaba. Creo que

no tendré que volver a marcharme en una muy larga temporada.

—Me alegra oír eso, mi vida —continuó mintiéndole.

—¿Y por aquí ha habido alguna noticia o evento interesante que deba conocer? —quiso saber él.

—No, querido —repliqué como inapetente —Todo ha seguido tan aburrido como siempre. Ya no ocurre nada en esta pequeña ciudad.

—¿Y tú que has hecho en estos días sin mí? ¿Te has aburrido mucho? —siguió preguntando.

—Un poquito sí... —respondí —pero bueno, he matado el aburrimiento con largas charlas y un poco de lectura en Red Hill. De hecho, salía ahora mismo para allá, quedé en ir a la iglesia con Sofia, ¿quieres venir conmigo y así los saludas a todos? —le pregunté en un intento por que no notara nada anormal en mi comportamiento.

—No, querida, estoy cansado del viaje. Mejor en otro momento —me respondió él.

—Está bien, como quieras. Volveré temprano —le dije dándole un beso de despedida en la mejilla.

De camino a Red Hill, no pude evitar pensar en todo lo ocurrido y en lo que habría de suceder si como Miguel me había pedido, me marchaba con él. Pensaba en mi padre, en la tía Sofia, en mi querida Rose y en el hecho de que tendría que separarme de ellos prácticamente para siempre si huía con Miguel. Sin embargo, era un precio que estaba dispuesta a pagar. Mi amor por él era más grande que cualquier otra cosa, y algo en lo más profundo de mi ser me decía que sería infeliz si me quedaba allí sin él. Además, ya no podía confiar en mi marido y el sentimiento de cariño que tenía hacia él había desaparecido al conocer sus oscuras intenciones y lo que había sido capaz de hacer con su propia familia. Sí, sin duda y definitivamente, tenía que marcharme. Ya no podía quedarme... Aquel sería el último día que pasaría en Red Hill.

—Hola, mi muñeca —me saludó Sofia al verme en la mansión.

—Buenos días, tía. ¿Cómo estás? —le pregunté cariñosamente mientras me acercaba a ella para darle un abrazo y un beso como era mi costumbre cada vez que saludaba, o me despedía de alguno de mis familiares.

—Bien, querida. Yo estoy muy bien. He dormido plácidamente toda la

noche. ¿Y tú cómo estás? Me dejaste algo preocupada ayer —me advirtió.

—Lo siento, tía. Ya sé que debí venir para hablar contigo después de mi conversación con Miguel, pero me resultó del todo imposible. Es por eso que vengo hoy; necesito hablar contigo algo personal y en mi casa no es posible.

—¿Ya ha regresado tu marido? —quiso ella saber.

—Sí —respondí —Ha vuelto esta misma mañana. Está descansando porque dice que el viaje ha sido agotador. Claro, desde España... ¡No me extraña! —exclamé con sarcasmo.

—¿Desde España? —repitió Sofia.

—Desde España... —le contesté mientras comenzaba a sonar el teléfono.

—Discúlpame, querida voy a coger el teléfono. No sé qué es lo que pasa en esta casa que nadie atiende ese ruidoso aparato jamás —dijo ella molesta.

—Hola —dijo mi tía al descolgar —sí, sí, aquí es —la escuché decir — Un momento, por favor —continuó diciendo —Lucía, por favor, avisa a Rose de que tiene una llamada. Y que se dé prisa —le dijo a la sirvienta en un momento en que oportunamente pasaba por allí.

—Enseguida, señorita —respondió la muchacha.

—¿Ocurre algo? —pregunté interesada en saber qué era lo que estaba pasando.

—Pues no lo sé. Es la policía —me contestó.

—¿La policía? Algo ha pasado, seguro... —dije yo preocupada.

—Vamos a esperar a que venga Rose, la llamada es para ella —continuó diciendo mi tía.

—Quizá han llamado porque saben algo de su marido, ¿no crees? —le dije a Sofia.

—Sí, querida, pero hay que ser muy precavido con lo que se dice. Rose está muy sensible con este tema. Debemos ser prudentes y tener cuidado —me contestó ella.

—Lo sé, tía. ¡Y cómo no va a estarlo pasando mal, si es la segunda vez que la abandona el mismo hombre! Porque eso de que le ha pasado algo... Está clarísimo que él se ha marchado por propia voluntad. Siempre presentí que había algo oscuro en él... Pobre Rose... ni tan siquiera pudo disfrutar de él en su noche de bodas —dije sin pensar muy bien lo que decía en alta voz.

—Ann, por favor, no es el momento —me replicó Sofía.

—¿Me llamabais? —preguntó justamente en ese momento Rose mientras entraba en el salón, donde Sofía y yo disfrutábamos de nuestra charla.

—Sí, Rose —le respondió mi tía —Hay una llamada para ti. Creo que es la policía...

—¿La policía me llama? ¡Ay, Dios mío! —exclamó Rose con asombro y cierto miedo al tiempo que cogía el auricular del aparato.

—Dígame —dijo miedosa, con el auricular ya en el oído y temblando.

—Sí, soy yo. Sí, sí, señor, es mi marido... Entiendo, señor —decía ella. —Muy bien, señor, en media hora estaré ahí. Gracias —terminó diciendo tras lo cual se dispuso a colgar el teléfono.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien, nana? —le pregunté yo absolutamente preocupada por ella en vez de por lo que le pudiera haber pasado a su esposo.

—Han encontrado un cuerpo cerca de aquí. En los acantilados. Creen que puede ser Gilbert y me han pedido que vaya a reconocer el cadáver —dijo Rose apesadumbrada.

—Te acompañaremos —le contesté.

—No, niña, no —me replicó —no es necesario, de verdad, yo puedo ir sola.

—Pero a mí no me importa ir contigo, de verdad, nana. Es más, quiero ir —insistí.

—Voy sola, Ann —me respondió ella escuetamente y saliendo del salón, sin dar mayor a oportunidad a nada más.

—Yo la veo muy mal, tía. Creo que no deberíamos dejarla ir sola —le dije a Sofía.

—Déjala, muñeca. Es algo que quiere hacer sola y debemos respetarlo —me instó Sofía —Puede no parecerlo, pero Rose es una mujer muy fuerte, Ann.

—Lo sé, tía, pero me preocupa, no puedo evitarlo —le respondí yo.

—Lo sé, querida, pero las cosas son así, y así hay que aceptarlas —terminó de decirme poniendo una de sus manos sobre mi hombro.

—Volviendo a lo de antes, ¿Qué es lo que me decías de España? —me preguntó repentinamente dando un giro absoluto a la conversación, al tiempo que trataba que se acercaba a una de las butacas del salón para sentarse en

ella.

—No lo vas a creer tía Sofía. Aún yo estoy incrédula ante todo lo que está ocurriendo. Miguel me explicó ayer que Víctor tiene negocios en España. Al parecer toda la familia es española y aún conservan todo su patrimonio en ese país, patrimonio que, por otra parte, está en poder de mi marido —le dije bajando la voz.

—Eso quiere decir que Víctor ha estado fingiendo también todo este tiempo —aseveró mi tía.

—Pues no lo sé... Jamás me habló de inversión alguna en España —le respondí —Miguel insiste en que su hermano es el dueño de importantes posesiones allí. Minas, viñedos e incluso una hacienda, que quedó en ruinas y quemada...

—¿Una hacienda quemada? ¿De qué hablas, Ann? —preguntó Sofía sin entender a qué me estaba refiriendo.

—Es una larga historia, tía. Ya te la contaré en otra ocasión —le respondí. Lo que necesito ahora es que me ayudes.

—Ya sabes que cuentas con todo mi apoyo para lo que necesites, querida —me contestó sin cuestionarme nada.

—Lo que voy a revelarte no debe saberlo nadie, tía. Puedo confiar en ti, ¿verdad? — le pregunté queriendo asegurarme de que así era.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó —¿Acaso lo dudas? Me ofendes, Ann...

—Me voy con Miguel, tía —le dije sin rodeos de ningún tipo.

—¿Cómo? ¿A dónde? ¿Qué dices? —preguntó ella frenéticamente.

—Me marcho mañana —le respondí —Ya lo he meditado y no hay vuelta atrás. Él es la persona con la que quiero estar, y siento que no seré feliz si lo dejo ir sin mí. Lo he pasado muy mal todo este tiempo; he intentado ser otra persona, Dios sabe que lo he intentado... pero no he sido capaz y no puedo engañarme a mí misma... Ya no, tía. Es absurdo.

—Entiendo —se limitó a decir Sofía —Si estás segura de que eso es lo que quieres, sabes que yo te apoyaré, pase lo que pase, Ann. Pero esta es una decisión importante, y debes pensarlo muy bien, porque una vez que des un paso adelante, ya no habrá marcha atrás, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, tía, lo sé y está decidido —dije al tiempo que sentía que mi cuerpo comenzaba a pesarme más y más.

—¡Ann! —gritó ella mientras yo sentía cómo mi cuerpo se desplomaba sobre el suelo.

—¡Ann!, ¡Ann! —la escuchaba decir entre voces que sonaban muy lejanas dentro de mi cabeza.

—Ann, despierta —me decía sacudiendo suavemente mis mejillas con el propósito de que me espabilara.

—¿Sofía? —recuerdo haber dicho.

—¿Estás bien, mi muñeca? —me preguntó.

—No lo sé... —respondí —Me duele mucho la cabeza. Ayúdame a levantarme, por favor —le pedí.

—Ven, apóyate en mí —me ordenó —Así, solo un poco más, ya casi estamos en el sofá —me decía —así muy bien. Túmbate —seguía diciéndome.

—Tía, ya estoy bien. Solamente ha sido un mareo, nada más —le dije para tranquilizarla.

—Me has dado un susto de muerte cuando te he visto caer al suelo así tan repentinamente —me contestó —ahora mismo llamo a Joseph para que venga a verte. Esto no es normal, Ann.

—Estoy bien de verdad, tía. Será una bajada de tensión, nada más. Ya sabes que soy propensa a tener la tensión baja, pero no es nada, no hagas un drama de esto y acompáñame a mi casa, por favor —le pedí.

—Está bien, pero sigo pensando que debería verte un médico —continuó ella rezongando.

—No lo creo necesario —dije quitándole importancia al asunto y agarrándome de su brazo con suavidad —Pareces mi madre —le dije sonriendo.

—Si es que me das unos sustos... —continuaba diciendo ella al tiempo que salíamos ya hacia el jardín y con dirección hacia mi casa.

Todo el camino hasta que llegamos a la señorial casa de los Adams, lo pasamos hablando de mi futura huida con Miguel. Cómo íbamos a hacerlo, dónde teníamos pensado ir, cuando sería... Le confié absolutamente todos nuestros planes a Sofía. Estaba completamente segura de que podía confiar en

ella; porque, después de todo, mi tía era la única persona en Red Hill que sabía no solo entenderme, sino apoyarme sin juzgar mis actos.

Cuando quisimos darnos cuenta, estábamos ya en el interior de mi casa. Al escucharnos hablar, Víctor salió a saludar a Sofía con su amabilidad y cortesía de siempre.

—Me alegra verte, Sofía —le dijo al vernos —¿Cómo estás? ¿Qué tal van las cosas por Red Hill? —preguntó él única y exclusivamente por ser cortés.

—Muy bien, Víctor. Todo como siempre por la mansión de los Lake. Hace tanto que ya no nos visitas... —le respondió ella.

—Sí, sí, es cierto que es mucho el tiempo que hace que no voy por allí, pero debéis comprender que mis obligaciones laborales me lo impiden y no me dejan todo el tiempo libre que quisiera —contestó él.

—Ya Ann me ha puesto al corriente de tus nuevas inversiones y de todo el trabajo que tienes, y tener trabajo es bueno, querido, pero tampoco debes descuidar tus obligaciones con la familia —le respondió mi tía.

—Intentaré visitaros lo antes posible —se limitó a decir mi esposo mientras yo sentía que me desvanecía nuevamente.

—¡Cariño! —exclamó Víctor cogiéndome entre sus brazos.

—Me siento muy mareada —fue lo único que acerté a decir.

—Hay que llamar a Joseph —dijo mi tía muy nerviosa —Le ha pasado algo similar en Red Hill —fueron las últimas palabras que oí estando a la entrada de mi casa aquel día.

Cuando desperté, no sé cuánto tiempo después, me encontraba en mi cama. Tenía un ligero dolor de cabeza y sentía que las piernas me pesaban mucho más de lo normal. Joseph estaba de espaldas a mí buscando algo en su maletín de médico

—¿Qué me pasa, Joseph? —le pregunté casi sin fuerzas y sintiéndome totalmente agotada —Quiero que me digas toda la verdad, y sin ningún tipo de rodeos. Quiero saberlo todo desde el principio, por favor —le advertí.

—Pues tienes algo que es muy común, Ann —me dijo él.

—¿Es cólera? ¿Tifoidea? ¿Qué es? —le pregunté con miedo, pero absolutamente convencida de que quería saber qué era lo que me estaba pasando, fuera lo que fuera.

—Estás embarazada, Ann, enhorabuena —me felicitó.

—Embarazada... —susurré cerrando los ojos y recordando la última vez en que me había acostado con mi marido... —Miguel... —pensé automáticamente después. Un sudor frío me caló hasta los huesos: Iba a tener un hijo de Víctor. En un abrir y cerrar de ojos, todo había cambiado. ¿Cómo podía marcharme ahora sabiendo que estaba embarazada de mi marido? Mi hijo merecía saber quién era su padre y crecer a su lado, ese era un derecho que yo no le podía arrebatar. Simplemente, no podía... Me sentí nuevamente acorralada por las circunstancias, ninguneada por la vida, una vez más...

—¿Ya ha despertado? —oí que Víctor le preguntaba a Joseph.

—Sí, y debo decirte que no tienes nada de qué preocuparte —le dijo.

—¿Qué es lo que tiene? —quiso saber mi marido.

—Enhorabuena, Víctor —le dijo dándole un pequeño golpecito en el hombro —muy pronto vas a ser papá.

—Pero... —dijo perplejo —¿estás seguro?

—Completamente. Tu mujer está en estado de buena esperanza, ¿es que acaso no te alegras?

—Sí, sí —afirmó sin estar muy seguro de estarlo —Claro, por supuesto, es una gran noticia —continuó diciendo con una cara que me resultó un tanto extraña.

—Pues entonces, yo ya no tengo nada más que hacer aquí —comentó Joseph con intención de marcharse —Descansa mucho, aliméntate bien y nada de esfuerzos ni emociones fuertes —dijo refiriéndose a mí.

—Sí, Joseph, lo haré —le contesté —Y gracias por todo —seguí diciéndole al tiempo que se dirigía a la puerta y me dejaba a solas con mi marido.

—Así que mamá, ¿eh? —dijo Víctor acercándose a mí y sentándose en la cama.

—Eso parece. ¿Estás contento? —le pregunté con cierto miedo.

—¿Lo estás tú? —quiso saber él.

—No lo esperaba, pero lo querré más que a nadie en este mundo —le aseguré —No has respondido a mi pregunta, Víctor —seguí diciéndole— ¿Acaso no te alegra el hecho de que vayamos a ser padres?

—Por supuesto que sí, Ann. ¿Cómo no? —dijo levantándose de la cama —
Es ahora cuando comienza nuestra verdadera familia... ¿no es así? —dijo
mostrándose frío y distante, al tiempo que salía de nuestra habitación...

XXIII

Tras la inesperada noticia de mi embarazo, todo había cambiado para mí... Ya no podía irme con Miguel. Mi conciencia me lo impedía. De ningún modo podía marcharme, dejarlo todo atrás y negarle a mi hijo su derecho a conocer y crecer junto a su padre... Tenía que elegir y, sin querer, ya lo había hecho. De modo que escribí a Miguel para advertirle de que no asistiría a nuestro encuentro:

Amor mío:

Han sucedido demasiadas cosas inesperadas en estas horas que hemos estado separados, cosas que ni tú ni yo podemos controlar y que me impiden quedarme a tu lado...

Te devuelvo tu libertad, si es que alguna vez has sido del todo mío... Con el paso del tiempo, quizás algún día puedas llegar a entenderme y comprender por qué hago lo que estoy haciendo hoy. Mientras tanto, te pido que me olvides y me perdones, si es que puedes hacerlo.

Ann.

Tras escribirle, me dirigí a Red Hill para pedirle a Sofía que fuera hasta la playa a entregarle mi carta a Miguel y le comunicara que yo jamás acudiría a nuestra cita. Cuando ella regresó no pude evitar pedirle que me contara qué había ocurrido.

—Nada, Ann. No pasó nada —me respondió ella —¿Qué esperabas? — me preguntó —¿Acaso esperabas a que él saliera corriendo hasta tu casa para pedirte que no le abandonararas? —continuó ella con cierta ironía.

—¿No te dijo nada? —quise yo saber —No puedo creer que no te dijera nada de nada, tía —insistí.

—No, Ann, no dijo nada. Simplemente se dejó caer en la arena al leer tu carta y después la rompió en mil pedazos. Y si lo que estás buscando es que te diga que he dejado a Miguel herido tras saber de tu abandono, te diré que sí, querida; he visto a un hombre destrozado esta mañana en la playa, Ann ¿Ya estás satisfecha? ¿Es eso todo lo que querías saber? —me preguntó ella

visiblemente afectada por mi decisión.

—Sofía no entiendo tu actitud, ¿Qué te pasa? —le pregunté molesta por cómo me estaba hablando.

—¿Y a ti, Ann? ¿Qué te pasa a ti? —me contestó ella airada. ¿Cómo puedes comportarte como lo estás haciendo? Ni tu abuela ni yo te enseñamos a tener semejante comportamiento, y tu padre menos aún. Estás siendo tan egoísta... ¿Crees que puedes llenar de ilusiones a las personas y después dejarlas así sin más? ¡Pues no, Ann! —exclamó ella —¡No puedes!

—¿Y qué querías que hiciera? —le grité —Sofía, estoy embarazada, no puedo marcharme ahora... Mi hijo merece saber quién es su padre y criarse a su lado, yo no soy nadie para negarle eso. Creí que me entendías y me apoyabas, tía —le reproché yo.

—Apoyarte siempre, Ann —me respondió —pero entenderte no, esta vez no... Ni tan siquiera has sido capaz de ir por ti misma hasta la playa para hablar con Miguel y explicarle todo lo que ha ocurrido. ¿Es que ni eso se merece? Estás siendo cruel y cobarde. Ésta no es la Ann que yo conozco... —dijo ella.

—Me asusté, Sofía —le confesé —Temí que si iba a la playa y le veía una vez más no sería capaz de dejarle... No habría podido hacerlo. Estoy segura de que no habría podido...

—Si me hubieras hecho caso cuando te lo advertí —dijo sin dejar de regañarme —Te dije mil veces que, si no le querías lo suficiente, no te casaras con Víctor...

—¡De nada sirven los lamentos ahora! —exclamé —¡Por el amor de Dios, tía, soy humana! ¡Cometo errores! —le dije —La vida me ha quitado el amor, pero me ha dado algo mucho más grande que es mi hijo, por él merece la pena cualquier sacrificio; pagaré cualquier precio para que él esté bien, Sofía.

—Es un precio demasiado alto, Ann —me advirtió ella.

—Mi marido siempre me ha tratado bien. Tú bien sabes que me adora, que me cuida y se preocupa por mí. Formaremos una familia y con el tiempo olvidaré a Miguel y él también me olvidará. Es la vida que nos ha tocado vivir... —acabé de decir con las lágrimas asomando en mis ojos.

Sin duda, algo había perturbado a mi tía de manera inevitable, pues tras

mis palabras, ella tan solo me miró y salió de la habitación en la que nos encontrábamos sin decir nada más. Inspiré profundamente y me dispuse a salir de Red Hill para volver al que se suponía que era mi hogar. Mientras regresaba a casa, iba pensando en todo aquello que había rechazado al entregarle esa carta a Miguel. Había perdido su mirada, su abrazo, sus besos, su confianza, la felicidad y plenitud que sentía al tenerlo a mi lado. Lo había perdido todo. Imaginé entonces lo que podría haber sido nuestra vida juntos, y me sentí morir... Sacudí la cabeza tratando de ahuyentar todos esos malos pensamientos que tanto me herían, y pensé que no tenía sentido castigarme así, evocando lo que nunca podría ser... Entonces, en un intento de optimismo desesperado, vi un hogar confortable y tranquilo al lado de mi marido y con nuestro hijo, lo cual me reconfortó un poco.

Al llegar a casa, como siempre Abbie me quitó el abrigo y lo colgó en el perchero que se encontraba a la entrada.

—¿Qué tal el día, señora? —me preguntó amablemente

—Sin mayores sobresaltos —le respondí sin entrar en pormenores —¿Y el señor? ¿Está en casa? —le pregunté a la doncella.

—El señor se encuentra en su despacho, está trabajando, como siempre. Al parecer tiene trabajo acumulado —contestó ella.

—¿Y sabes con qué especialidad culinaria nos deleitará hoy Ellen? —pregunté sonriendo mientras me quitaba el sombrero.

—Pues creo que hay conejo estofado, señora —respondió ella.

—Perfecto —dije yo —Está bien, Abbie, gracias por todo. Ya puedes retirarte —le indiqué mientras me dirigía ya hacia el despacho de mi marido.

—¿Es que no puedes dejar de trabajar ni un solo momento? —le pregunté cariñosamente al tiempo que abría las puertas correderas de su despacho— Acabas de llegar a casa de tu viaje y desde que pusiste un pie en esta casa no has hecho otra cosa más que trabajar, Víctor, no me has dedicado ni un instante —me quejé.

—Tengo que terminar esto, querida —me contestó sin apenas levantar la vista de los papeles que estaba leyendo.

—Pero Víctor... —le dije mimosa —Necesito que me prestes atención. Ahora doble atención —le dije al tiempo que acariciaba mi vientre —Sabes

que pronto seremos uno más en esta casa y las embarazadas, querido mío, necesitan muchos cuidados.

—Uy, uy que me parece a mí que estás hoy especialmente mimosa —me respondió él complaciente conmigo ya sobre sus rodillas —tendréis todos los cuidados y mimos que merecéis y más, mi vida, pero ahora no puedo, tengo que terminar esto. Es importante, Ann —me dijo con voz suave y cariñosa.

—Está bien —le respondí —puesto que no quieres hacernos caso y nos cambias por unos absurdos y estúpidos papeles, creo que será mejor que me vaya un rato a la cama a descansar — le dije sonriendo —Además, no me he sentido muy bien hoy. Creo que la infusión que me diste esta mañana a la hora del desayuno no me ha sentado bien. ¿Qué era? —quise saber.

—Nada, querida, una simple infusión hecha a base de hierbas naturales que Joseph me indicó que te administrara para que no tuvieras más mareos ni jaquecas. Además, eso también te ayudará con las náuseas propias de las mujeres en tu estado.

—¿Hierbas? —dije extrañada —Ellen me dijo que la había hecho a partir de unas raíces que le habías dado...

—Hierbas, raíces, qué más da —dijo él tratando de quitarle importancia al asunto —Ya sabes como soy de despistado. En cualquier caso, son indicaciones de Joseph, así que no tienes por qué preocuparte. Te harán bien, ya lo verás. Y ahora ve y descansa, querida. No queremos que le pase nada a nuestro bebé, ¿verdad? —me dijo dándome un beso.

—Sí, me voy a descansar un rato. ¿Me harás despertar dentro de una hora? —le pedí.

—Por supuesto, vete tranquila —me contestó.

—Hoy Ellen está preparando uno de mis platos favoritos, no quiero perdérmelo por nada del mundo —le dije entre risas y subiendo ya la escalera que unía su despacho con el piso superior.

—Te quiero, Ann —me dijo.

—Y yo a ti, querido —le respondí ya desde lo alto de lo escalera.

Me dirigí a nuestra habitación y me acosté en la cama. Pronto el sueño vino a mí. Me sentía tranquila y relajada cuando, repentinamente, recordé la maleta que aún estaba a medio hacer y escondida debajo de nuestro lecho. Me

incorporé rápidamente y me agaché para sacarla de allí. La puse sobre la cama, la abrí y la deshice por completo. Coloqué cada prenda y cada cosa que había en su interior en su correspondiente armario o cajón —Lo intentamos — susurré pensando en Miguel —Lo intentamos, pero perdimos...

Me acosté nuevamente sintiendo que había dejado atrás toda posibilidad de una nueva vida, y sabiendo que esa vida jamás volvería a mí... El sueño regresó nuevamente a buscarme y fue entonces cuando debí caer en una honda y pesada somnolencia...

El siguiente recuerdo que viene a mi cabeza es el de un dolor profundo y punzante en el vientre. Me desperté gritando de dolor. Algo en mi interior parecía romperse desgarrándome entera. Escuché a Vivaldi de fondo; sin duda, Víctor debía haber puesto el gramófono y estaba escuchando música clásica. Le encantaba hacerlo. Decía que le relajaba... Me sentí húmeda. Algo parecía manar entre mis piernas. Me toqué y me miré la mano: estaba llena de sangre. Desesperada, llamé a Víctor, quien, debido al alto volumen de la música, no parecía escucharme. Grité su nombre una y otra vez en un desgarrado intento por que me oyera. El dolor era cada vez más agudo e intenso. Aparté las mantas y sábanas que me estaban cubriendo y no podía creer lo que estaba viendo: mi camisón, las sábanas, absolutamente todo estaba manchado de sangre. Volví a llamar a mi marido, pero nada. No hubo respuesta. Nadie parecía escucharme... Me moví entonces como pude hacia uno de los lados de la cama e intenté incorporarme. Un dolor aún más agudo que los anteriores me punzó todo el vientre; me sentí morir, pero, a pesar del sufrimiento por el que estaba pasando, conseguí ponerme en pie. Caminé de costado, apoyada sobre la pared y sin dejar de sangrar, hasta el pasillo con la intención de bajar la escalera, lo cual hice como pude. Al llegar al último escalón, un dolor mucho mayor que cualquiera de los que había experimentado en toda mi vida me sobrevino y me desmayé. Al volver a abrir los ojos, recuerdo haber escuchado a Joseph hablando con Víctor:

—La madre es lo primero, Joseph, si debemos sacrificar al niño para que ella viva, lo haremos —le decía Víctor al médico.

—Tranquilízate —le respondió él —No tienes por qué preocuparte. El sangrado no ha llegado a mayores complicaciones.

—¿Entonces ella está bien? —preguntó mi marido.

—Sí, lo está. Ella y también el bebé, Víctor. ¡Es un verdadero milagro! — exclamó Joseph —Está claro que Ann es una mujer muy fuerte. ¡Enhorabuena! —continuó diciéndole —tu familia está a salvo.

—¿Entonces estás seguro de que el bebé está bien? ¿ Va a nacer? — preguntó Víctor de manera un tanto extraña.

—Sí, ambos están a salvo —le dijo Joseph.

—Es un alivio —susurró mi esposo terminando de dar la última calada a su cigarro.

—Lo único que la futura mamá necesita ahora es mucho reposo, alimentarse bien y evitar posibles sobresaltos —le oía decir a mi médico.

—Descuida, Joseph, la cuidaremos bien —le replicó Víctor.

—Y ahora si me permites, voy a ver si mi paciente ha despertado —le pidió Joseph con la intención de entrar en la habitación, pues ambos se encontraban en el mismo quicio de la puerta.

—Vaya, vaya —dijo mi buen amigo Joseph mirándome y entrando en la estancia —parece que esta pequeña golondrina ya ha despertado. ¿Cómo te sientes? —quiso saber él.

—Muy cansada, la verdad —le respondí.

—Bueno, eso es normal —dijo poniendo su mano en mi frente para comprobar que la temperatura de mi cuerpo era la correcta.

—¿Qué me ha pasado, Joseph? —le pregunté adolorida y preocupada.

—Has estado a punto de tener un aborto, Ann. Es algo muy serio, pero ya no tienes por qué preocuparte. Todo está controlado —dijo tratando de tranquilizarme.

—¿Y mi bebé? ¿Está bien? —le pregunté asustada.

—Sí, sí —me respondió él de manera inmediata —Ya te he dicho que no tienes por qué preocuparte. Todo está bien. Ahora solamente tienes que descansar y guardar mucho reposo.

—Ya le dije a Víctor que esa infusión con raíces me había sentado mal... Me dolía tanto el vientre, Joseph. —le dije —Jamás en mi vida había sentido un dolor igual...

—¿Una infusión con raíces? ¿Qué raíces, Ann? ¿De qué hablas? —quiso

saber él.

—Tú deberías saberlo mejor que yo —le respondí —Las raíces que tú le diste a Víctor para evitar que yo volviera a tener mareos como los del otro día... —le dije medio atontada aún.

—Yo no le he dado nada a tu marido —me respondió él muy serio —¿Cómo era la infusión? —me preguntó.

—¿Qué cómo era? —le dije sin saber muy bien a qué se refería.

—Sí, Ann, que cómo era, a qué olía, qué aspecto tenía —insistió él.

—Pues no sé... Tenía un aspecto oscuro y un aroma muy fuerte... Sabía como amarga... —le respondí —¿Por qué pones esa cara? —le pregunté al ver cierto gesto de preocupación en su cara —No creerás que Víctor ha intentado envenenarme o algo así, ¿verdad? —le dije yo muy asustada

—No, envenenarte no, pero tratar de provocarte un aborto podría ser, Ann, por eso te he preguntado cómo era la infusión —me replicó él. —Es muy posible que te hayan hecho una tisana con ruda —siguió diciéndome.

—¿Ruda? Me estás asustando, Joseph —le respondí sin saber a qué planta se refería ni cuáles eran sus posibles efectos sobre mi cuerpo.

—La ruda es una planta medicinal que está asociada a la curación de varias enfermedades, pero si no se toma con el debido cuidado puede resultar un abortivo muy fuerte y eficaz —me explicó él —No puedo decirlo con total seguridad, querida, pero si realmente Víctor te ha suministrado esa raíz, es muy posible que tu marido haya intentado hacerte perder al bebé.

—Pero... —fue lo único que fui capaz de decir en ese momento.

—¿Víctor puede tener algún motivo en especial para no desear tener este niño, Ann? —me preguntó Joseph abiertamente y sin rodeos.

—Lo ignoro —le respondí —Yo estaba segura de que era feliz por la llegada de este niño a nuestra casa. Siempre me había dicho que deseaba tener hijos y formar una familia, no entiendo a qué se puede deber esta actitud.

—De todas formas, tampoco debemos apresurarnos a pensar que Víctor haya podido hacer tal cosa —concluyó él —al fin y al cabo, solamente son conjeturas mías y, por supuesto, yo podría estar equivocado. Por el momento, creo que lo mejor será que descanses y duermas un poco —me aconsejó.

—Joseph —le llamé cuando iba saliendo por la puerta —No comentes

esto con nadie, por favor —le pedí —estoy segura de que todo tiene una explicación razonable.

—Descansa y no te preocupes por nada —me respondió —lo verás todo de otra manera cuando despiertes.

¿Qué podía ver de otra manera? ¿Que mi marido había intentado hacerme abortar? ¿Que no deseaba tener a nuestro bebé? ¿Que yo había renunciado a Miguel para darle a Víctor un hijo que no deseaba y a mi hijo un padre que no le quería? ¿Por qué? ¿Cuál podría ser la causa de que mi esposo no quisiera que nuestro bebé naciera? Eso era algo que no podía entender, máxime sabiendo que él siempre había deseado tener hijos y formar una familia... ¿Qué podía entonces haberle hecho cambiar de parecer? ¿Y por qué no me había dicho la verdad cuando le pregunté si era feliz al saber que iba a ser padre? Evidentemente, me había mentido. Me sentía confusa y con miedo de que Víctor volviera a intentar hacernos algo a mi hijo o a mí, puesto que parecía ser capaz de cualquier cosa...

Los días posteriores los pasé prácticamente sin moverme de la cama. Víctor se había tomado muy al pie de la letra las indicaciones de Joseph y apenas me dejaba hacer nada que no fuera descansar.

—Tienes que estar tranquila y guardar reposo, querida —era una frase que yo ya estaba cansada de escuchar de sus labios, pero que él no parecía cansarse de repetir.

Tanta convalecencia y pasividad me otorgaron tiempo más que suficiente para analizar con calma la situación por la que estaba pasando y pensar qué debía hacer con respecto a Víctor, después de todo, Joseph tenía mucha razón al decirme que podían ser solamente conjeturas tuyas y que quizá estábamos precipitándonos al creerle capaz de hacer algo de semejante magnitud. Lo único realmente cierto era que Víctor me había mentado al administrarme tan extraña infusión y yo había estado a punto de perder al pequeño que estaba en camino, por eso, finalmente, decidí hablar con él abiertamente y preguntarle por lo sucedido.

Estaba resuelta a hacerlo cuando sin previo aviso, Sofía y Rose entraron en mi cuarto.

—¡Oh! —exclamó Sofía —Discúlpanos, creímos que estabas dormida y

por eso no tocamos la puerta. No queríamos despertarte, solamente ver que estabas bien.

—No importa, tía —le dije tranquilizándola —Hay más que confianza entre nosotras.

—¿Y cómo estás, querida? —Me preguntó acercándose a mí.

—Estoy bien. Cansada y aburrida de tanto permanecer quieta en la cama. Yo creo que ya puedo levantarme, pero Víctor se ha empeñado en que guarde reposo un par de días más —respondí.

—¡Vaya susto que nos has dado, niña! —exclamó Rose sentándose en mi cama y tomándome de la mano tan cariñosa y amablemente como solía hacerlo cuando estaba enferma de pequeña.

—No es nada, nana —le dije devolviéndole su caricia —Ya todo está bien. Pero, ¿Y tú por qué vas vestida toda de negro? ¿Qué ha ocurrido que no me habéis contado? —pregunté sobresaltada.

—¿Recuerdas el otro día cuando estando tú en Red Hill llamé la policía? —me dijo ella con un atisbo de tristeza.

—Sí, claro que lo recuerdo —repliqué —Te llamaron para que reconocieras el cuerpo de... ¡Oh! —exclamé entendiendo lo que había sucedido —Lo siento mucho, Rose —dije abrazándola.

—No pasa nada, niña. Lo peor ya pasó —respondió —Después de todo, quizá ni tan siquiera debería llevar estas ropas de luto, no fui su mujer...

—Lo siento, nana ¿Hay algo que pueda hacer por ti? —le pregunté sintiendo una fuerte pena por su situación personal.

—No, mi pequeña, nada —me respondió. —Al parecer, la vida ha vuelto a negarme la posibilidad de tener mi propia familia. Ya me he resignada a ello...

—No, nana, no hables así. Sabes que nosotros somos tu familia —le dije —Te lo he dicho millones de veces —le insistí apretándole fuertemente las manos.

—Claro que sí, Rose —siguió diciéndole mi tía mientras colocaba su mano derecha en el hombro de mi nana —Nosotros somos tu familia. Nunca vamos a abandonarte. Eres una más en Red Hill y lo sabes.

—Gracias, de veras —dijo ella entre lágrimas.

—Bueno, bueno, ¿Qué ocurre aquí? —dijo repentinamente la voz de mi

padre.

—¡Papá! —exclamé —Me alegra mucho verte —le dije feliz por su presencia en mi casa —Las últimas veces que he ido a Red Hill nunca te he encontrado. Es usted un hombre con demasiado trabajo, señor Lake —bromeé.

—Si tienes fuerza para bromear así, es porque ya te sientes mucho mejor —dijo mi padre aliviado al verme —Es cierto, mi pequeña —dijo enlazando con lo que yo le había dicho anteriormente —Ya hace varios días que no te veo por Red Hill y estos últimos días que yo he venido a verte siempre has estado durmiendo o descansando y ni Víctor me ha permitido molestarte, ni yo he querido perturbar tu descanso.

—¿Es que acaso Víctor te ha prohibido entrar a verme, papá? —le pregunté mientras mi corazón comenzaba a latir con fuerza y ciertamente enfadado para con mi esposo.

—No, hija, no —replicó mi padre tratando que yo no me alterara —Es normal, querida. Víctor te quiere demasiado y se preocupa mucho por ti. Es lógico que nos pida que no te molestemos en estos momentos tan críticos.

—Pero papá, no le defiendas —le dije —vosotros sois mi familia y él no tiene ningún derecho a prohibiros verme, esté enferma o no lo esté.

—De acuerdo, Ann, no quiero que te enfades. No tienes por qué darle importancia a cosas que no la tienen —me aconsejó mi padre mientras se acercaba a mi cama para abrazarme —Y en fin, ¿cómo está mi pequeña damisela? Eso es lo único que de verdad me importa —siguió diciendo.

—Estoy bien papá, no tenéis por qué preocuparos. Tú nieto nacerá fuerte y sano dentro de unas veintisiete semanas —le informé feliz por saber que mi bebé se encontraba en perfecto estado.

—Ya estoy deseando verlo y le llamaremos John, como tu abuelo —dijo él —A mi padre le hubiera gustado.

—¿John? —dije riéndome —Papá hasta que no nazca no sabremos si será niño o niña.

—Será un niño precioso. Estoy seguro, ya lo verás —me dijo radiante de felicidad ante la inminente llegada de un nuevo heredero de los Lake.

—Bueno, da igual si es niño o es niña —se apresuró Rose a decir —lo único realmente importante es que llegue sano.

—¿Y por qué no iba a llegar sano siendo un Lake? —dijo mi padre completamente seguro de que todo saldría bien.

—Siendo un Lake y un Adams —dijo de pronto Víctor, quien había entrado en la habitación sin que ninguno de nosotros nos percatáramos de ello —Será un niño fuerte, sin duda, continuó diciendo.

—Sí, Víctor, lo será —le contestó mi padre serio y con cierta distancia.

—Ya sé que estáis todos muy a gusto y divertidos en esta pequeña reunión familiar que habéis formado en nuestro dormitorio, pero sintiéndolo mucho, debo pedirlos que os retiréis ya —dijo mi marido sintiéndose seguro de que, sin duda, estaba en su territorio —Ann, debe seguir descansando.

—¡Pero Víctor! —exclamé enfadada ante su actitud tan poco considerada para con mi familia.

—Tranquila, tranquila, hija. No importa, yo ya tenía que irme. Tengo un negocio entre manos y muy probablemente ya haya gente esperándome en Red Hill. Volveré mañana —dijo mi padre, tras lo cual me dio un beso en la frente y se dirigió hacia la salida sin apenas despedirse de mi esposo.

—Sí, mi muñeca y nosotras también debemos irnos ya —continuó diciendo Sofía —Llevamos mucho tiempo aquí y se nos ha hecho tarde, ¿verdad, Rose? —preguntó ella buscando la complicidad de mi nana para marcharse sin causarnos mayores inconvenientes ni a mi marido ni a mí.

—Sí, señorita Sofía —le respondió ella —Además, he de colocar y encender la leña del horno para hacer la cena. Como te ha dicho tu padre antes, hoy hay invitados en la mansión, querida —dijo dirigiéndose a mí.

—Está bien —respondí sabiendo que todos estaban tratando de excusar el comportamiento de mi marido —pero me gustaría que mañana volvierais a visitarme —les pedí.

—Sí, mi muñeca —asintió Sofía —te prometo que mañana volveremos otro ratito —dijo besándome en la mejilla, tras lo cual salió de la habitación.

—¡No entiendo tu comportamiento! —le dije a Víctor apenas mi tía y Rose habían salido de nuestro dormitorio —¿cómo puedes tratarlos así? ¡Son mi familia! —exclamé furiosa.

—Solamente quiero lo mejor para ti, Ann —me dijo de un modo cínico. —Había demasiada gente en la habitación y eso no es bueno, no te ayuda en

absoluto a descansar.

—Que sepas que ellos son lo mejor para mí, Víctor. No sanaré si me los quitas —le dije.

—¿Y quién pretende quitártelos? —me preguntó alzando la voz —creo que desvarías —dijo dándome la espalda.

—¿Desvarío, Víctor? —le pregunté irónica e incorporándome de la cama.

—Sí, querida; totalmente —aseveró él.

—¿Y también desvarío si te digo que sé que me mentiste al decirme que Joseph te pidió que me dieras aquella maldita infusión que casi nos mata a mí y a nuestro hijo? —le grité mientras él estaba ya a punto de salir por la puerta.

—¿Qué quieres de mí, Ann? —me gritó él girándose bruscamente y viniendo hacia mí —¿Qué es lo que quieres? ¡Maldita sea! —exclamó.

—¡Quiero la verdad! —le exigí mientras me incorporaba de la cama.

—¿La verdad? —me preguntó —Tú no eres capaz de asimilar la verdad, Ann. ¿O es que acaso tú has sido sincera conmigo durante todo este tiempo? ¿Crees que estoy ciego? ¿Crees que no veo, que no oigo, que no me doy cuenta de lo que ocurre?

—¿De qué demonios me estás hablando? —quise saber.

—¡De mi hermano Miguel! —gritó —¡De eso te hablo! ¿Tú piensas que yo soy tan imbécil como para no saber lo que ha ocurrido entre vosotros dos? ¿Es que crees que no hay quien os haya visto entrar juntos en esta casa y después no lo haya visto salir a él solo a primera hora de la mañana siguiente?

—¡Dios mío! —exclamé —¡Era eso! ¡Por eso quisiste que perdiera el niño! Crees que es suyo, ¿no es así? —le pregunté claramente y sin tapujos de ningún tipo al tiempo que me ponía en pie. —¡Contéstame! —le exigí.

¡Sí! —me gritó —¡Fue por eso que lo hice, maldita sea! —Dijo enfurecido. —¿Cómo puedo saber si ese ser que llevas en tus entrañas tiene mi sangre o la de mi hermano?

—¿Cómo has sido capaz? —le pregunté incrédula ante su confesión —Has podido acabar con la vida de un ser inocente y con la mía propia. No puedo permanecer aquí ni un minuto más. Me marché a Red Hill —le dije tratando de esquivar su cuerpo, el cual se interpuso en mi camino para no dejarme avanzar más.

—Pero es que yo no quiero perderte —me dijo bajando su tono de voz y haciendo uso de otro mucho más pacífico y sereno —Tú eres todo lo que tengo y te quiero más que a mi propia vida, pero la sola idea de pensar que en tu vientre está creciendo un ser por cuyas venas corre la sangre de mi hermano me revuelve las entrañas— siguió diciéndome al tiempo que sostenía mis antebrazos con sus manos fuertes y robustas.

—Víctor, recuérdalo bien: este ser que llevo en mi vientre es tuyo, no de él —le dije categórica a la par que triste. Has estado a punto de matar a tu propio hijo y yo... Yo nunca creí que fueras capaz de algo semejante. Ya no me siento segura en esta casa. Me vuelvo a Red Hill —le dije totalmente resuelta y decidida.

—¡No, Ann, no puedes dejarme! —me pidió colocándose frente a mí— No puedes marcharte. Yo sé que no he hecho las cosas como debí hacerlas, pero por favor, no me dejes. No lo hagas, Ann.

—Me das miedo, Víctor —le dije mirándole a los ojos —Ya no confío en ti.

—Perdóname, por favor. Yo jamás he querido hacerte daño a ti. Sabes que si te pasara algo jamás me lo perdonaría. Te necesito, Ann. No puedes marcharte —siguió él insistiéndome.

—Pero ¿tú te das cuenta de la magnitud de lo que has hecho? ¿Comprendes lo que me estás pidiendo? —le pregunté —Me pides que me quede a tu lado sabiendo que...

—¡Sí, sí, sí, sí! Repitió él elevando cada vez más el tono de su voz a medida que iba hablaba— ¡Es cierto!; soy un egoísta, una bestia, un animal —me dijo con lágrimas en los ojos —Tienes toda la razón, Ann; pero me dio miedo perderte y ver los ojos de Miguel en sus ojos cuando ese niño creciera. Por favor, perdóname, olvidemos todo y empecemos de nuevo. Formemos la familia que siempre deseamos y dejemos a Miguel y todo lo demás atrás. Ahora que sé que este pequeño ser que crece dentro de ti es una parte de mí, jamás se me ocurriría hacerle daño. Créeme, por favor —me pidió.

—Está bien —le dije fríamente y pensando únicamente en el hecho de que no deseaba que mi hijo se criara sin un padre a su lado— voy a creer en tu palabra, Víctor Adams. Voy a confiar en ti y también voy a darte una nueva

oportunidad. Pero cuídala bien, porque será la última —le advertí categórica.

—No te arrepentirás —dijo abrazándome fuertemente —Te lo prometo.

—No, Víctor. Ya no me prometas nada —le respondí sin abandonar la frialdad con la que le había hablado anteriormente —Ya estoy cansada de palabras... —Terminé de decirle saliendo de allí, y dejándole solo y abatido en nuestra habitación.

XXIV

Fue duro volver a confiar en Víctor, especialmente los primeros meses transcurridos tras aquella fuerte discusión en la que nos sinceramos y hablamos a pecho descubierto de nuestros mutuos secretos. Lo cierto es que pensé que nunca volveríamos a ser un matrimonio fuerte y unido, pero el paso del tiempo hizo que cicatrizaran algunas heridas y el comportamiento de mi esposo a lo largo de todo mi embarazo desde aquel día fue inmejorable. Nunca más volvió a insinuar que mi familia no era bien recibida en nuestra casa y su trato hacia mí era siempre de cariño y ternura, por lo que finalmente y casi sin darme cuenta acabé acercándome a él y volviendo a confiar en su palabra. Las viejas heridas habían quedado en el pasado y pensé que lo mejor era dejar precisamente ahí, en el pasado, todo lo que nos había hecho daño. Poco a poco, terminé entendiendo la actitud de Víctor porque en mi interior yo sabía que tampoco mi comportamiento había sido el más adecuado de todos los posibles... Le había sido infiel con su hermano, lo cual no parecía decir nada apropiado de mí. Ciertamente lo había hecho por amor, pero no podía excusarme: le había mentado y engañado. Ambos teníamos mucho que perdonarnos mutuamente, solamente por eso, por mi sentimiento de culpa y por mi hijo, decidí aguantar y no regresar a Red Hill.

El otoño volvió nuevamente a hacer acto de presencia en los campos fríos y húmedos de nuestro condado y tras él, llegaron, una vez más, el invierno y la primavera... Y con el paso de los días, los meses y los años, mi vida fue transcurriendo apacible y tranquila entre Red Hill y la mansión Adams. Durante todo ese tiempo, ni Víctor ni yo volvimos a saber nada más de Miguel, quien, según habíamos oído decir, se había marchado de la ciudad. Para nosotros era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Joseph continuaba su labor en el dispensario que años atrás, mi ahora cuñado, había construido, pero nunca nos dio más noticias acerca de él. Y es que, sin darnos cuenta, su nombre se había convertido en algo tabú en nuestra casa.

Cierto día, mientras estaba enseñando a mi pequeña Adele a tocar el piano en nuestro salón, mi tía Sofía, que había venido de visita, como era habitual casi a diario, entró en la estancia con el periódico en la mano y muy sobresaltada:

—¿Tú has visto esto, Ann? —me preguntó sin ni tan siquiera saludar.

—¡Tita Sofía! —exclamó Adele saltando del taburete en el que estaba sentada para salir corriendo hacia los brazos de mi tía.

—¡Hola mi pequeña! —respondió Sofía cogiéndola en brazos ¿Qué estás haciendo? —le preguntó cariñosa.

—Estoy aprendiendo a tocar el piano con mamá —le respondió la niña.

—Pero mira que eres cabezota —dijo dirigiéndose a mí —La niña es aún demasiado pequeña para aprender a tocar.

—Ya tiene cuatro años y medio, tía —le respondí —es edad suficiente para que empiece a aprender. Mi madre comenzó sus clases de piano conmigo siendo aún más pequeña que ella —le dije mientras tocaba algo de Chopin.

—No sé por qué te llamo terca... Tu madre era igual que tú... —dijo mi tía dejando a Adele en el suelo —Abbie está en el jardín cogiendo manzanas —le dijo a la niña —¿Quieres ir a ayudarla?

—¡Sí! —exclamó mi pequeña —¿Puedo, mamá? —me preguntó.

—Por supuesto que puedes —le dije —Pero después hay que seguir con la clase de piano.

—¡Bien! —respondió ella feliz porque iba a salir un rato a jugar con Abbie al jardín.

—Ahora dale un beso a la tía y ve —le dije.

—Te quiero, tita —le dijo a Sofía mientras la besaba.

—Y yo a ti, mi pequeña muñequita —le respondió ella al tiempo que Adele se marchaba hacia el jardín.

—Y bien, ¿Qué es lo que ocurre esta mañana que te tiene tan alterada? —le pregunté cerrando la tapa de mi piano y levantándome para dirigirme hacia donde ella estaba.

—Esta mañana mientras desayunaba y leía la prensa extranjera... En fin... Mira esto, por favor —me pidió acercándome el periódico con el que había entrado en la estancia.

—¿Qué ocurre? —le pregunté extrañada —Tan solo es la fotografía de unas escolares. Será algún tipo de evento social o de caridad, ya sabes cómo son esos colegios caros del extranjero...

—Fíjate bien —me pidió —Aquí —dijo señalando con el dedo un pequeño párrafo que había escrito debajo de la fotografía.

—Pero esto está en español, tía. Yo no entiendo nada —le dije.

—Trae —me ordenó —yo te lo traduciré: “Bajo esta fotografía y comenzando por la izquierda... —empezó ella a leer —... encontramos a Ruth Adams, hija del conocido y prestigioso abogado de origen español Víctor Adams y que, en la actualidad, reside en tierras inglesas”.

—¿Qué? —dije sobresaltada —¿No puede ser! ¿Tú estás segura de que pone eso? — le pregunté nerviosa y sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Sí, querida, eso es lo que pone. Mi español no es perfecto, pero es suficiente para entender esto... —me respondió Sofía.

—Entonces Víctor tiene otra hija —susurré atónita.

—Así parece —siguió diciendo mi tía.

—Nunca me dijo nada —comenté yo.

—Eso es más que evidente, querida. No hay más que verte la cara... —me contestó ella sarcástica.

—¿Y por qué no me lo habrá contado? No entiendo por qué lo ha ocultado —seguí diciendo —Al fin y al cabo, por la fotografía, esa chica debe de tener unos dieciséis o diecisiete años. Está claro que ha sido algo que ocurrió cuando él era muy joven y nosotros ni siquiera nos conocíamos... ¿Por qué no me habrá dicho nada? —continué preguntándome a mí misma.

—No lo sé, Ann —respondió Sofía —pero parece que tu marido guarda demasiados secretos... Yo que tú hablaría con él —me aconsejó.

—Sí, tía —asentí —eso es exactamente lo que voy a hacer. Voy a buscarle ahora mismo.

—¡Mira, mamá! —exclamó de repente Adele con una manzana en la mano, mientras entraba corriendo en el salón donde estábamos conversando Sofía y yo.

—¿Quién te ha dado eso? —le pregunté amorosa cogiéndola en brazos.

—No me lo ha dado nadie, la he cogido yo sola —respondió ella orgullosa de su proeza.

—¿En serio? —le pregunté fingiendo estar sorprendida —¿Pero no te habrás subido tú sola al árbol, verdad? Sabes que eso es muy peligroso. Puedes caerte y hacerte daño —le advertí.

—No, mamá —respondió ella —No me he subido. Papá me ha cogido en brazos y me ha levantado hasta el árbol, pero yo me he estirado hasta alcanzarla yo solita.

—¿De veras? ¿Y las has cogido tú? ¿No te la ha alcanzado papá? —le pregunté sin dejar de fingir mi asombro.

—¡Sí! ¡La he cogido yo sola! —exclamó ella feliz.

—Es que esta pequeñaja ya se nos está haciendo una niña muy grande —le dijo Sofía cogiéndola de mis brazos para sostenerla en los suyos —dentro de poco estará hecha toda una señorita, ¿verdad que sí?

—¡Sí! —exclamó la niña loca de contenta —Muy pronto voy a ser una señorita.

—¡Claro que sí! —le dijo Sofía —Oye, ¿tienes hambre? —le preguntó.

—Un poquito —le respondió la niña.

—¿Sabes que Ellen ha hecho un arroz con leche... mmmm... riquísimo? —siguió mi tía preguntándole.

—¡Arroz con leche! ¡Yo quiero! —exclamó mi pequeña.

—Pues entonces vámonos a la cocina a por un poquito —le dijo mi tía con la intención de dejarme libertad para poder ir a buscar a Víctor y que, así, habláramos tranquila y calmadamente sobre su doble paternidad.

—¿Puedo, mamá? —me preguntó la niña.

—Claro que puedes, mi pequeña —le respondí —Ve con la tía Sofía —le indiqué, tras lo cual la niña salió encantada en busca de su delicioso arroz con leche.

—Cuando mi tía y Adele se marcharon, me dispuse a salir al jardín para hablar con mi marido; dado que la niña nos había dicho que su padre la había ayudado a coger la manzana, pensé que aún seguiría allí, pero cuando salí al jardín no lo encontré. Únicamente, Simon, nuestro jardinero, se encontraba en la parte trasera del mismo recogiendo algunas manzanas y peras que habían

quedado rezagadas en nuestros árboles.

Simon era un hombre de mediana edad, trabajador, afable e incapaz de hacerle mal a nadie. No había tardado mucho en ganarse tanto mi confianza como la de mi marido.

—¿Has visto al señor? —le pregunté.

—Ha estado aquí hace un momento, señora —me respondió él —creo que dijo que iba a salir.

—¿Sabes a dónde? —continué preguntándole

—No, no me lo dijo, señora, pero comentó algo sobre que tenía que cambiarse de calzado, así que, si se apresura, muy probablemente pueda encontrarlo aún en su vestidor —volvió a responderme.

—Muchas gracias, Simon —le dije— Por cierto, llévate una buena bolsa de peras y manzanas a casa —añadí tratando de premiar la conducta intachable que siempre tenía para con nosotros.

—No, señora, muchas gracias, pero no será necesario —me dijo tratando de no ocasionarme molestia alguna.

—Insisto —le respondí —Llévalas, sé muy bien que a tu mujer le gustan mucho y a nosotros nos sobran.

—Muchas gracias, señora —me respondió sinceramente agradecido —Sí, a Claire le encantan las manzanas. Se pondrá muy contenta cuando las vea, se lo agradecerá mucho.

—Coge todas las que quieras —le repliqué con prisa por marcharme y encontrar a Víctor.

Sin más dilación, me apresuré por volver al interior de la mansión y me dirigí hacia nuestro dormitorio. Estaba a punto de subir uno de los escalones de la escalera principal que llevaba al piso superior, cuando escuché a Víctor bajar por la misma.

—¿A dónde vas, querido? —quise saber al tiempo que él se quedaba justamente frente a mí en mitad de la escalera.

—Tengo que cerrar un negocio en la ciudad —me respondió —Volveré para la hora de la cena —me respondió con voz suave y calmada.

—Me gustaría hablar contigo antes, Víctor —le pedí.

—¿No puede ser esta noche? —me preguntó él mientras avanzaba escalera

abajo.

—Es importante, de otro modo sabes que no interrumpiría tu actividad laboral —le respondí con la misma calma con la que él me había hablado anteriormente mientras caminaba escalera abajo hasta llegar a su altura.

—Ann, ahora no puedo. Es un asunto importante y no puedo hacer esperar a mi cliente. Hablaremos esta noche, ¿está bien? — me dijo colocándose cariñosamente entre sus brazos.

—Está bien, Víctor —respondí —pero de esta noche no puede pasar. Es importante.

—Te prometo que hablaremos esta noche de todo lo que tú quieras y sabré qué es eso tan misterioso qué tienes que contarme —me dijo sonriendo y sin dejar de abrazarme.

—Lo has prometido —le advertí.

—Hasta la noche —se despidió —Te quiero, Ann —dijo dándome un beso en la frente y otro en la boca.

—También yo a ti, querido —le dije sonriendo levemente.

—Volveré para la hora de la cena —terminó diciendo mientras lo veía salir por la puerta.

—Hablaremos entonces —dije yo en voz baja sin que hubiera ya nadie delante —Hablaremos entonces...

XXV

Era más de medianoche cuando Víctor llegó a casa, a pesar de haberme insistido en el hecho de que regresaría para cenar. Parecía cansado y algo somnoliento, sin muchas ganas de hablar de nada... lo cual no me importó demasiado. Lo único importante para mí entonces era saber qué motivo le había impulsado a ocultarme que tenía una hija en España.

—Es muy tarde —le dije desde la cama al sentirlo entrar en nuestra habitación.

—Lo sé y lo siento, querida. Nos hemos entretenido más de la cuenta, ya sabes cómo son estas cosas... —se disculpó él.

—¿Dónde has estado? —quise saber.

—No me vas a decir ahora que tienes algún tipo de duda o incertidumbre con respecto a qué he hecho esta noche... ¿o sí? —me preguntó mientras se desvestía.

—¿Dónde has estado, Víctor? —insistí.

—Ann, te lo dije al irme. Tenía un asunto de negocios; es algo muy importante que incrementará nuestro patrimonio, querida.

—¿Y no puedo saber de qué se trata? —continué preguntando cada vez con mayor curiosidad.

—No quiero hablar más de la cuenta, Ann; todo podría venirse abajo —me respondió —De momento, solo te diré que estoy a punto de comprar parte de las tierras más ricas en wolframio del norte español. Si las negociaciones siguen su curso y el plan establecido sale como espero, en unos pocos días te contaré el resto.

—Está bien —respondí resignada a no saber nada más por el momento al respecto —Esperaré. En cualquier caso, yo quería hablar contigo de algo que me preocupa.

—Ann, estoy muy cansado —respondió sin prestarme apenas atención — Hablaremos de ello mañana.

—No, Víctor —respondí con tono malhumorado —Tiene que ser ahora.

Llevo todo el día tratando de mantener esta conversación contigo y no voy a irme a dormir sin que hayamos hablado —le advertí.

—¿De qué se trata? —me preguntó sabiendo que yo no descansaría hasta conseguir mi objetivo.

—Mira —dije acercándole el mismo periódico que horas atrás me había mostrado a mí Sofía.

—¿Un periódico español? —dijo extrañado ¿Y desde cuándo lees tú periódicos españoles? Si no sabes el idioma...

—Míralo, por favor —le insistí —La foto... —le dije mientras él echaba una ojeada. —¿Por qué nunca me lo contaste? —le pregunté sin rodeos y refiriéndome a su hija.

—¿Qué querías que te dijera? —dijo él arrojando el periódico sobre la cama.

—Víctor tienes otra hija y nunca me lo dijiste. Quiero saber por qué —le exigí.

—Si no te lo dije fue porque nunca surgió, no sé, Ann... ¿Qué quieres que te diga? Tampoco sabía cuál iba a ser tu reacción y además eso fue hace mucho tiempo... Ruth ni tan siquiera vive conmigo. Es todo demasiado complicado.... —se limitó él a decirme.

—Cuéntamelo, por favor —le pedí.

—En realidad, solo fue una historia de juventud más. Su madre me ocultó su embarazo, nunca me lo dijo. Si me enteré fue porque la abuela de la criatura la puso en mis brazos pocos días después de nacer.

—No entiendo, ¿por qué no se la quedaron? —pregunté intrigada.

—Al parecer, la madre murió en el parto y su familia no tenía lo suficiente para criarla como es debido, o eso es al menos lo que me dijeron. Lo cierto es que tampoco me puse nunca a averiguar la verdad. Simplemente, la tomé como hija mía y sabiendo que yo no podía encargarme de ella por mis constantes viajes, la interné en uno de los mejores colegios del país. Nunca le ha faltado de nada, tiene todo lo que necesita —me dijo, creyendo que así me quedaría más tranquila.

—¿Y nunca te has puesto a pensar que quizá tú seas lo que más necesita? —le pregunté. —Tienes que traerla de vuelta a casa, Víctor —le dije

absolutamente convencida de mis palabras.

—¿Aquí? —dijo él girándose bruscamente —¿Por qué razón?

—Por una muy sencilla —le respondí —Porque es tu hija y, como tal, es aquí donde le corresponde estar.

—¿Estás segura, Ann? ¿De verdad quieres que Ruth viva con nosotros? —me preguntó extrañado ante mi reacción.

—Por supuesto —contesté totalmente resuelta —Nosotros somos su familia y, además, a Adele le vendrá bien tener una hermana y compañera de juegos.

—No sé si será lo más apropiado —respondió él —Está muy bien donde está, Ann.

—Mira Víctor, que yo me haya quedado callada durante todo este tiempo respecto a ciertas cosas no quiere decir que las desconozca... —le advertí.

—Está bien —dijo él abrazándome fuertemente. —Mañana mismo daré aviso en el colegio para que sepan que Ruth finaliza su estancia allí. En unos días la tendremos en casa. Gracias por ser siempre tan comprensiva —me dijo él ciertamente feliz ante la idea de tenernos a toda su familia bajo el mismo el techo.

Apenas un par de semanas después de esa conversación, Ruth ponía los pies por vez primera en la que, por derecho propio, siempre había sido su casa. Contrariamente a lo que yo imaginaba, Víctor estaba pletórico y emocionado con la llegada de su hija, tanto, que decidió organizar una fiesta de bienvenida para el nuevo miembro de la familia Adams.

En el mismo evento habría también de conocer al hombre con quien había estado en contacto durante las últimas semanas para efectuar sus últimos negocios y que, al parecer, habría de ser un buen inversor. Las tierras y viñedos de España, junto a la mina de wolframio, exigían un enorme capital para poder ser mantenidas, especialmente los viñedos que, debido a la mala climatología, estaban prácticamente echados a perder. La cosecha solo daría pérdidas, y eso era algo que, sin duda alguna, iba a hacer que nuestra economía se resintiera.

Apenas unos minutos antes del gran evento, me acerqué a la habitación de Ruth, la que desde ese momento en adelante habría de convertirse también en

mi hija política. Quería estar segura de que estaba cómoda y hacer que se sintiera en su casa.

—Ruth —dije tocando en la puerta —Soy Ann, ¿puedo pasar? —le pregunté desde el lado de la puerta que daba al pasillo.

—Pasa —respondió ella con absoluta brevedad.

—Solamente venía a decirte que en unos pocos minutos comenzarán a llegar los primeros invitados —le advertí entrando en su cuarto.

—Está bien —respondió mientras peinaba su cabello rubio frente al enorme espejo que había en su habitación.

—Quiero que te sientas en tu casa —le dije intentando ser complaciente y agradable para ella —Pídeme todo lo que necesites y si no me encuentras, puedes pedirselo a Abbie con toda confianza —terminé de decir.

—¿Y por qué no habría de sentirme en mi casa? —me preguntó ella sin ni tan siquiera girarse para hablarme —¿Es que acaso has olvidado que esta es la casa de mi padre? Algún día yo la heredaré. ¿Cómo no voy a sentirme en mi casa si ésta es mi casa? —terminó de decir.

—Lo siento si te he ofendido —me disculpé —solamente trataba de hacer tu llegada un poco más agradable.

—Gracias, Ann, pero no es necesario. Y, dado que voy a vivir aquí, creo que será mejor aclarar algunas cosas entre nosotras —respondió ella girándose hacia mí —De ninguna de las maneras voy a aceptar que ocupes el papel de mi madre. Para mí, simplemente eres la esposa de mi padre. Eso es todo —me advirtió.

—Bien —me limité a decir —En ninguno de los casos pretendía ocupar el lugar de nadie, pero puedes estar tranquila. Si eso es lo que deseas, lo respetaré: No voy a inmiscuirme en nada de lo que puedas decir o hacer, siempre y cuando tú hagas lo mismo con respecto a mi persona.

—Será mejor así —me respondió mirándose nuevamente en el espejo.

—Voy a ver si ya ha llegado algún invitado —le dije muy fríamente abriendo la puerta para salir. —Te veré abajo —acabé de decirle tras lo cual me dirigí a mi habitación.

Mientras caminaba hacia mi cuarto sentí que quizá, y después de todo, me había equivocado en hacer que esa muchacha viniera a vivir con nosotros. La

insolencia y vanidad con las que me había tratado sin apenas conocerme me revelaban que, sin duda, Ruth era una muchachita ambiciosa poco acostumbrada a no conseguir sus propósitos.

—¿Está ya todo listo, querida? —me preguntó Víctor apenas entré en la habitación, mientras él se terminaba de arreglar el nudo de la corbata. Estaba nervioso y visiblemente exaltado.

—Sí, está ya todo preparado. Tranquilízate —le pedí —Estás muy alterado.

—Nos jugamos mucho esta noche, Ann. Hoy viene nuestro inversor y necesitamos ese capital. Apenas tenemos liquidez para poder seguir manteniendo los viñedos de mis padres... —me respondió con evidente preocupación.

—Lo sé, pero relájate, por favor. Estoy segura de que todo saldrá como deseas —le dije intentando tranquilizarle.

—Pues bien, si todo está ya listo creo que deberíamos bajar —afirmó él —Creo que ya han llegado nuestros primeros invitados. ¿Cómo está Ruth? —quiso saber.

—Ruth está terminando de arreglarse. No tardará en bajar —le respondí sin darle mayores explicaciones.

—Bien —dijo él inspirando profundamente —Entonces creo que ha llegado el momento.

—Sí, bajemos —le dije agarrándole por el brazo.

—Comienza el espectáculo, querida —contestó sonriéndome.

A medida que avanzábamos bajando las escaleras que nos llevaban al salón, pudimos observar que ya era mucha la gente que estaba allí abajo esperando no solamente por nosotros, sino también y especialmente, por conocer a Ruth Adams, la hija de su anfitrión.

—Buenas noches, Ann —me saludó uno de los clientes más habituales y de mayor confianza de mi marido al bajar el último de los escalones —Esta noche estás realmente hermosa.

—Muchas gracias, Gerard, nadie como tú sabe hacerme cumplidos —le respondí con la misma galantería con la que él se había dirigido a mí.

—¿Y la homenajeadá? —preguntó mi padre, quien se encontraba allí

desde hacía ya un buen rato.

—Bajará en un momento, Edward —le respondió mi marido.

—No entiendo por qué nunca nos contaste nada sobre su existencia, Víctor —le regañó mi padre.

—Sí, supongo que debí hacerlo, pero las circunstancias... —se excusó él.

—Bueno, papá eso ahora es lo de menos; ya está todo aclarado —le dije tratando de ayudar a mi marido a salir de aquel entuerto —Víctor me ha explicado sus razones, yo las entiendo y las comprendo perfectamente y con eso es más que suficiente. Después de todo es a mí a quien debe darle explicaciones, a nadie más... —añadí tratando de advertir que no admitiría intromisión alguna en cuanto a ese tema.

—Está bien, Ann, no es necesario que te alteres —continuó diciéndome mi padre.

—Y no lo hago, papá —le respondí —pero me parece absurda esta conversación en este momento...

—No discutáis, por favor —nos pidió Víctor —Ruth está ya en lo alto de la escalera. Va a bajar, creo que es la hora de presentarla en sociedad.

Mientras mi esposo presentaba a su hija ante todos nuestros amigos y conocidos, yo lo miraba absolutamente absorta. Lo veía emocionado y orgulloso como hacía meses que no lo recordaba. Tras presentar a su hija a algunos de las personalidades más influyentes y con mayor poder de la ciudad, todos ellos reunidos en nuestro salón, Víctor y Ruth se dirigieron hacia donde yo me encontraba.

—Ha salido todo estupendamente, querida —me dijo mi esposo dándome un beso en la mejilla.

—Me alegra ver que estás tan feliz, Víctor —le respondí realmente emocionada por él.

—Debí traer a mi hija a esta casa mucho antes —murmuró —No sé por qué razón no sigo tus consejos más a menudo, Ann —siguió diciéndome.

—Yo también creo que deberías seguirlos —le respondí con una ligera sonrisa.

—Sí, prometo hacerlo de ahora en adelante —dijo guiñándome un ojo — Ahora me voy. No debo descuidar a mis invitados, y además nuestro inversor

debe de estar a punto de llegar.

—Sí, querido, ve —le dije —Yo iré un momento a la cocina para asegurarme de que todo está yendo correctamente.

Apenas pronunciar estas últimas palabras, un hombre desconocido tanto para Víctor como para mí se acercó hasta donde nos encontrábamos:

—¿El señor Adams? —quiso el extraño saber.

—¿Quién desea saberlo? —le preguntó Víctor.

—Soy Brian Hoffmann. Me envía el señor Andrew Brown —le dijo a mi marido mientras le extendía la mano para saludarlo de manera amable y educada.

—¿El señor Brown? —pregunté extrañada.

—Sí, querida, es nuestro futuro inversor —me dijo Víctor aclarándome algo más la situación. —Le presento a mi esposa, la señora Ann Lake Adams.

—Vaya, veo que no ha renunciado a su apellido de soltera —dijo nuestro inesperado invitado.

—Así es, no entiendo por qué habría de hacerlo. Adquirir el apellido del marido no implica mayor respeto o lealtad hacia él —repliqué.

—Buena observación —añadió él.

—Y bien, ¿dónde está el señor Brown? —preguntó Víctor ansioso por conocer al hombre que, sin duda, podía salvar sus viñedos.

—Aquí mismo —respondió una voz tras nosotros.

—¿Pero tú? ¿Qué haces aquí? —dijo Víctor sobresaltado —¡No eres bienvenido! —exclamó mi marido tras girarse y ver que quien hablaba no era otro sino su hermano Miguel.

—¿No lo soy? —preguntó Miguel con ironía —No es eso lo que tenía entendido, pero si así lo deseas me iré, aunque creo que tus tierras agradecerían que me quedara...

—¿Tú eres el inversor? —preguntó Víctor absolutamente incrédulo. ¡No puede ser! —exclamó.

—De hecho, así es, querido hermanito —replicó él —el apellido Brown solo era una forma de darte una pequeña... sorpresa... —le dijo riendo y disfrutando del momento.

—¿A qué juegas, Miguel? —continuó preguntándole Víctor.

—Hace mucho que dejé de jugar contigo... —le replicó él —Si estoy aquí es porque sé que tú necesitas de mi inversión y yo siempre he querido ser de utilidad para esas tierras. En realidad, una parte de ellas me corresponden por derecho, Víctor.

—Creo que el asunto del testamento y la herencia de nuestro padre quedó zanjado ya hace tiempo, Miguel. No vas a empezar otra vez con lo mismo, ¿o sí? —dijo mi marido.

—He venido a hablar de negocios, Víctor, no a remover el pasado —afirmó mi cuñado.

—Bien, hablemos de negocios entonces —siguió diciendo Víctor —¿Qué es lo que me ofreces?

—Quiero invertir en esas tierras, yo te daré todo el capital que necesites para hacer que tus viñedos vuelvan a ser lo que un día fueron, pero con una condición —le dijo Miguel a su hermano mirándole fijamente a los ojos.

—¿Qué quieres, Miguel? —le preguntó sin rodeos.

—Te prestaré el dinero a cambio de que seamos socios, tanto en los viñedos como en tu mina de wolframio. Quiero la mitad —expuso Miguel.

—¡Ni hablar! —exclamó Víctor —Eso es un abuso.

—No hace falta que me des una respuesta ahora —se apresuró Miguel a decir —Piénsalo, háblalo con tu mujer —dijo clavando su mirada en mí —y cuando lo tengas claro, me comunicas tu decisión.

—¡Ya sabes mi decisión! —le gritó mientras Miguel se dirigía a la puerta.

—No te precipites. Piénsalo, al menos, por favor —le pedí mientras Víctor encolerizado subía por la escalera que llevaba a la parte superior de la casa.

—Señores —me atreví a decirle a sus invitados— Creo que mi marido se siente indispuerto, de manera que, si me lo permiten, me retiro junto a él. Muchas gracias por asistir al evento, están ustedes en su casa; el servicio les atenderá en todo lo que deseen. Ahora, si me disculpan... —terminé de decir al tiempo que me dirigía hacia la escalera.

—Por supuesto, hija —dijo mi padre tratando de ayudarme en aquel trance y acercándose a mí— ve con él, creo que te necesita.

—Gracias, papá —le respondí.

Cuando llegué a la planta superior de la casa, me dispuse a ir hacia nuestro dormitorio. Sabía que Víctor se había encerrado allí y me necesitaría...

—Víctor —le llamé tocando y abriendo suavemente la puerta de nuestra habitación. Al entrar, lo encontré tumbado sobre la cama meditando lo que había ocurrido tan solo unos instantes antes.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras me acercaba a él y me sentaba sobre la cama en la que él yacía.

—¡No! —me gritó —No estoy bien. ¿Cómo podría estarlo? —me preguntó sarcástico y malhumorado.

—No tienes por qué pagar tu ira conmigo —le advertí —Yo no tengo la culpa de lo que ha sucedido. Ni siquiera sabía nada acerca de tu nuevo negocio. Recuerda que nunca quisiste desvelarme nada sobre tal asunto, así que te voy a pedir que no me grites —le insistí.

—Seguro que tú sí estás contenta del triunfo de mi hermanito, ¿no es así? —comentó absolutamente celoso y sin darse cuenta del alcance de lo hiriente de sus palabras.

—No entiendo por qué me estás diciendo semejante barbaridad, Víctor —le repliqué.

—Ahí está tu querido Miguel —siguió diciendo —Y al parecer, tiene más capital de lo que tu padre o yo hayamos podido tener jamás. ¿No piensas salir corriendo tras él?

—¡Cállate! —le grité al tiempo que mi mano golpeó su cara. —¿Cómo te atreves? —le pregunté con lágrimas en los ojos. —Hace tiempo que hice mi elección. Adele y tú sois mi vida entera, mi familia, y creía que eso había quedado claro hace años.

Es cierto que he cometido errores, pero no menos que tú o ¿acaso crees que he olvidado que Adele estuvo a punto de no nacer? Hicimos un pacto y yo lo he respetado escrupulosamente todos estos años. No hagas que me arrepienta —le advertí.

—¡Perdóname! —dijo él llevándose las manos a la cabeza —No debí decirte lo que te he dicho.

—No, Víctor, no debiste hacerlo... —respondí.

—Toda esta situación me tiene desencajado, Ann. ¿Cómo iba siquiera a

sospechar que Miguel y Brown eran la misma persona? Me ha engañado, ha jugado conmigo y esto no se lo voy a perdonar jamás —dijo.

—Creo que hay demasiadas cuentas pendientes entre ambos —repliqué yo —En cualquier caso, necesitas el dinero para tu inversión y pienso que la de Miguel es una buena oferta. Deberías aceptarlo como socio, así conseguirías amortizar los gastos de los viñedos y con suerte conseguir una buena cosecha para el año que viene.

—No sé, Ann. Yo no estoy tan seguro —siguió diciéndome él. —Es cierto que en este momento apenas tengo liquidez y con su inversión conseguiría sacar a flote los viñedos e incluso quedaría algo para invertir en la mina, pero el hecho de crear una sociedad entre los dos implicaría que él tendría también pleno derecho a tomar decisiones y a oponerse a otras que yo pueda considerar... Y eso creo que no me conviene en absoluto. Es mi negocio y soy yo quien debe dirigirlo y tomar las decisiones, nadie más —terminó diciendo.

—Entonces creo que debes pensar en qué es lo que prefieres, Víctor: tener un negocio propio que tan solo te producirá deudas y que a la larga acabará en bancarrota, o compartirlo con Miguel y conseguir posibles beneficios, aunque eso signifique cederle cierto terreno. La decisión es solo tuya. —le dije con absoluta seriedad.

—Necesito un par de días para pensarlo bien —me contestó —Y ahora si no te importa, necesito descansar. Creo que me voy a acostar ya, mañana terminaré de meditarlo todo.

—Está bien, Víctor, como quieras —me limité a decir mientras terminaba de desmaquillarme ante mi espejo —supongo que mañana veremos las cosas de otra manera —terminé de decirle.

Aquella noche fue especialmente larga para mí. Una vez ya en nuestro lecho, con la luz apagada y con Víctor dormido a mi lado, empecé a pensar en lo ocurrido en la fiesta de Ruth. Aún no podía creer que Miguel hubiera vuelto a nuestras vidas. Hacía tanto tiempo que no sabíamos de él...

Mi corazón latía frenético y agitado mientras recordaba la conversación que horas antes ambos hermanos habían tenido ante mí. Y a pesar de que me sentía segura y a salvo, no podía dejar de sentir cierta intranquilidad, puesto que estaba totalmente segura de que, si Miguel había regresado, lo había hecho

con alguna oscura intención. Quizá no había terminado de aceptar o encajar que le abandonara hacía ya más de cuatro años... O quizá era cierto lo que decía y, simplemente, deseaba ayudarnos a sacar a flote las tierras que, tiempo atrás, habían pertenecido a sus padres. Fuera como fuese, lo único cierto era que había regresado y eso significaba que el tiempo de paz y tranquilidad había terminado para todos nosotros.

XXVI

Cuando me desperté horas después, ya había amanecido y Víctor no estaba a mi lado en la cama. Me incorporé, miré el pequeño reloj que había sobre mi mesita de noche y vi que eran las siete y veintidós minutos de la mañana; sin lugar a dudas, una buena hora para levantarse de la cama.

Poco después me encontraba en el comedor, donde encontré a Víctor desayunando su habitual café al tiempo que se fumaba un cigarro y leía el periódico.

—Buenos días —saludé dirigiéndome hacia él.

—Buenos días, querida —respondió él sin apenas levantar la mirada del artículo que estaba leyendo en ese momento.

—¿Qué va a desear la señora para desayunar? —me preguntó Abbie tan educada y cortés como siempre solía serlo.

—Café con leche y tostada con mermelada estará bien, Abbie. Gracias —le dije dirigiéndome a ella con la misma amabilidad con la que ella me había tratado.

—¿Ya has pensado qué hacer con los viñedos y el tema de tu hermano? —le pregunté directamente a mi marido mientras me sentaba a su lado en la mesa.

—Ya veo que no te andas por las ramas, querida —me respondió levantando esta vez sus ojos del periódico para mirarme.

—Siento mi brusquedad, Víctor, pero es algo que me preocupa. No puedo evitarlo —le confesé.

—Sí, ya he tomado la decisión —replicó él.

—¿Y bien? —quise saber.

—Dado como está la situación y por más que me pese, creo que lo mejor será aceptar su oferta. No me queda otro remedio si quiero sacar adelante las tierras —me dijo.

—¿Y por qué son tan importantes para ti esas malditas tierras? —le pregunté algo molesta —Lo único que nos va a traer todo este asunto es más

problemas. Deberías venderlas, olvidarte de ellas y dejar que Miguel se marche de nuevo. No le quiero aquí, Víctor —le dije enérgica.

—¿A qué le temes? —me preguntó muy serio y colocando el periódico sobre la mesa.

—Sácale de nuestras vidas, por favor —le pedí.

—Querida, el enemigo cuanto más cerca, mejor —me respondió —Al menos así, le tengo controlado.

—Está bien, Víctor. Espero que no tengas que arrepentirte de nada después... —terminé de decir.

—¿Y de qué podría arrepentirme? —quiso saber él —Para mí, solamente son negocios, Ann, y yo confío plenamente en ti. Ya sé que hiciste tu elección hace años. Todo irá bien —siguió diciéndome él mientras me cogía de las manos —Esto nos hará más fuertes —Terminó de decirme besándome y saliendo de la habitación.

Sin embargo y a pesar de sus tranquilizadoras palabras, yo temía por la estabilidad de nuestra familia. Estaba segura de que el regreso de Miguel no iba a traernos nada bueno y mucho menos aún el hecho de que ambos se asociaran, lo cual me hacía sentir absolutamente incómoda. Sin pensarlo un instante más cogí mis cosas y me dirigí hacia su casa: Era necesaria una conversación entre nosotros.

Apenas llegué, bajé del coche y me detuve ante la enorme mansión. Pensé en todo lo ocurrido años atrás. Me sentía incómoda y nerviosa, a pesar de que hacía esfuerzos por no estarlo. Traté de auto—convencerme de que Miguel tan solo era un hombre más, pero en mi interior yo sabía que eso era incierto.

Me aproximé a las verjas que vallaban todo el caserón y traspasé la puerta que daba entrada a un enorme jardín donde había plantadas flores y arbustos variados cuyos aromas podían sentirse desde lejos. Avancé por el camino que cruzaba todo aquel hermoso vergel y cuando quise darme cuenta, ya me encontraba hablando con el mayordomo de la mansión.

—Buenos días —saludó muy amablemente —¿Qué desea la señora?

—Desearía ver al señor Marco Alberdi, por favor —le dije al mayordomo.

—¿El señor Alberdi? —dijo él extrañado —¡Ah, ya! —exclamó de

repente —Usted se refiere al señor Miguel. Por supuesto, pase por aquí si es tan amable, por favor.

—¿Quién es, Samuel? —quiso saber una voz de mujer que procedía del interior de la casa.

—Es una mujer que pregunta por el señor —le respondió el sirviente.

—¿Y no te ha dicho su nombre? —siguió ella preguntando mientras yo permanecía en la cancela de la puerta.

—Soy Ann Lake —le dije al hombre.

—Hazla pasar —le ordenó la mujer apenas escuchar mi nombre.

—Bienvenida a nuestra casa, Ann —me dijo aquella mujer que no era otra sino Jimena, la hermana menor de Miguel y de mi esposo.

—Gracias —le respondí con cortesía.

—¿Cuál es el motivo para que nos hagas esta maravillosa visita? —siguió ella preguntando

—Deseo ver a tu hermano Miguel, si es posible, por favor —le respondí siempre cortés y amable.

—Por supuesto, querida —me respondió —Pero pasa, pasa, no te quedes ahí. Acompáñame al salón, estaremos mucho más cómodas. Samuel —dijo refiriéndose a su mayordomo —hazme el favor de traernos dos té y algo de comer. Y de camino a la cocina, avisa al señor de que tenemos una visita importante.

—Por supuesto, señorita Jimena —replicó el mayordomo.

—No creí que Miguel y tú tuvierais nada de qué hablar después de tanto tiempo —me dijo ella con toda confianza.

—Ya ves, parece que te equivocas —le respondí seria y algo distante.

—Sé que te sentiste defraudada por nosotros cuando supiste la verdad de nuestra identidad, Ann, pero yo no podía revelarte nada. Espero que lo comprendas —siguió ella diciéndome.

—Eso ya no tiene ninguna importancia, Jimena. Ha pasado mucho tiempo y ya no tiene sentido que hablemos más de ello —le repliqué.

—Me gusta que hayas venido a vernos —me confesó ella.

—En realidad, ésta no es una visita de ocio ni de cortesía —dije yo —No existe ningún tipo de relación entre tu hermano Miguel y yo y tampoco va a

existir en un futuro, Jimena. Si he venido hasta aquí es para hablar solamente de cosas relacionadas con mi marido y con los negocios que ambos van a tener —le advertí.

—Entiendo... —musitó ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó repentinamente la voz de Miguel tras de mí.

—Hermano —dijo Jimena —Mira quién ha venido a visitarnos...

—Ya lo veo —respondió él —y no entiendo muy bien para qué ha venido hasta aquí.

—Necesito hablar contigo —le dije —Pero si tu hermana no tiene inconveniente alguno, desearía que fuera a solas.

—Por supuesto —replicó Jimena —Yo os dejo tranquilamente para que habléis. Me ha gustado verte, Ann, a pesar de todo... Me gustaría que nos viéramos más a menudo —Terminó diciéndome.

—Creo que eso será algo difícil, Jimena, aunque tú siempre serás bienvenida tanto en mi casa como en Red Hill —le respondí.

—¿Qué haces aquí? —me repitió bruscamente Miguel, apenas su hermana había cruzado el quicio de la puerta del salón en el que nos encontrábamos.

—Quiero que hablemos —contesté.

—Te envía tu marido, ¿verdad? —dijo él. —No te ofendas, Ann, pero solamente hablo de negocios con los directamente implicados, de modo que, si Víctor desea algo, debe ser él quien hable conmigo. No tengo absolutamente nada que hablar contigo —continuó diciéndome.

Notaba indiferencia y cierto desprecio en su mirada, así como en las palabras que profería. No parecía el Miguel que yo había conocido años atrás.

—No vengo para hablar de negocios —le respondí muy seriamente.

—Entonces no entiendo qué haces aquí —dijo él —Hace tiempo que tú y yo ya no tenemos nada de qué hablar.

—¿Qué has venido a hacer aquí después de tanto tiempo? ¿Por qué has vuelto? —le pregunté sin rodeos.

—No creo que eso sea de tu incumbencia, querida —me replicó —Pero tranquila, no he venido por ti si es lo que te inquieta.

—¡Aléjate de mi familia, Miguel! —le ordené —Te lo advierto...

—No tienes nada que temer, Ann. Puedes seguir jugando a la familia feliz —siguió diciéndome con tono más que sarcástico —Y ahora si me disculpas, aún tengo mucho por hacer esta mañana.

—No voy a permitir que le hagas daño a mi familia —le advertí a pesar de que él ya se había girado y se disponía a marcharse. —¡Déjanos en paz! —le grité.

—Dile a tu marido que cuando tenga su respuesta, me la haga saber. La puerta de salida está a la derecha —me respondió frío y distante mientras se alejaba dejándome allí sola y únicamente acompañada por mi rabia y mis miedos... Salí de la casa de Miguel apresuradamente. Le pedí a mi chófer que me llevara a Red Hill. Hacía un par de días que no veía a mi familia y en aquel momento todo lo que necesitaba era estar con mi padre y contarle a Sofía lo ocurrido en la mansión de los Alberdi o como Dios quisiera que se llamasen.

La actitud de Miguel hacia mí me había parecido cuanto menos grosera e inadecuada, sin embargo, mi tía parecía no cansarse de defender su conducta. Defendía que su trato hacia mí era más que lógico después de cómo yo me había comportado con él años atrás; pues, al fin y al cabo, lo había abandonado por otro hombre que, además, resultaba ser su hermano. Lo que Miguel ignoraba eran los verdaderos motivos por los que yo no me había atrevido a escapar con él, motivos que, para mí, habían sido más que suficientes y que en ese momento tenían ya casi cinco años y unos preciosos ojos verdes. A pesar de todos los intentos de mi tía por hacerme comprender su comportamiento y por defenderlo, yo seguía empeñada en que Miguel había regresado para hacernos daño a mí y a mi familia. Sabía que era un hombre herido y estaba convencida de que lo único que había venido a buscar era algún tipo de venganza.

Tras una larga conversación con Sofía, decidí que ya era hora más que suficiente de regresar a mi casa. Sin duda, Víctor debía de estar inquieto por saber dónde me había metido y muy probablemente mi pequeña necesitaría de su madre.

Llegué a casa pensativa y recordando la charla que había tenido unas horas antes con Miguel. Su cara, sus ojos, sus facciones... parecían haberse

endurecido, eran tan... distintas a cómo yo las recordaba...

—¿Se puede saber dónde estabas, Ann? —me preguntó de pronto Víctor con voz algo enfadada, mientras yo dejaba mis guantes y mi sombrero sobre la mesita que teníamos en la entrada de nuestra casa.

—Perdona —dije distraída —¿Me decías algo?

—¿De dónde vienes? —volvió a preguntar.

—He estado en Red Hill. Hacía un par de días que no veía a mi padre y necesitaba hablar con Sofía —le respondí quitándome el abrigo y colocándolo en el perchero.

—Ya, ya... —dijo él —Y lo de tu visita a la casa de mis hermanos, ¿eso piensas contármelo o eso no tengo derecho a saberlo? —me dijo visiblemente enfadado.

—¿Cómo sabes tú que he estado en casa de tus hermanos? —quise saber.

—¡Eso da igual, Ann! —exclamó él —Lo único que importa es que has ido a esa maldita casa. ¡Tú no tienes nada que hacer allí! —me gritó —¿Para qué has ido?.

—No tienes por qué gritarme. Solamente fui a advertirle a Miguel que se alejara de nosotros. Nada más —le dije poniéndome a la defensiva.

—Has ido a verle a él, ¿verdad? —siguió diciéndome visiblemente celoso —¿Es que quieres acabar con mi buena reputación? ¿Es eso lo que quieres? ¡Maldita sea, Ann! ¿Hasta cuándo piensas seguir humillándome con él? — me dijo sin dejar de gritar.

—No he hecho nada de lo que deba avergonzarme esta mañana —le dije muy seriamente —Solamente he ido a defender lo que es mío, nada más. Y lo he hecho por nosotros, por ti y por mí —continué diciéndole —Parece mentira que no me conozcas a estas alturas. ¿Cómo tengo que decirte que yo hice mi elección hace años? ¿Cómo? —le pregunté indignada. —No soporto tus dudas, Víctor. No las soporto... ¿Y ves? Ya está consiguiendo lo que ha venido a buscar... —le dije con lágrimas en los ojos mientras me disponía a subir la escalera que llevaba a nuestro cuarto. Me marchó. No puedo con esto...

—Ann, por favor —me dijo él abrazándome fuertemente por la espalda.

—No, Víctor. No quiero tu abrazo, quiero tu confianza, y está más que claro que no la tengo —le dije —Cuando estés dispuesto a dárme la, búscame

en Red Hill —terminé de decirle soltándome de él para dirigirme, totalmente convencida, a empacar todas mis cosas y las de mi hija.

No necesité mucho tiempo para recoger lo más necesario y salir de aquella casa que nunca había sentido como mía... Apenas una hora después, Adele y yo ya nos habíamos trasladado a la casa de mi padre, mi verdadero hogar, aquel que tanto había extrañado durante los últimos años de mi vida.

XXVII

El abultado equipaje con el que nos vieron llegar a Adele y a mí preocupó a todos en Red Hill, pues nadie esperaba que algo así pudiera ocurrir, y menos aún, de manera tan precipitada. Como de costumbre, Rose se encontraba haciendo las tareas de la casa y supervisando que todo estuviera en perfecto orden tanto dentro como fuera de la casa. Ella fue la primera en vernos entrar en Red Hill. Sorprendida y también algo asustada por las posibles razones que nos habían devuelto allí preguntó:

—Pero niña, ¿estáis bien?

—Sí, Rose —le respondí calmada —Estamos perfectamente.

—¿Pero qué ha ocurrido? ¿Por qué esas maletas? —Preguntó —No entiendo...

—Pronto lo entenderás, nana —le respondí mientras colocaba cariñosamente mi mano sobre su hombro. —Por favor, llama a mi padre y a mi tía. Necesito hablar urgentemente con ellos —le pedí.

—Por supuesto —respondió al instante —Ahora mismo les aviso de que estás aquí.

—¿Rose! —la llamé antes de que llegara a salir de la habitación — Necesitaré que prepares mi habitación y otra más para Adele, que esté cercana a la mía, por favor —le pedí.

—Claro que sí, niña. Ahora mismo le digo a Lucía que se encargue de eso —dijo ella tan fiel y servicial como de costumbre.

—Gracias, Rose —contesté —Cuando hayas avisado a mi tía y a mi padre te espero con ellos en el salón —seguí diciéndole a lo cual ella asintió con la cabeza mientras se disponía a cumplir todas las peticiones que le había hecho.

—Mamá, ¿Vamos a quedarnos a vivir aquí? —dijo repentinamente Adele.

—Sí, mi bien, viviremos aquí —le respondí cariñosa —¿No te gusta la casa del abuelo? Es muy grande y tiene unos jardines enormes en los que podrás correr y jugar.

—Sí, sí que me gusta —me respondió ella —pero ¿y papá? ¿También él

vendrá aquí a vivir? —quiso saber.

—No, Adele —le dije —papá se quedará en su casa y nosotras en la nuestra.

—Pero yo quiero que él también viva con nosotras. No quiero que se quede solito. —dijo la niña.

—Papá tiene muchas cosas que hacer en la otra casa, no puede quedarse aquí, pero le verás a menudo, ¿de acuerdo? —dije tratando de conseguir que la niña se quedara tranquila.

—Ya, pero yo quiero que él venga a vivir aquí —siguió ella diciendo.

—Lo sé, pero hay veces en las que uno no puede tener todo lo que quiere. Eso es algo que tendrás que aprender —le respondí ya algo más seria.

—¡Mi muñeca! —exclamó de pronto una voz que no podía ser de nadie más que de mi tía —Rose me ha dicho que vuelves a Red Hill... ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Y tú, mi pequeña? —preguntó refiriéndose a Adele mientras la cogía en brazos y le hacía carantoñas —¿Cómo estás?

—Sofía, ambas estamos bien. No tienes por qué preocuparte —le repliqué intentando que se calmara. —Vamos al salón, allí hablaremos tranquilamente de todo.

—Sí, vamos. Tu padre y Rose ya están allí esperando por vosotras —me confirmó ella.

—Hija —me dijo mi padre nada más verme aparecer en el salón —¿Qué es lo que ha ocurrido para que hayas decidido marcharte de tu casa? —me preguntó abrazándome.

—Aquella nunca fue mi casa, papá —le dije.

—Bueno, pero ¿estáis bien? Si Víctor os ha hecho algo, yo te juro que... —dijo mi padre enfurecido.

—No, no, papá, tranquilo. Víctor no nos ha hecho nada y estamos perfectamente, tanto Adele como yo estamos bien —le respondí —Pero antes de iniciar charla alguna, creo que Lucía debería enseñarle a esta pequeña su habitación —dije al tiempo que le hacía cosquillas a mi hija en la cintura. —¿Qué te parece, cariño? ¿Quieres ver tu nueva habitación?, es muy grande y bonita —continué diciéndole.

—¡Síiii! —exclamó ella emocionada.

—Entonces ven conmigo, princesa —le dijo Lucía cogiéndola en brazos —Ya verás cómo te va a gustar. ¿Cuál es tu color favorito? —le preguntó la doncella.

—El verde —respondió Adele sin ningún tipo de vacilación.

—¡Vaya! ¡El verde! —exclamó Lucía —Sí, señor, es una gran elección. Eres una señorita con gusto... Pues ¿sabes qué?

—¿Qué? —quiso saber la pequeña.

—Que aquí tenemos una frazada de color verde que es muy muy bonita. ¿Quieres que la pongamos sobre tu cama? —dijo Lucía.

—Sí, sí que quiero —replicó Adele.

—Pues venga, vamos a ponerla. ¿Me ayudas? —siguió diciéndole Lucía tratando de entretenerla.

—Claro que te ayudará —le dije yo —¿Verdad que sí?

—Sí, mamá me voy a ayudar a Lucía —me dijo la niña absolutamente feliz y ajena a lo que estaba ocurriendo.

—Pues vámonos —le pidió nuestra camarera —¿Y sabes que tu nueva colcha tiene unos dibujos de flores muy grandes y bonitos?

—Yo quiero verla —se le oía decir a Adele mientras ambas avanzaban ya hacía la escalera.

—Sí, ahora te la enseño —le respondía Lucía —Ya verás cómo te va a gustar —seguía diciéndole al tiempo que cada vez sus voces se escuchaban más lejanas.

—Y bien, hija ¿Vas a explicarnos ya qué es lo que ha ocurrido? —dijo mi padre.

—Me mudo a Red Hill, papá y creo que para siempre. Dudo mucho que mi matrimonio tenga alguna posibilidad de salvarse. —le respondí totalmente sincera.

—Pero, Ann ¿Por qué dices eso? —preguntó Rose.

—Víctor no confía en mí —le repliqué —Como todos sabéis mi esposo está pasando una mala racha en los negocios. Nuestra situación económica no es de las mejores. Aunque tenemos más que de sobra para vivir, lo cierto es que Víctor está empeñado en sacar adelante los viñedos que sus padres le dejaron en España y eso nos va a llevar a la ruina.

—¿Tan grave es? —siguió preguntando mi padre.

—Sí, papá —le confirmé —el problema es que Víctor no tiene liquidez suficiente para poder hacer frente a las inversiones que conllevan esas tierras y además la última cosecha ha sido muy mala. Hemos perdido mucho... —dije yo.

—Pues si las tierras no le resultan rentables, que las venda y asunto zanjado —dijo Sofía.

—Eso mismo le he dicho yo —comenté —pero él no quiere oír hablar de tal posibilidad. Está empeñado en conseguir sacar a flote las viejas tierras de la familia...

—Entiendo, Ann... —dijo mi padre —Pero, ¿qué ha pasado para que hayas salido de tu casa así?

—¿Recuerdas la dichosa fiesta de bienvenida que dimos en honor de Ruth? —le pregunté.

—Sí, claro —dijo él —Si mal no recuerdo, su hermano se ofreció para ser su socio y ayudarlo con sus inversiones, con lo cual el asunto debería de estar zanjado —concluyó mi padre.

—La vuelta de Miguel ha desestabilizado a mi marido —dije yo —en vez de ayudarlo, le ha transformado, no sé, en otra persona...

—¿Por qué dices eso, Ann? —dijo Sofía.

—Porque Víctor está obsesionado con su hermano. Ambos se odian, aún tienen pendientes viejas rencillas familiares que debieron solucionar hace mucho... Lo cierto es que no se llevan nada bien y estoy segura de que, si Miguel le ha ofrecido su dinero, es porque quiere algún beneficio más.

—¿En qué te basas para decir eso? —preguntó mi padre —Marco, Miguel o como se llame, siempre me pareció un hombre noble y de fiar.

—Un hombre de fiar no mentiría como él lo hizo dándonos un nombre falso —dijo Rose.

—Todos sabemos que Miguel tenía sus razones para hacer lo que hizo —replicó Sofía —Ya todos conocemos esa historia y no vamos a volver a discutir sobre ello.

—En cualquier caso —seguí diciendo yo —lo único cierto es que yo estoy segura de que Miguel ha regresado para vengarse de su hermano. A mí me dio

cierto miedo su actitud de la otra noche en la fiesta a Ruth, así que esta misma mañana he ido a su casa para pedirle que se alejara de mi familia y que por favor nos dejara tranquilos.

—Pero, Ann ¿Cómo has sido capaz de hacer algo así? —me dijo mi padre.

—Lo siento, papá —repliqué —pero tenía que hacer algo. Estoy convencida de que ese hombre busca algo más...

—Yo, sinceramente —murmuró mi tía —Creo que quien se está obsesionando con Miguel eres tú, querida.

—Al llegar a casa —continué narrando sin darle importancia a las palabras de Sofía —Víctor me ha echado en cara mi visita a su hermano, y hemos tenido una fuerte discusión en la que él me ha insinuado que Miguel y yo estábamos pensando en engañarlo...

—¿Cómo se atreve? —dijo Rose indignada.

—Como comprenderéis, ante tal desconfianza no podía permanecer allí por más tiempo. Ya son demasiadas las ocasiones en las que durante todos estos años Víctor me ha hecho reproches e insinuaciones de ese tipo y yo ya no puedo más —confesé totalmente abatida —esa es la razón por la que he regresado a Red Hill donde desearía quedarme a vivir indefinidamente si me lo permitís —les dije.

—Pero, cariño —dijo mi padre —¿Cómo no vamos a querer que te quedes? Si sabes perfectamente que ésta es tu casa, ahora y siempre. No es necesario que pidas permiso, Ann. Red Hill es tu hogar —respondió él abrazándome de nuevo.

—Gracias, papá —le dije.

—Y no tienes nada por qué preocuparte. Todo va a estar bien —dijo Rose buscando tranquilizar mis nervios, los cuales estaban visiblemente alterados.

—Claro que no —replicó Sofía —Ya sé que no son las mejores circunstancias, mi muñeca, pero yo me alegro mucho de que estés de vuelta en casa. Te he echado tanto de menos. Ann. Por fin, podremos volver a hacer muchas de las cosas que solíamos hacer cuando vivías aquí.

—Sí, pero ahora creo que será mejor que descanse —recomendó Rose —¿Has comido algo? —me preguntó mi nana.

—No, nada —respondí escuetamente —Pero tampoco tengo mucha

hambre, la verdad.

—Bah, bah —rezongó ella —Tienes que alimentarte. Voy a ir a la cocina a preparar algo para Adele y para ti, y después quiero que te acuestes un buen rato.

—Pero, Rose —repliqué —Tengo muchas cosas que hacer no puedo echarme a dormir...

—Nada, nada —me contestó —Te digo que tú vas a comer y luego te vas a acostar y ¡no me discutas, niña!

—Yo que tú, no la contradiría —me recomendó mi padre en voz baja —Ya sabes cómo se pone —me dijo sonriendo y haciendo una mueca de complicidad.

—Está bien, está bien —dije yo —Haré lo que me dices. Comeré y me acostaré, pero que conste que solamente lo hago para satisfacerte, no por otra cosa —repliqué refiriéndome a Rose.

—Así me gusta —dijo ella satisfecha —Ve a buscar a la pequeña y esperad en el comedor, vuestra comida estará lista en unos diez minutos.

—De acuerdo, nana, pero si no os importa primero quisiera ir a mi habitación. Necesito ponerme otra ropa más cómoda que la que llevo y también debo empezar a colocar parte del equipaje —dije yo.

—Claro, hija, ya sabes de sobra donde es —dijo mi padre —si me necesitas para algo, estaré en mi despacho.

—Yo voy a salir —dijo Sofía —pero no tardaré en volver. A mi regreso, hablaremos con calma.

—Sí, sí, tranquilos —les dije —haced lo que tengáis que hacer. No quiero entorpeceros; Además, cuanto antes vuelva todo a la normalidad mucho mejor. Si me disculpáis, voy a mi cuarto —terminé de decir visiblemente afectada por todo lo que estaba aconteciendo.

De camino a mi antiguo dormitorio, no pude evitar mirar cada rincón, cada cuadro, cada objeto de decoración de aquella vieja casa que durante tantos años había sido mi hogar y que, en silencio, tanto había extrañado. Pensé en tantos y tantos momentos vividos entre los muros de aquella mansión.

Entré en mi cuarto y vi que todo estaba tal y como yo lo había dejado años atrás. Todo continuaba en el mismo lugar. Parecía que el tiempo se había

detenido allí. Me tumbé sobre mi antigua cama, cerré los ojos y sentí que, ahora sí, por fin estaba a salvo.

XXVIII

Cuando desperté a la mañana siguiente, alguien tocaba insistentemente la puerta de mi habitación. Pensé que, sin duda, se trataría de Rose quien, tan atenta como siempre, me traía el desayuno a la cama.

—Puedes pasar, nana —le dije aún medio adormilada desde el interior de mi cama.

—Buenos días, muñeca —dijo mi tía entrando en la habitación.

—¡Ah, Sofía! —exclamé aún entre mis sábanas —eres tú...

—Sí, mi muñeca, soy yo —replicó acercándose a mí y sentándose sobre mi cama —¿Qué tal has dormido? — me preguntó ella muy dulcemente.

—Muy bien, tía —le mentí —Lo cierto es que pensé que me costaría conciliar el sueño, pero no... Creí que eras mi nana —continué diciéndole.

—Ya me di cuenta, querida. ¿Muy decepcionada con el cambio? —me preguntó con su habitual humor.

—Sabes que no, tía —le dije.

—Solamente venía a proponerte que me acompañes a dar un paseo a caballo por la playa. Hoy hace un día estupendo —dijo mirando por mi ventana —¿Te apetecería venir?

—Por supuesto, tía —respondí —Tú sabes bien que pasear a caballo es una de las cosas que más me gusta hacer.

—Bien —replicó ella —entonces cuando termines de desayunar y estés lista, avísame. Yo mientras, iré a pedirle al mozo de cuerdas que nos prepare los caballos.

—De acuerdo, Sofía —añadí.

Sin más dilación mi tía salió de mi cuarto para disponerse, tal y como me acaba de decir, a dejar todo preparado para que pudiéramos dar un matutino paseo a caballo.

Hacía tiempo que no montaba a Dominó. Al volver a hacerlo nuevamente, me sentí viva otra vez. El viento golpeaba mi cara al tiempo que una fuerte e intensa fragancia a sal marina y yodo lo inundaba absolutamente todo. La playa

estaba totalmente desierta, solamente el mar nos acompañaba con su vasta e infinita masa de agua, y yo disfrutaba plenamente del momento. Desde pequeña, era una absoluta enamorada del mar, y me fascinaban todas las sensaciones que este me producía: observarlo, respirar su aroma, escuchar su rumor... Sentir la frialdad de sus aguas sobre mi piel... —Sin duda, no hay nada como el mar... —pensaba yo —Sofía ha estado más que acertada al traerme a la playa.

—Tía, muchas gracias por esto —le dije mientras paseábamos ya tranquilamente, y al paso, sobre nuestros respectivos caballos.

—De nada, Ann —respondió —Estaba segura de que te haría bien.

—Me conoces tan bien... —murmuré.

—¿Y cómo no, querida? —preguntó de manera retórica —si te conozco desde hace tanto...

—Sí, tía y hemos pasado tantas cosas —le contesté —¿Te acuerdas hace unos años cuando vivía contigo y con la abuela en París?

—Pues claro que me acuerdo, Ann. Fueron buenos tiempos —dijo asintiendo con la cabeza y con cierta nostalgia.

—Sí, sí que lo fueron —repliqué con la misma nostalgia. —Tía —continué diciéndole —¿Por qué nunca regresaste con la abuela a París? ¿Por qué te quedaste aquí? Se suponía que estarías aquí una temporada, pero finalmente, nunca volviste.

—Es una buena pregunta, querida —replicó ella —Espero que no me la estés haciendo porque quieras deshacerte de mí o algo así —me dijo ella mientras esbozaba una sonrisa casi perfecta.

—Tía, sabes que no es por eso por lo que te lo estoy preguntando. Es simple curiosidad... Algo que se me ha ocurrido ahora, nunca me había parado a pensarlo, la verdad... —le dije.

—Pues si te soy sincera —dijo ella disponiéndose a responder a mi pregunta —al principio me quedé por ti. Estaba algo preocupada por tu estado y, además, te echaba mucho de menos. En París las cosas ya no eran lo mismo sin tu presencia, Ann.

—Gracias, tía —añadí yo.

—Después fue pasando el tiempo y yo me había acostumbrado ya tanto a

vosotros que me resultaba muy difícil volver a marcharme —siguió diciendo ella.

—Sí, pero la abuela Elizabeth también te necesita —le dije —Ella está allí sola.

—Te equivocas, Ann —la abuela está muy bien allí, de lo contrario, hace tiempo que se habría mudado a Red Hill o me habría hecho regresar a mí. Ella tiene importantes amistades y se pasa los días de evento en evento social. Ya la conoces. Es feliz así... —dijo Sofía.

—¿Entonces me estás diciendo que yo soy el único motivo por el cual tú sigues aquí? —le pregunté abiertamente.

—Tú eres uno de los motivos —me dijo —pero no el único...

—¿Y cuáles son los otros? —seguí preguntando a pesar de resultar ciertamente indiscreta.

—El otro motivo es Edward —me contestó sin ningún tipo de rodeo.

—¿Mi padre? —dije yo sin esperar en absoluto tal respuesta por parte de mi tía —No entiendo...

—Hace mucho tiempo que yo me encontraba ya dispuesta y preparada para volver a París, y lo habría hecho de no ser porque Edward me pidió que no lo hiciera. Estaba muy preocupado por ti, Ann. Él sabía que de algún modo veías en mí algo de tu madre y me dijo que lejos de ser un huésped era un miembro más de la familia, de modo que podía quedarme todo el tiempo que deseara en Red Hill.

Además, tu padre ha sido tan generoso y atento conmigo todos estos años, Ann. Es un hombre maravilloso —continuó diciéndome.

—Sí, tía, lo sé —le dije. Mi padre es un ser muy especial.

—Y creo que ahora que vas a vivir nuevamente en Red Hill por tiempo indefinido es justo que lo sepas —siguió contándome.

—¿Qué debo saber? —le pregunté curiosa sin entender de qué me estaba hablando ni a dónde quería ir a parar.

—Ann, ya hace algún tiempo que la relación que Edward y yo mantenemos no es la de simples cuñados —me confesó —Estoy muy enamorada de él, y la verdad es que creo que él también lo está de mí. Hemos decidido intentarlo... Nadie más en la casa lo sabe, excepto Rose, pero yo creo que ya ha llegado el

momento de que tú tengas conocimiento de ello —me dijo con total y absoluta sinceridad.

—¿Me estás hablando en serio? —pregunté sin terminar de dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Nunca jugaría con algo así, Ann —me respondió —Entendería que te enfadaras o que no lo aceptaras, yo...

—Tía Sofía —dije yo interrumpiendo su discurso —No hay mujer sobre la faz de la tierra a la que quiera más que a ti. Estoy convencida de que serás capaz de hacer muy feliz a mi padre. Su soledad todos estos años ha sido enorme y ya estaba empezando a preocuparme... ¡Pero qué gran noticia! —exclamé —¿Y por qué me lo habéis ocultado durante todo este tiempo? ¿Por qué no me lo habéis contado antes? —quise saber totalmente emocionada.

—Edward no lo creyó conveniente ni apropiado —replicó ella sorprendida por mi reacción.

—¡Qué tontería! —exclamé de nuevo— ¿Pero desde cuándo está ocurriendo esto? —quise saber ciertamente asombrada.

—Tampoco demasiado tiempo, quizá un par de meses, tres a lo sumo, no lo sé con exactitud. Yo... me siento como una adolescente hablando de esto contigo —replicó ella ruborizada.

—¿Y para cuándo el compromiso? —le dije sin poder dejar de preguntar.

—¿Compromiso? No, no... Tranquilízate —me pidió —Las cosas hay que hacerlas poco a poco. Esta relación tan solo tiene un par de meses de vida —se rio ella —Debemos hacer las cosas con cautela. Cada cosa a su debido tiempo.

—Está bien, tía, será todo como queráis —le respondí.

—Entonces, ¿tenemos tu consentimiento y bendición? —me preguntó sonriendo.

—¡Por supuesto! —exclamé —Ya verás qué cara pone mi padre cuando sepa que ya me he enterado de vuestro secreto... —le comenté riéndome.

—Yo creo que me mata, Ann —me dijo ella riéndose conmigo.

—Volvamos a la casa —le pedí —estoy ansiosa por hablar con él.

De vuelta ya en Red Hill, apenas desmonté a Dominó me dirigí al despacho de mi padre. Estaba ansiosa por hablar con él. Me moría de ganas

por abrazarle y decirle que estaba feliz por mi tía, por él y también por mí. Para mí no existía mejor mujer para él que mi tía Sofía.

Una vez situada ante la puerta de su despacho, me dispuse a llamar. Respiré hondo: curiosamente, me sentí nerviosa e inquieta.

—Papá —le llamé desde el otro lado de la puerta tras golpearla— ¿Puedo pasar?

—Sí, cariño —escuché —Pasa, pasa...

—¿Estás muy ocupado? —le pregunté —Necesito hablar contigo de un asunto, pero no quiero molestarte. Si estás haciendo algo importante, puedo esperar...

—No, no —negó el —No es nada que no pueda esperar. Dime, ¿de qué quieres hablar? ¿Es algo relacionado con tu marido? —me preguntó visiblemente preocupado por mí.

—No, papá —le respondí —No tiene nada que ver con él. Y desde este momento quiero decirte que no quiero que te preocupes más por ese asunto. Tanto Adele como yo estamos perfectamente, y estaremos mucho mejor a partir de ahora aquí.

—Me alegra mucho escucharte decir eso —me dijo él —¿Entonces si no es sobre Víctor de qué se trata? Tú dirás —me preguntó mirándome a los ojos, como siempre solía hacer cuando hablábamos.

—Esta mañana he ido a pasear con Sofía por la playa y hemos tenido una conversación muy interesante —le dije juguetona.

—Sí, ya Rose me informó de eso y de que mi pequeña nieta seguía aún durmiendo —comentó él.

—Sí, es que no quise despertarla tan temprano —añadí yo —Pero bueno, no desvíes la conversación, papá. Ya lo sé todo —seguí diciéndole divertida.

—¿Todo? ¿Qué es todo? ¿De qué hablas? —quiso saber.

—Papá, nunca has sabido disimular —le advertí —Y la tía ya me lo ha contado todo. Sé perfectamente que entre vosotros existe una relación que va mucho más allá de la que se mantiene entre simples cuñados.

—Ya veo... —dijo él absolutamente absorto y sin saber cuál iba a ser mi reacción.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —le pregunté

—No creí que fuera conveniente. Yo... —dudó.

—No tienes que preocuparte por mí, papá —dije intentando que se tranquilizara —Es más, quiero que sepas que me parece una gran noticia y que os apoyo y os apoyaré siempre, a los dos. —le dije acercándome a él.

—Gracias, hija —se limitó a decir —No sabes lo que eso significa para mí.

—Tú siempre has estado aquí, papá. Ahora es mi turno —le dije agarrándole de la mano.

—No sé qué decir —musitó emocionado —¡Te quiero tanto, Ann! — exclamó levantándose de la silla que estaba tras su escritorio para abrazarme —¿Qué haría yo sin ti, hija?

—¿Y yo, papá? ¿Qué haría yo si no te tuviera? —le susurré —Adele y tú sois lo mejor que tengo en esta vida.

—¿Sabes qué vamos a hacer? —me preguntó —Pues, por el momento, esta noche vamos a salir los tres a cenar para celebrarlo.

—Me parece una gran idea, papá —le confirmé. Celebremos que empieza una nueva era en la vida de los Lake...

XXIX

Aquella misma noche mi padre nos llevó a cenar a Sofía y a mí a uno de los restaurantes más lujosos y exclusivos de toda la ciudad. Era indudable que él se sentía feliz por lo bien que yo había tomado la noticia de su nueva relación. También Sofía parecía estar encantada. Ataviada con un hermosísimo vestido de gasa azul turquesa, y sin perder jamás la sonrisa, mi tía hacía gala de una belleza y elegancia que resaltaba sobre la del resto de mujeres que se encontraban en aquel mismo lugar.

—Ha sido una gran idea el venir —dije dispuesta a disfrutar plenamente de la velada —Además os veo pletóricos a los dos. ¡Me gusta tanto veros tan contentos!

—Esta felicidad es también en parte gracias a ti, querida —dijo Sofía.

—¿A mí? ¡Qué tontería! —exclamé yo.

—Sí hija, Sofía tiene razón. Debo confesar que estábamos más que preocupados por tu posible reacción ante tal noticia —añadió mi padre.

—¿Acaso no me conoces, papá? —le pregunté algo ofendida por sus palabras —Tu felicidad es la mía. Además, yo tampoco tengo ningún derecho a decirnos cómo debéis vivir vuestra vida o con quién. Esa decisión os corresponde solo a vosotros dos —terminé de decir.

—Eres muy comprensiva y madura, Ann. No todos los hijos se comportarían como tú lo estás haciendo. —Me dijo Sofía —Después de todo, yo sigo siendo la hermana de tu madre...

—Pues razón de más, tía —le respondí —Te conozco perfectamente y también tú a mí. Eres un miembro de nuestra familia. Nos has cuidado siempre y en todo momento, ¿quién mejor que tú para ocupar el lugar que dejó mi madre? —le dije con cierta tristeza.

—No, Ann —me advirtió mi padre —nadie quiere ocupar el puesto de Amelie. Ese puesto nadie podrá ocuparlo jamás.

—Lo sé, papá, lo sé —repliqué casi con lágrimas en los ojos —Pero ya entendéis a qué me refiero.

—Sí, mi muñeca. Lo entendemos perfectamente —replicó Sofia —Y creo que Edward lleva razón. Nadie nunca podrá ocupar el puesto de Amelie en ninguno de nuestros corazones, ni tampoco en Red Hill.

—Así es —aseveró mi padre —Pero no nos pongamos tristes ni sentimentales. Hemos venido a celebrar una buena noticia y yo estoy seguro de que, allí donde quiera que esté tu madre, estará muy contenta de vernos a los tres juntos y felices.

—Sí, papá —dije brevemente.

—¿Qué os parece si brindamos? —preguntó mi padre alzando su copa llena de buen vino francés.

—¡Sí, brindemos! —exclamé acercando mi copa a la suya —Por vosotros —dije yo.

—Por los tres —añadió Sofia —Mi familia —terminó de decir.

—¿Y entonces en Red Hill nadie más lo sabe a excepción de mi nana? —les pregunté una vez finalizado el brindis y tras haber bebido dado un breve sorbo de mi copa.

—Así es —me confirmó mi padre —solamente tú lo sabes. Pero quizá ya vaya siendo hora de hacerlo público, ¿no te parece, querida? —dijo mirando a Sofia.

—Tiempo, al tiempo, Edward, por favor —le pidió ella.

—Hablando de Rose, quería comentaros algo sobre ella —les dije ciertamente preocupada por ella. —Últimamente la he encontrado algo distraída y triste, ¿Vosotros sabéis si tiene alguna nueva preocupación?

—No, hija, yo no sé nada —dijo mi padre interesado en el tema —Pero ahora que lo dices, es cierto que últimamente la he visto algo distraída y ausente.

—No es para menos... —dijo de repente Sofia.

—¿Tú sabes algo? —le pregunté.

—Algo sé, aunque no por ella —me replicó mi tía.

—Entonces ¿por quién? —quise yo saber —¿Qué ocurre, tía?

—Bueno, no lo sé muy bien... El domingo pasado en la iglesia escuché a unas mujeres hablar sobre Rose y su esposo —dijo ella bajando la voz.

—¿Sobre su marido? Pero si él hace tiempo que murió —respondí yo

extrañada —No entiendo qué pueden hablar sobre él a estas alturas... — repuse yo.

—Se dice que un viejo conocido de Rose vio a Gilbert la misma noche de bodas tomando un barco hacía América, y tal noticia ha llegado a oídos de tu nana— dijo Sofía.

—¿Pero tú estás segura de lo que estás diciendo? —le preguntó mi padre.

—Sí, Edward —afirmó ella —completamente segura. Les oí comentar cómo el marido de Rose lejos de estar muerto, vive hace tiempo en algún lugar del norte de América.

—¿Y por qué entonces se casó con Rose? —le dije yo —No tiene sentido que se case para abandonarla esa misma noche.

—Querida —siguió diciéndome Sofía —Gilbert tenía muchas deudas de juego; deudas que tu nana ha tenido que afrontar durante todo este tiempo. Eso sin contar con las tierras que tu padre le regaló a Rose en su día. No sé cómo, pero él se ha encargado de que Rose se las cediera...

—¿Tú le habías regalado tierras a mi nana? —le pregunté a mi padre.

—Sí, Ann, es cierto —me respondió él —Yo le heredé en vida algunas pequeñas tierras a Rose hace ya algunos años. Dado que no posee nuestro apellido y apenas tiene nada, no quería que ella se viera desprotegida y sin nada si algo me ocurría.

—Pero nunca me comentaste nada... —añadí yo.

—Tampoco creí que hiciera falta, Ann. Si lo hice fue solamente por protegerla. Recuerda que solamente nos tiene a nosotros —me dijo.

—No es necesario que me des ningún tipo de explicación, papá. Me parece más que admirable tu comportamiento para con ella —le dije yo a mi padre —ya sé que Rose es alguien muy querido en Red Hill, de hecho, sabes que para mí es una persona absolutamente necesaria e indispensable, pero nunca pensé que tu cariño hacia ella fuera tan grande.

—Pues lo es, Ann —me replicó él —La conozco desde que antes que nacieras, y eso son ya unos cuantos años. Rose es un miembro más de la familia Lake y como tal, me siento en el deber de protegerla —terminó de decir mi padre.

—Entonces, tía ¿Estás diciendo que ese tal Gilbert solamente se casó con

Rose para quedarse con nuestras tierras? —dije yo obviando las últimas palabras de mi padre y únicamente interesada por conocer toda la información de boca de Sofía.

—Yo no digo nada, muñeca —contestó ella —solamente digo lo que oí.

—¡Dios mío! —exclamé— entonces si eso es cierto y Rose lo sabe, no me extraña que últimamente esté tan extraña. Tiene que ser un duro golpe enterarte de que tu marido lejos de haber muerto, ha huido de ti a otro país con lo que te pertenece por derecho.

—Sí que debe serlo —dijo mi padre.

—¡Pobre Rose! —exclamé yo— Siempre supe que había algo oscuro tras ese hombre.

—Lo realmente preocupante de todo este asunto es su estado de ánimo y cómo pueda afectarle esta noticia, si es que realmente la conoce —comentó mi padre.

—Sí, y si es cierta, papá —maticé yo— porque tampoco lo sabemos. Quizá es solamente un falso rumor.

—¡Ojalá lo fuera! —exclamó Sofía— pero sinceramente, no lo creo.

—Debemos hablar con ella —dije yo con rotundidad.

—No estoy muy segura de que eso sea lo mejor —afirmó mi tía— Es un asunto suyo, Ann. Yo creo que no deberíamos inmiscuirnos en sus asuntos, al fin y al cabo, es su vida privada.

—Discrepo —le dije yo— Rose necesita nuestra ayuda y eso es exactamente lo que va a tener.

—Ann, quizás te estás precipitando —me advirtió mi padre.

—Puede ser, papá, pero si es así que sea ella quien me lo diga. Yo ya no me quedo tranquila sabiendo lo que sé en este momento. Soy incapaz de quedarme de brazos cruzados y sin hacer nada —repliqué.

—Sabía que no debía decírtelo —dijo mi tía suspirando profundamente.

—¿Por qué no? —pregunté molesta por ese comentario.

—Pues porque estaba absolutamente segura de que ibas a tener exactamente la actitud que estás teniendo ahora —me respondió ella.

—Es cierto, tía. Tienes toda la razón —le contesté —soy un ser infinitamente visceral, capaz de hacer lo que sea necesario por cualquiera de

los miembros de mi familia, lo cual te incluye, pero lo siento mucho, no vas a tener más remedio que aceptarme tal y como soy —le dije con tono sarcástico y visiblemente enfadada por su comentario.

—Ann, no tienes por qué responder así a tu tía —me advirtió mi padre.

—No pasa nada, Edward —dijo ella tratando de suavizar la conversación.

—Lo siento, Sofía —me disculpé únicamente por no incomodar a mi padre —Pero sigo pensando lo mismo. Hablaré con ella a más tardar mañana por la tarde y no hay más que discutir sobre este tema.

—Es inútil que tratemos de persuadirte, ¿verdad? —dijo mi padre sabiendo cual iba a ser mi contestación.

—Sí, papá es inútil. Es indispensable para mí hablar con ella y salir de dudas... ¿Pero no te das cuenta de que Rose puede estar necesitándonos? —le pregunté con honda preocupación por lo que mi nana pudiera estar sintiendo.

—Está bien, Ann. ¡Haz lo que te dé la gana! —dijo mi padre exaltado y dándose por vencido.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer —le respondí dando por finalizada la conversación y completamente segura de que, aclarar las cosas con Rose lo antes posible, era exactamente lo que tenía que hacer.

Al día siguiente, cuando, por fin, conseguí hallar el momento adecuado para hablar con ella, yo me encontraba en el jardín leyendo. A muy poca distancia de mí pude ver a Rose dirigirse hacia el invernadero.

—¡Nana! —la llamé sin vacilación —¿Tienes un momento? —le pregunté pensando en que aquel podía ser el instante apropiado para hablar con ella.

—Estoy algo atareada hoy, Ann —me respondió sin prestarme mucha atención.

—Por favor, nana —le pedí acercándome a ella —Será solo un momento.

—Está bien, niña —rezongó —pero no tengo mucho tiempo. Todavía me quedan muchas cosas por hacer hoy.

—No te preocupes por las tareas de la casa, nana, eso puede esperar y lo que tengo que hablar contigo es mucho más importante que todo eso —le dije.

—¿Ocurre algo? —me preguntó ella algo preocupada.

—Eso es exactamente lo que yo quiero saber —le dije —pero ven, vamos a sentarnos. Estaremos más cómodas.

—Ann, me estás empezando a preocupar. ¿Qué ocurre? —siguió preguntándome ella mientras avanzábamos hacia el banco en que yo había estado anteriormente sentada leyendo.

—Anoche en la cena con mi padre y con Sofía estuvimos conversando acerca de algo que tiene relación contigo, nana —comencé a decirle sin saber muy bien cómo iba a plantearle tan espinoso asunto.

—¿Conmigo? No sé a qué puedes referirte, Ann... —se limitó a decirme.

—Últimamente te he visto algo distraída y ausente, como si estuvieras pensando en algo importante —le dije —y estoy preocupada por ti, nana.

—No sé... Quizá me veas algo más distraída como tú dices, pero eso se debe a esta cabeza mía, la edad no perdona, querida —me respondió ella tratando de dirigir la conversación hacia otro lado.

—No, nana —le repliqué —Yo sé que tú cabeza está perfectamente y que hay algo que te preocupa. Y antes no lo sabía, pero ahora ya sé qué es.

—¿Y qué habría de ser? —me preguntó con una actitud ciertamente defensiva.

—Es Gilbert —le respondí de manera totalmente directa y sin más rodeos.

—Por supuesto, Ann. La muerte de mi esposo fue un duro varapalo para mí y es algo que no termino de superar —siguió diciéndome algo alterada.

—Rose, perdóname si te hieren mis palabras, pero en la ciudad se dice que él no murió. Que te abandonó la misma noche de bodas como ya lo hiciera hace muchos años atrás cuando ambos erais unos muchachos. También cuentan que tomó un barco que zarpaba esa misma madrugada hacia América —le dije tomándola de las manos y hablando con voz suave y tranquila.

—¿Eso dicen? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Sí, nana —afirmé yo —Y también que tú lo sabes todo. Que eres consciente de toda la mentira de Gilbert prácticamente desde que se marchó. ¿Es eso cierto, nana? Porque si lo fuera, comprendería perfectamente tu estado —le dije. Dos enormes lagrimones brotaron entonces de sus ojos ya sin brillo debido a las múltiples desilusiones provocadas por la soledad y el paso del tiempo.

—No quería preocupar a nadie —dijo ella sollozando y con voz quebrada —Al principio, estaba segura de que le había ocurrido algo. Me engañó, Ann.

Yo no sabía nada de cuáles eran sus verdaderas intenciones. Empecé a sospechar que se había casado conmigo solamente por interés cuando comenzaron a llegar los primeros acreedores. Poco después, la policía llamó a casa para decirme que habían encontrado un cuerpo y debía ir a reconocerlo.

—Sí, lo recuerdo —dije yo —Aquel día Sofía y yo estábamos en casa y recuerdo esa llamada.

—Cuando llegué a la morgue me mostraron un cadáver y rápidamente pude comprobar que aquel hombre no era mi marido, pero aproveché la ocasión para hacerlos creer a todos que Gilbert había muerto porque estaba segura de que no iba a regresar nunca... y era una buena manera de mantener mi dignidad como mujer ante los ojos de los demás —dijo ella apartándose las lágrimas de los ojos. —No es lo mismo ser viuda que una mujer abandonada y estafada por su marido... —siguió diciéndome.

—Rose, tú dignidad sigue intacta. El indigno es él —le dije abrazándola —Tú no tienes nada de qué avergonzarte.

—Claro que sí, Ann —siguió diciéndome —Ahora todos saben que él no ha muerto y mi mentira está al descubierto...

—No quiero que te preocupes por nada de lo que la gente pueda decir o pensar, ¿me oyes? —le dije poniendo mis manos en su cara y limpiando con mi pañuelo sus lágrimas. —Para todos en Red Hill sigues siendo la misma: una mujer maravillosa y entrañable a la que todos queremos y necesitamos aquí.

—¿Por qué a mí? —decía ella sin poder dejar de llorar —No lo entiendo, Ann, no lo entiendo...

—Ya está, nana, ya está... Desahógate —le dije tras abrazarla —El tiempo pasará y todos olvidarán lo ocurrido.

—Confíé en él y ahora se ha quedado con la tierra que era vuestra... —siguió diciendo ella.

—No, Rose. Mi padre te la regaló, así que era tuya —le repliqué —Pero no debes preocuparte por eso, nana, afortunadamente somos una familia con buena solvencia y no nos va a faltar de nada. Tenemos tierra suficiente para vivir todos juntos en Red Hill como la familia que somos —seguí diciéndole mientras trataba de calmar sus nervios —Perdóname si he sido brusca

planteándote este tema que sé que es duro y doloroso para ti, pero estaba francamente preocupada. Solo quería recordarte que esta es y siempre será tu familia, Rose, para lo bueno y para lo malo.

—Gracias, mi pequeña. No sé qué haría si no os tuviera. Tú bien sabes que vosotros sois todo lo que me queda —me contestó ella.

—Siempre nos tendrás, nana —le respondí tratando de aliviar su pena — Ahora creo que deberías descansar, nana. Tienes cara de cansada —seguí diciéndole con el objetivo de que se marchara un rato a dormir.

—¿Descansar? ¡No, qué va! —exclamó ella —Necesito que mi mente esté ocupada en otras cosas que me hagan olvidar, así que creo que lo mejor será que me vaya al invernadero... Aún tengo mucho por hacer —dijo ella tratando de acabar con la conversación.

—Como quieras, Rose, pero puedes tomarte el día libre si lo deseas —le dije cariñosamente —¿Por qué no aprovechas para ir a la ciudad y hacer alguna compra?

—¿Compra yo? —dijo ella sorprendida —¿Qué cosas tienes, Ann! — siguió exclamando.

—¿Por qué no? —le pregunté —Si quieres yo te acompaño. Te vendrá bien esparcirte un poco.

—No, no, de verdad que no —dijo declinando mi invitación —Muchas gracias, pero estaré más tranquila sabiendo que he terminado con mis obligaciones aquí en la casa.

—Está bien. Como quieras... —dije resignada —pero si cambias de opinión, házmelo saber. Yo estaré leyendo en el balancín del atrio trasero.

—Sí, sí —respondió ella alejándose y agitando su mano con prisa por volver a sus obligaciones y olvidar nuestra conversación, así como tan desagradable asunto, lo antes posible.

—Pobre Rose —pensé mientras me dirigía hacia el jardín de atrás— No merece lo que le está ocurriendo...

Apenas diez minutos después de dar por acabada aquella charla, volvía a verla venir de nuevo hacia mí de una manera ciertamente precipitada.

—¿Ann! —me llamó mientras alzaba el brazo para llamar mi atención.

—¿Has cambiado de opinión? —le pregunté sonriendo —Me parece muy

bien, nana. Espera un momento que voy a por mis cosas —le dije sin esperar a que ella me hablara.

—No, no, querida. No es eso —me respondió casi de inmediato.

—¿Entonces qué ocurre? —quise saber.

—Tienes una visita en el salón —dijo ella —Es tu esposo.

—¿Te ha dicho qué quiere? —seguí preguntándole muy extrañada por el hecho de que Víctor estuviera en Red Hill.

—No, tan solo ha dicho que necesitaba hablar contigo y que era importante. ¿Qué le digo?

—Ve y dile que en un momento estoy con él —le pedí a Rose.

—¿Estás segura? —me preguntó —No tienes por qué atenderle si no lo deseas.

—Lo sé, nana —respondí —pero quiero hacerlo. Creo que será lo mejor, además sabiendo para qué ha venido me quedaré mucho más tranquila.

—Está bien —me respondió ella resignada —Voy a avisarle.

—Gracias, nana —le dije a Rose mientras ella ya se disponía a abandonar el jardín para dirigirse al interior de la casa y cumplir mi petición.

Mientras tanto, cerré mi libro, respiré hondo, me levanté del balancín sobre el cual me encontraba ahora sentada y, sin más demora, me fui hacia el salón donde sabía que se encontraba esperándome mi marido.

—Buenas tardes, Víctor —saludé amable pero muy fríamente —¿Qué deseas? —le pregunté sin abandonar mi anterior frialdad.

—Veo que te empeñas en estar enfadada conmigo, querida —dijo él con cierta soberbia.

—Tengo muchas cosas que hacer, de modo que te agradecería que fueras breve. ¿Qué es lo que has venido a hacer a mi casa? —le inquirí, ahora también molesta y distante.

—Si mal no recuerdo, tú me dijiste que cuando recobrarla la confianza en ti viniera a buscarte a Red Hill y eso es exactamente lo que estoy haciendo —me respondió él —He venido a por ti, Ann. Quiero que regreses a nuestra casa. ¡No tienes nada que hacer aquí! —exclamó malhumorado.

—¡Te equivocas! —le dije exaltada —Red Hill es mi hogar. Si hay un lugar donde debo estar es éste. Ahora sé que nunca debí casarme, al menos, no

con un hombre cuya confianza en mí ha sido nula desde el principio —le reproché.

—También tú tienes que admitir que no me lo has puesto nada fácil —dijo él.

—Creí que el pasado había quedado precisamente ahí: en el pasado. Hicimos un pacto y no lo has respetado... —seguí diciéndole.

—Ann he venido a buscarte. No quiero más discusiones. Necesito que vuelvas, por favor —me pidió él.

—No, Víctor —repliqué sin abandonar ni un ápice de la frialdad con la que había iniciado la conversación —Yo creo que si tú estás hoy aquí no es por mí. Ese no es el verdadero motivo. La única verdad es que no soportas estar en boca de todos aquellos que cuentan que tu esposa te ha abandonado...

—¡No! —exclamó acercándose a mí —Eso no es cierto. Sabes que te quiero, que siempre te he querido a pesar de todo y de todos. Ya sé que nuestro matrimonio ha sido difícil y complicado, pero también ha habido momentos en los que hemos sido felices juntos, y eso no puedes negármelo...

—Ya no hay un nosotros, Víctor —le respondí mirándole a los ojos.

—¿Cómo puedes quedarte ahí tan tranquila y decirme lo que me estás diciendo? —me preguntó sin terminar de entender ni mi actitud ni mi comportamiento.

—Porque es lo que siento, Víctor. Y siento también que no queda nada entre nosotros excepto un enorme abismo. —le dije —Sigues sin confiar en mí ni en mi palabra

—¿Y tú cómo puedes estar tan segura de eso? —quiso saber.

—Me basta con mirarte a los ojos —respondí —Ya no veo en ellos el brillo que había hace años cuando me miraban, ahora solamente queda en ellos una honda y profunda decepción. Están llenos de resentimiento, Víctor, admítelo —le insté —Es así, no te engañes. Si regreso hoy a tu lado ¿qué pasará mañana si alguien te dice que me ha visto hablando con tu hermano en cualquier lugar de la ciudad? ¿Seguirás confiando en mí? No, no lo harás —dije yo sin dejar que él respondiera a mi pregunta —Volverá a ocurrir lo mismo que ya nos ha ocurrido. —seguí diciendo —No has podido perdonarme a pesar del tiempo que ha pasado y a pesar de que nunca, jamás, te he faltado

al respeto desde el mismo momento en que decidí quedarme a tu lado. Adele y tú erais mi familia y estaba dispuesta a respetar eso hasta el día en que muriera, pero tú no has sido capaz ni de creerme ni de perdonarme...

—¿Entonces no hay nada que yo pueda hacer para que vuelvas? —siguió él preguntándome.

—Estaría bien que respetaras mi decisión —le dije —Por supuesto, puedes venir a visitar a Adele siempre que quieras.

—Entiendo —dijo con voz muy tenue —Supongo que entonces no hay nada más que me retenga aquí.

—No. No lo hay —Terminé de decirle.

Ni una palabra más sonó en el salón mientras nuestras miradas se cruzaron. Al tiempo que un nudo en la garganta me asfixiaba, supe que el lazo que algún día nos había unido a Víctor y a mí se había roto para siempre. Entonces, totalmente herido en su orgullo, él se puso su sombrero, se dio la vuelta y se dispuso a salir de la estancia en la que nos encontrábamos, y también de Red Hill. Algún tiempo después entendí que, había sido en ese mismo instante cuando Víctor decidió que nunca saldría de nuestras vidas...

XXX

Algunos días después de aquel frío y desagradable encuentro entre Víctor y yo, pensé que un poco de actividad y aire fresco sería bueno para mi pequeña, así que me la llevé a disfrutar del día en la playa.

Sin duda, algo así podía ayudarnos a despejar nuestras cabezas, lo cual era ya muy necesario tanto para ella como para mí, especialmente, teniendo en cuenta los múltiples cambios que se habían producido en los últimos días; cambios todos ellos decisivos para el futuro de nuestras vidas...

En un primer momento, le pedí a Sofía que nos acompañara, pero ella declinó mi invitación alegando que ya tenía un compromiso al cual, al parecer, no podía dejar de asistir.

No era ni media mañana cuando Adele y yo llegábamos a la playa. La brisa golpeaba dulcemente nuestras caras y el olor a sal lo inundaba absolutamente todo haciéndome recordar por qué disfrutaba tanto al pasear junto al mar.

—Me gusta mucho la playa, mamá —dijo mi pequeña.

—A mí también, cariño. Yo creo que ese gusto lo has heredado de mí —le respondí sonriendo.

—¿Puedo quitarme los zapatos? —me preguntó —Es divertido caminar por aquí. Me hace cosquillas —siguió diciéndome ella.

—¡Claro que puedes! —exclamé yo —De hecho, yo también voy a quitármelos.

—Mamá, cógeme si puedes —me gritó ella con sus zapatos en la mano mientras echaba a correr.

—¡Ven aquí pequeñaja! —dije yo corriendo tras ella y siguiendo su juego —¡Te voy a coger!

—¡No, no podrás! —decía ella sin parar de reír.

De pronto, Adele paró de correr y se quedó quieta mirando extrañada hacia lo que tenía enfrente.

—¿Qué ocurre? —le pregunté —¿Por qué te has parado? Te has cansado

muy pronto —bromeé yo.

—Mamá, ¿has visto esas rocas?

—Sí, claro que las he visto. He crecido con ellas —le dije —Son unas rocas impresionantes...

—Está muy alto, ¿verdad? —siguió preguntando ella con la curiosidad normal de una niña de cinco años.

—Sí, cariño, mucho —le respondí.

—¿Alguna vez has subido a alguna de esas rocas? —continuó la niña preguntándome.

—No, tu abuelo me tenía prohibido pasar de allí —dije apuntando a una zona en la que terminaba la arena de la playa y comenzaban a verse los primeros peñascos.

—Pues yo quiero ir allí —me pidió ella totalmente convencida.

—No, Adele. Allí no puedo llevarte. Es muy peligroso —respondí.

—Pero yo quiero ir —insistió caprichosa.

—He dicho que no —contesté con firmeza —Pídeme otra cosa, Adele, eso no.

—¡Pues yo quiero ir! —exclamó enfadada y echando a correr hacia allí por el pedregoso camino que llevaba hasta el acantilado.

—¡Adele! ¡Vuelve aquí! —le ordené sin que ella hiciera caso alguno a mis palabras —¡Adele, por favor! —seguí gritándole al tiempo que corría tras ella sin llegar a alcanzarla.

—No te preocupes mamá, no pasará nada —decía ella mientras seguía corriendo.

—¡Es muy peligroso! —le advertí sin parar de correr tras ella

—¡No pasa nada! —Continuó diciendo poco antes de llegar al acantilado —¡Tendré cuidado! ¡Te lo prometo! —me gritó inconsciente del peligro real que se escondía tras las rocas.

—¡No quiero que te subas ahí! ¡Baja ahora mismo! —le ordené mientras la veía subir de manera asombrosamente ágil a una roca de pizarra no demasiado alta —Es muy peligroso. Baja, por favor.

—Mírame, mamá. ¿Has visto qué alta soy? —seguía diciendo ella mientras saltaba y saltaba sobre la roca.

—Para, Adele. Deja de hacer eso y ven aquí ahora mismo —le volví a ordenar con un miedo atroz extendido por todo mi cuerpo.

—¡Que no pasa nada, mamá! —gritaba ella llena de emoción y sin ser consciente del peligro que estaba corriendo.

—Adele, te digo que me obedezcas. Baja de ahí ahora mismo o tendrás serios problemas cuando te alcance —le dije yo entre enfadada y gravemente preocupada.

—De acuerdo. Ya voy... —replicó ella ciertamente contrariada y comprendiendo que debía obedecerme si no quería que las represalias por mi parte llegarán una vez que estuviéramos ya en casa.

Fue entonces cuando mi pequeña comenzó a tratar de bajarse de la roca a la que se había encaramado; sin embargo, la bajada no parecía ser para ella algo tan sencillo como lo había sido la escalada.

—Ten mucho cuidado, hija. Agárrate bien —le grité.

—Sí, mamá —respondió.

La roca estaba cubierta de verdín prácticamente en su totalidad, lo cual hacía que sus pequeños pies patinaran sobre ella de manera constante. Apenas unos minutos después, Adele ya casi había llegado hasta donde yo me encontraba cuando repentinamente resbaló quedando suspendida del peñasco que, a pesar de no ser muy elevado, tenía un enfurecido mar bramando, agitado y desafiante, bajo él.

—¡Adele! —grité —¡Agárrate fuerte!

—Mamá, ayúdame. Me caigo —dijo ella mientras se agarraba como podía a la roca.

—No mires hacia abajo —seguí diciéndole —Dame una mano y agárrate fuerte —le dije.

—No llego —dijo tratando de alargar su brazo y rompiendo a llorar.

—Estírate, cariño —le pedí al tiempo que yo estiraba también mi brazo hacia ella todo lo que mi cuerpo me lo permitía.

—No puedo más —me dijo agarrando una de mis manos.

—Mamá te va a subir, cariño. No te preocupes. —dije intentando tranquilizarla. Pronto sentí que su mano se me resbalaba...

—Tengo miedo, mamá —decía mi pequeña sin dejar de llorar.

—Ahora tienes que intentar darme la otra mano para que pueda subirte —le dije —¿Crees que podrás?

—No lo sé —replicó ella sin dejar de llorar.

—¡Ann! —gritó de pronto una voz tras de mí —¿Qué ha ocurrido? —me preguntó.

Ayúdanos, por favor —le pedí —Adele...

—Trae aquí —dijo, tras lo cual se inclinó hacia donde estaba la niña para agarrarla del otro brazo. —Cuando yo te diga tira de ella hacia arriba.

—Está bien. Pero rápido, que se me está resbalando... —le dije.

—Una, dos... ¡Ahora! —ordenó.

Justamente en ese instante, Miguel y yo tiramos de la niña hacia arriba. Adele colocó de manera instintiva una de sus piernas sobre el borde de la roca de la cual había estado colgada tan solo unos instantes antes. Entre los dos la agarramos como pudimos hasta conseguir que estuviera sobre la roca de nuevo. Una vez ya a salvo, la abracé y rompí a llorar.

—¡No vuelvas a hacerme esto! Jamás en tu vida, ¿me oyes? —la regañé sin poder dejar de abrazarla y de besarla —¿Tú sabes lo que me has hecho pasar? ¿Lo sabes? —le preguntaba mientras ella lloraba y lloraba desconsolada.

—Bueno, ya no hay por qué preocuparse —dijo Miguel tratando de aportar algo de tranquilidad a la situación tan tensa que acabábamos de vivir. —Creo que lo peor ya ha pasado. Ahora lo único que deberíamos hacer es bajar de aquí y volver a la playa.

Yo no podía hablar. Me sentía incapaz de pronunciar palabra alguna. Tan solo deseaba llegar a Red Hill y acostar a mi hija en un lecho caliente y seguro.

—Muchas gracias, Miguel —le dije cuando estábamos ya sobre la arena de la playa —Gracias por todo. Le has salvado la vida a mi hija.

—¿Se puede saber qué demonios hacías ahí arriba con una niña tan pequeña? —quiso él saber ¿Es que acaso estás loca? Podía haber ocurrido una tragedia.

—La niña se me escapó —respondí tratando de explicarme —Se empeñó en subir a las rocas y ante mi negativa echó a correr por el camino que lleva al

acantilado... Yo... —balbuceé sin poder evitar echarme a llorar nuevamente.

—Bueno, ya pasó —dijo él —Afortunadamente, no hay que lamentar males mayores, aunque deberías tener más cuidado cuando vengas con tu hija a la playa.

—Lo haré —repliqué en un hilo de voz —Gracias —volví a decirle sin ser capaz de decir nada más.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo. No tienes nada que agradecerme —respondió él mirándome fijamente a los ojos —Además, creo que sabes bien que sería capaz de cambiar mi vida por la de esa niña y también por la tuya —terminó de decir serio a la par que tierno.

—Creo que lo mejor será que nos vayamos a casa —contesté yo sin saber muy bien qué decir tras sus últimas palabras.

—Os llevaré a Red Hill —afirmó él.

—¿Y tú cómo sabes que vivo nuevamente en la casa de mi padre? —le pregunté extrañada.

—Las noticias vuelan en esta pequeña ciudad, querida —respondió —y yo sé de ti mucho más de lo que imaginas.

—Mamá, quiero irme a casa —me pidió Adele entre sollozos.

—Sí, querida —le dijo Miguel mientras la cogía en brazos —Ya es hora de volver a casa. Yo os llevaré.

Cuando llegamos a la mansión, Miguel, que llevaba a mi pequeña en brazos, se empeñó en acompañarnos hasta el interior de la casa para asegurarse completamente de que estaríamos bien. Nada más entrar en el salón principal, encontramos que mi padre estaba sentado en su butacón fumando mientras leía el periódico. Apenas vernos llegar se dio cuenta de que algo grave había sucedido y quitándose sus gafas y dejando el periódico en la mesita auxiliar se incorporó:

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre absolutamente preocupado y sin entender qué hacía su nieta llena de rasguños y en los brazos de Miguel.

—Nada papá —me adelanté a decirle —No es nada, no te preocupes —le respondí quitándole importancia al asunto.

—¿Pero cómo que no me preocupe? —dijo él —¿Y esas heridas?

—Son solamente unos rasguños. Se los curaremos con alcohol y sanarán

en un par de días —dije yo.

—Yo creo que deberíamos llamar a Joseph —me replicó él.

—No será necesario —le dije —La sangre es muy escandalosa, papá, pero esto no es nada.

—¡Rose! ¡Rose! —gritó él llamando a mi nana —Date prisa, ven aquí —le ordenó exaltado.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella nerviosa entrando en el salón.

—Nada, nana —le respondí yo —Adele ha tenido un percance en la playa, pero se le curará enseguida. ¿Verdad, mi pequeña? —le dije yo a la niña acariciándole el pelo —Trae agua caliente, alcohol, un poco de yodo y gasas limpias —le dije a Rose —Vamos a curarla. Y tú, Miguel, sígueme, por favor, la llevaremos a su habitación. Creo que allí la curaremos mucho mejor que si la acostamos en el sofá.

—Mamá, ¿me va a doler? —quiso saber la niña algo preocupada.

—Solamente un poquito —le respondí —Pero yo sé que tú eres una niña muy valiente y no te va a dar miedo ni te vas a quejar, ¿verdad que sí?

—Sí —me contestó ella —Y si me duele...

—No te preocupes, mi pequeña —le dijo su abuelo —no te dolerá mucho. Parece que solo tienes unas heridas en las rodillas y en un codo. ¿Quieres que te coja yo? —le preguntó cariñoso.

—Sí —dijo la niña mimosa —quiero ir con mi abuelito.

—Pues ven aquí, yo te llevaré a tu habitación —siguió diciendo mi padre mientras la cogía de los brazos de Miguel —¿Te he hecho daño? —le preguntó.

—No —replicó Adele.

—Pues venga, ¡vámonos mi valiente princesa! —exclamó mi padre con la niña entre sus brazos al tiempo que hacía ya intención de subir las escaleras para llevar a la pequeña a su cuarto.

—Creo que ahora ya sí puedo irme tranquilo —dijo entonces Miguel —Ahora ya sé que ambas estaréis bien.

—Muchas gracias, de nuevo, Miguel —le dije —No sé cómo podré agradecértelo... Si hay algo que pueda hacer para demostrarte mi gratitud no tienes más que decirlo.

—Por el momento, me conformaré con que seas capaz de mirarme y hablarme como a uno más de los mortales —me contestó con una actitud ciertamente extraña.

—Está bien —le dije algo confusa.

—Entonces no hay nada más que decir. Buenos días, Ann —se despidió él amablemente.

—Buenos días —respondí absorta mientras lo veía cruzar el dintel de la puerta que daba lugar a la entrada y salida de Red Hill.

—¡Ann! ¡Ven, por favor! —gritó repentinamente la voz de Rose desde lo alto de la escalera.

—Ya voy, nana, ya voy —le repliqué dirigiéndome presurosa hacia la habitación de mi hija...

XXXI

Al entrar en el dormitorio de mi pequeña Adele, encontré a la niña tumbada sobre la cama con las piernas al descubierto, mientras Rose le limpiaba las heridas que tenía en las rodillas con una gasa y agua caliente. No eran heridas muy profundas, pero Adele no dejaba de rezongar y de quejarse.

—Vamos, vamos, jovencita, no seas quejica —le decía mi padre, quien se encontraba sentado a su lado sobre la cama. —Y yo que pensaba que eras una niña valiente...

—¡Y lo soy, abuelo! —exclamó la niña enfadada —pero es que me duele... —decía ella sin dejar de protestar.

—Bueno, Adele, seguro que no es para tanto —dije yo entrando del todo en la habitación y acercándome a ella.

—Sí, sí que lo es, mamá —me respondió protestando una vez más —¿Y papá? ¿Es que él no va a venir a verme? —preguntó entre sollozo y sollozo.

—Papá está trabajando, cariño, ahora no puede venir —respondí yo.

—Pero yo quiero que venga. Quiero verle y quiero que venga ahora —siguió ella diciendo en actitud caprichosa.

—Lo sé, Adele, pero tienes que entender que las cosas no siempre son como uno las quiere —le dije ya algo seria ante su comportamiento. Un silencio profundo se hizo en la habitación. Adele bajó la cabeza y no añadió ni media palabra.

—Y bien —me dijo mi padre rompiendo así el silencio que se había hecho —¿Vas a contarnos ahora qué es lo que ha ocurrido en la playa?

—Lo que ha ocurrido, papá, es que tu nieta me ha desobedecido ¿no es así, señorita? —pregunté mirando a Adele ciertamente enfadada.

—Sí, mamá —respondió ella tímidamente.

—Pero no pasa nada, papá, porque Adele me ha prometido que no va a volver a hacerlo más, ¿verdad? —le seguí preguntando a la niña.

—Sí, mamá —respondió ella con la misma timidez con la que había contestado anteriormente.

—¿Qué es lo que ha hecho esta pequeña revoltosa? —le dijo mi padre a la niña cogiéndola de la mano —¿Me lo quieres contar? —terminó de preguntarle con voz serena y cariñosa.

—Estábamos jugando en la playa —comenzó a contar la niña —corriendo, y entonces vi unas rocas muy grandes. Quise ir hasta allí y desobedecí a mamá. Subí hasta ellas...

—¿Te fuiste a la zona rocosa de la playa? ¡Santo Dios! —exclamó Rose santiguándose —¿Y cómo llegaste allí, criatura? —quiso saber mi nana.

—Subió por el viejo camino —respondí yo.

—Sí —siguió diciendo Adele —vi un camino que salía de la playa y me fui por allí y... llegué...

—¿Y qué más...? —continuó preguntando mi padre.

—Pues... empecé a saltar en una de las rocas y mamá me dijo que parara, pero yo no paré, entonces me resbalé y me quedé allí colgada —dijo Adele poniendo una cara que reflejaba claramente sus ganas de llorar —Creí que me iba a caer al agua y me iba a pasar algo muy malo, abuelo... —terminó de decir la niña muy acongojada.

—Mi pequeña —dijo mi padre abrazándola —Menudo susto te habrás dado...

—Gracias al cielo que el señor Albéniz llegó a tiempo —comentó Rose, quien ya hacía un buen rato que había comenzado a curarle a la niña las heridas con el yodo y el alcohol que yo le había pedido.

—Sí, nana, menos mal que Miguel estaba por allí, de otro modo no sé qué habría ocurrido... —dije yo.

—Bueno, lo importante es que mi pequeña está tranquila y a salvo en su camita y que ha aprendido una valiosa lección —dijo mi padre mirando a la niña y haciéndole cosquillas —¿o no es así, princesa?

—Sí, abuelo —replicó ella con cara ya más alegre —He aprendido que hay que obedecer a mamá.

—Y no solamente a mamá, cariño —le dije yo —sino a todos los adultos que vivimos en esta casa.

—Así es, Adele —siguió diciéndole mi padre —Ya eres una niña lo suficientemente mayor como para pensar que cuando los mayores te

ordenamos hacer o no hacer algo es porque tenemos suficientes razones para decírtelo, aunque a veces tú no entiendas esas razones. ¿Nos prometes que serás más obediente a partir de ahora?

—Sí, abuelo, lo prometo.

—¿Estás segura? —le pregunté yo cariñosamente mientras me sentaba a los pies de su cama —Mira que lo que se promete hay que cumplirlo siempre, y pase lo que pase.... ¿Lo prometes? —volví a preguntarle.

—Mmmm... —titubeó ella por un momento —¡Sí, mamá! —exclamó mi pequeña —lo prometo porque ya no quiero darte más sustos ni verte triste otra vez.

—Te lo agradezco mucho, mi vida —le dije yo besándola en la mejilla y levantándome para disponerme a arroparla, dado que Rose ya había finalizado su tarea con las heridas —Y ahora —seguí diciéndole —nana, el abuelo y yo nos vamos a marchar para dejarte descansar y dormir un rato. Más tarde, te traeré algo muy rico para comer, ¿te parece bien?

—Sí, mamá —se limitó ella a decir, tras lo cual mi padre le dio un beso en la frente, y los tres salimos de la habitación.

A la mañana siguiente no pude reprimir mi deseo de volver a la playa. No puedo negar que lo hice con la esperanza de encontrar allí a Miguel. Tenía la imperiosa necesidad de verle y agradecerle, una vez más, lo que el día anterior había hecho por mi hija y por mí.

Pensé que, quizá, el hecho de que nos hubiera visto el día anterior no había sido algo casual, sino que podía deberse que él solía pasear cada mañana por la playa o algo similar.

De repente y, mientras caminaba junto a la orilla, con las olas rompiéndose en mis tobillos, totalmente absorta en mis pensamientos, vi una figura masculina que se acercaba hacia mí. Pronto pude darme cuenta de que se trataba de él; sin duda alguna, aquella silueta era la de Miguel.

Levanté una mano para hacerle saber que era yo y avancé hacia él hasta llegar al punto en que se encontraba.

—Estaba segura de que te encontraría hoy aquí —le dije cuando estaba ya casi a su altura.

—Parece que, después de todo, me conoces mejor de lo que yo pensaba —

respondió él muy escuetamente.

—¿Cómo voy a poder agradecerte que le salvaras la vida a mi hija? Estaré en deuda contigo para siempre —seguí diciéndole mientras ambos caminábamos hacia aquella zona en la cual la playa moría y comenzaban a aparecer las primeras rocas, que, algunas millas más allá, daban lugar a un impresionante acantilado.

—Para siempre me parece demasiado tiempo —me dijo él —Y en realidad, no hay nada que agradecer, Ann, cualquiera con sentido común habría hecho lo mismo que hice yo. ¿Por qué has venido si sabías que yo estaría aquí? —quiso saber.

—Si te soy sincera, no lo sé, Miguel —le dije —simplemente, seguí mi instinto. Algo me gritaba que debía verte hoy.

—Pensé que no querías saber nada más de mí. Me lo dejaste muy claro el día que fuiste a mi casa a advertirme que os dejara tranquilos a ti y a tu familia —me reprochó él.

—Tan solo estaba tratando de protegerlos —le expliqué.

—¿De mí, Ann! —me gritó —¿Acaso crees que sería capaz de haceros daño a ti o alguno de los miembros de tu familia? ¿Te olvidas que a ti te quise como nunca he querido a nadie y que Víctor es mi hermano? ¿O es que piensas que voy a secuestrar a tu hija? —me preguntó él sarcástico y muy dolido por mi respuesta. —Nunca podría hacer nada que te produjera dolor.

—¿A pesar de lo que ocurrió aquel día? —le pregunté.

—Sí, Ann —me replicó él enfadado —A pesar de que me abandonaste cuando estábamos a punto de empezar nuestras vidas juntos. A pesar de que preferiste quedarte al lado de mi hermano en vez de ser valiente y escapar conmigo... A pesar de que me dejaste solo y más que herido...

—Pero ya te expliqué mis motivos, Miguel —le interrumpí —Acababa de saber que Adele venía en camino y no podía separar a mi hija de su padre, no podía ser tan egoísta como para pensar solamente en mí.

—Sí, y a pesar de todo, mira cómo están las cosas ahora, Ann, esa niña está igualmente separada de su padre y, ni tú, ni mi hermano, ni yo, hemos sido felices ni lo somos ahora —me replicó él.

—Lo sé —dije yo —pero tenía que intentarlo por mi hija. Era mi

obligación de madre intentar que mi matrimonio siguiera adelante. Se lo debía a ella, Miguel.

—¿Alguna vez me quisiste? —me preguntó él mirándome de frente.

—¿Es que aún lo dudas? —dije yo.

—Sí, Ann, por supuesto que lo dudo. Me abandonaste...

—Siempre —le contesté —siempre te he querido. Seas Marco, Miguel o te llames como te llames... Es algo a lo que estoy condenada, pero ya me he resignado.

—¿Resignado? ¿A qué te refieres? —quiso él saber.

—A que hay cosas que ni son ni podrán ser nunca —le dije.

—Por ahí se dice que lo posible o imposible depende de uno mismo, Ann... — me respondió él.

—¿Y tú lo crees? —le dije esbozando una leve sonrisa.

—Absolutamente —contestó con firmeza.

—¿Entonces por qué yo no puedo llegar a ti, Miguel? ¿Por qué estamos tan lejos? ¿Por qué tú y yo no estamos juntos? ¿Por qué nuestra historia murió? — seguí preguntándole.

—Porque tú así lo quisiste —se limitó él a decirme.

—¡No, eso no es cierto! —exclamé exaltada y levantándome de una pequeña roca en la que ambos estábamos sentados desde hacía ya un rato — Yo me vi obligada por las circunstancias a tomar la decisión que tomé —le insistí.

—¿Por qué te empeñas en echarle siempre la culpa a los demás? —me preguntó él —Lo único cierto es que si tú hubieras sido lo suficientemente valiente como para venir conmigo a pesar de todos los obstáculos, tú, Adele y yo ahora formaríamos una familia, Ann. ¡Ésa es la verdad que tú no puedes digerir! —exclamó él —¡Eso es lo que te duele y te hiere y te está desgarrando por dentro! Tú mayor deseo es ése. ¡Dilo, sé valiente y dilo, porque, si te soy sincero, yo también me muero por teneros a las dos a mi lado! —dijo elevando la voz.

—¡Sí, es cierto! —le grité —Sé que cometí un gran error y no puedo perdonármelo. No puedo perdonarme haberte hecho tanto daño, haberte dejado marchar y vivir en esta soledad interna en la que vivo día tras día. Te necesito,

me haces falta y no sé qué va a ser de mí si sigo escondiendo y ahogando esta pena que lucha por salir y que está a punto de ganarme... —le dije ya con lágrimas en la cara.

—Ven aquí... —me pidió en voz baja al tiempo que me rodeó con sus brazos.

Recuerdo aquel abrazo como el más prolongado, cálido y tierno de todos los que me han dado jamás. Sus brazos firmes, masculinos, a la vez que suaves y afectuosos sostenían mi cuerpo proporcionándome la seguridad y bienestar que sólo él era capaz de darme, y que tanto había extrañado durante los últimos años de mi vida. Apenas un minuto después, Miguel tocó mi barbilla, alzó mi cara, me miró a los ojos y poco después advino, fuerte y enérgico, el beso más dulce y delicioso de todos cuantos me han dado...

—Te he echado tanto de menos —acerté a decir mientras me refugiaba en sus brazos.

—Mi querida Ann... —susurró en mi oído. Y sin más, nos fundimos, de nuevo, en un mar de besos...

XXXII

Al regresar a Red Hill, un par de horas después de mi reencuentro con Miguel, encontré a mi hijastra en el salón principal hablando muy animosamente con mi tía Sofía y con mi padre.

—Buenos días —saludé yo al entrar en la estancia donde ellos conversaban.

—¡Hola, mi muñeca! —exclamó Sofía con su habitual buen humor. Esperábamos ansiosos tu llegada. Mira quién ha venido —comentó ella refiriéndose a mi hijastra.

—Sí, hija —continuó diciendo mi padre —Al parecer, tienes visita.

—Hola Ruth —la saludé con cortesía —¿Le ha ocurrido algo a Víctor? —pregunté con cierto temor y ciertamente extrañada por su visita.

—Nada, Ann. Aunque si así fuera tampoco creo que te causara mayor preocupación —respondió ella mirándome con cierto descaro e insolencia —Aquí todos sabemos que te importa poco lo que le ocurra a mi padre —siguió diciendo.

—No acostumbro a preguntar por aquello que no me interesa, querida —le respondí molesta por su atrevimiento. —Pero si tu padre está bien, entonces, no entiendo cuál es el motivo de tu visita a esta casa —continué diciendo visiblemente incómoda ante su presencia en Red Hill.

—Necesito hablar contigo, eso es todo —respondió ella —En privado, a ser posible —exigió.

—Por supuesto que lo es, señorita Adams —le dijo mi padre cordialmente y tratando de que la situación, ya tensa de por sí, no llegara a mayores complicaciones —Sofía y yo estábamos pensando en ir hasta el lago dando un paseo, y creo que este es un buen momento para ello, ¿no te parece, querida?

—Por supuesto —respondió mi tía, entendiendo que molestaban allí e incorporándose del sofá en que estaba sentada.

—No —me apresuré yo a decir —No es necesario que vayáis a ninguna parte si no lo deseáis; Ruth y yo hablaremos muy tranquilamente en la

biblioteca. Por aquí, por favor —le indiqué a mi joven hijastra, ante lo cual ella se levantó y me acompañó.

—Pasa y ponte cómoda —seguí diciéndole al llegar a la puerta de la biblioteca, intentando guardar la compostura y disimular que mi único deseo era que aquella malcriada saliera de mi casa lo antes posible —¿Quieres tomar algo? —seguí preguntándole con fingida cortesía.

—No, gracias. Ya he tomado un té con tu padre y tu tía en el salón mientras te esperaba —me contestó ella con un desagradable aire de superioridad.

—Entonces, tú dirás. ¿A qué se debe tu visita? —quise saber.

—No ha sido nada grato tener que venir aquí después de cómo abandonaste a mi padre, Ann, pero creo que la situación lo requiere —afirmó.

—¿La situación? —pregunté totalmente desubicada por sus palabras —No entiendo a qué puedes referirte.

—Mi padre está muy mal, Ann. Es otro desde que te marchaste... Estoy muy preocupada por él —me dijo.

—Comprendo que esto no es agradable para ninguno de los dos... Cuando una pareja se separa, al principio siempre es difícil, pero al final, todo se acaba superando. Tú padre es mucho más fuerte de lo que pueda parecerte. Se le pasará, Ruth —le respondí sin prestar mayor importancia a sus palabras.

—Tienes que regresar —me instó ella.

—Lo siento, pero no pienso hacerlo. Mi decisión está tomada y no hay vuelta atrás. No voy a volver —le contesté con rotundidad.

—¿Pero qué es lo que ha podido ocurrir para que abandones así a mi padre? ¿Qué cosa tan terrible te ha hecho para que reacciones así, Ann?

—Discúlpame, Ruth pero eso es algo entre Víctor y yo. A nadie más le compete ni ese tema ni tampoco mi decisión —dije yo.

—Pero yo no puedo quedarme sentada sabiendo que mi padre se siente tan solo y abatido, tengo que hacer algo —siguió diciéndome.

—Lo único que puedes hacer es acatar mi decisión, respetarla y apoyar a tu padre en todo lo que le haga falta. Ahora te necesita mucho, Ruth. Ayúdale tú, yo ya no puedo hacer nada más por él —le dije negando con la cabeza.

—Todo esto es porque has vuelto con mi tío Miguel, ¿no es así? —me preguntó sin reparos.

—No, Ruth. Eso no es cierto —le respondí —Es mucho más complicado que todo eso... Si tu padre y yo estamos como estamos es porque él no ha confiado en mí lo suficiente. Él ha sido quien rompió nuestro pacto, no yo... Y, además, ya te he dicho que son cosas entre tu padre y yo. Me niego a darte explicaciones también a ti. ¡Ya está bien! —exclamé molesta e incómoda — Víctor no es ningún niño pequeño para que tú vengas aquí a interceder por él o a hacer de celestina. Es un hombre adulto y fuerte que saldrá de esta situación sin mayores complicaciones, como ha hecho toda su vida. En realidad, creo que solo he sido un capricho para él, nada más...

—No parecías tan fría el día que llegué de París... —musitó ella.

—No lo parecía porque no lo soy —protesté yo —Te estás metiendo en un terreno muy pantanoso, Ruth, y estás haciendo acusaciones que no están a tu alcance. Quizá deberías hablar con tu padre, creo que te faltan muchas cosas por saber en esta historia...

—No tengo nada qué hablar con él. Sé todo lo que debo saber —replicó ella enfadada —Buenos días, señorita Lake —terminó de decir levantándose malhumorada de la silla en la que se había sentado y dando un portazo al salir.

—Buenos días, señorita Adams —contesté, sintiéndome cada vez más y más liberada de Víctor y su opresión, al tiempo que mis labios esbozaban una leve sonrisa recordando los besos que, tan solo unas horas antes, habían recibido de Miguel... Sin embargo y, muy a mi pesar, ese sentimiento de liberación no me duró mucho, pues tan solo unos días después de aquella desagradable conversación entre mi hijastra y yo, sería el propio Víctor quien acudiera a visitarnos a Red Hill. En primer lugar, solicitó hablar con mi padre para que este le concediera en préstamo bancario una considerable suma de dinero:

—No te lo pediría si tuviera otra salida, Edward —le escuché decir yo mientras permanecía inmóvil tras la puerta de la oficina de mi padre —De otra manera, voy a perder mi parte del negocio y me niego a que mi hermano Miguel se quede con todo.

—Es demasiado dinero, Víctor —le decía mi padre —Y ante la entidad bancaria, no tienes solvencia ni liquidez suficiente para poder hacer frente a los pagos. Lo siento, pero no puedo hacer nada. ¿Por qué no vendes alguna de

tus antiguas propiedades?

—¿Y qué voy a vender? —le preguntaba mi aún todavía marido.

—No lo sé, Víctor. Podrías vender la parte de los viñedos españoles que te corresponde, creo que sería la mejor opción. De ese modo, el dinero que obtuvieras de la venta podrías invertirlo en la mina, e incluso quizá comprarle su parte a tu hermano —le aconsejó mi padre.

—No, Edward, de ninguna manera —respondió Víctor —He luchado mucho por esas tierras, me pertenecen por derecho y me niego a perderlas. Tiene que haber otra manera.

—No se me ocurre nada más —añadió mi padre —Creo que deberías ir pensando en vender los viñedos...

—No, ya te he dicho que no voy a hacerlo mientras pueda evitarlo... ¿Por qué no me prestas el dinero, Edward? ¿Es por lo que ha ocurrido entre Ann y yo? Es por eso, ¿verdad? —le preguntó mi marido.

—¡Por supuesto que no! —exclamó mi padre —¡Me ofendes! Los negocios son negocios, Víctor, y creo que conoces bien mi modo de proceder en el ámbito laboral. Nunca mezclaría trabajo con vida personal. Lo que haya ocurrido entre mi hija y tú en vuestra vida privada son cosas vuestras. Que te quede claro que yo no acostumbro a inmiscuirme en la vida de los demás —le advirtió mi padre.

—Perdóname Edward —se disculpó Víctor —Estoy muy nervioso... Y hablando de otra cosa —siguió diciendo mi marido al tiempo que daba por finalizada la conversación anterior —Necesito hablar con Ann, ¿se encuentra en Red Hill? —quiso saber.

—Sí, creo que estaba leyendo en la biblioteca —le respondió mi padre mientras se incorporaba —Víctor, —le instó —Como te he dicho antes, yo no quiero inmiscuirme en vuestros asuntos y, si bien es cierto que no sé muy bien qué ha ocurrido entre vosotros, de una vez te advierto que de ninguna de las maneras voy a consentir que le hagas daño a mi hija.

—Papá —dije yo tocando justo en ese momento la puerta para evitar que mi padre saliera y me encontraran allí escuchando su conversación —¿Puedo pasar? —le pregunté.

—Sí, hija, pasa —me respondió él.

—¡Ah! —exclamé haciéndome la sorprendida —No sabía que estabas reunido con Víctor —dije disimulando.

—Sí, aquí está —replicó mi padre —Al parecer, quiere hablar contigo.

—Sí, Ann. Tenemos que hablar —dijo Víctor —Es importante —añadió.

—Está bien, pero vayamos a la biblioteca porque mi padre tiene que trabajar —le comenté.

—Como desees —replicó él.

Lo encontraba muy nervioso, con ojeras y algo más delgado de lo que lo estaba la última vez que habíamos hablado.

—¿Qué ocurre? —le pregunté —Te noto algo preocupado —¿Va todo bien?

—¡No! —exclamó él exaltado —Nada va bien. Absolutamente nada... Vuelve a casa, Ann, por favor— me pidió sin apenas darme tiempo a que me sentara.

—Víctor, esto ya lo hemos hablado muchas veces y creí que ya habías entendido que no voy a volver, es más, quiero el divorcio —le respondí firmemente.

—Pero no te precipites —me dijo acercándose a mí para abrazarme — Mira, estoy negociando el precio de parte de nuestro wolframio con unos alemanes que en cualquiera de los casos van a pagarnos mucho dinero. Cuando me entreguen esa cantidad podemos recoger todas nuestras cosas e irnos, la niña, tú y yo lejos de aquí y empezar de cero.

—¿Cómo que estás negociando con alemanes? —le pregunté yo extrañada —Entonces no entiendo por qué has venido a pedirle dinero a mi padre...

—¿Y tú cómo sabes eso? —quiso él saber.

—Eso da igual —le respondí —Contesta a mi pregunta —le ordené — ¿Qué es eso de que estás negociando con alemanes? ¿Miguel lo sabe?

—¡Miguel! —dijo él enfurecido —¿Es que solamente sabes preocuparte por él?

—Responde a mi pregunta, Víctor —le dije muy firme y severamente.

—¡No! —exclamó encolerizado —¡No sabe nada! ¡Miguel es un estúpido! Ni tan siquiera tiene constancia de que ese wolframio existe. Lo cierto es que no ha sido nada difícil modificar las cantidades de wolframio extraído en los

informes —dijo orgulloso de su acción y sin darse cuenta de lo que estaba diciéndome —¿Por qué me miras así? —dijo de repente como volviendo a la realidad en la que nos encontrábamos.

—No puedo creer que hayas sido capaz de caer tan bajo —le dije con desprecio —¿Has estafado a tu propio hermano! —le grité —¿Cómo has podido?

—La mina es mía. Me pertenece. ¡Nadie la merece más que yo! —contestó él exaltado —¿Acaso sabes cuántos sacrificios he tenido que hacer para mantener en pie esa maldita mina? —sus ojos parecían estar inyectados en sangre al hablarme. Jamás lo había visto tan fuera de sí —¿Qué pensabas? ¿Que de verdad iba a dejar que el maldito de mi hermano se quedara con la mitad de todo lo que yo he construido durante todos estos años? ¡Pues no! —gritó dando una patada a una silla que estaba a su lado —¡No pienso consentirlo! Bastante ha hecho llevándote a ti —siguió diciéndome al tiempo que se acercaba a mí para agarrarme de los brazos y zarandearme —¡No voy a permitir que me robe nada más! No os vais a salir con la vuestra, Ann —me amenazó —Voy a impedirlo.

—¡Suéltame! —le exigí —Me estás haciendo daño.

—Es imposible que te haga más daño del que tú me estás haciendo a mí —me susurró.

—Te digo que me sueltes, Víctor. ¡Ya! —le ordené.

—¿Ves lo que me haces hacer? —me dijo —¿Lo ves? ¡Tú eres la culpable de todo!

—Quiero que te vayas —le advertí —Vete ahora mismo si no quieres que llame a mi padre y sea él quien te saque de aquí.

—Necesito ver a Adele —me pidió —No me iré sin verla.

—La verás, pero no en Red Hill —le respondí llena de rabia e indignación —Esta es mi casa. No se te ocurra volver nunca más por aquí. Ya no eres bienvenido.

—Olvidas que aún seguimos casados, querida —replicó él.

—No por mucho tiempo. Mañana mismo le diré a mi padre que se encargue de iniciar los trámites del divorcio. Ya tendrás noticias de nuestros abogados —le anuncié —Y ahora vete. Ya no tienes nada que hacer aquí —le

dije señalándole con un dedo la salida.

—No dejaré que te salgas con la tuya, Ann —afirmó desafiante y mirándome fijamente a los ojos tras lo cual salió, firme y decidido, de la biblioteca. Su mirada fría e impasible se había clavado en mí advirtiéndome de que aquel no era el final. De manera instintiva, también yo sentía que aquello aún no había terminado, que aún nos quedaban batallas por librar.

Me senté en uno de los sillones que estaban colocados junto a la chimenea y, sin poder evitar sentirme vulnerable, rompí a llorar. Estuve así durante un buen rato, recordando gratos momentos y tratando de que mi mente hallara el momento en el cual Víctor y yo habíamos comenzado a ser enemigos. Entonces, en ese instante pensé en lo que me había confesado acerca del wolframio que estaba desviando a espaldas de su hermano. Me incorporé y me dispuse a salir de allí. Sin duda, debía avisar a Miguel de lo que Víctor pretendía. No había más tiempo que perder...

XXXIII

Sin más dilación y sin dudarle por un instante más, subí rápidamente a mi dormitorio, cogí mi abrigo, mi bolso y mi sombrero y le pedí a Albert que me acercara hasta la mansión de Miguel.

Una vez allí, encontré a Jimena, quien estaba tumbada tranquilamente leyendo a Oscar Wilde en uno de los sofás que tenían acomodados en el salón principal. Tras mantener una educada y apresurada charla con ella, me dirigí al despacho de Miguel, donde según su hermana, habría de encontrarlo.

—No sabes cómo me alegro de que estés aquí —le dije al entrar en el estudio

—¿A qué se debe esa premura? Si se puede saber —replicó Miguel extrañado al verme llegar tan agitada —Yo también tenía ganas de verte, querida, pero tal urgencia creo que es exagerada —bromeó él.

—Déjate de tonterías, Miguel —le insté —Necesito hablar contigo. Es muy importante.

—De acuerdo, dejaremos las bromas aparte. También yo tengo algo que contarte, Ann. Siéntate, por favor —me pidió cambiando totalmente el registro de su voz.

—¿Qué ocurre? Me estás asustando —repliqué.

—Es algo que sospechaba desde hace ya tiempo pero que no te he dicho antes porque quería estar seguro antes de propagar falsas acusaciones contra nadie. Pero ahora ya estoy en disposición de contarte lo que sé —siguió diciendo Miguel.

—Me estás poniendo muy nerviosa. ¿Qué sabes? Di lo que sea —le ordené.

—¿Seguro? —me previno él.

¡Habla! —le volví a ordenar totalmente histérica.

—Está bien... Al parecer, no eres la primera esposa de mi hermano Víctor —añadió él sentándose frente a mí.

—No entiendo —le dije absorta y extrañada —¿Es que Víctor es viudo?

—pregunté.

—No, Ann. No es viudo —se limitó Miguel a decir.

—¿Estás queriendo decirme que mi marido tenía otra esposa cuando se casó conmigo, que es bígamo? —le consulté sin poder creer lo que mis oídos estaban escuchando.

—Sí, así es —dijo confirmando lo que yo acababa de poner en duda — Víctor ya estaba casado con otra mujer cuando se casó contigo. Lamento tener que ser yo quien te dé esta noticia y volver a hacerte daño una vez más, querida, pero creo que ya es hora de que sepas la verdad.

—Pero ¿de dónde has sacado esa idea? —seguí preguntándole totalmente incrédula ante sus palabras — Víctor es capaz de muchas cosas, pero es imposible de algo así. Estoy segura de que me quiere —murmuré.

—Te juro que no te estoy mintiendo, Ann —me dijo tomándome de la mano —La verdad es que comencé a tener mis sospechas en uno de mis viajes a nuestros viñedos españoles. Pero no voy a contarte ahora la historia si no me crees. Te lo demostraré con pruebas. Solo necesito que me des unos días — terminó él de decir.

—¿De verdad tu hermano pudo hacerme algo así? —volví a preguntarle con el orgullo hecho pedazos.

—Mucho me temo que sí —respondió él asintiendo con la cabeza.

—¿Entonces Ruth es hija de ese matrimonio? —seguí preguntando.

—No, Ann —me negó Miguel —Parece que respecto a ese asunto mi hermano ha sido del todo sincero. Según tengo entendido, no llegó a tener hijos con su primera esposa, pero, por favor, no hagas que me precipite diciéndote cosas que aún ni sé con certeza ni te puedo demostrar —me pidió —Sé que, dada la situación es difícil para ti, pero necesito que me des tiempo.

—Está bien —repliqué tras su petición —Tú haz lo que tengas que hacer y avísame cuando tengas las pruebas que lo demuestran —le pedí —De todas formas, ya no sé por qué me sorprende con respecto a él... —seguí diciendo.

—¿A qué te refieres, Ann? —me preguntó él sin saber de qué podía querer hablarle.

—Víctor está manipulando los datos acerca de las cantidades de wolframio que se extrae en la mina. Al parecer, reduce las cantidades en un

tanto por ciento considerable quedándose él con buena parte de lo extraído sin que tú te des cuenta —le conté.

—Debí imaginar que haría algo así —dijo él enfadado, levantándose de la silla y dirigiéndose hacia la ventana —¿Y tú cómo lo has sabido? —curioseó.

—Discutimos y en un arranque de ira me lo confesó él mismo —dije respondiendo a su pregunta.

—¿Sabes también qué piensa hacer con ese wolframio? —continuó preguntándome Miguel.

—Parece ser que está en negociaciones con unos compradores alemanes. Me dijo que iban a pagarle mucho dinero —contesté yo.

—Entiendo... —dijo él —Gracias por venir a contármelo, Ann —Es una valiosísima información.

—Lo sé —añadí —De otro modo, no habría venido tan deprisa. No podemos permitir que Víctor se salga con la suya.

—No lo haremos —afirmó Miguel.

—¿Qué piensas hacer? —quise saber.

—¿Confías en mí? —me preguntó.

—Sabes que tienes toda mi confianza —le dije con absoluta sinceridad.

—Me alegra oír eso —me contestó él esbozando una sonrisa.

—Ya no dudaré más de ti, Miguel —le aseguré —Ahora debo volver a Red Hill —afirmé repentinamente pensando que ya nada debía hacer allí.

—¿Estás bien? —me preguntó con voz preocupada y cogiéndome por la cintura.

—Lo cierto es que no —le repliqué —Ya sé que Víctor y yo estamos separados y que fui yo quien tomó la decisión de esa separación, pero a pesar de todo, te confieso que la noticia que me has dado me ha dejado... Sería absurdo decir que no me ha dolido... Acabo de darme cuenta de que nuestro matrimonio siempre ha sido una mentira. Desde el principio...

—Ann, no quiero que te preocupes por nada —me dijo él con dulzura — Todo va a salir bien. Te prometo que te traeré la prueba que necesitas para que, de una vez por todas, sepas bien quien es Alfredo Albéniz.

—Está bien. Haz lo que debas hacer, pero hazlo rápido —le insté, tras lo cual, salí de aquel lugar sin poder evitar pensar en la traición de Víctor. Nada

de lo que había vivido a su lado había sido cierto. Me había mentido desde el principio... Todo, absolutamente todo había sido una burda y vil mentira. Tan segura como estaba yo de que, en algún momento de su vida, Víctor me había amado y, de pronto, comprender que nunca había sido así... me hirió infinitamente. La ira y la vergüenza me invadieron. Salí precipitadamente de la mansión y eché a correr sin un destino preconcebido. No podía evitar sentirme la mujer más desarmada y vulnerable del mundo...

XXXIV

A partir de aquel momento, de aquel maldito instante en que Miguel me había revelado la traición de Víctor, los días se me antojaban lentos y sombríos en Red Hill. Mi deseo por conocer la auténtica verdad crecía por momentos, me obsesionaba, se adueñaba de mi mente... Muchas fueron las veces en que estuve a punto de salir corriendo a la que durante años había sido mi casa para exigirle a Víctor una explicación; pero ese deseo se replegaba al recordar las palabras de Miguel pidiéndome tiempo y confianza. Así, con un debate interno entre qué debía y qué no debía hacer pasaba mis horas, tardas e inacabables, en la mansión Lake.

Finalmente, casi una semana después de aquella angustiada conversación, Rose vino hasta mi habitación, donde mi pequeña Adele y yo jugábamos a menudo, para entregarme una carta. En la parte superior del sobre se podía leer: *Para Ann*. Por la letra enseguida me di cuenta de que era de Miguel.

Querida... —comenzaba diciendo—

Ha llegado el momento. Tal y como te prometí, he conseguido pruebas suficientes para demostrar el engaño de mi hermano.

Reúnete conmigo lo más pronto posible en mi casa y te las mostraré. Te estaré esperando...

Tuyo, siempre

Miguel

—¿Ocurre algo? —quiso saber Rose al verme leer la carta.

—No, nana, no pasa nada. No te preocupes —le respondí —Ahora tengo que salir. Ocupate de la niña. —le pedí.

—Pero Ann, ¿qué pasa? —volvió ella a preguntar nerviosa al ver que me iba de manera tan precipitada y sin dar ningún tipo de explicación.

—Te prometo que te contaré todo a mi regreso. No le digas nada a mi padre, por favor —le rogué a mi nana —Estaré aquí lo antes posible.

—Pero al menos dime dónde vas —siguió diciéndome mientras yo me ponía el abrigo y cogía mi bolso y mi sombrero.

—Estaré en la mansión de los Albéniz. No te preocupes, nana, no es nada grave. Volveré enseguida —terminé de decirle dándole un beso en la mejilla y bajando la escalera...

Cuando entré en su casa, Miguel estaba inquieto paseando de un lado para otro mientras esperaba mi llegada.

—¿Cómo estás? —me preguntó al verte entrar acercándose a mí para darme un abrazo.

—¿Cómo voy a estar? —le respondí de modo retórico —Intrigada por esas pruebas que dices tener.

—Acompáñame. Iremos a mi despacho —me comentó con su brazo rodeando mis hombros —allí estaremos mucho más tranquilos. Ya he pedido a la muchacha de servicio que nos traiga un té de camomila —terminó de decir una vez ya habíamos entrado.

—Gracias, pero no era necesario —le respondí yo —Lo cierto es que estoy tan nerviosa y exaltada que no creo ser capaz de tomar nada en este momento.

—Está bien —añadió él —no voy a hacerte esperar más, Ann. Aquí está la prueba que te prometí hace unos días— siguió diciendo al tiempo que se acercaba nuevamente a la puerta del despacho y dejaba entrar a una guapa mujer de pelo rubio y facciones suaves. —Te presento a Laura Élices, la primera esposa de mi hermano Víctor.

—No me malinterpretes —le repliqué incrédula al ver a aquella mujer totalmente desconocida para mí — Pero el hecho de que me traigas a una extraña no me demuestra nada, Miguel. ¿Cómo puedo saber que de verdad es su mujer? ¿Únicamente por su palabra? No es prueba suficiente para mí — advertí.

—Aquí está nuestro certificado de matrimonio y todos los papeles que avalan esa unión —me dijo ella acercándose y sentándose a mi lado.

—No... —murmuré ojeando los documentos que aquella mujer me acababa de proporcionar sin poder creer lo que mis ojos estaban viendo —Es cierto... Víctor y tú... estáis casados.

—Así es —afirmó ella mirándome con una suave expresión —Mucho me temo, señora, que ambas hemos sido engañadas por el mismo hombre.

—Pero... —acerté a decir —¿Cómo ha sido capaz de hacernos algo así? ¿Y usted cómo ha llegado aquí? ¿Cómo ha conocido usted a Miguel? Yo no entiendo qué está ocurriendo... —dije totalmente desconcertada ante la situación que se presentaba ante mis ojos.

—Cálmate, Ann —me pidió Miguel —Laura y yo vamos a explicarte todo lo sucedido.

—Por favor —le pedí.

—Como ya te avancé en nuestra última conversación, mis sospechas comenzaron en uno de los viajes relámpago que hice a España. A pesar de nuestro pacto, yo conozco muy bien a mi hermano. Sabía que no podía confiar en él, por esa razón partí hacia La Morera, nuestra vieja hacienda, para echar una ojeada a los viñedos y cerciorarme de que todo estaba yendo correctamente. Casualmente, en una de mis incursiones por allí, me encontré con Lorenzo.

—¿Lorenzo? ¿Quién es? —quise saber.

—Era el capataz de la hacienda cuando mis padres vivían —dijo Miguel respondiendo a mi pregunta —Como hacía tantos años que no pisaba La Morera, no sabía que él seguía trabajando allí, sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido, me reconoció apenas verme.

—¿Y qué tiene que ver ese hombre en todo este asunto? —seguí preguntando nerviosa por conocer el final de su relato.

—En medio de nuestra conversación, Lorenzo me dio el pésame por la muerte de mi hermano. Al parecer, en España, todos creen que Alfredo ha muerto —me respondió Miguel.

—De hecho, yo misma organicé su funeral —añadió Laura.

—¡No es posible! —exclamé cada vez más absorta por todo lo que estaba escuchando.

—Mientras me contaba lo mucho que a todos les había afectado la muerte de mi hermano, Lorenzo hizo mención de la esposa de la señora Albéniz, Laura. Así es como comprendí que mi hermano se había casado dos veces, una en España y otra aquí —terminó él de decir.

—¿Y qué hiciste entonces? ¿No le dijiste que tu hermano seguía vivo aquí en Inglaterra? —le pregunté.

—No, Ann —me aseguró él —Seguí la mentira pensando en que, a la larga, eso podría convenirnos. Después regresé aquí y tuve aquella charla contigo en la que te avancé parte de la historia.

—Sí, pero como no tenías pruebas suficientes no quisiste darlo todo por sentado —le contesté.

—Así es —afirmó —Pero, dado que tú no terminabas de creer lo que te había contado, decidí regresar a España para buscar a la que era su primera mujer y lo cierto es que, afortunadamente, no tuve demasiados problemas para encontrarla.

—Entiendo... —musité —Pero si Víctor en realidad está vivo, ¿cómo es posible que le hicierais un funeral? ¿A quién habéis enterrado? —le pregunté, llena de angustia, a aquella mujer.

—Lo cierto es que no enterramos a nadie, Ann. Nunca se encontró su cuerpo —respondió ella.

—¿Entonces por qué se le dio por muerto? —seguí preguntándole.

—Cuando yo conocí a Alfredo, él era un joven hacendado y heredero de una enorme fortuna. Según él me contó, toda su familia había fallecido en el incendio que se había producido años atrás en la casa familiar de La Morera. Nuestra relación era maravillosa. Él era un hombre amable y siempre cuidadoso que atendía todos mis caprichos. Adoraba su trabajo y se entregaba a él al máximo, pero a pesar de todo, yo lo veía cansado y agotado por el trabajo que requería la hacienda, por eso terminé pidiéndole que se tomara unos días de descanso.

—¿Qué ocurrió entonces? —curioseé.

—Decidimos irnos unos días a navegar por la costa norte del país. Entonces ocurrió —siguió ella diciendo algo nerviosa —El tiempo estaba revuelto aquella tarde y pronto se produjo una tormenta que no esperábamos. No sé cómo, Alfredo cayó por la borda de la embarcación. Estuvimos horas y horas buscándolo, pero ya nunca lo encontramos. Las autoridades nos confirmaron que era imposible que hubiera sobrevivido tal y como estaba el mar aquel día... Todos lo dimos por muerto.

—Dios mío, aún sigo sin entender cómo ha sido capaz de algo así —insistí yo —A pesar de todo, él tuvo que saber que todos creían que había fallecido y,

sin embargo, no dijo nada.

—No, Ann. No dijo nada —añadió Miguel —cambió su nombre y apellido, emigró a Inglaterra y comenzó su nueva vida de cero como si nada hubiera ocurrido.

—Sí, pero nunca dejó de lado los viñedos de La Morera, ni tampoco la mina que heredó de sus padres —siguió diciendo Laura.

—Pero no aparecía por allí, ¿no es así? —conjeturé yo —De otro modo, todos se habrían dado cuenta de su mentira.

—Según me contó el viejo capataz, Alfredo había establecido un fideicomiso en favor de un joven aburguesado que solía ir por allí de vez en cuando a constatar que todo en la hacienda funcionaba correctamente. Al parecer, él era quien tomaba las decisiones y daba las órdenes que todos los demás acataban —dijo Miguel —y ¿A qué no sabéis como se hacía llamar? —preguntó Miguel divertido.

—¿Víctor Adams? —dije yo.

—¡Bingo! —exclamó él.

—Claro, entonces ese hombre que iba a la hacienda como heredero de tu hermano no era otro que su enviado. A través de él, Víctor seguía haciendo sus negocios y mantenía los viñedos y la mina. Los bienes estaban puestos a nombre de Víctor Adams, que era él mismo en Inglaterra, de modo que todo le seguía perteneciendo... Entonces, ¿usted fue desheredada? ¿No le correspondió nada? —le pregunté yo a Laura.

—No, cuando nos casamos, Alfredo y yo firmamos una separación de bienes. Yo apenas tenía nada... y tampoco me importaba su dinero, así que no me importó firmar aquellos papeles. Yo le quería —aseguró ella visiblemente afectada por el engaño.

—Qué inteligente que es mi hermanito! —exclamó Miguel con cierta rabia en su mirada.

—Hay que desenmascararle! —dije yo totalmente indignada y rabiosa al comprender con qué clase de hombre me había casado —Esto no puede quedar así, Miguel. Tenemos que hacer algo.

—Lo sé, Ann —me replicó —Pero hay que hacer las cosas con cautela. Víctor es muy inteligente y no podemos dar ningún paso en falso o de lo

contrario podría darse cuenta de que lo sabemos todo y huir.

—Yo sé que tiene problemas de dinero —dije yo —Hace ya algunos días que lo escuché hablar con mi padre y le dijo que no tenía liquidez suficiente para hacer frente a las inversiones que requieren tanto la hacienda como la mina. Esa mina y los viñedos son su mayor obsesión, dejarle sin ellos sería un gran castigo para él... —seguí diciendo yo.

—Podemos hacerlo —aseguró Laura.

—¿Cómo? —pregunté.

—Es muy sencillo, Ann. Víctor es bígamo, se ha casado con dos mujeres a la vez, ha falseado su identidad y se ha hecho pasar por muerto, eso tanto en España como en este país es un delito —dijo ella —Y lo mejor de todo, es que podemos demostrarlo. Aquí está toda la documentación relativa a nuestro matrimonio, y en mi país además tengo las actas de su defunción, el testamento en que nombra a Víctor Adams como único heredero, fotos, cartas y un sinfín de papeles que demuestran no solo que estuvo casado conmigo, sino que Alfredo Albéniz y Víctor Adams son la misma persona; solamente tengo que ir por ellas...

—Está bien —respondí yo —Esto es lo que vamos a hacer. Vosotros vais a regresar a España a por toda esa documentación, después cuando regreséis, yo misma le obligaré a que nos venda su parte de la hacienda y de la mina.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —quiso saber Miguel

Como se ha hecho toda la vida, querido —le respondí resuelta y decidida —Ya va siendo hora de que Víctor tome un poco de su propia medicina...

—Pero ¿qué vas a hacer, Ann? —me preguntó él nervioso y preocupado por mis posibles intenciones.

—Yo he confiado en ti, Miguel —le dije poniéndome en pie.

—Sí —afirmó él.

—Ahora eres tú quien debe confiar... —le respondí sin apartar mis ojos de los suyos —Todo saldrá bien. No te preocupes. Ahora debéis regresar cuanto antes a España. Cuando estéis de vuelta, házmelo saber. —Le dije dándole un beso en la mejilla. Sin esperar a nada más, regresé rauda a Red Hill. Nunca había estado más segura y convencida sobre qué era lo que debía hacer.

XXXV

Al llegar a Red Hill, encontré a mi tía Sofía en la cancela de la mansión. Acababa de llegar a casa tras realizar unas compras con mi padre en la ciudad.

—¿Dónde está mi padre? —quise saber tras haber iniciado una pequeña charla.

—Ha dicho que iba a su habitación a ponerse una ropa más cómoda —respondió ella —Imagino que no tardará mucho en bajar e ir al salón.

—Cuando lo veas, ¿le dirás que necesito hablar con él de algo importante? —le pedí.

—¿Ocurre algo? —me dijo ella extrañada por mi actitud.

—Sí, pero no es nada grave. No te preocupes —la tranquilicé.

—¿Debo entender por tus palabras y actitud que no deseas contármelo? —me preguntó.

—No, tía —repliqué —Ya sabes que tengo plena confianza en ti. Por supuesto que te lo contaré, pero eso será más tarde; primero debo hablar con mi padre, aunque creo que primero también yo iré a ponerme algo más cómodo.

—Ve tranquila, mi muñeca. En cuanto vea a Edward, le diré que necesitas hablar con él —me dijo mientras me acariciaba el brazo.

—Gracias, tía —terminé de decir justo antes de subir la enorme escalera que unía nuestro salón con la parte superior de la casa.

Una vez ya en mi cuarto, abrí mi armario en pos de algo que me resultara más cómodo de llevar. Mientras me cambiaba, iba también recordando la charla que había tenido con Miguel y con esa mujer que decía ser la primera esposa de Víctor. Por más que lo intentaba, no podía terminar de creer que mi marido hubiera sido capaz de hacerme algo así. Sabía que era capaz de muchas cosas, y que el orgullo e incluso la ambición eran cualidades que él poseía. Era consciente de que ambas se escondían tras esa máscara de hombre caballeroso y afable, pero llevaba tanto tiempo creyendo que me había

querido de una manera sincera, que descubrir su mentira hizo que sintiera la más honda y triste de las decepciones.

Cuando uno siente que un ser al que has estado unido te decepciona, algo en lo más profundo de tu ser se quiebra y, por más que uno lo intente y lo desee desesperadamente, esa relación nunca vuelve a ser como lo era en un principio, quedan grietas que ya no se recompondrán jamás... Eso me ocurría a mí con Víctor. A pesar de nuestras diferencias y de nuestra separación, él seguía siendo el padre de Adele, y solamente ese hecho era suficiente para respetarle, pero ser consciente de su traición había cambiado, y mucho, mi manera de sentir y de pensar con respecto a él.

Mientras yo, ya con ropa más cómoda y sentada sobre mi cama, seguía en mi cuarto con mis divagaciones y especulaciones, alguien golpeó en mi puerta.

—¿Quién? —pregunté casi por instinto y de manera sobresaltada.

—Soy yo, hija —me contestó la voz de mi padre desde el otro lado de la puerta —Sofía me ha comentado que querías que habláramos. ¿Puedo pasar?

—Sí —respondí alzando la voz e incorporándome.

—¿Qué ocurre? —me preguntó mi padre entrando en el dormitorio —Me he quedado preocupado, Ann, y he subido apenas tu tía me ha dicho que necesitabas hablar; me ha dado a entender que era algo importante.

—Y así es, papá, pero siéntate porque lo que tengo que contarte es muy largo y necesito tu ayuda —le dije con total sinceridad mientras mi padre se acomodaba en uno de los sillones que había en mi habitación.

Sin apenas dilación, comencé a contarle todo lo que Miguel, Laura y yo habíamos descubierto sobre Víctor. Su engaño y bigamia, su supuesta muerte e incluso las sospechas que Miguel tenía acerca de la manipulación del testamento de sus padres.

—¿Y estáis seguros de que todo lo me cuentas es cierto? —preguntó mi padre perplejo ante tal información.

—Yo he visto el acta de matrimonio, papá. El novio se llama Alfredo Albéniz, es él sin duda. No es nada nuevo que Víctor cambió su nombre y apellido hace años, pero lo que no sabíamos es que si lo hizo, no fue por dejar atrás su doloroso pasado como nos hizo creer, sino porque ya estaba casado con otra mujer, y eso a todas luces es un delito, papá —le dije yo.

—Lo sé, hija y es grave lo que me cuentas, ya no solamente el asunto de la bigamia, sino también el hecho de que haya fingido su propia muerte. Creo que ése es un delito aún mayor —replicó mi padre.

—Sí, por eso tenemos que hacer que pague por lo que ha hecho —le respondí rotundamente.

—¿Acaso piensas denunciarlo ante las autoridades? —quiso saber mi padre.

—Eso depende de él, papá —le dije.

—No entiendo —contestó él —¿Qué vas a hacer?

—Sé que a pesar de que tiene problemas económicos para hacer frente a todos los gastos que acarrea un yacimiento como el que tiene en España, Víctor nunca se desharía de él por voluntad propia, y aún menos de los viñedos que están plantados en las tierras que fueron de sus padres —le expliqué a mi padre.

—¿A dónde quieres llegar, hija? —preguntó él.

—Lo que quiero decirte es que vamos a darle donde más le duele, papá. Le vamos a obligar a vendernos las tierras y la mina —dije respondiendo a la pregunta de mi padre —Pero para eso necesito que tú me prestes el dinero. Si estás de acuerdo, por supuesto. Yo creo que puede ser una buena inversión. Serás socio de Miguel y estoy segura de que sacarás buen rendimiento a esas tierras y aún mucho más a la explotación de wolframio. Y si finalmente, decides que no te da los beneficios que deseas siempre puedes venderle tu parte a Miguel. Debido al afecto que le tiene a esas tierras, sabes que las comprará sin ningún tipo de reparos.

—Estás muy segura de que Víctor cederá —comentó mi padre.

—Tendrá que hacerlo, papá —respondí —de otra manera, le denunciaremos a las autoridades correspondientes a ver qué opinan de todos sus turbios asuntos... ¿Puedo contar contigo? —le pedí totalmente esperanzada en que su respuesta sería afirmativa.

—Está bien. Pero con una condición, Ann —me dijo él.

—¿Cual? —quise saber yo.

—Tendrás que ser tú misma quien se encargue de todo el trabajo de administración y dirección de esas tierras —me dijo él —Tanto un yacimiento

como una explotación vinícola son negocios que necesitan de un control constante. Yo ya tengo suficiente trabajo aquí y no puedo preocuparme de ello como requeriría, de manera que, si quieres que te avale, tienes que comprometerte a que serás tú quien supervise el trabajo y esté atenta a que todo funcione correctamente, lo cual significa que tendrás que realizar constantes viajes a España para controlar que, tanto el yacimiento como la cosecha de uva están en perfectas condiciones. ¿Te responsabilizarás de todo ello? —me preguntó mi padre.

—¿Me estás hablando en serio? —le dije extrañada por su pregunta.

—Absolutamente, Ann —me contestó.

—Por supuesto que sí, papá —le repliqué —Me encantará realizar ese trabajo.

—¡Pues entonces no se hable más! —exclamó mi padre —Puedes contar con ese dinero.

—Muchas gracias —le dije abrazándole —No te arrepentirás. Te lo prometo —le aseguré.

—Eso espero —terminó de decir él devolviéndome el abrazo...

Pocos días después, una nueva nota de Miguel llegaba a nuestra mansión. En ella se me hacía saber que Laura y él ya estaban de vuelta en la ciudad. Habían traído consigo todos los documentos relativos al matrimonio y a la falsa defunción de Víctor. Era el momento de poner las cartas sobre la mesa y hacerle saber a nuestro enemigo que estaba descubierto.

—Muchas gracias por haberos dado tanta prisa en regresar —les dije a Laura y Miguel cuando me reuní con ellos en Red Hill para que me mostraran toda la documentación.

—Ambos sabéis que es de vital importancia para mí aclarar todo esto lo antes posible, especialmente el asunto de la bigamia —les dije.

—Sí —replicó Laura —Yo te entiendo perfectamente, querida, porque también yo me siento engañada. Ese maldito me ha hecho creer todos estos años que había muerto... Se ha reído de todo lo que algún día construimos juntos y debe pagar por ello —afirmó totalmente cegada por el odio y el rencor.

—Bueno, pero ya no tenéis por qué preocuparos ninguna de las dos —

siguió diciendo Miguel. Muy pronto, mi hermano tendrá el castigo que merece y todo esto habrá terminado.

—Así es —comenté yo —Y cuanto antes lo hagamos, mucho mejor. Dame los certificados —le pedí a Laura —Me voy de inmediato a hablar con él. Voy a despojarle de todo lo que tiene, creo que ese será el golpe más duro de cuántos podemos darle.

—Te acompañaremos —dijo Miguel.

—No, querido —le respondí dulcemente —Esto debo hacerlo yo sola. Podéis esperarme aquí si lo deseáis, no creo que tarde mucho.

—Está bien, Ann —asintió él —pero por favor, ten mucho cuidado. Mi hermano es peligroso y lo sabes.

—No te preocupes, Miguel, estoy segura de que a mí no me hará ningún daño. —Le aseguré. Me acerqué a él y, tras darle un beso en la mejilla, salí de Red Hill en dirección hacia mi antigua casa para aclarar todos los turbios asuntos que, sin yo saberlo, habían empañado nuestras vidas durante los últimos años.

Apenas llegar a la casa y entrar en el salón, Abbie salió a saludarme y a darme la bienvenida.

—¿Dónde está el señor? —le pregunté sin rodeos y con prisa por hablar con él.

—Se encuentra trabajando en su despacho —me respondió ella amable al tiempo que extrañada por mi prisa y mi actitud áspera a la par que algo brusca. —¿Desea la señora que le avise de que está aquí? —me preguntó.

—No —Me apresuré a contestar —Yo misma iré hasta el despacho, no es necesario que le avises de mi presencia. Puedes retirarte, muchas gracias —terminé de decirle, tras lo cual ella regresó a sus labores habituales.

A cada nuevo paso que daba hacia el despacho de Víctor, mi rabia, ira e indignación contra él se acrecentaban más y más. En mi corto camino hasta allí recordé cómo nos habíamos conocido, así como tantos y tantos buenos momentos vividos que, al final, parecían haberse quedado reducidos a ser únicamente uno más de sus enredos... Pronto, el sentimiento de ira se atenuó y en su lugar, comenzó a invadirme una sensación de pena y honda tristeza al comprender que había perdido el tiempo queriendo a un ser que no lo

merecía... Porque sí, era verdad, hacia Víctor nunca había llegado a sentir la pasión y el amor encendido que sentía por Miguel, pero le había querido, de un modo más tranquilo y sereno sí, pero no podía negar que había sentido amor por él.

Al llegar a su despacho, agarré la manilla de la puerta y entré sin previo aviso y de manera totalmente inesperada para él, quien estaba sentado en su mesa y escribiendo. Apenas sintió la puerta y la presencia de alguien frente a él, alzó la cabeza y sorprendido exclamó:

—¡Ann, qué grata sorpresa! ¿Qué haces aquí? ¿Has venido a decirme que cambias de opinión y regresas a casa? —preguntó él.

—Hola, Víctor —me limité a decir en un principio —No, no he venido a quedarme. Ya sabes muy bien que mi decisión al respecto está más que tomada y no hay vuelta atrás.

—Entonces... —dijo con recelo.

—Lee... —le ordené tirando sobre su escritorio toda la documentación que me habían proporcionado Laura y Miguel.

—¿Qué es esto? —preguntó él extrañado mientras cogía algunos de los papeles que yacían sobre la mesa.

—¿Por qué me has mentido así, Víctor? —le pregunté. —Te juro que intento entenderlo, pero no lo consigo.

—No sé qué es todo esto, pero es falso —se atrevió a decirme de manera cínica y cobarde.

—¡Basta ya! —le exigí —¡Ya no más! No creo ni una más de tus mentiras. Cuando te prometiste conmigo ya estabas casado con otra mujer a la que habías hecho creer que habías muerto. ¿Cómo has podido ser capaz de algo tan vil y miserable?

—¿Quién te ha envenenado contra mí así, Ann? —me preguntó iracundo. Ha sido mi hermano, ¿verdad?

—Conozco a Laura, Víctor. La he visto, incluso hemos hablado y ¿sabes? —le pregunté con un tono irónico —Hemos tenido una pequeña charla muy interesante. Ella misma me ha contado todo lo que tiene que ver con vuestra vida en común. Ahí está vuestra acta de matrimonio, he visto el libro de familia e incluso fotos vuestras. No tengo la más mínima duda de que si

alguien miente en toda esta historia, ese eres tú.

—Tú no lo entiendes, Ann —me dijo con voz desgarrada —Mi matrimonio era un infierno, no podía permanecer por más tiempo a su lado... Nada fue planeado. Te lo prometo. Me caí accidentalmente por la borda de un barco y, simplemente, aproveché la situación para marcharme y empezar una nueva vida en un país extranjero. Después conocí a tu padre y gracias a él te conocí a ti, la mujer más hermosa y dulce que había visto en toda mi vida. Me enamoré de ti, Ann, te juro que me enamoré y no pensé en nada más. Quise dejar atrás todo mi pasado, escapar de él y comenzar junto a ti una nueva vida. Tenía derecho a ser feliz...

—¿A costa del dolor y el sufrimiento de otras personas? —le pregunté — Eres el ser más egoísta que he conocido en toda mi vida.

—¿Qué quieres de mí, Ann? —me preguntó él ¿Qué quieres? —Siguió diciendo a voz en grito y fuera de sí.

—Quiero que me vendas tu parte del negocio que tienes con Miguel. —le respondí sin rodeos.

—¿Qué? —dijo sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Dado que nuestro matrimonio es nulo, y no me corresponde nada — seguí diciéndole —quiero comprarte tu mitad de la mina y también de los viñedos que tienes en España —le respondí resuelta y sin la más mínima duda —Sé que podré conseguir que den un buen rendimiento y tengo dinero de sobra para comprar ambos negocios. Es una buena salida para ti. Piénsalo.

—¡Jamás! —me gritó —Esas viñas son mías. Son toda mi vida y lo sabes. Son un legado de la familia, nunca me desharé de ellas.

—Muy bien —le dije fría y tranquilamente —Entonces creo que las autoridades tendrán trabajo esta noche... Buenas tardes, Víctor —me despedí girándome y dando por zanjada nuestra conversación.

—No serás capaz... —dijo él —¿Vas a delatarme a la policía? —quiso saber.

—Ponme a prueba. Ya no tengo nada más que perder —le respondí —O me vendes los viñedos y la mina o le cuento a la policía todo lo que tiene que ver con tu falsa muerte y tu doble casamiento. —¡Ah! —añadí —Además también quiero que le dejes esta casa y la mitad de tus ahorros a Laura. Creo

que es lo justo después de la manera tan sucia y rastrera en que la abandonaste. Ahora la decisión está en tus manos. Tú eliges —terminé de decirle

—Es por él, ¿verdad? —siguió preguntándome —Todo esto lo haces por el maldito de Miguel. Desde que entró en nuestras vidas todo ha sido un desastre. ¿Qué viste en él? ¿Qué te dio que yo no pude?

—No voy a entrar en tu juego; otra vez, no, Víctor. Me niego a tener contigo la misma discusión una y otra vez... —le respondí aún de espaldas a él y sin darme la vuelta.

—Muy pronto voy a liberarte de mí y de toda esta pesadilla —dijo mientras le oí abrir uno de los cajones del escritorio.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté dándome media vuelta.

—Ya no tengo nada, Ann, nada por lo que seguir aquí —me dijo mientras se apuntaba a la sien con una pistola en cuyo gatillo se asentaba su dedo índice tembloroso y sobresaltado.

—¿Qué haces? —exclamé asustada —¿Acaso te has vuelto loco? Deja esa pistola, Víctor —le pedí.

—¿Por qué habría de hacerlo? Ya no me queda nada... —siguió él diciendo. Y yo no voy a ser capaz de soportar verte junto a mi hermano.

—Te queda Adele y también tu hija Ruth —le respondí tratando de aplacar sus nervios —Hazlo por ellas ¿Es que acaso quieres que te recuerden como un ser cobarde que en vez de afrontar la situación se pegó un tiro en la sien? Véndeme tu parte y te prometo que te dejaré marchar, Víctor. No le contaré nada a las autoridades. Dejaremos que te marches y que empieces otra vez en otro lugar... Podrás saber de Adele siempre que quieras, pero por favor, baja esa pistola —le pedí una vez más.

—Tú ganas —me replicó con actitud derrotada y bajando su brazo —Pero necesito que me des al menos un día para organizarlo todo y tendrás que dejar que me despida de Adele. Me iré mañana por la noche. A mediodía tendrás listos los papeles de compra—venta —me dijo él dejándose caer sobre su sillón totalmente derrotado.

—¿Puedo estar segura de que no harás ninguna locura cuando me vaya? —quise saber.

—Márchate... —se limitó a decir.

—Está bien, nos veremos entonces —dijo para despedirme, saliendo de la sala y sin recibir contestación alguna por su parte...

XXXVI

Aproximadamente una media hora después de aquellas últimas palabras entre Víctor y yo, llegaba nuevamente a Red Hill. A mi llegada, no había nadie ni en la entrada ni tampoco en el salón. Pensé que Laura y Miguel, cansados de esperar, debían haberse marchado ya. Me dirigí hacia la cocina en busca de Rose para conseguir algo de información: ella siempre sabía quién entraba y salía de la mansión Lake y las razones que propiciaban tales entradas y salidas, pero desafortunadamente tampoco pude encontrarla allí

—¡Qué raro! —pensé —A esta hora mi nana debería estar por aquí. Quizá esté en el jardín o en el invernadero —Pronto la vi de rodillas sobre la tierra sembrando bulbos de gladiolos.

—¡Rose! —la llamé —¿Dónde están todos? —quise saber.

—Hola, querida —me saludó ella sin dejar de enterrar bulbos entre el césped del jardín. —Tu padre no ha venido aún de trabajar y la señorita Sofia dijo que tenía que ir a la ciudad...

—¿Y Miguel y la señorita Laura? Los dejé en el salón cuando me marché y dijeron que me esperarían... —le comenté.

—Tardabas mucho en regresar y el señor Miguel aseguró que se le hacía tarde y tenía que volver a ciertas tareas que le eran forzosas y obligadas —respondió Rose —Me dejó dicho que cuando volvieras se lo hicieras saber. Parecía intranquilo. ¿Ocurre algo? —me preguntó ella con cierta preocupación.

—¿Has hablado con papá? ¿Te ha contado algo de lo que está ocurriendo con Víctor? —quise saber.

—Sí, niña —me contestó —Algo... Nunca pensé que tu marido fuera capaz de semejante vileza. No he querido comentarte nada porque no sé muy bien cómo está tu estado de ánimo y tampoco me he querido inmiscuir. Las cosas de dos son cosas muy íntimas y personales, querida.

—Eso es cierto, nana —dije yo asintiendo con la cabeza —Pero tú eres un miembro más de esta familia y eso te da el derecho de saber todo lo que

ocurre dentro de los muros de Red Hill. Tienes toda mi confianza y lo sabes.

—Sí, hija. Lo sé —siguió diciéndome —Pero, aun así, estas cosas son muy delicadas. Yo entiendo que es algo personal y pienso que te corresponde a ti contarle si así lo deseas.

—Víctor ya estaba desposado cuando contrajo matrimonio conmigo, nana —le dije a Rose sin más rodeos —La señorita Laura es su esposa...

—¡Santo Dios! —exclamó ella —Entonces es cierto lo que el señor Edward me explicó...

—Sí, Rose, lo es —le dije confirmando lo que ella ya sabía. —Tras casarse con ella tuvo un pequeño accidente en una embarcación, cayó por la borda y aprovechó tal hecho para marcharse y abandonar a su mujer haciéndole creer a todos sus conocidos en España que él había fallecido.

—Nunca lo habría sospechado del señor —murmuró Rose.

—Ninguno lo habríamos hecho —le dije —Después emigró hasta aquí, conoció a mi padre y el resto de la historia la conoces más que de sobra...

El caso es que Víctor siempre me habló de sus orígenes españoles, aunque está claro que maquilló la historia a su manera. No podía contarme la verdad si aspiraba a ser mi esposo. Además, hacerse pasar por muerto es un delito, nana. De haberse sabido, Víctor habría sido detenido y encerrado por ello.

—¿Y qué piensas hacer ahora que sabes la verdad? —me siguió preguntando ella. —¿Piensas denunciarle a la policía?

—No, no... Parece que hemos llegado a un acuerdo —le respondí —Él me vende su parte del negocio familiar que tiene con su hermano y yo lo dejo marchar.

—Entiendo... —musitó Rose arrugando el ceño.

—Crees que no estoy haciendo lo correcto, ¿verdad, nana? —le pregunté tras ver su mal gesto— Piensas que debería delatarlo y contarle a la policía todo lo que sé, ¿no es así? —seguí diciéndole, a lo que ella guardó silencio —Nana, te aseguro que para él es todo un castigo perder todo lo que posee. Ha hecho hasta lo impensable por mantener sus tierras... —seguí diciéndole.

—Pero tú has hablado de los negocios, querida —me replicó ella —¿Qué ocurrirá con la casa? Es tuya, Ann. Te corresponde, al menos una parte...

—No, nana —me apresuré a decirle —En realidad, no me corresponde

nada, dado que Víctor ya estaba casado cuando se casó conmigo, nuestro matrimonio es nulo...

—¿Qué quieres decir? —siguió preguntándome.

—Pues que es como si Víctor y yo nunca nos hubiéramos casado... con todo lo que ello implica...

—Pero entonces Adele... —dijo sin terminar la frase.

—Adele es hija mía y de Víctor y, como tal, tiene los apellidos de sus padres, Rose —le respondí.

—Sí, pero si tu matrimonio no es válido, eso quiere decir que ahora la niña ha pasado a ser hija de madre soltera y tú bien sabes que algo así no está bien visto ante nuestra sociedad, Ann —dijo ella.

—Rose, me conoces bien y a estas alturas ya deberías saber que las estúpidas convenciones sociales me traen sin cuidado. Lo único que de verdad me importa es que mi hija crezca sana y fuerte y tenga todo lo que necesite, y estoy segura de que en Red Hill lo tendrá.

—¡Por supuesto! —exclamó mi nana —Pero entonces la casa en la que has vivido estos últimos años... —dijo enlazando nuevamente con lo anterior.

—Esa casa será para Laura, nana, es la compensación que Víctor le debe por todo el sufrimiento que ella ha pasado durante estos últimos años. Creo que es lo justo. Además, yo no necesito nada material de Víctor —añadí —tengo todo lo que necesito aquí.

—Siempre has sido una mujer inteligente, Ann —me replicó —Si tú crees que eso es lo más justo, adelante, hazlo —me animó —Yo sé que, decidas lo que decidas, harás lo correcto.

—Gracias por esas palabras, nana —le respondí cariñosa —Tú siempre sabes entenderme...

—Es muy sencillo hacerlo, querida —contestó mirándome con una tierna expresión.

—Si viene mi padre o la tía Sofía, ¿les avisarás de que estoy en la habitación de Adele? —le pregunté —Descuida —me respondió ella —Se lo haré saber.

—Muchas gracias, nana. Me gustaría hablar con ellos antes de la cena —terminé de decir.

Cuando entré en el cuarto de mi pequeña, la encontré ensimismada jugando con su enorme casa de muñecas. Era la misma con la que yo había jugado tantas y tantas veces durante mi niñez... Aún parecía estar nueva y evocaba en mí recuerdos maravillosos.

—¿Te gusta la casa de muñecas de mamá? —le pregunté a mi niña abrazándola y dándole un beso en la frente.

—Sí —respondió ella emocionada —¡Es muy bonita y mira todas las cosas que tiene por dentro! —exclamó.

—Sí, ya las ves —le dije cariñosa —pero ¿no preferirías que mamá te leyera un cuento? Hay mucho tiempo para jugar con tu casa de muñecas y fijate, tienes muchos cuentos nuevos que aún no hemos leído.

—¡Sí! —exclamó mi pequeña emocionada —Quiero éste —dijo acercándose a la pequeña estantería que había junto a su armario, y cogiendo un librito en cuya portada se podía leer *La princesa del guisante*.

—Muy bien, pues entonces leeremos ese —le respondí resuelta y convencida —Ven, cariño —le pedí agarrándola de la mano y sentándola sobre mis rodillas.

—Me gusta estar subida aquí, mamá —me contestó ella —Es muy divertido. Es como un columpio —dijo refiriéndose al suave balanceo de la mecedora en que nos encontrábamos sentadas.

—Sí, es divertido —le sonreí mientras me pareció ver algo conocido entre sus juguetes...

—Adele, ¿qué es eso que tienes ahí? —le pregunté al ver que la cajita de música que mi madre me había regalado al morir estaba tirada entre todos sus cachivaches infantiles.

—¿El qué, mamá? —me dijo ella sin darse cuenta a qué me estaba refiriendo.

—Esto —le respondí estirando mi brazo hasta alcanzar la caja —¿De dónde la has sacado? ¿Quién te la ha dado? — le pregunté molesta.

—Nadie —dijo la niña asustada al escuchar el cambio brusco en mi tono de voz —La cogí yo sola

—¿Has estado hurgando entre mis cosas? —dije enfadada.

—Lo siento —replicó Adele mientras comenzaba a llorar al comprender

que no debía haber cogido la caja de música— No lo haré más. Lo prometo.

—No, por favor —le pedí tras comprender que había sido demasiado brusca con ella —Perdóname, cielo, si te he hablado mal... —dije abrazándola —¿Te he asustado? —le pregunté.

—Sí —se limitó mi pequeña a decir asintiendo continuamente con su cabecita y con la cara completamente empapada en llanto.

—Adele —le dije —Esta cajita de música es muy, muy importante para mí. No quiero que se rompa por nada del mundo, por eso me he enfadado cuando la he visto entre tus cosas.

—¿Y por qué es tan importante? —quiso ella saber —Es bonita, pero sólo es una caja de música. Si se rompe, seguro que el abuelo te puede comprar otra... —replicó entre lágrimas.

—No —le dije —No quiero otra, Adele. Esto que ves entre mis manos no es sólo una caja de música... Es el último regalo que me hizo mi madre...

—¿Era de la abuela? —preguntó ella excitada al pensar que tenía ante sí un objeto de la “abuela”. Nos había oído a todos en Red Hill hablar tanto de ella que, para la niña, la “abuela” era un miembro más en esa casa...

—Sí —afirmé —Esta caja era suya y cuando la abro y escucho su música, la recuerdo a ella y es como si estuviera aquí un ratito conmigo, ¿lo entiendes?

—Claro que lo entiendo, mamá —replicó ella totalmente convencida interrumpiendo su llanto —La echas mucho de menos, ¿verdad?

—Sí, mi vida. La echo muchísimo de menos —le respondí con lágrimas en los ojos.

—Yo también te echaría de menos si no estuvieras conmigo —me dijo mirándome con su carita dulce y serena —Pero no tienes que llorar, mamá, seguro que la abuelita está en el cielo porque era muy buena, ¿verdad?

—Sí, cariño, sí que lo era —le contesté sin poder contener mi llanto —Era una mujer maravillosa y le habría gustado tanto conocerte...

—No llores, mamá, que en el cielo se está muy bien —me dijo ella abrazándome.

—Sí, Adele, en el cielo se está muy bien —murmuré acariciándole el pelo —¿Me prometes no volver a coger la cajita de la abuela sin mi consentimiento? —le pedí.

—Claro, mamá —dijo ella —No la tocaré más. Tú no te preocupes por nada —me dijo limpiando mis lágrimas con su manita —Nunca más te haré llorar...

—Puedes cogerla —le dije besándola en la mano —pero quiero que me la pidas, ¿está bien? —le pregunté.

—De acuerdo, mamá —me respondió la niña ya totalmente serena.

—Bueno —seguí diciéndole —Entonces ahora te leeré tu cuento y después esta señorita cenará y se irá a dormir.

—¿Tan pronto? —protestó ella.

—Es la misma hora a la que te vas a la cama todos los días, Adele —le respondí —Además, esta noche debemos descansar bien. Mañana será un día muy pesado...

—De acuerdo, mamá —contestó mi niña —¡Pero, antes, tienes que leerme el cuento! —me pidió.

—Está bien, mi pequeña. Érase una vez, en un lejano reino...

XXXVII

A la mañana siguiente, apenas me había dado tiempo de bajar al comedor para desayunar con mi padre y con Sofía, como era mi costumbre diaria, cuando una de las muchachas del servicio me informó de que la señorita Jimena acababa de llegar a Red Hill muy nerviosa y alterada.

—Dice que necesita hablar con usted lo más rápidamente posible —me comunicó la muchacha —al parecer, es algo urgente —terminó de decirme.

—¡Qué extraño! —exclamé.

—Debe de ser algo muy importante para que Jimena haya venido tan temprano y de manera tan precipitada hasta aquí, ¿no te parece? —dijo mi tía.

—¡Miguel! —exclamé con palpable nerviosismo y levantándome inmediatamente de la mesa.

—Ann, por favor, esos modales —dijo mi padre.

—Lo siento —me disculpé —Tengo que salir —dije dirigiéndome con prisa al salón —Jimena, dije al verla —¿Qué ha ocurrido? ¿Miguel está bien? —le pregunté más que preocupada.

—Sí, Ann, él está bien —respondió —o al menos, eso creo...

—¿Qué? No entiendo. ¿Qué ocurre? —le dije confusa —¿Víctor? ¿Ha pasado algo con él? —seguí preguntándole sin entender a qué se debía su temprana visita.

—No sé, Ann —me respondió —Mira —me pidió entregándome un papel.

—¿Qué es? —quise saber antes de leer nada.

—Es una nota. La encontré hace un rato en el escritorio de mi hermano Miguel. Léela —me ordenó.

—*Miguel* —comencé a leer...

Soy consciente de tus intenciones con Ann y también de la relación que os une y, por más que lo intento, me siento incapaz de seguir mis días sabiendo que ella está a tu lado y que he sido traicionado por mi propio hermano.

No creo poder ser capaz de veros a ambos, ni tan siquiera, uno al lado

del otro.... El dolor que tal imagen me provoca es demasiado fuerte...

Te reto en duelo a muerte mañana, los dos solos al despuntar el día en los acantilados.

En este mundo, solamente hay cabida para un Albéniz...

Alfredo.

—¡Dios mío! ¡Esto es una locura! —exclamé dejando que la carta cayera al suelo y echándome las manos a la cara.

—Ann, tenemos que detenerlos. Alfredo es capaz de cualquier cosa —dijo Jimena asustada —¡Hay que hacer algo!

—¿Pero tú estás segura de que Miguel ha acudido a la cita? —le pregunté.

—Sí, sí, estoy segura —afirmó ella —Le conozco y sé que ha ido. Además, si yo he encontrado la nota ha sido porque le he oído salir mucho más temprano de lo habitual. Me pareció extraño oírle tan temprano y fui a su dormitorio para cerciorarme de que todo estaba bien, fue entonces cuando vi esa nota. Estoy segura, Ann, mis hermanos se dirigen a los acantilados y, si no hacemos algo, uno de ellos va a morir hoy. ¡Tenemos que irnos ya! —exclamó con honda preocupación.

—Sí, vayámonos antes de que ocurra una desgracia —le dije —¿Sabes si se fue andando? —quise saber.

—A mí me ha traído nuestro chófer, así que él ha tenido que ir caminando —me respondió ella.

—Bien, así ganaremos algo de tiempo. Llamaré a Albert para que nos lleve ¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! —exclamé yo agarrándola de la mano y llevándola hacia el garaje donde estaba nuestro chófer limpiando el coche.

—Justo en el preciso instante en que Jimena y yo subíamos al coche, Rose nos vio alteradas y nerviosas y, ajena a todo lo que estaba sucediendo, quiso saber cuál era el motivo de tal preocupación.

—Dile a mi padre que he tenido que salir con Jimena. No sé a qué hora volveré. Ocupate de Adele, por favor —fue lo único que me dio tiempo a decirle antes de que Albert arrancara el coche.

—¡Dese prisa! —le pedí a nuestro chófer —Este asunto es de vida o muerte.

—Iré todo lo rápido que pueda, señorita Ann —me replicó él

—¿Crees que llegaremos a tiempo? —me preguntó Jimena compungida.

—Eso espero, querida, eso espero... —le dije apretándole la mano con fuerza...

XXXIII

Cuando llegamos a la playa ambas bajamos del coche presas del miedo. Frenéticamente, corrimos hacia el acantilado. La mar estaba embravecida aquella mañana. Parecía estar tan inquieta y turbada como lo estábamos nosotras.

Por fin, tras un período de tiempo que se me antojó eterno, con los zapatos de la mano y la parte inferior de nuestros vestidos inundados de arena, llegamos al final de la playa. A nuestra izquierda, podía verse el inicio del camino por el que un día no tan lejano, Adele había subido hasta el acantilado.

—Por aquí —le indiqué a mi compañera —Sígueme y ten cuidado. Es algo peligroso —le advertí.

Comenzamos a subir por el sendero hasta llegar a unas rocas que nos llevaron a una especie de pequeña explanada cuyo fin era el borde de uno de los acantilados. Apenas llegar a la parte superior, pude ver a Víctor y Miguel. Se encontraban uno enfrente del otro, separados por una distancia de unos once o doce pasos. Miguel estaba de pie mirando a su hermano desde la parte interna de la roca, mientras que Víctor, a quien escuchaba hablar, se encontraba justamente de espaldas al borde del precipicio y muy cerca de él. Las olas golpeaban con bravura e irritación el enorme peñasco de pizarra sobre el cual nos encontrábamos los cuatro, y su ira hacía que parte de las gotas, que se esparcían al morir estrelladas contra la roca, cayeran sobre Víctor, quien sostenía una pistola con su mano izquierda.

—¡Miguel! —grité apenas presagí lo que podía llegar a ocurrir.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó extrañado a la par que molesto por nuestra presencia —Marchaos ahora mismo —nos ordenó —No deberíais estar aquí.

—No —me negué —Yo no me voy hasta que me expliquéis qué estáis haciendo. ¿Se puede saber a qué demonios estáis jugando? ¿Es que os habéis vuelto locos o qué? —les grité furiosa

—¿Acaso esto te parece un juego, querida? —me preguntó Víctor —Pero,

¡Qué romántico! —siguió diciendo con voz irónica y burlesca —La dama que viene a salvar a su valiente caballero. Aunque... ¿no se supone que debería ser al revés? Definitivamente, este caballero no parece estar a tu altura — continuó mofándose.

—¡Basta ya, Víctor! —exclamé molesta —Creí que habíamos llegado a un acuerdo. Me prometiste que no harías ninguna locura —le reproché.

—No tienes por qué preocuparte, querida —siguió diciéndome —En los cajones de mi mesa de noche encontrarás los documentos que te prometí. Ya están firmados, así que no tendrás mayores problemas para que el traspaso se efectúe. Perder las tierras por las que tanto trabajé es un duro golpe que nunca olvidaré, querida, pero es preferible a estar encerrado en alguna oscura celda... —dijo sin dejar de lado el tono sarcástico con que había iniciado la conversación.

—Es el castigo que mereces —le grité.

—Podré empezar de nuevo en cualquier otro lugar, Ann. Ya lo hice antes y volveré a hacerlo, y para cuando lo consiga volveré para ajustar cuentas contigo —me dijo con una mirada fría y perversa.

—Tus amenazas no me provocan ningún miedo. Sé que no lo harás —le repliqué.

—Creí que me conocías mejor, Ann, aunque veo que durante todos estos años a mi lado no has aprendido nada de mí...

—Déjalo ya, por favor —le pedí —Toda esta situación es absurda. Vámonos a casa y hablaremos de todo ello más tranquilamente.

—El mundo se hizo para que uno, solamente uno de los hermanos Albéniz, residiera en él, y eso es algo que tenemos que arreglar cuanto antes, ¿no te parece, hermanito? —dijo él al tiempo que giraba suavemente su cabeza hacia Miguel ignorando mi petición.

—No tiene por qué ser así —le dijo Miguel —Aún estamos a tiempo.

—¿A tiempo de qué? —le gritó su hermano levantando su brazo izquierdo y apuntándole con su pistola —¡Ya no hay tiempo para nada! Nunca has sabido asumir las cosas tal y como llegan, y lo cierto es que mi querido hermanito menor siempre ha resultado ser una molestia para mí. ¡Desde que tengo uso de razón, solamente me has dado problemas y dolores de cabeza! ¡A mí y a

nuestro padre!— le gritó —¡No eres digno del apellido Albéniz! ¡Solamente eres un maldito sentimental! —continuó diciéndole —Nunca pudiste superarlo...

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Miguel.

—Me has preguntado tantas veces qué ocurrió aquella noche... ¿Quieres saber qué ocurrió la noche en que nuestros padres murieron? —le preguntó Víctor a su hermano.

—¿Fuiste tú? —le respondió Miguel en una nueva pregunta temiéndose lo peor.

—Tenías razón, hermanito. El fuego que asoló la casa familiar de La Morera... ¿Cómo podríamos decirlo?... Digamos que no fue una casualidad —le manifestó Víctor sonriendo.

—¡Maldito! —gritó Jimena llorando desconsoladamente al escuchar tales palabras —¡Fuiste tú, maldito! —siguió gritando al tiempo que, sin poder dejar de llorar, dejaba caer su cuerpo sobre sus rodillas.

—¡Qué triste! —exclamó Miguel —Si nuestro padre viera en qué te has convertido renegaría de su propia sangre.

—Nunca me importó ese viejo estúpido y mandamás. De no haber sido por mí, hace mucho que las tierras de los Albéniz se habrían ido a pique. —replicó Víctor con aires de superioridad.

—¡Ya basta! —grité yo poniéndome justo en medio de ambos —Tú no eres así. Para toda esta locura, por favor —le pedí a Víctor.

—Apártate —me ordenó sin bajar el arma.

—No voy a hacerlo —le contesté con voz decidida —No pienso moverme ni un centímetro hasta que bajes la pistola.

—¡He dicho que te apartes! —Volvió a ordenarme airado por mi desobediencia.

—¡No! —exclamé.

—Ann, quítate de ahí —me pidió Miguel —Mi hermano es capaz de cualquier cosa.

—No, Miguel —le respondí —Ya he dicho que no voy a moverme. Si quiere matarte, tendrá que dispararme a mi primero.

—¿A cuántas humillaciones piensas someterme, Ann? —me preguntó

completamente invadido por los celos. ¿Eres incluso capaz de morir por él?

—Sí, Víctor. Lo soy —le dije mirándole fijamente a unos ojos que, sin duda, ya no eran los mismos que yo había conocido años atrás.

—Veamos entonces si también mi querido hermanito es capaz de morir por ti —me replicó él abalanzándose repentinamente sobre mí, al tiempo que me rodeaba fuertemente con su brazo derecho y apuntaba a mi cabeza con el izquierdo. Podía sentir el frío acero del cañón de su arma sobre mi sien, mientras su corazón palpitaba sin freno sobre mi espalda.

—¡Ann! —gritó Miguel adelantándose unos pasos al ver que su hermano me había convertido en su rehén.

—¡Quieto! —le advirtió Víctor, a lo cual Miguel obedeció —Saca tu arma —le ordenó.

—No voy a hacerlo —le dijo Miguel.

—¡Maldita sea! ¡He dicho que saques tu arma! —le gritó Víctor encolerizado —¿o es que quieres que le pegue un tiro? —le preguntó refiriéndose a mí.

—Está bien, tú ganas —le dijo Miguel tratando de serenarle —Ya está. Aquí la tienes —siguió diciéndole sacando su arma en un intento por tranquilizarlo.

—Ahora —le instruyó Víctor haciendo uso nuevamente de su voz sarcástica y burlona —quiero que coloques tu pistola sobre tu sien y cuando cuente tres apretarás el gatillo —terminó de decirle. Sin duda, Víctor parecía disfrutar con todo aquello...

—¡No lo hagas! —le grité a Miguel atrapada entre los brazos de mi marido.

—¡Hazlo de una maldita vez! —volvió a ordenarle su hermano mayor, a lo cual, Miguel alzó su brazo y, sin mediar ni media palabra, colocó el arma cargada sobre su sien.

—¿Qué se siente al estar frente al abismo de la muerte, querido hermanito? —le preguntó Víctor riéndose —No puedes compararte a mí, Miguel. Nunca has sido capaz de comprender eso. ¿Pensabas quitarme lo que es mío? ¿Lo que me pertenece? ¡Aquí tienes tu justo castigo!

—¡No! —grité yo totalmente fuera de mí al pensar que Miguel apretaría el

gatillo de su pistola. Fue justamente en ese instante cuando, con toda la fuerza que mi cuerpo me permitió, moví hacia atrás ambos brazos con la firme intención de librarme de Víctor y auxiliar a su hermano. El inesperado impacto que recibí de mí, hizo que cayera hacia atrás y que de su arma saliera un disparo que impactó, irremediablemente, contra el cuerpo de Miguel. Me di la vuelta y pude ver como Víctor caía por el borde del precipicio por el cual también un día nuestra hija pudo haber caído... Me asomé al acantilado y su silueta fue pronto devorada por la bravura y fiereza de la mar. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. —Víctor, susurré... —Me eché las manos a la cara y, en décimas de segundo, Miguel vino a mi mente. Lo busqué con la mirada y lo vi tirado sobre el suelo sangrando, con Jimena a su lado intentando tranquilizarle y sin apenas poder moverse.

—Miguel —me apresuré a decirle —¿Estás bien? ¿Dónde te ha disparado?

—No te preocupes —dijo sereno —Solamente me ha rozado el hombro... —siguió diciéndome con la mano derecha sobre su hombro izquierdo.

—Déjame —le pedí levantándole la mano totalmente ensangrentada —La herida no es muy grande pero sí profunda —seguí diciéndole —Además te está sangrando mucho.

—Hay que taponarla —me respondió medio mareado, debido a la gran cantidad de sangre que estaba perdiendo.

—Lo sé —añadí rasgando un trozo de la parte inferior de mi vestido para hacerle un torniquete.

—¿Y mi hermano? —quiso saber él mientras Jimena y yo le vendábamos.

—Ya no hay que preocuparse por él... —le dije.

—¿Puedes ponerte en pie? —le preguntó su hermana.

—Creo que sí —le respondió tratando de levantarse.

—Apóyate en nosotras —le dije —Te llevaremos a Red Hill. Todo ha terminado.

XXXIX

A nuestro regreso a Red Hill, todos estaban esperando una explicación sobre por qué Jimena había acudido a buscarme de manera tan precipitada esa misma mañana, y también sobre cuál era el motivo que nos había llevado a ambas a salir de la casa tan alocadamente y sin apenas dar explicaciones.

Al vernos entrar con Miguel herido, mi padre se apresuró en llamar a Joseph para que le atendiera mientras que, con ayuda de Rose y Sofía, Jimena y yo le acostábamos en uno de los dormitorios del piso inferior de la mansión. Debía estar tumbado y tranquilo, pues había perdido mucha sangre por el camino y parecía empalidecer por momentos. Sin duda, estaba muy débil.

Por fortuna, Joseph no tardó mucho en llegar a Red Hill y atenderle. Sedó a Miguel, le limpió la herida, la cosió y nos recomendó que lo dejáramos en el más absoluto de los reposos durante unos días.

—Mucho descanso, que beba líquido continuamente y a esperar... Vendré regularmente a limpiarle y curarle la herida —dijo Joseph al salir de la habitación —Es fuerte, Ann, se repondrá.

—Eso esperamos todos —le respondí totalmente convencida de que aquel no sería su final.

Después de aquello, la recuperación de Miguel fue lenta y dolorosa. Pasaron semanas hasta que pudiera recuperar la movilidad total de su hombro y brazo. Tanto su hermana Jimena como yo misma, hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos para ayudarle a aplacar su dolor y pesar físico, lo cual, no resultó una tarea nada fácil.

Poco a poco, las semanas y los meses fueron pasando y con ellos, el final de la estación de estío llegó nuevamente a Red Hill, y con él, llegaron también las lluvias, la caída de las hojas y la vendimia.

Miguel, ya recuperado, y yo viajamos hasta España para cerciorarnos de que la uva de nuestra plantación estaba siendo correctamente recolectada, tratada y exprimida. Aquellas viñas se habían convertido en un lugar muy querido para mí, puesto que tal y como mi padre exigiera meses atrás, yo había

tenido que hacerme cargo de dirigir la parte del negocio que en su día le había correspondido a Víctor.

Durante aquella primera vendimia juntos, Miguel y yo tomamos la firme decisión de que ya era hora de casarnos, lo cual habríamos de cumplir al regresar a Inglaterra.

Y así fue. Apenas cinco semanas después Miguel y yo nos casábamos en Red Hill ante los ojos expectantes de nuestros seres más queridos.

Nunca podré olvidar la cara de satisfacción de mi padre llevándome al altar, ni tampoco la de Miguel esperándome junto a su hermana, así como las de mi tía Sofía y mi nana emocionadas al darnos el sí, mientras mi pequeña Adele, absolutamente metida en el papel que le habían asignado, arrojaba pétalos de rosa por todos y cada uno de los rincones de Red Hill. Sin duda, fue un día hermoso, lleno de recuerdos memorables que pervivirán en mi mente y en mi corazón hasta el último de mis días...

Sin embargo, el tiempo, implacable y caprichoso, se ha apresurado y ha pasado mucho más rápidamente de lo que nunca podría haber llegado a esperar. Nuestra pequeña Adele ya no es tan pequeña. Se ha convertido en una jovencita feliz que espera con impaciencia la llegada de su nuevo hermanito, quien según los cálculos de Joseph nacerá aproximadamente a mediados del mes de abril. Solamente espero y deseo tener la fuerza y salud necesarias para poder ver crecer a mis dos hijos sanos y fuertes. Miguel, por su parte, está totalmente entregado a sus viñas y a la mina que su hermano sacó adelante con tanto esfuerzo y sufrimiento... Su amor y sacrificio por esas tierras es del todo incondicional y aunque, aún no me lo ha consultado, le conozco bien y sé que no tardará mucho en pedirme que nos traslademos definitivamente a España...

También sé que mi padre se entristecerá cuando le dé la noticia de nuestra partida hacia tierras españolas, pero él ahora ya no está solo, tiene a su lado a Sofía quien se desvive por él día tras día. Para mí será más que triste abandonar estas tierras y marcharme de Red Hill, pues tras estos muros he conseguido alcanzar la serenidad y paz que mi corazón tanto ha demandado, pero soy consciente de que la vida sigue, y yo sé que la mía, ahora, apenas acaba de comenzar...